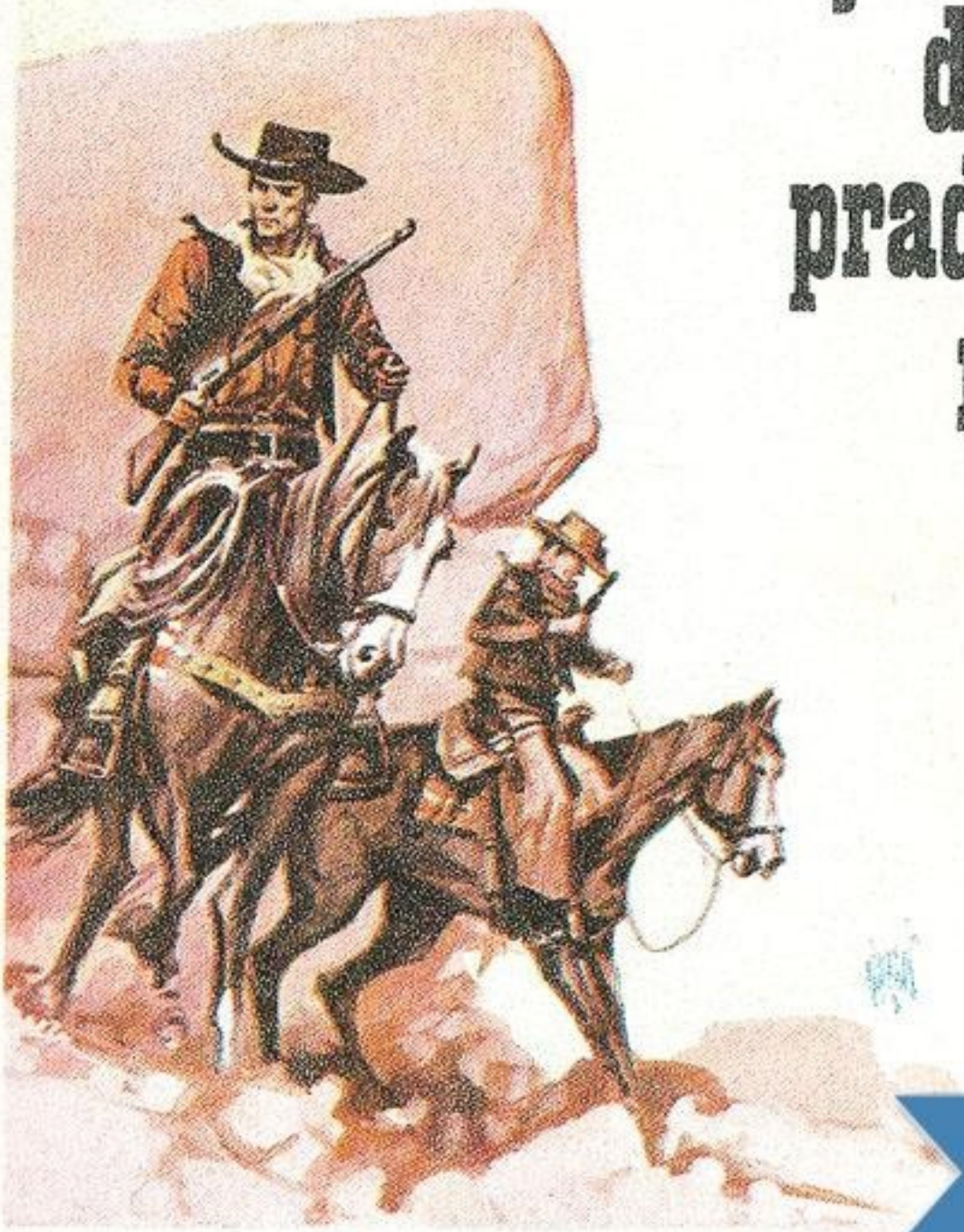
ZANE GREY

# Los jinetes de la pradera roja



Lectulandia

El escenario de esta novela es la abrupta región de los cañones en los Estados norteamericanos de Utah, Nevada y Arizona, formada por enormes mesetas dónde los ríos y torrentes han labrado, a través de los siglos, profundos tajos y cañadas de extraña y policroma belleza. Entre los personajes descuellan Lassiter, un pistolero y la mormona Juana Withersteen, que al fin se rebela contra el infame yugo a que intentan someterla los fanáticos de su secta. La linda Bess y el intrépido Venters, uno de los jinetes de la pradera roja, ponen con su idilio una nota de dulzura en las dramáticas aventuras que forman la trama principal de esta novela.

La novela tiene una continuación en «El Camino del Arco Iris» (1915).

Lectulandia

Zane Grey

# Los Jinetes de la Pradera Roja

**Juana Withersteen - 1**

**ePub r1.0**
**Big Bang** 22.03.15

Título original: *Riders of the Purple Sage*
Zane Grey, 1912
Traducción: Editorial Juventud

Editor digital: Big Bang
Primer editor: Titivillus (r1.0)
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

# Capítulo I

Las metálicas pisadas de un caballo herrado que se alejaba iban amortiguándose poco a poco, y una nube de polvo amarillento elevóse de entre los álamos, extendiéndose sobre la pradera.

Juana Withersteen contempló con vaga y soñadora mirada la ancha vertiente que se extendía ante ella. Un jinete que acababa de visitarla, y el mensaje que le transmitió, eran la causa de su tristeza. Muy pensativa, esperaba la llegada de los dignatarios de la Iglesia, que venían para discutirle el derecho a tener amistad con un gentil.

Preguntábase Juana si el desasosiego y la rivalidad que se advertían durante aquellos últimos tiempos en el pequeño pueblo de Cottonwoods iban a envolverla a ella también.

Y suspiró profundamente al recordar que fue su padre quien fundó aquel pueblo, situado al sur del Estado de Utah, al mismo borde del páramo de las praderas rojas, y que le pertenecía por derecho de herencia. Suyo era todo el terreno y una gran parte de las casitas y cabañas. Pertenecíale también en propiedad la mansión de Withersteen y el gran Rancho con sus miles de cabezas de ganado y los más veloces caballos de la estepa. Propiedad suya era igualmente la Fuente Ambarina, cuyas aguas prestaban verdor y belleza al pueblo y hacían posible la vida en aquella elevada y yerma región esteparia. No, ella no podría sustraerse a los acontecimientos que pudiesen sobrevenir en Cottonwoods.

Aquel año (1871) habíase operado gradualmente un gran cambio en la vida de los pacíficos mormones de la región que lindaba con las yermas praderas. Los pueblos de Glaze, Stonebridge y Sterling, situados más al norte, habíanse levantado en armas contra la invasión de los pobladores gentiles y las correrías de los ladrones de ganado.

Y ahora Cottonwoods comenzaba a despertar también para oponerse tenazmente a los primeros y luchar con los segundos.

Juana hacía fervientes votos para que la tranquilidad y dulzura de su vida no se interrumpiese para siempre. Deseaba hacer por su pueblo mucho más aún de lo que hasta entonces había hecho. Deseaba que perdurasen los bucólicos días de quietud y ensueño. La lucha entre los gentiles y los mormones haríala desgraciada. Ella era mormona porque mormona había nacido, pero sentía cariño y amistad hacia los gentiles pobres y desgraciados. No deseaba otra cosa que continuar así. Y pensó en lo que significaba para ella su hacienda. Todo lo abarcaba su cariño: los bosquecillos de álamos, la hermosa mansión de piedra maciza, las aguas de reflejos ambarinos, los peludos potros mesteños, los esbeltos caballos de carrera, de pura sangre; los ramoneantes[1] hatajos de ganado y los atezados y nobles jinetes de la pradera.

Mientras esperaba olvidó la desagradable perspectiva del enojoso cambio. El rebuzno de un burro ocioso interrumpió la quietud de la tarde. Juana abarcó con clara

mirada las suaves ondulaciones de la pradera, cuajada de artemisas rojas. Hacia el Oeste, el terreno iba ascendiendo poco a poco. Tuyas solitarias y sombrías destacábanse aquí y allá, y a lo lejos veíanse peñascos de rojo color. Más distante aún elevábase una pared cortada a pico, un enorme monumento de piedra rojiza cuya silueta perdíase en lontananza, hacia el Norte. En la parte del Oeste todo era luz, color y belleza. Hacia el Nordeste, las ondulaciones del terreno terminaban, descendiendo, en la linde de los cañones, desde la cual alzábase la tierra alta, que no era una región montañosa, sino una vasta meseta de terreno rojizo, interrumpida por las rocosas paredes de los misteriosos cañones, profundas escarpaduras, cañadas y abismos, coronada aquí y allá por riscos de fantásticas formas. Las alargadas sombras del atardecer iban envolviendo lentamente el paisaje.

El ruido de las rápidas pisadas de algunos caballos sacó a Juana Withersteen de su ensimismamiento, volviéndola a la realidad. Un grupo de jinetes avanzó por el prado, desmontó y recogió las bridas. Eran siete, y Tull, el cabecilla de ellos, un hombre alto, de facciones oscuras, era dignatario de los mormones.

—¿Recibiste mi recado? —preguntó secamente.

—Sí —repuso Juana.

—Te mandé decir que concedía a ese Venters media hora para personarse en el pueblo. No ha ido.

—No está enterado todavía —contestó Juana—. Nada le he dicho. Os he estado esperando aquí.

—¿Dónde está Venters?

—Hace poco, en el patio.

—¡Oye, Jerry! —llamó Tull volviéndose hacia sus hombres—. Id a buscar a ese Venters y traedlo aquí, aunque sea atado.

Los jinetes, calzados con polvorientas botas de grandes espuelas, marcháronse ruidosamente hacia el bosquecillo de álamos.

—Elder Tull, ¿qué significa esto? —preguntó Juana—. Si quieres arrestar a Venters podrías tener la cortesía de esperar a que haya salido de mi casa. Y si lo arrestas, cometerás una manifiesta injusticia. Es absurdo acusar a Venters de hallarse mezclado en la riña y el tiroteo que hubo anoche en el pueblo. Estuvo conmigo a aquella hora. Además, me entregó hace tiempo sus armas. Tú sólo buscas un pretexto. ¿Qué quieres hacer con Venters?

—Pronto te lo diré —replicó Tull—, pero antes, dime, ¿por qué defiendes a ese hombre inútil?

—¿Inútil? —exclamó con indignación Juana—. Venters no es un hombre inútil. Ha sido el mejor jinete que he tenido. Ningún motivo hay para no protegerlo y sí muchos para defenderle. Es vergonzosísimo para mí, Elder Tull, que Venters se haya atraído por mi amistad la antipatía de los míos y se convierta en un proscrito. Además, yo le debo eterna gratitud por haber salvado la vida a la pequeña Fay.

—He oído hablar de tu cariño por Fay Larkin y de que quieres adoptarla. Pero,

Juana Withersteen, ¿olvidas que la niña es una gentil?

—No, no lo olvido. Porque quiera a una gentil no amo menos a los niños mormones. La adoptaré si su madre quiere cedérmela.

—Nada tengo que decir contra eso. Puedes darle a la niña nuestra enseñanza mormona —dijo Tull—. Pero estoy ya harto de ver a ese Venters a tu lado. Sientes tanto cariño por esos miserables gentiles, que temo puedas llegar a amar a Venters.

Tull hablaba con la arrogancia de un mormón cuyo poder fuera inquebrantable y con la pasión de un hombre en el que los celos hubiesen encendido un fuego abrasador.

—¡Quién sabe si le amaré! —dijo Juana, que sentía en su alma temor y cólera al mismo tiempo—. No había pensado aún en eso. ¡Pobre muchacho! La verdad es que necesita quien le quiera un poco.

—Pues mal lo habrá de pasar ese Venters si no rectificas en seguida —dijo con ferocidad Tull.

Los hombres de éste aparecieron en aquel instante llevando preso a un joven cuyas destrozadas ropas eran las de un proscrito. Mas su actitud era de arrogancia: llevaba la cabeza erguida; el pecho, saliente; los músculos de sus atados brazos, en tensión, y en sus ojos, una mirada despectiva, retadora, para Tull.

Por vez primera se dio cuenta Juana del verdadero espíritu de Venters, y, asombrada, se preguntó si amaba al valiente joven. Luego serenóse y siguió con interés la escena entre Venters y sus enemigos.

—Venters, ¿quieres alejarte de Cottonwoods inmediatamente y para siempre? —preguntó Tull con frialdad.

—¿Por qué? —repuso el jinete.

—Porque lo mando yo así.

Venters se echó a reír con desdén. Las oscuras facciones de Tull se sonrojaron.

—Tu desobediencia significará tu ruina —dijo con alterada voz.

—¡Mi ruina! —exclamó con vehemencia Venters—. ¿No me habéis arruinado ya? ¿A qué llamas tú mi ruina? Hace un año era yo un verdadero jinete. Tenía caballos, ganado y un buen nombre en Cottonwoods. Y ahora, cuando vengo aquí para ver a esta mujer, me haces perseguir por tus hombres. ¡Me acorraláis! Me veo tratado como un ladrón de caballos. Ya no tengo nada que perder… excepto la vida.

—¿Quieres alejarte de Utah?

—¡Oh, ya sé! —exclamó Venters con sorna—. Te molesta la idea de que la hermosa Juana Withersteen sea amable con un pobre gentil. La quieres sólo para ti. Eres un mormón de los que practican la poligamia. Te vendrían muy bien ella y su hacienda, y la Fuente, y las siete mil cabezas de ganado.

Tull apretó los dientes con rabia, hinchándosele las venas del cuello.

—Por última vez: ¿quieres marcharte?

—¡No!

—Entonces haré que te azoten hasta que chorrees sangre —replicó Tull con

ferocidad—. Y luego te haré echara la pradera. Y si vuelves, lo pasarás aún peor.

Las agitadas facciones de Venters tornáronse rígidas, pétreas, y el bronceado color de su rostro se volvió gris. Juana, impulsiva, avanzó un paso.

—¡Oh, Elder Tull! —exclamó—. Tú no harás eso. Tull la amenazó con la mano.

—¡Ea, basta ya! ¡Compréndelo de una vez! No se te permitirá que tengas amistad con este muchacho; nuestro obispo no lo quiere. Juana Withersteen, tu padre te dejó riqueza y poder, y eso te ha trastornado. Aún no has ido a ocupar el sitio de las mujeres mormonas. Una y otra vez te lo hemos dicho. Hemos esperado pacientemente. Hasta permitimos que tuvieras tus diversiones, lo que pocas mujeres mormonas pueden decir, y, a pesar de todo, no has entrado en razón. Ahora, esto se acabó; no se te consentirá que tengas tal amistad. Venters va a ser azotado y, después, ha de alejarse de este territorio.

—¡Oh, no le peguéis! ¡Sería cobarde y brutal! —imploró Juana sintiendo flaquear sus fuerzas.

Se dio cuenta de que había pretendido hacer un alarde de osadía que estaba muy lejos de sentir. Tull se le mostraba ahora de un modo distinto, no como pretendiente celoso, sino representando el misterioso despotismo que ella conocía desde su infancia: el poder de los mormones.

—Venters, ¿dónde quieres recibir el castigo, aquí o en la pradera? —preguntó Tull sonriendo de un modo inhumano, aunque con un destello justiciero en sus ojos…

—¡Aquí…, si es necesario! —contestó Venters—. Pero más te vale matarme ahora mismo, porque si no, juro que te costará cara tu brutalidad, a ti y a tus mormones. ¡Me convertirás en otro Lassiter!

El extraño brillo, la austera luz que parecía irradiar el rostro de Tull podía interpretarse como santo goce ante la espiritual concepción del exaltado deber, pero había en él algo más, apenas disimulado, algo personal y siniestro, un abismo aterrador. Tan despiadado sería en su odio como fanático e inexorable era en su religión.

—Tull, me arrepiento —balbuceó Juana. Su religión, la inveterada costumbre de obedecer, de humillarse, y también la angustia del miedo, la hizo hablar así—. ¡Perdona al muchacho! —murmuró.

—Ya no puedes salvarle, es demasiado tarde —repuso Tull.

Juana inclinó la cabeza ante lo inevitable. Dióse cuenta de la realidad y, de pronto, surgió en ella un ser más fuerte, endurecióse lo que hasta entonces había sido suavidad y blandura. Otra vez su indolente mirada contempló las onduladas praderas. Juana amaba aquella roja selvatiquez que, en los momentos de angustia, habíale dado consuelo y fortaleza, y en los momentos de felicidad, su belleza había sido su mayor gloria. En aquel momento de extrema necesidad murmuró: «¡Salvadle, Dios mío!», como si de aquellos rojos y selváticos lugares pudiera surgir un hombre intrépido, libre de prejuicios religiosos y raciales, que detuviera la inexorable brutalidad de los suyos.

Los hombres de Tull cesaron en sus impacientes movimientos. Oyóse un murmullo de voces, luego una exclamación:

—¡Mirad! —dijo uno señalando al Oeste.

—¡Un jinete!

Juana Withersteen se volvió y, en efecto, vio a un jinete que venía hacia ellos, cuya silueta se destacaba sobre el cielo del Oeste. Habíase aproximado desde la altura de la izquierda y nadie lo vio hasta que estuvo muy cerca. Aquella inesperada aparición parecíale a Juana como una respuesta a su silenciosa plegaria.

—¿Lo conoces tú, Juana? ¿Lo conoce alguien de vosotros? —preguntó Tull apresuradamente.

Sus hombres miraron con detenimiento al jinete que se aproximaba, y uno a uno hicieron un movimiento negativo con la cabeza.

—Viene de muy, lejos —dijo uno.

—Trae un caballo excelente —opinó otro.

—Es un jinete extraño —exclamó un tercero.

—¡Caramba, va vestido de piel negra! —añadió un cuarto.

Tull impuso silencio con un movimiento de la mano y avanzó dos pasos de modo que ocultaba por completo a Venters.

El jinete detuvo su caballo y se deslizó con tal rapidez al suelo, que parecía no haber empleado para desmontar sino un solo movimiento. Era notable la celeridad con que lo efectuó sin dejar de mirar ni un segundo a los que tenía enfrente.

—¡Fijaos! —murmuró uno de los acompañantes de Tull—. Lleva dos grandes pistolas negras. Es difícil distinguirlas bien sobre el pantalón negro.

—¡Un *gunman*[2]! —murmuró otro—. ¡Ojo, muchachos, con mover las manos!

El forastero acercábase lentamente. Su modo de andar podíase atribuir al cansancio del viaje, mas también a la cautela del que se previene contra cualquier riesgo.

—¡Hola, forastero! —exclamó Tull, sin que su voz revelara sentimientos de bienvenida, sino únicamente fría curiosidad.

El jinete contestó con un movimiento de cabeza a modo de saludo. La ancha ala de su gran sombrero negro proyectaba una oscura sombra sobre su rostro. Durante un instante estuvo contemplando a Tull y a sus hombres, y luego se detuvo, perdiendo algo de su rigidez.

—Buenas tardes, señora —dijo a Juana, y se quitó el sombrero con rara desenvoltura. Juana correspondió a su saludo, y al contemplar su rostro, instintivamente confió en él. Tenía todas las características de los jinetes de la pradera: una faz enjuta, tostada por el sol, y la rigidez que dan los años de silencio y de soledad. Mas no fue eso lo que atrajo la atención de Juana, sino la intensidad de su mirada, una indolencia peculiar, un fuerte anhelo que se leía en sus grises y agudos ojos, como si aquel hombre buscase infatigablemente algo que nunca hallaba. La sutil intuición femenina de Juana adivinó en él, a pesar del breve instante, una tristeza, una

añoranza, un secreto.

—¿Sois Juana Withersteen? —preguntó el jinete.

—Sí —contestó ella.

—¿Os pertenece el agua de aquí?

—Sí.

—¿Me permitís que abreve mi caballo?

—Naturalmente. Ahí tenéis el abrevadero.

—Pero, quizá, si supierais quien soy… —El desconocido vaciló, mirando un momento a los hombres que escuchaban—, tal vez no me dejaseis abrevar mi caballo, aunque nada pido para mí.

—Forastero, no importa quién seáis. Abrevad vuestro caballo. Y si tenéis sed y sentís hambre, entrad en mi casa.

—Gracias, señora. Nada deseo para mí, sino para mi caballo, que está cansado…

El piafar de los caballos interrumpió al jinete. Los hombres de Tull moviéronse con inquietud y rompieron el círculo que ocultaba al prisionero Venters.

—Parece que mi llegada ha interrumpido algún acontecimiento… ¿Es así? —preguntó el forastero.

—Sí —repuso Juana Withersteen con un sollozo en la voz.

Ella sintió la irresistible mirada del forastero clavarse en sus ojos; luego le vio mirar a Venters, a los hombres que lo tenían sujeto y a su cabecilla.

—En este país, todos los ladrones de caballos, todos los bandidos, todos los *gunmen*[3], toda la gente maleante parece reclutarse entre los gentiles. Señora, ¿a qué clase maleante pertenece ese joven?

—A ninguna. Es un muchacho honrado.

—¿Vos lo sabéis, señora?

—Desde luego…

—Entonces, ¿qué hizo para que lo hayan atado así? La pregunta, clara y terminante, que se dirigía tanto a Tull como a Juana, aquietó a los hombres y motivó un momento de absoluto silencio.

—Preguntádselo a él —replicó Juana elevando la voz.

El jinete se separó de ella con el mismo paso lento y mesurado con que se aproximara, y el hecho de que su acción dejase a Juana separada del grupo de Tull y sus hombres tenía una clara significación.

—Joven, ¡hablad! —dijo dirigiéndose a Venters.

—¡Eh, forastero, este asunto no os interesa! —dijo Tull—. Haced el favor de no meteros en él. Se os ha dado permiso para abrevar vuestro caballo y se os ha invitado además a comer. Esto es más de lo que se acostumbra en los pueblos de la frontera de Utah. Abrevad, pues, vuestra cabalgadura y marchaos.

—Despacio…, despacio; aún no me he metido en nada —replicó el jinete. En el tono de su voz habíase operado un cambio. Era otro hombre el que hablaba. Al dirigirse a Juana se expresó con suavidad y gentileza, y ahora, al hablar por primera

vez con Tull, lo hacía con sequedad, fría y mordazmente—. Veo que he sorprendido una escena extraña. Siete mormones, todos con pistolas al cinto; un gentil maniatado y una mujer que afirma ser éste un hombre bueno. Muy raro, ¿verdad?

—Raro o no, nada os importa —exclamó Tull.

—En el país dónde nací, la palabra de una mujer es ley. Todavía no lo he olvidado. Tull se agitó, movido por la sorpresa y el furor.

—¡Entrometido! Nosotros tenemos aquí para las mujeres leyes muy distintas… ¡La ley de los mormones! ¡Cuidado con violarla!

—¡Al infierno las leyes mormonas!

El deliberado insulto señaló otro cambio en la actitud del jinete, que se mostraba ahora amenazador. Tull se quedó con la boca abierta y se echó atrás ante la blasfemia injuriosa contra una institución que para él era sagrada. Jerry soltó las bridas de los caballos y se quedó de piedra. Los demás permanecieron rígidos, alerta los ojos, esperando.

—¡Hablad, joven! ¿Qué habéis hecho para que os hayan atado de ese modo?

—¡Es un atropello, un ultraje! —gritó Venters—. Nada malo he hecho. He enojado a este dignatario de los mormones por ser amigo de esa mujer.

—Señora, ¿es verdad lo que dice? —preguntó el jinete dirigiéndose a Juana, pero sin que sus penetrantes ojos se apartaran del grupo de los silenciosos hombres.

—¿Qué si es verdad? Sí, sí, es la pura verdad —contestó ella.

—Pues, joven, yo creo que de esta dama no se puede dejar de ser amigo… ¿Qué os quieren hacer por ello?

—Quieren azotarme. Bien sabéis lo que eso significa… en Utah.

—Creo que sí —observó con calma el jinete. Contempló con frialdad a los mormones; el inquieto piafar de los caballos, la creciente agitación de Juana, la digna quietud de Venters, aumentaron la tensión del momento. De pronto, Tull se echó a reír; mas era la suya una risa forzada, una risa que sólo revelaba su temor.

—¡Vámonos! —gritó a sus hombres.

Juana Withersteen volvióse nuevamente hacia el jinete.

—¿No podéis hacer nada para salvar a Venters?

—Señora, ¿deseáis que lo salve de… vuestra gente?

—¿Si lo deseo? ¡Os lo ruego!

—Pero… vos no sabéis a quién se lo pedís.

—¡Oh, señor, os lo suplicó! ¡Salvadle!

—Esa gente es mormona, y yo…

—No importa… ¡Salvadle…!, pues le quiero. Tull emitió un fiero gruñido.

—¡Imbécil! ¡Revela tus secretos! Hallaremos un medio para enseñarte lo que aún no has aprendido… ¡Vamos, hombres, en marcha!

—¡Mormón! ¡Ese joven se queda! —ordenó el jinete.

—¿Qué?

—¡Ese joven se queda aquí!

—¿Quién me impedirá llevármelo? ¡Es mi prisionero! —bramó Tull—. Forastero, os lo aconsejo nuevamente… No os metáis dónde no os llaman. Bastante he tolerado ya: ¡marchaos en seguida o…!

—Os lo repito: ¡ese joven se queda aquí!

La voz metálica del jinete no admitía duda: había decidido proteger al desgraciado Venters.

—¿Quién sois? Nosotros somos siete.

El jinete dejó caer su sombrero e hizo un rápido movimiento, muy singular: se quedó un poco agachado con los brazos ligeramente doblados y en tensión, y las negras fundas de las dos grandes pistolas bien visibles, al alcance de sus manos.

—¡Lassiter!

La exclamación de sorpresa, el grito emocionante de Venters, fue cómo un puente de conexión entre la actitud extraña de aquel personaje y el nombre del hombre temido.

Tull alzó la manó cómo si quisiera buscar un apoyó. Apagóse el brillo de sus ojos, en los que se leía ahora el temor a la muerte. Mas ésta, aunque suspendida sobre él, no descendió, porque el jinete esperaba que su contrincante bajara la manó para buscar la pistola, lo cual no hizo. Tull, procurando dominarse, volvióse hacia los caballos y desapareció con sus hombres.

# Capítulo II

Venters estaba demasiado conmovido para demostrar con palabras el agradecimiento que revelaba su rostro. Juana se fue hacia el salvador y le estrechó ambas manos. Sus sonrisas entre lágrimas de alegría parecían turbar al forastero. Luego, cuando renació la calma y la serenidad, Juana se dirigió hacia el caballo de Lassiter.

—Yo misma le daré de beber —dijo. Y cogiéndolo por la brida lo llevó al abrevadero, que estaba a la sombra de un enorme y viejísimo álamo.

Con dedos ágiles, le soltó la brida y el freno. El caballo dio un resoplido y bajó la cabeza. El abrevadero era de sólida piedra, cubierta de musgo muy fresco, y el agua ambarina que lo llenaba salía a chorro vivo de un caño de madera.

—¿Os trae de muy lejos?

—Sí, señora; unas sesenta millas, acaso setenta.

—Un camino muy largo, un camino… ¡Ah, vuestro caballo es ciego!

—Sí, señora —contestó Lassiter.

—¿Qué es lo que le causó la ceguera?

—Unos hombres lo cazaron una vez con lazó, lo sujetaron y acercaron a sus ojos un hierro candente.

—¡Dios mío! ¿Y decís que fueron hombres? Querréis decir demonios… ¿Fueron vuestros enemigos…, los mormones?

—Sí, señora.

—¡Vengarse en un caballo! Lassiter, los hombres de mi religión son inhumanos y crueles. Con gran pesar mío lo confieso. Tanto han sido perseguidos, odiados y maltratados, que su corazón se ha endurecido. Mas nosotras, las mujeres, rogamos en silencio para que llegue pronto el día en que se ablanden.

—Perdonadme, señora, pero ese día jamás llegará.

—¡Oh, sí, sí!… Lassiter, ¿creéis que las mujeres mormonas son malas? ¿Habéis alzado también vuestra mano contra ellas?

—No. Creo que las mormonas son las mejores, las más nobles, las más pacientes, las más ciegas y las más desgraciadas mujeres de la tierra.

—¡Ah! —Juana contempló grave y pensativamente a Lassiter—. Entonces…, ¿queréis compartir mi pan?

Lassiter tardó en contestar; turbado, daba vueltas al sombrero y movía los pies.

—Señora —dijo a poco—, creo que vuestra gran bondad os hace olvidar las cosas. Tal vez no se me conozca bien en estos lugares, mas habéis de saber que allá, en el Norte, hay mormones enterrados que se agitarían en sus tumbas si pudiesen saber que Lassiter se sienta a vuestra mesa.

—Es posible. Mas…, ¿queréis aceptar, sin embargo? —preguntó ella.

—Acaso tengáis un hermano u otro pariente que podría entrar, y al verme se sentiría ofendido, y yo no quisiera…

—No tengo en Utah ningún pariente. No hay nadie aquí con derecho a exigirme

cuenta de mis actos… —Y volviéndose sonriente a Venters, añadió—: Vos también, Bern. Vendréis con Lassiter. Comeremos y estaremos alegres mientras podamos.

—Quisiera saber si Tull y sus hombres tramarán ahora algo siniestro en el pueblo —dijo Lassiter vacilando aún.

—Sí, lo hará… después de rezar —replicó Juana—. ¡Vamos!

Y cogiendo la brida del caballo de Lassiter echó a andar, seguida de los dos hombres. Penetraron en un bosquecillo y, después de cruzarlo, entraron en un ancho camino sombreado por grandes álamos. El sol poniente enviaba sus últimos y dorados rayos a través del follaje.

El césped era denso y alto, contraste agradable para los ojos cansados de contemplar la bermeja aridez de la pradera. En la copa de un árbol cercano un petirrojo entonó una canción vespertina, y en el aire quieto flotaba la frescura y el murmullo del agua corriente.

El hogar de Juana Withersteen se hallaba en un círculo de álamos. Tratábase de un edificio de techo bajo, de forma alargada, construido parcialmente de piedra roja. En el centro había un gran patio cubierto, en medio del cual corría un arroyo de agua ambarina. Las pesadas piedras, las grandes vigas, las sólidas puertas y ventanas revelaban la mano de un hombre que levantó el edificio para que resistiera la acción del tiempo y los ataques de los hombres. Las flores y el musgo que guarnecían el arroyo de pétreo cauce, los vivos colores de las alfombras en el suelo del patio, un agradable rinconcito con una hamaca y un estante de libros, la limpia mesa cubierta con albo mantel, mostraban la mano de la hija, que deseaba vivir dichosa, sin preocuparse del porvenir.

Juana dejó el caballo suelto para que corriera por la densa hierba.

—Estoy segura de que queréis tenerlo cerca de vos —dijo—; de lo contrario, lo hubiera llevado al campo de alfalfa.

Llamó a sus criadas, que empezaron a ir de un lado a otro, arreglando la mesa. Juana, excusándose, entró en su casa.

Atravesó una gran habitación de techo bajo que tenía aspecto de estancia de una fortaleza; desde ella entró en otra más pequeña, en la que ardía un chisporroteante fuego en un hogar abierto; dejó también esta habitación para penetrar en la suya. Tenía ésta la misma comodidad y buen gusto que se revelaba en el patio, y los suaves matices del color de las paredes y de los muebles creaban un ambiente tibio y elegante.

Raras veces penetraba Juana Withersteen en su habitación particular sin mirarse en el espejo. Gustaba de ver reflejada en el cristal la belleza de su rostro, que oyó ponderar desde la más temprana edad. Sus parientes y amigos, y más tarde un tropel de adoradores mormones y gentiles, habían avivado la llama de su innata vanidad. De aquí que a los veintiocho años apenas pensase en su maravillosa influencia para el bien de la pequeña comunidad de Cottonwoods, de la que su padre la dejó casi dueña absoluta; acariciaba con preferencia los sueños que le inspiraba la seguridad del

encanto de su belleza. Esta vez, sin embargo, mirábase en el espejo con alegría distinta y sin la acostumbrada sonrisa de complacencia. Porque hoy importábale más ser hermosa por su nuevo amigo que por sí misma; quería ser bella a los ojos de Lassiter, aquel hombre cuya terrible fama había cruzado el enorme desierto de piedras y praderas de artemisa, aquel hombre de voz suave y rostro triste, que odiaba y mataba a los mormones.

No fue ahora su casi inconsciente y vana obsesión la que actuó en ella al cambiar apresuradamente su traje de montar por otro blanco, contemplando luego largamente la figura soberbia y de graciosos contornos, el bello rostro de firme mentón y labios carnosos, los azules ojos de orgullosa y pasional mirada que se reflejaban en el cristal.

—Si puedo hacer que se quede aquí algunos días, no volverá a matar a ningún mormón —musitó Juana—. ¡Lassiter!… Me estremezco al pensar en este hombre, mas cuando le miro olvido quien es y casi le quiero. Sólo recuerdo que ha salvado a Bern. Mucho ha debido de sufrir. ¿Por qué? ¿Acaso amó alguna vez a una mormona? ¡Con qué calor nos defendió a nosotras, pobres e incomprendidas mujeres! El caso es que debe de saber mucho…

Juana Withersteen reunióse de nuevo con sus invitados y los hizo sentar a su mesa. Ordenó que se retirara la criada y sirvió ella misma. La cena fue abundante, generosa; la compañía, extraña. A su derecha sentó al desharrapado y famélico Venters, y aunque un ciego hubiera podido darse cuenta de que el joven formaba parte de la felicidad de Juana, aquél mostróse sombrío y triste. Parecía que pesaba sobre él la ruina que le presagió Tull. A la izquierda de Juana estaba Lassiter, que con su traje de piel negra parecía un ser fantástico. No demostraba tener hambre ni ganas de hablar, y cada vez que efectuaba uno de sus movimientos de inquietud, las pesadas pistolas golpeaban contra la mesa. Si hubiera podido olvidarse su presencia, aquellos golpes lo harían imposible. Y Juana Withersteen habló y sonrió con ese perturbador juego de labios y ojos con que una mujer bella y atrevida sabe cautivar a los hombres.

Terminada la cena, Juana se inclinó sobre la mesa y, clavando sus ojos en los de Lassiter, preguntó:

—¿Por qué habéis venido a Cottonwoods?

Su pregunta pareció romper un hechizo. El jinete se levantó como si en aquel momento volviera a la realidad.

—Señora, he recorrido todo el sur de Utah, todo el Estado de Nevada en busca de… algo. Y por fin supe que, mediante vuestra ayuda, puedo hallarlo aquí; en Cottonwoods.

—¡Con mi ayuda! ¡Oh! Ahora recuerdo, vos conocíais mi nombre. ¿Dónde lo habéis oído y quién os ha hablado de mí?

—En un pueblecito; Glaze creo que se llama. A más de cincuenta millas de aquí. Lo oí de labios de un gentil, un jinete que me dijo que vos podíais decirme dónde puedo hallar…

—¿Qué? —preguntó ella imperiosamente, al ver que Lassiter vacilaba.

—La tumba de Milly Eme —contestó él, muy bajo, con manifiesto esfuerzo.

Venters se volvió rápidamente para contemplar asombrado a Lassiter, y Juana se levantó pálida, sorprendida también.

—¿La tumba de Milly Erne? —repitió en un murmullo—. ¿Qué sabéis de Milly Eme, mi más querida amiga, que murió en mis brazos? ¿Qué fuisteis para ella?

—¿Acaso he dicho que fuese algo para ella? —preguntó él—. Conozco a su gente, a sus parientes, que hace mucho tiempo desean saber dónde está enterrada. Eso es todo.

—¿Sus parientes? Jamás nos habló de ellos, excepto de su hermano, que fue muerto en Texas. Lassiter, la tumba de Milly Erne está en un lugar secreto de mi hacienda.

—¿Queréis llevarme allí…? A los ojos de los mormones será ésa una ofensa mayor que la de sentarme a vuestra mesa.

—Así es, pero lo haré. Sólo que… hemos de ir cuando nadie nos vea. Mañana, tal vez.

—Gracias, Juana Withersteen —dijo el jinete. Se inclinó profundamente y dio un paso atrás para marcharse.

—¿No queréis quedaros… a dormir bajo mi techo? —preguntó ella.

—No, señora, aunque os agradezco vuestra bondad. Jamás duermo bajo techado. Y hoy menos, porque no debo olvidar que puede tramarse algo en el pueblo. No, no; iré a la pradera. Confío en que vuestras bondades no os causarán ningún perjuicio.

—Lassiter —dijo Venters con amarga sonrisa—, la pradera también es mi lecho. Puede que nos encontremos allí.

—Tal vez. Pero la pradera es ancha y yo no estaré muy cerca. Buenas noches.

Lassiter silbó y el negro caballo contestó con un relincho, acudiendo en seguida. El jinete no lo montó, sino que, cogiéndolo de la brida, se alejó con él, desapareciendo lentamente entre los álamos.

—Juana, he de marcharme en seguida —dijo Venters—. Dadme mis armas. ¡Oh, si las hubiera tenido antes!

—En tal caso, o mi amigo o un dignatario de mi religión estaría muerto a estas horas —dijo ella.

—Seguramente sería Tull.

—¡Oh, juventud fiera y brava! ¿No podré jamás enseñaros a ser piadoso, a tener paciencia? Bern, el perdonar a los enemigas es merced divina.

¡Callad! No me habléis más de piedad ni de religión… después de lo sucedido. La providencial llegada de Lassiter ha permitido que yo sea todavía un hombre, y ahora mismo quiero seguir siéndolo o morir como tal… ¡Dadme mis armas!

Juana penetró silenciosamente en la casa y volvió poco después con una cartuchera, una pistola enfundada y un largo rifle. Mientras Venters se colocó el cinto, se sujetó la pistolera y se colgó el rifle del brazo, ella lo contempló en silencio.

—Juana —dijo suavemente el joven—, no me miréis así. No voy a asesinar a vuestro dignatario. Trataré de no encontrarme con él ni con sus hombres. Pero ¿no veis que he llegado al límite de mi paciencia? Sois una mujer maravillosa. Jamás hubo mujer tan buena y tan poco egoísta. Sólo que, en cierto modo, sois ciega. ¡Escuchad!

Desde detrás del bosquecillo de álamos oyéronse rápidos pasos de caballos.

—Algunos de vuestros jinetes —continuó el joven—. Se aproxima la hora del cambio de guardia. Vámonos al banco que hay en el bosquecillo. Allí podremos hablar.

Afuera era aún de día, pero bajo las anchas copas de los álamos, las sombras oscurecían ya las veredas. Venters condujo a Juana, por un estrecho sendero, hacia una pequeña colina, en la linde opuesta del bosque. Allí, muy escondido, había un banco de piedra, desde el cual, y a través de un claro entre las copas de los árboles, podían verse las praderas, la lejana pared roqueña y la débil línea de los cañones. Juana no había pronunciado una palabra desde que Venters le habló de un modo tan duro, pero durante el camino habíase apoyado en su brazo, y cuando el joven se detuvo y colocó el rifle en el banco, ella no lo soltó.

—Juana, temo que haya llegado el momento de separamos.

—¡Bern! —exclamó ella.

—Sí, no hay más remedio. Mi situación no es envidiable… Nada tengo, todo lo perdí…

—Os daré lo que queráis…

—Escuchadme, Juana. Cuando hablo de pérdidas no me refiero a lo que vos creéis, sino a la pérdida de mi buen nombre, a la de la amistad de las personas, a todo lo que me hubiera ayudado a permanecer en este pueblo, sin sentir amargura. De todos modos, ahora es tarde ya. Por lo que respecta al futuro, creo que debéis olvidarme; Tull es implacable. Hoy os ha demostrado cuáles son sus intenciones…, pero vos no sabéis ver. ¡Estáis ciega…! ¡Vuestra ceguera…, vuestra religión maldita! … Juana, perdonadme, no sé lo que digo; estoy amargado. Temo que esa mano invisible caiga ahora sobre vos para arruinaros.

—¿Qué mano invisible?

—Me refiero a vuestro obispo —dijo Venters deliberadamente. Y al notar que ella iba a separarse de él, la retuvo—. Él representa aquí la omnipotente ley de los mormones. Él me condenó a la ruina, y ya veis qué me queda. Ahora hará cuanto pueda para obligaros a obedecer los mandatos de vuestra religión, o sea los suyos.

—Sois injusto con el obispo Dyer Tull es duro, lo sé; pero también hay que considerar que está enamorado de mí hace años.

—Vuestra fe siempre os hace hallar excusas para todo. No podéis ver lo que yo sé… y si lo vierais, ni para salváros la vida lo admitiríais. Es que sois mormones. Vuestros dignatarios y obispos se atreven a todo con tal de aumentar el poder y la riqueza de su religión, de su imperio. Recordad lo que han hecho a los gentiles, a mí,

por ejemplo… ¡Recordad la desventura de Milly Eme!

—¿Qué sabéis de su historia?

—Sé bastante, todo, tal vez, excepto el nombre del mormón que la trajo aquí. Pero no hablemos más de ello.

Juana le apretó la mano como respuesta. Venters llevóla al banco, en el que ambos se sentaron. Respetó el silencio de la joven porque adivinó que pasaba por un momento de honda emoción que él no podía comprender.

En aquel instante fulgían los últimos rayos del sol antes de ceder al crepúsculo. Para Venters, el panorama que estaba contemplando era, en más de un sentido, semejante a la perspectiva de su futuro, y con ojos ávidos escudriñó la purpúrea belleza del desierto de artemisa. En él se hallaba lo desconocido y el peligro. Aquel maravilloso panorama dábale a Venters la impresión de una selvática, austera y poderosa manifestación de la Naturaleza. Y lo mismo que le recordaba en cierto modo la perspectiva de su vida, también vio de pronto en la grandiosa escena una semejanza con la mujer que tenía a su lado; sólo que en ella la belleza y el peligro eran aún mayores. Representaba Juana un misterio más insoluble, algo inefable que le oprimió el corazón y nubló sus ojos.

—¡Mirad! ¡Un jinete! —exclamó Juana rompiendo el silencio—. ¿Será Lassiter?

Venters miró de nuevo al oeste. Vióse un momento la silueta de un jinete en un otero, y desapareció al punto en el confuso mar de la artemisa.

—Acaso lo sea, pero no lo creo. Ese jinete viene hacia aquí. Seguramente se tratará de uno de los vuestros. Sí, ahora lo veo claramente. Y por allí viene otro.

—Sí. También lo veo yo.

—Tenéis muchos jinetes, Juana. Ayer tropecé con cinco cerca de la senda que conduce al Desfiladero de la Decepción. Estaban con el hatajo blanco.

—¿Aún vais a aquel cañón? Bern, quisiera que no fueseis allí. Oldring y sus bandidos tienen su guarida en aquella parte.

—¿Y qué importa?

—Tull insinuó ya algo acerca de vuestras frecuentes excursiones al Desfiladero de la Decepción.

—Lo sé —dijo Venters con una breve risa—. No tardará en decir que soy ladrón de ganado. Tened presente, Juana, que al salir de aquí no hay más agua en cincuenta millas a la redonda que la de aquel cañón. Mi caballo y yo necesitamos beber… ¡Mirad! Allí hay otros jinetes, pero éstos se alejan del pueblo.

—Es que el hatajo rojo está en la vertiente, cerca del Desfiladero.

El crepúsculo avanzaba con rapidez. Un grupo de jinetes cruzó la oscura línea del valle y, a medida que iba subiendo por la vertiente, se le veía con más precisión.

—Confío en que no tropiecen con Lassiter —dijo Juana:

—Yo también —observó Venters—. A estas horas, los jinetes de la guardia nocturna saben ya lo sucedido. Sin embargo, estoy seguro de que Lassiter se mantendrá alejada de ellos.

—Bern… ¿quién es Lassiter? Para mí sólo es un nombre… un nombre terrible.

—¿Qué quién es? No lo sé, Juana. No he encontrado aún a nadie que le conozca. Habla como si fuera de Texas, como Milly Eme. ¿Lo notasteis?

—Sí. ¡Qué extraño es que él sepa de ella! Y eso que Milly ha vivido aquí durante diez años y que hace ya dos que murió. Bern… ¿qué sabéis de Lassiter? ¡Contadme su historia!

¿Por qué amenazasteis a Tull con convertiros en otro Lassiter?

—Yo sólo he oído ciertos rumores, ciertas historias acerca de él, y no he podido creerlo todo. En Glaze le conocían de nombre, pero ninguno de los jinetes ni de los rancheros con que trabé conocimiento lo había visto. En Stonebridge ni siquiera oí mencionar su nombre. En cambio, en Sterling y en otros pueblos del Norte se hablaba mucho de él. Sin embargo, no estuve en ningún pueblo por dónde Lassiter haya pasado. Hay muchas y muy extrañas historias acerca de él y de sus hechos. Unos dicen que entró a tiros en tal o cual pueblo mormón; otros lo desmienten. Creo que algo de cierto debe de haber; ya a sabéis cómo ocultan los mormones la verdad. En una cosa estaban todos de acuerdo: en que Lassiter es lo que se llama en este país un *gunman*; un hombre que posee una maravillosa rapidez y puntería manejando la pistola. Y, ahora que lo he visto, sé más: Lassiter ha nacido sin miedo. Le he mirado atentamente cuando surgió con tanta oportunidad. Nunca olvidaré el instante en que le reconocí por su peculiar movimiento de agacharse un poco antes de sacar las armas de fuego. Me lo habían explicada. Entonces no pude menos de pronunciar su nombre. Creo que eso fue lo que le salvó la vida a Tull; en aquel momento, entre Tull y la muerte no había el grosor de un pelo. Si él o cualquiera de sus hombres hubieran bajado un centímetro la mano…

No continuó, pero Juana se estremeció figurándose el resto…

Entre tanto, habíase hecho de noche. El débil claror en la parte oeste había desaparecido, y en el Sur apareció la primera estrella, mientras la pradera yacía envuelta en profundas tinieblas. El ruido de los caballos había cesado, y el silencio sólo era interrumpido de vez en cuando por el débil crujir de la hojarasca al impulso de la suave brisa nocturna.

De pronto, la paz y la calma de la noche fue rota por el estridente aullido de un coyote, y desde lejos llegó la débil respuesta de su pareja.

—Ya están ladrando los perros de la pradera —dijo Venters.

—No me gusta oírlos —contestó Juana—. A veces, por las noches, cuando no puedo dormir, escucho sus aullidos, ya fieros, ya como un gemido, y entonces pienso en vos y recuerdo que dormís en la pradera, Dios sabe dónde, y siento miedo.

—Juana, no hay música más dulce que el aullido de los coyotes, ni cama mejor que el suelo de la pradera.

—¡Imposible me parece que hombres como Lassiter y como vos no tengan hogar, ni comodidades, ni descanso, ni lugar dónde vivir tranquilamente! ¡Paciencia! ¿Qué le vamos a hacer? Tal vez el enojo de Tull se calme y con el tiempo mejoren las

circunstancias. Quizá vos prestéis algún servicio señalado a nuestro pueblo… ¿quién sabe? Supongamos que descubrís la ignorada madriguera de Oldring y su banda, revelando el sitio a mis jinetes. Eso echaría por tierra las estúpidas insinuaciones de Tull y os colmaría de favores. Durante muchos años mis jinetes han tratado de seguir la pista del ganado robado. Sabéis tan bien como yo lo caras que hemos tenido que pagar nuestras haciendas en esta selvática región. Oldring se lleva nuestro ganado cuando le place, lo mete en esa red intrincada de misteriosos cañones y, no se sabe en qué parte del Norte o del Este, vuelve a sacarlo para llevarlo a los mercados de Utah. Si insistís en recorrer el Desfiladero de la Decepción podéis intentar hallar la pista.

—Hace tiempo que se me ha ocurrido lo mismo, Juana, y voy a probar fortuna.

—Ahora debo irme. Y lo siento, porque de ahora en adelante nunca sabré con seguridad si os volveré a ver. ¿Os veré mañana, Bern?

—Mañana sí, pues pienso aguardar a Lassiter y vendré con él.

—Buenas noches, Bern.

Venters esperó hasta que el débil sonido de una puerta que se cierra indicóle que Juana había entrado en su casa. Luego, cogiendo su rifle, se deslizó silenciosamente por la maleza, otero abajo, por entre los árboles, hacia la linde del bosque. El color gris del cielo tornábase poco a poco azul; el firmamento aparecía cuajado de estrellas, cuya luz despejaba la sombra; de la ancha y ondulada llanura que se extendía ante él venía un viento fresco lleno de fragancia de artemisa. Venters avanzó por la linde del bosque en dirección al Oeste. Cerca ya del final se detuvo, porque había oído algo. El ruido de golpes regulares y amortiguados le indicó que pronto pasarían por aquel lugar algunos caballos. Se echó al suelo, escondiéndose entre la maleza, y aguarda. Mucho antes de lo que esperaba, a juzgar por el ruido, vio, asombrado, que muy cerca del lugar dónde se hallaba pasaban algunos jinetes. Venters comprendió al instante que los cascos de los animales habían sido envueltos en trapos para amortiguar el ruido de sus pisadas. La débil luz de las estrellas no permitió distinguir claramente a los jinetes. Sin embargo, los ojos de Venters estaban acostumbrados a la oscuridad y, aguzando la vista, pudo reconocer el enorme cuerpo y el rostro de negras barbas de Oldring y la figura esbelta y flexible del lugarteniente del bandido, un jinete enmascarado. Pasaron pronto, desapareciendo en las tinieblas. Luego, más afuera, en la pradera, pasó un compacto grupo de jinetes, casi sin hacer ruido, como si fuesen fantasmas, y, a poco, también éstos desaparecieron en la oscuridad.

# Capítulo III

Una visita en pleno día de Oldring y de algunos de sus hombres a Cottonwoods nada tenía de particular; pero que lo hicieran durante la noche y con los cascos de sus caballos envueltos en trapos para amortiguar el ruido significaba que urdían algo siniestro. Además, la presencia del «Jinete Enmascarado» de Oldring era para Venters signo de mal agüero. El mayor misterio rodeaba la figura de aquel jinete; muy raras veces aparecía en el pueblo, y cuando lo hacía cruzábalo velozmente. En contadas ocasiones veíasele de día en la pradera, mas por dondequiera que pasara dejaba una estela de hechos oscuros y misteriosos, como su máscara. Y es que la banda de Oldring no se limitaba al robo de ganado.

Venters permaneció largo rato echado en la linde del bosque, reflexionando acerca de aquella expedición nocturna de los bandidos. Luego, con súbito arranque, se levantó y volvió sobre sus pasos. Al llegar al sendero por el cual se iba a casa de Juana tuvo otro impulso. Rápida y silenciosamente se dirigió al pueblo. Después de cruzar el bosque, penetró en la única calle del lugar, ancha vía ordenada por dos filas de altos álamos a cuyo pie corría en dos arroyos el agua procedente del manantial propiedad de Juana Withersteen.

Entre los árboles veíanse aquí y allá las débiles luces de las cabañas y chozas, y al final de la calle brillaban las iluminadas ventanas de los almacenes del pueblo. Al acercarse vio Venters un compacto grupo de hombres que parecían enfrascados en seria conversación. Manteniéndose bajo la protección de la sombra de los árboles, se aproximó hasta distinguir las voces, pero nada pudo entender. Reconoció a muchos mormones, pero entre ellos no estaba ni Tull ni ninguno de sus hombres. Venters se dijo que los ladrones de ganado no podían haber pasado por el pueblo. Sin duda en aquel grupo se hablaba de la llegada del terrible Lassiter. De él no podía ser, porque Venters era conocedor de la reserva con que Tull solía conducir todos sus asuntos.

Viendo que no se enteraría aquella noche de nada nuevo ni importante, Venters retrocedió, y ya se hallaba al final de la calle, a punto de entrar nuevamente en el bosque, cuando el ruido de pisadas de caballos hizo que volviera a buscar la sombra protectora de un árbol. A poco vio venir dos jinetes. A la débil claridad estelar advirtió que uno de ellos era la recia e inconfundible figura de Tull, y el otro, Jerry, uno de sus confidentes. Ambos guardaban silencio y desaparecieron rápidamente en la oscuridad.

Venters continuó, pensativo y melancólico, su ruta, repasando los hechos de aquel día y tratando de descifrar los enigmas de la noche. Sus pensamientos le aturdían. En aquel bosque cuyo lindero pisaba vivía una mujer con cuya amistad se honraba. Y él rondaba su vivienda, rifle en mano, como si fuera un piel roja, un hombre sin hogar, sin amigos, sin finalidad alguna en la vida. Y sobre aquella mujer se cernía la tenebrosa sombra de un feroz y secreto poder. Ninguna reina daría sus riquezas más regiamente que Juana Withersteen daba las suyas a su pueblo y a los desgraciados

odiados por los suyos. Ella no pedía sino el sagrado derecho de toda mujer: la libertad; quería vivir y amar como le dictaba su corazón. Y sin embargo, eran vanos sus ruegos y esperanzas.

—Hace años que veo cernerse la tormenta sobre su cabeza y sobre el pueblo de Cottonwoods —murmuró Venters mientas andaba—. Pronto estallará, y esta perspectiva no me gusta nada.

Aquella noche las gentes del pueblo murmuraban en la calle; los bandidos salían con los férreos cascos de sus caballos forrados de trapo; Tull operaba en secreto; en la pradera ocultábase un hombre que tenía una fama terrible: ¿Lassiter?

Venters se adentró en la pradera guiándose por una estrella del Oeste. De vez en cuando deteníase para escuchar; pero sólo oía el aullido familiar de los coyotes y el murmullo del viento en las artemisas. Al cabo de media hora llegó a un sitio dónde se alzaba, a su derecha, un grupo de rocas, por entre las cuales se metió. A un suave silbido suyo acudió, saltando y gimiendo de gozo, un perro, y continuaron los dos cautelosamente por entre las pétreas masas hasta llegar a un suave declive en cuyo final había un objeto blanco, que no era sino otro perro dormido entre una silla de montar y un caballo. Al acercarse Venters se despertó el can y movió alegremente la cola en señal de saludo al amo. Venters colocó la silla de montar a modo de almohada, extendió sus mantas y se tumbó a dormir, boca arriba. El perro blanco se acurrucó a su lado, y el otro se apostó a pocos metros, montando la guardia. En aquel selvático refugio, con el inmenso firmamento por techo, Venters cerró los ojos, estableciendo un amargo parangón entre la soledad de las estrellas y la suya. Después se quedó dormido.

Cuando despertó comenzaba a alborear y el aire era frío. Levantóse rápidamente, estiró los entumecidos miembros, saludó a los perros, que bostezaban, y recogió un montón de palos de artemisa con el que encendió un buen fuego. Asó unas cuantas lonjas de carne seca y dio también algunas a los canes. Con el agua de su cantimplora apagó su sed. No había otra cosa en su equipo. La necesidad habíale enseñado a ser sobrio. Después, sentóse junto al fuego y esperó. Durante muchos meses su principal ocupación había consistido en esperar, sin saber el mismo exactamente qué era lo que esperaba, como no fuera el rápido transcurrir de las horas. Mas ahora presentía que el futuro inmediato reservábale acción. Aquel mismo día volvería a hallar a Juana; tal vez sabría algo de los ladrones de ganado; al día siguiente emprendería el camino hacia el Desfiladero de la Decepción para averiguar el misterio de su laberíntica salida.

Mientras aguardaba hablaba a los perros. Habíalos bautizado con los nombres de *Ring* y Blanca; los dos eran perros pastores, de fuerte cuerpo y muy bien entrenados. Parecíale a Venters que aquellos animales comprendían el valor que tenían para él en su desgraciada situación, y que, comprendiéndolo, redoblaban su afecto y su fidelidad. Blanca le miraba con cariño, y *Ring*, agachado en una pequeña elevación del terreno, manteníase incansablemente alerta, como había hecho durante toda la

noche.

Al salir el sol, Blanca ocuparía el puesto del otro, y *Ring* se iría a dormir a los pies de su amo.

Al cabo de media hora, Venters recogió y dobló sus mantas, uniéndolas a su pobre equipaje; luego subió al otero para ver dónde se hallaba su caballo. Estaba a poca distancia, en la pradera, y el joven fue a buscarlo. En aquel país en que todos los jinetes enorgullecíanse de poseer una buena montura y apetecían siempre las carreras para demostrar el valor de sus «pura sangre», contrastaba el pobre rocín de Venters, prueba de su infortunio.

Venters se apoyó en una piedra y volvió a esperar, viendo cómo salía el sol e inundaba con sus rayos la pradera de artemisa roja, hasta que, a su viva luz, percibió en lontananza la silueta de la casa de Juana Withersteen. Al fin vio asomarse por el lomo de una de las ondulaciones del terreno un caballo, e inmediatamente intuyó que se trataba de la negra montura de Lassiter. El joven subió a una roca más alta, con objeto de que se le distinguiera bien, y desde allí agitó el sombrero. La instantánea rapidez con que el caballo de Lassiter dio media vuelta en dirección a Venters era buena prueba de la aguda vista del jinete. Hecha la señal, el joven bajó de la roca, ensilló su caballo, ató a la silla su equipaje y, dando una orden a sus perros, iba a salir a la pradera al encuentro de Lassiter, cuando lo pensó mejor y decidió aguardarle allí mismo dónde el terreno era más elevado y la vista dominaba mayor extensión.

Hacía mucho tiempo que Venters no lograba el saludo amistoso de un hombre y experimentó un estremecimiento de alegría cuando Lassiter le dio los buenos días en tono amable y franco. Al devolvérselos y sentir el firme apretón de la férrea mano y la mirada de sus grises ojos, tuvo la impresión de que llegarían a ser buenos amigos.

—Venters —dijo Lassiter después, soltando la brida de su caballo—, hablemos un poco antes de ir allá abajo. Yo no tengo ninguna prisa… ¡Magníficos perros los vuestros! —Contempló también un momento la montura de Venters, pero no expresó su opinión—. ¿Y qué? ¿Hubo algo de particular anoche, después de marcharme?

Venters le contó lo que había observado de los bandidos.

—Pues yo estaba cómodamente echado entre unas matas de la pradera —replicó Lassiter— y no oí ni vi nada. Creo que Oldring debe de ser el amo por aquí. No es nada nuevo, en el norte de Utah, que sepa escabullirse por los cañones sin dejar rastro alguno… —Lassiter guardó un momento de silencio—. Oldring y yo —añadió en seguida— nos conocimos hace algunos años, cuando él llevaba el ganado al Vado de Bostil, cerca de la desembocadura del río Virgen. Pero allí tuyo no sé qué dificultades y ahora lleva el ganado a un mercado distinto.

—¿De modo que le conocéis? Decidme: ¿es gentil o mormón?

—No lo sé. He conocido mormones que pretendían pasar por gentiles.

—Ningún mormón hace eso, como no sea un cuatrero —declaró Venters.

—Tal vez.

—Éste es un país muy duro para todos, pero especialmente para los gentiles.

¿Habéis oído de algún gentil que haya prosperado en una comunidad mormona?

—No, nunca.

—Pues bien, yo deseo salir de Utah. Mi madre vive en el Estado de Illinois y quiero irme a mi casa. Hace ocho años que me alejé de ella.

La simpatía que le demostró Lassiter impulsó a Venters a relatar algo de su vida. Salió de Quincy con intención de buscar fortuna en los terrenos auríferos de California, pero no había pasado del Estado de Utah. Se detuvo en Salt Lake City[4], desde dónde recorrió aquella región, empleándose unas veces de bracero y otras de pastor. Poco a poco fue dirigiéndose hacia el Sur, hasta llegar a la altiplanicie de los cañones, a la pradera roja, y, ya en ella, hasta los más avanzados poblados. Se convirtió en jinete de la pradera, logró tener ganado propio, prosperó durante algún tiempo, hasta que la casualidad le hizo conocer a Juana Withersteen.

—Lassiter, no necesito contaros el resto.

—Tampoco sería para mí una cosa nueva. Conozco a los mormones, el extraño amor de sus mujeres, su sacrificio, su absoluta reserva y lo que yo califico de locura: la idea que tienen de Dios. Y sé de lo que son capaces los hombres mormones. Trabajan mano a mano, todos muy unidos, en la oscuridad y el misterio. Nadie puede luchar con ellos a no ser que se haga *gunman*, porque los mormones matan pocas veces y a disgusto. Es lo único bueno de su religión. Venters, podéis creer lo que os digo; los mormones están mal de la cabeza.

¿Cómo podría, por ejemplo, un mormón casarse con una segunda mujer, asegurando que cumple así un deber religioso, si no estuviera un poco demente?

—Lassiter, pienso exactamente como vos —repuso Venters.

—Entonces, ¿cómo no habéis pegado un tiro a Tull o a alguno de ellos? —preguntó el jinete con curiosidad.

—Juana los defendió; me suplicó que tuviera paciencia, que cerrase los ojos. Hasta me quitó las pistolas. Cuando quise darme cuenta, lo había perdido todo —contestó Venters, lleno de sonrojo—. Pero no, no lo perdí todo. Del desastre salvé un rifle «Winchester», dos pistolas y una gran cantidad de municiones que escondí en el Desfiladero de la Decepción. Allí, durante seis meses, casi a diario, me he ejercitado en el tiro de rifle hasta que el cañón me quemaba las manos. He practicado además, hora tras hora, el sacar y disparar las pistolas con rapidez.

—Eso es muy interesante —observó Lassiter con un movimiento de cabeza, clavando la mirada de sus grises ojos en Venters—. ¿Sabíais «sacar» una pistola antes de empezar ese ejercicio?

—Sí. Y ahora… —Venters extrajo su pistola como un rayo. Lassiter sonrió.

—¡Vos mataréis a Tull! —lo preguntó, lo afirmó categóricamente.

—He prometido a Juana Withersteen evitar a Tull. Cumpliré mi palabra. Pero, más tarde o más temprano, Tull y yo nos hallaremos frente a frente. Si entonces siento lo que en este instante, bastará que me mire para que «saque» la pistola.

—Así será. No tardará en convertirse el pueblo en un infierno. —Se detuvo un

momento y descargó un latigazo sobre los arbustos—. Venters, puesto que estáis al corriente de las cosas de aquí, contadme la historia de Milly Eme.

—¿La historia de Milly Eme? —preguntó Venters, muy asombrado—. Bien, Lassiter, os voy a contar lo que sé —añadió—. Cuando vine a Cottonwoods, Milly Erne ya estaba aquí hacía años; lo que voy a contaros pasó casi todo antes de mi llegada. Era una mujer muy hermosa y una religiosa fanática. Yo concebí una sospecha, que a nadie he manifestado: la de que, de corazón, era más gentil que mormona; sin embargo, pasaba por mormona y, tenía los labios sellados de las mormonas. Como sabéis, en todas las aldeas y pueblos mormones hay mujeres de aspecto misterioso, pero el caso de Milly Erne era mucho más misterioso que el de ninguna otra. Cuando llegó a Cottonwoods tenía una preciosa hijita, a la que amaba con locura. Públicamente no se conocía a Milly Eme como mujer de ningún mormón, pero tengo la seguridad de que lo fue realmente. Tal vez la otra esposa o las otras esposas del mormón con quien estaba casada no quisieron reconocerla como su igual. Los mormones soportan el yugo que su ley les impone, pero también conocen los celos. Sea lo que fuere lo que trajo a Milly Eme a esta comarca, el amor o el fanatismo religioso, el caso es que ella se arrepintió. Dejó de enseñar a los niños en la escuela del pueblo; dejó de ir al templo. Empezó a contrarrestar la educación mormona de su hijita. Entonces los mormones le apretaron las clavijas, lentamente, como tienen por costumbre. Por último, desapareció la niña; se perdió, según dijeron, y no se la vio más. Yo sé que robaron a la criatura, y vos tampoco lo dudáis. Aquello acabó con Milly Eme, que, sin embargo, esperaba siempre. Se convirtió en esclava. Destrozó su corazón, su alma y su vida para que le devolviesen su hija; no volvió a saber de ella. Consumióse rápidamente… Me parece verla, frágil, casi transparente, pálida como una muerta… ¡Y qué ojos…! Su mirada de corza acosada, de tristeza infinita, siempre me ha perseguido. Una amiga verdadera tenía Milly: Juana Withersteen. Pero Juana no podía curar un corazón destrozado, y Milly murió.

Largo rato estuvo Lassiter sumido en el silencio.

—¡El nombre del mormón! —exclamó por fin, con ronco acento.

—No tengo la más remota idea de quién puede ser —repuso Venters—, ni tampoco lo sabe ninguno de los gentiles que hay en Cottonwoods.

—¿Lo sabe Juana Withersteen?

—Sí, pero ni con unas tenazas candentes le arrancaríais el secreto.

Sin pronunciar una palabra más echó a andar Lassiter, llevando su caballo de la brida; Venters le siguió con sus perros. Bajaron por la suave pendiente y al cabo de media milla encontraron un bosque de frondosos sauces. Penetraron en él y llegaron a un calvero alfombrado de denso y suave césped, dónde el ruido del agua al caer y el cantar de los pájaros llenaron sus oídos. Venters llevó a su compañero a una sombreada glorieta y le enseñó la Fuente Ambarina. Era un magnífico manantial de agua límpida, de color de ámbar, que salía de un agujero abierto en la roca. Lassiter se arrodilló y bebió una y otra vez. No hizo ningún comentario, ni Venters lo necesitó

para comprender lo que pensaba el extraño jinete. Después de su caballo, lo que más aprecia el jinete de la pradera es un manantial de agua. Y aquella fuente era la más bella y más notable que se conocía en la parte sur de Utah, la que convirtió al viejo Withersteen en señor y amo y ahora permitía a su hija devolver el tributo que su padre había exigido a los pobladores de aquel desierto.

El agua del manantial precipitábase por la suave pendiente y formaba un alegre curso bordeado de sauces. Las verdes riberas estaban cuajadas de flores y de arbustos, pues salvo el pétreo canal que conducía el agua, el bosque de sauces no había sido modificado por la mano del hombre.

Más abajo había tres lagos artificiales, uno sobre otro, contenidos por diques hechos de tierra, y en derredor de los lagos crecían los altos álamos de verde follaje. Por la superficie de las aguas nadaban patos; en una orilla, había un martín pescador; un halcón blanco cruzaba el aire, y en las copas de los árboles y en los arbustos cantaban alegremente los pájaros. Formaba todo un extraño contraste con las interminables ondulaciones de la solitaria pradera y el marco de escarpadas rocas que la encuadraba. Venters pensó en la mujer que amaba los pájaros y el verdor de las hojas y el murmullo del agua.

Al terminar la pendiente, y muy cerca del tercero y mayor de los lagos, estaban los corrales del Rancho, un granero de piedra, varios cobertizos y tres gallineros. Oíase piafar de caballos y rebuznos de burros, y cuando los dos hombres penetraron en el enorme espacio de los corrales aumentó el ruido en su derredor. Esa especie de bienvenida no fue, sin embargo, secundada por los varios hombres y muchachos que había en aquel recinto, pues desaparecieron todos tan pronto como Lassiter y Venters entraron. Al dirigirse los dos jinetes hacia la parte dónde estaba la casa apareció Juana llevando un caballo de la brida. Vestida con una blusa y una falda de montar, perdía algo de su forma de Juno, pareciendo más bien una Inda amazona que la grave dueña de Withersteen. Acercóse sonriente y alegre, y su saludo fue muy cordial.

—¡Buenas noticias! —dijo después—. He estado en el pueblo; nada ocurre allí. Yo me figuré…, no sé lo que me figuré; pero, en fin, no se ve agitación, y Tull se ha ido a Glaze.

—¿Qué Tull se ha ido? —preguntó asombrado Venters.

Al joven le extrañó sobremanera que Tull se hubiese marchado y trataba de discernir la causa. ¿Querría evitar otro encuentro con Lassiter? ¿Acaso tenía relación su partida con la llegada de Oldring y su banda?

—Sí, se ha marchado, gracias a Dios —repuso Juana—. Ahora tendré paz por algún tiempo. Lassiter, quiero que veáis mis caballos. Vos, que sois jinete, debéis conocer lo que son caballos buenos. Algunos de los míos tienen sangre árabe. Mi padre obtuvo los mejores de unos pieles rojas que aseguraron que sus caballos descendían directamente, y sin mezcla, de los que dejaron en América los españoles.

—Este que conducís es soberbio —dijo Lassiter contemplando con ojos de experto el espléndido animal que Juana llevaba.

—¿Dónde están los muchachos? —preguntó ella mirando en torno suyo—. ¡Jerd, Pablo! —gritó—. ¿Dónde estáis? ¡Sacad los caballos!

El ruido de las barras al caer hizo que éstos asomasen la cabeza por las ventanas del establo, resoplando y piafando al mismo tiempo. Luego empezaron a salir, uno tras otro, formando una fila de magníficos «pura sangre». Ya en libertad, echaron a correr por el enorme cercado, flameantes las crines.

A regular distancia del grupo se detuvieron y empezaron a aproximarse lentamente, enviando relinchos tímidos a su ama y resoplidos a los dos personajes extraños y a sus caballos.

—Ven…, ven… —llamó Juana alargando la mano—. ¡Cómo, Campanilla, Camorra! ¿Qué modales son ésos? ¡Ven, Estrella Negra…; ven, Africano! ¡Éstos son mis invencibles corceles de la pradera!

Se acercaron sólo dos de ellos, los que Juana llamó Estrella Negra y Africano. Venters no podía menos de demostrar la admiración que le causaban. El pelaje del primero era de un negro brillante, mientras que el del segundo era de un negro suave, apagado. Ambos eran altos, de ancho pecho y cuerpo largo, con esbeltos y fuertes remos. Que los dos eran favoritos de una mujer lo revelaba la limpieza de su piel, la finura de las crines.

—¡Nunca vi caballos semejantes! —encomió Lassiter—, y eso que he visto muchos. Señora, si quisierais hacer una larga y rápida caminata a través de la pradera…, por ejemplo, para fugaros…

Lassiter no terminó la frase, pero el tono de su voz era muy significativo. Juana se ruborizó y arqueó las cejas.

—¡Cuidado, Lassiter, que puedo tomar eso como una proposición! —replicó ella alegremente—. Es peligroso proponer la fuga a una mujer mormona. Bueno, pero yo os estaba esperando porque ahora sería un momento excelente para visitar la tumba de Milly Erne. Los jinetes de la guardia de día se han ido ya, y los de la noche aún no han llegado. Y ¿qué os parece, Bern? ¿No es raro? Ya sabéis que tienen la intención de crearme dificultades.

—No, no lo encuentro raro, a pesar de no ser costumbre que los jinetes de la guardia nocturna regresen tan tarde —repuso Venters lentamente mirando a Lassiter —. Aunque el ganado suele permanecer muy quieto al amanecer, casos ha habido en que un coyote espantó a un hatajo.

—No quiero pensaren nada malo.

—¡Vamos! —dijo Juana.

Montaron a caballo y, con Juana delante, cruzaron la empalizada. Siguiendo el ancho camino del ganado, se dirigieron hacia el Oeste. Los perros de Venters corrían detrás. Por aquel lado del Rancho el panorama era distinto que en el opuesto; el terreno del primer término era más agreste, y la pradera más abrupta y de tono menos vivo; la mirada no tropezaba allí con la línea oscura de los cañones, ni con la de las paredes roqueñas en lontananza. Todo el terreno era una ondulación infinita que se

perdía en una grisácea claridad. Juana Withersteen dejó pronto el camino y penetró en la pradera. Poco después detuvo su caballo y se apeó. Los dos hombres hicieron lo mismo. Continuaron andando y por fin llegaron al borde de un pequeño declive. Juana se detuvo delante de una minúscula prominencia sombreada por una alta artemisa. Un jinete hubiera saltado por encima, del montículo sin reconocer en él una tumba.

—¡Aquí es!

Juana mostróse triste al decirlo, pero no dio ninguna explicación sobre el abandono de aquella tumba sin señal alguna. Sólo había una mata de espliego en flor, plantada seguramente allí por Juana.

—Vengo aquí únicamente para recordarla y rezar por ella —dijo—, pero no dejo ningún rastro.

Lassiter contempló la tumba y luego miró al espacio. Parecía en aquel momento una estatua de bronce.

Juana tocó a Venters en el brazo y se fue con él al sitio dónde habían dejado los caballos.

—¡Bern! —exclamó Juana cuando se hubiera alejado lo suficiente—. ¡Figuraos que Lassiter fuese el marido de Milly, el padre de aquella niña que se perdió hace tantos años!

—Bien pudiera ser, Juana. Cabalguemos. Si Lassiter quiere vernos otra vez, ya sabrá alcanzarnos.

Montaron y se dirigieron al camino del ganado, empezando a subir la cuesta. Desde lo alto de su montura miró Ventees hacia atrás. No vio a Lassiter, pero su mirada descubrió a lo lejos, en la pradera, una nube de polvo que se aproximaba.

—¡Caramba, un jinete!

—Sí, ya lo veo —contestó Juana.

—Ese hombre avanza a uña de caballo. Algo grave ocurre.

—¡Oh, sí! También yo lo temo…

¡Cómo corre!

El caballo desapareció entre la artemisa, pero la nube de polvo seguía la huella de su avance.

—Ha ido por el atajo directamente hacia el corral.

Venters y Juana espolearon sus monturas y corrieron a galope tendido hacia la senda que conducía al cercado. Al penetrar en ella vieron aparecer por el otro extremo a un bayo. La aguda mirada de Venters reconoció al punto al jinete.

—Es Judkins, vuestro jinete gentil —exclamó—. Juana, cuando Judkins hace correr así al animal, algo muy grave debe de suceder.

# Capítulo IV

Jinete y caballo llegaron jadeantes, y la espuma de la boca del animal manchó el cuerpo del hombre al pararlo en seco. El jinete tenía una estatura gigantesca, y su mirada era limpia y serena.

—¡Oh Judkins, estás lleno de sangre! —exclamó Juana, aterrada—. ¡Te han herido!

—No tiene importancia, señora. Una herida ligera en este hombro. Hemos corrido mucho, el caballo ha echado mucha espuma por la boca; no son manchas de sangre todo lo que veis.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Venters.

—Los bandidos se han llevado el hatajo rojo.

—¿Dónde están mis jinetes? —dijo Juana.

—Señora, toda la noche he estado solo guardando el hatajo. Esta mañana, en pleno día, aparecieron los bandidos y dispararon sobre mí en cuanto me divisaron. Yo huí, ellos me persiguieron, gastando gran cantidad de pólvora, pero al fin he logrado escapar.

—¡Jud, por lo visto querían matarte! —declaró Ventees.

—Así lo comprendí —repuso Judkins—, al ver que no cesaban de perseguirme. No es costumbre en los ladrones de ganado malgastar el tiempo corriendo detrás de un boyero.

—¡Gracias a Dios, has podido escapar! —dijo Juana—. Pero ¿dónde están mis jinetes?

—No sé. Anoche, cuando fui a la pradera, no encontré a la guardia nocturna, y esta mañana no he encontrado a la de día.

—¡Judkins! Han debido de caer en una emboscada de los bandidos y habrán muerto. ¡Oldring y los suyos los han asesinado!

—No lo creo —replicó Venters, convencido—. Estoy seguro, Juana, de que vuestros jinetes no han salido siquiera.

—¡Bern! ¿Qué queréis decir? —inquirió Juana Withersteen, pálida como la cera.

—¿Recordáis lo que os dije anoche acerca de la mano invisible?

—¡Oh! Eso… no puede ser.

—¡Ojalá! Sin embargo temo que… —Venters no terminó la frase y movió la cabeza.

—Bern, sois muy pesimista, y tenéis motivo para ello. Mas aguardemos a saber algo de mis jinetes para juzgar. Judkins, ven a casa conmigo. Es preciso curarte la herida.

—Juana, yo me voy. Quiero ver si puedo dar con el paradero del hatajo; quiero seguir la pista de Oldring y su banda.

—¡No, no! Bern, no hagáis eso, ahora que los bandidos han empezado a gastar pólvora.

—Iré, a pesar de todo. Jud, ¿cuántas cabezas había en aquel hatajo?

—Dos mil quinientas.

—¡Demonio! ¿Qué querrá hacer Oldring con tanto ganado? ¡Si hasta ahora un robo de cien cabezas nos ha parecido una cosa extraordinaria! Tengo que averiguarlo.

—¡Quedaos, Bern! —suplicó Juana.

—Bern, para eso necesitas un buen caballo. Señora, no toméis a mal mi consejo: dadle un caballo rápido, o no le dejéis partir.

—Sí, Judkins, tienes razón. Debe montar un caballo que sepa correr. ¿Cuál le daré?

¿Estrella Negra o Africano?

—Ninguno de los dos —dijo Venters con vehemencia—. No quiero arriesgar a uno de vuestros caballos favoritos.

—Entonces, ¿Camorra?

—¡Ése es un caballo! —observó Judkins—. Camorra vence a Estrella Negra y a Africano en una carrera larga. Vos no lo creeréis, señorita, pero yo lo sé. Camorra es el caballo más fuerte y más veloz de la pradera.

—¡Oh, no! Camorra no puede vencer a Estrella Negra. Pero tomad a Camorra, si queréis, Bern. Podéis pedir a Jerd todo lo que os haga falta. Y… no os arriesguéis demasiado… Estad alerta… ¡Adiós, y buena suerte!

Le estrechó la mano, se volvió con rapidez y echó a andar hacia su casa con Judkins. Venters guió su caballo hacia el establo; allí desmontó y llamó a Jerd. El muchacho acudió corriendo. Venters le mandó traer carne, pan y frutas secas, y lo metió todo en su alforja. Dejó su caballo suelto en el corral y se fue en busca de Camorra. El corcel gigante debía su y nombre a su poca docilidad. Salió fácilmente del establo, pero, una vez en el corral, se echó atrás y empezó a recular. Venters se vio obligado a echarle el lazo, y entonces el animal empezó a dar coces, rompió parte de la empalizada, se encabritó, se dejó caer con fuerza y tiró de la cuerda. Jerd volvió para ayudar a Venters.

—Camorra está demasiado tiempo ocioso —dijo Jerd sujetándole la pesada silla—. Se vuelve indómito y espantadizo cuando está mucho tiempo en el establo. Ya veréis si es bueno cuando esté en la pradera.

—Jerd, este caballo es colosal en todo. No lo he ensillado más que una vez hasta ahora. No corre, vuela como el viento.

Cuando Venters afirmó el pie en el estribo y con un rápido movimiento se colocó en la silla, el caballo se encabritó un instante, y en seguida echó a correr velozmente. Venters recordó entonces los alegres días en que, al frente de los jinetes de Juana Withersteen, penetraba raudo en la pradera. Camorra tiraba con fuerza de la rienda, que el joven llevaba corta, y se dirigió hacia el abrevadero, bajo los álamos. Allí el caballo comenzó a cabriolar y a tascar el bocado. Venters se apeó y se puso a llenar su cantimplora, mientras el animal abrevaba. Los perros *Ring* y Blanca llegaron corriendo para beber también. Al cabo de un rato, Venters montó de nuevo y dirigió

el caballo hacia la pradera.

Un camino ancho y blanco bajaba en suave declive por la amplia vertiente, y una rápida mirada bastó a Venters para cerciorarse de que en toda la extensión de la pradera que abarcaba su vista no había ni hombres, ni caballos, ni ganado alguno, como no estuviese agazapado entre la artemisa. *Ring* corría a la vanguardia, y Blanca, detrás del caballo. Éste andaba a un trote regular y seguro, y Venters, pasado ya el agitado momento de la salida y teniendo delante muchas millas de camino llano, volvió a pensar con calma en la extraña coincidencia de los últimos acontecimientos.

En primer lugar, la salida nocturna de Tull, que, vista a la luz de los hechos subsiguientes, parecía implicar secretas maquinaciones; la aparición de Oldring con su «Jinete Enmascarado» y su banda, llevando todos los caballos los cascos envueltos en trapos; después, la noticia de que Tull y su lugarteniente Jerry habíanse dirigido a Glaze; que los jinetes de Juana Withersteen no estaban en su puesto; que hubo singular empeño en matar al jinete gentil que aún estaba a su servicio, intención que quedó frustrada tan sólo porque Judkins montaba en aquel instante un excelente caballo y pudo huir, y, por último, el robo del hatajo rojo. Recordando que Juana le llamó pesimista, trató Venters de olvidar su rencor hacia Tull. Sin embargo, se dijo que no podía haberse equivocado en su juicio; porque hacía mucho tiempo que conocía el misterioso poder de los dignatarios de los mormones y, sobre todo, el del obispo de Cottonwoods. La desaparición del ganado de Juana sólo podía atribuirse a una connivencia entre los mormones y los bandidos que lo habían robado.

—¿Qué hará Oldring con dos mil quinientas cabezas de ganado? —murmuró Venters—. ¿Acaso profesa la religión mormona? Estoy seguro de que Tull y los suyos no arruinarían a Juana Withersteen sin que se beneficiara su Iglesia. ¿Qué papel hace Oldring en esta extraña combinación? Es preciso que averigüe la verdad.

Camorra hizo veinticinco millas en tres horas. Cuando el caballo hubo calmado un poco su fogosidad, Venters le permitió ir al trote. Ya estaba la tarde muy avanzada cuando el joven dio con la pista del hatajo rojo y halló el sitio dónde había pacido la noche anterior. Aquí hizo descansar al caballo, y miró en torno suyo. A poca distancia había una vaca, una ternera y varios primales, y un poco más lejos, en la pradera, algunos bueyes rezagados. Venters vio también tres o cuatro coyotes que no se alejaban del ganado. Con minuciosa y penetrante mirada contempló el jinete la ancha estepa de las artemisas sin descubrir más seres vivientes. La artemisa llegaba en aquel sitio a la altura del pecho del caballo, y el aire le llevaba la suave y cálida fragancia de sus florecillas. Más allá de la pradera veíase a lo lejos la lenta subida de la tierra alta, que el Desfiladero de la Decepción cruzaba, con su intrincada red de cañones.

Venters espoleó a Camorra y le guió hacia el ancho camino hecho por el ganado, que, con los arbustos aplastados, parecía el rastro de una serpiente monstruosa. Durante las primeras millas tropezó con varias vacas y terneras que habían huido del hatajo. Después se detuvo en el lomo de la ondulación final y tuvo a sus pies el valle situado frente al desfiladero. Una interrupción en los arbustos de artemisa indicaba la

entrada al cañón, y la pista hecha por el ganado recorría, paralela a ella, toda la distancia que la vista podía avanzar. Aquella pista llevaba a un punto ignorado, por dónde Oldring metía en el Desfiladero todo lo que robaba. Muchos jinetes habían osado seguir aquella pista, pero ninguno regresó. Venters se cercioró de que los bandidos emprendieron, también aquella vez, el camino acostumbrado, y después apartándose de la pista en ángulo recto, se dirigió al desfiladero.

A la caída del sol, el joven tomó un sendero que usaba siempre para entrar en el cañón. Desmontó para examinar el suelo y no halló más huellas que las que él mismo dejara días antes. Sin embargo, envió a *Ring* a explorar la cañada y aguardó. Al poco rato el perro volvió sin demostrar la menor agitación. Entonces Venters llevó el caballo a la escarpadura.

Aquella entrada en el Desfiladero de la Decepción era uno de los muchos y notables fenómenos de una región que se distinguía por sus vastas ondulaciones de praderas de artemisas, tierras altas aisladas por gigantescas paredes de roca bermeja y profundos cañones de misterioso origen y extrañas salidas. En el lugar dónde se hallaba Venters, el suelo del valle era llano y, de pronto, abríase en estrecho abismo una escarpada abertura de paredes de piedra amarillenta. La senda que llevaba al fondo del abismo, de unos ciento cincuenta metros de profundidad, constituía siempre una dura prueba para los nervios de Venters. Era un mal camino hasta para un burro. Sin embargo, Camorra, guiado por Venters, dio un resoplido que denotaba más bien reto o disgusto que miedo, y el animal salvó valientemente el primer obstáculo del descenso. El joven sintió aumentar la admiración hacia aquel noble animal y le soltó la rienda para que anduviera sin trabas.

En aquel sendero no era posible detenerse, y, por lo tanto, aunque enormemente peligroso, por lo menos no se empleaba mucho tiempo en recorrerlo.

Al término del arriesgado descenso, y tras muchos momentos de angustia, Venters respiró y se tranquilizó por el éxito de su empresa, pues si al principio habíale animado la audaz determinación de lograr algo a toda costa, ahora convertíase en una aventura que requería toda su astucia e inteligencia, en la que era preciso mantener alerta el oído y la vista.

A lo largo del suelo del cañón crecían pinos piñoneros en pequeños grupos. Entre las roqueñas paredes reinaba, ya el crepúsculo, y mientras Venters abríase camino cañada adelante, por entre los árboles y arbustos, sobrevino la noche y, una tras otra, aparecían las estrellas en el firmamento. Por fin llegó el joven a un grupo de esbeltos: robles tras el que estaba el manantial que fijaba el límite a su tarea de aquel día. Hizo beber al caballo y bebió también él ávidamente; después soltó al animal, seguro de que no se alejaría del suave y fresco césped que rodeaba al agua. Dio de comer a los perros, satisfizo frugalmente su propio apetito y se echo a dormir, con sus fieles amigos *Ring* y Blanca al lado.

Hubo un tiempo en la vida de Venters en que las noches en aquellas altiplanicies de Utah le eran muy agradables, mas esto ocurría antes de ser víctima de la opresión

de sus enemigos, que tan profundo cambio produjo en él. Como jinete guardador del hatajo, jamás había reparado en la soledad de las noches selváticas; pero como proscrito que era ahora, sentía un extraño dolor al contemplar el firmamento en medio del hondo silencio. Un año hacía que se veía obligado a vivir como lobo perseguido, lejos de toda comunicación con sus semejantes. De aquí que anhelase oír el sonido de una voz, sentir el contacto de una mano amiga. Durante el día distraíale el ir de un lado a otro, el ejercicio de las armas, al que una voz interior le impulsaba, y otras tareas que requerían acción; pero durante las noches, antes de poder conciliar el sueño, embargábale una gran tristeza. Ansiaba alejarse de aquellas praderas interminables, de la fragosidad de los cañones, y cuanto más tiempo transcurría, mayor era su anhelo. En tales momentos de tristeza, solía alargar la mano para cerciorarse de la vecindad de *Ring* y Blanca, sintiendo indecible gratitud por el cariño y la camaradería de los perros.

Aquella noche le acometió la misma sensación de soledad; como otras veces, invadióle la tristeza: mas de ella surgió poco a poco la convicción de que su vida, inútil hasta aquel momento, había experimentado un cambio. La primera vez que sintió este cambio fue al advertir la fuerza y la velocidad de Camorra, y ahora, echado a la entrada del Desfiladero de la Decepción la idea afirmábase. No presentía la emoción de una próxima aventura, sino más bien un gran peligro, quizá la muerte. Estaba decidido a hallar la madriguera de Oldring. Aunque los bandidos disponían de caballos veloces, ninguno podía medirse en esto con Camorra. Por otra parte, Venters estaba seguro de que nadie podría sorprenderle durmiendo mientras *Ring* y Blanca guardasen su sueño, y, en todo caso, tenía sus armas y una excelente puntería. Por extraño que parezca, en sus presagios para nada entraba el pensar en Tull. Relacionábanse solo con lo que podría sucederle en el Desfiladero de la Decepción, y el joven sentíase tan incapaz de levantar el velo de aquel misterio como de saber hacia dónde le llevaría aquel cañón inexplorado. Además, no le importaba saberlo. Y por fin, cansado de devanarse los sesos, se durmió.

Cuando volvió a abrir los ojos era ya de día, y en el borde opuesto de la cañada veíanse los primeros rayos de sol. Pocos instantes empleo en los deberes del campamento. Encontró muy cerca a Camorra y, cosa rara, el animal se aproximo dócilmente; era uno de esos buenos caballos que solo se muestran ingobernables estando en el corral. Lo que quería era verse libre de la compañía de mulas, burros y bueyes; deseaba correr libremente por las praderas y dormir en la fresca hierba, cerca de algún manantial. Jerd demostró conocer el caballo al decir: «Ya veréis si es bueno cuando esté en la pradera».

Venters lo ensilló y le hizo trasponer el bosquecillo de robles; después lo monto y dirigióse cañón arriba, seguido de *Ring* y Blanca. En el fondo de la cañada había un antiguo sendero invadido por la hierba, que bordeaba un cauce de poca profundidad y con una exigua corriente de agua. El cañón tenía en aquel lugar unos veinte metros de ancho, y las paredes, de piedra amarillenta, caían a plomo. Abundaba por todas partes

la artemisa roja, y en algunos sitios veíanse robles y pinos piñoneros. Durante unas cinco millas, el cañón era casi recto; pero luego las paredes roqueñas ganaban en altura, y el suelo iba estando cada vez más profundo. Venters no había explorado nunca la parte de cañón a que daba paso aquel abrupto cambio en la configuración de la cañada, mas creía que allí estaba realmente la puerta de la intrincada red de cañones del Desfiladero de la Decepción.

Obligó a Camorra a ir al paso, deteniéndolo de vez en cuando para escuchar; luego proseguía la marcha cautelosamente. El cañón adquiría menor anchura que al comienzo. Venters, incansable, continuo cabalgando, sin que el interés que en él despertaba aquel agreste y enorme desfiladero le hiciera olvidar la vigilante precaución. No hallo rastro de sendero ni vio ninguna señal que indicara el paso de hombres por aquellos lugares. Atravesó campos de artemisa, bosquecillos de pinos, calveros de suave césped en los que florecían purpúreos lirios de largos pétalos; cruzo una estrecha garganta en la que las paredes del cañón casi se juntaban, llegando por fin a una especie de enorme anfiteatro en algunas de cuyas partes veíanse las altísimas escarpaduras de otros cañones que lo atravesaban.

Venters detuvo su caballo y estudió aquella intrincada red de barrancos y cañadas. Luego continuó su camino guiándose por el curso de un riachuelo. A no ser por aquella corriente, cuyas aguas dirigíanse hacia el Norte, Venters no hubiera podido decir cuál de las varias escarpaduras era la continuación del desfiladero. Al cruzar el anfiteatro pasó junto a la desembocadura de cinco cañones, y de cada uno de ellos salían sendos torrentes que vertían sus aguas en el riachuelo pripcipal. Al llegar a la boca del cañón que creyó continuación del que acababa de dejar, penetró resuelto en él, y de nuevo se halló entre dos muros de enorme altura. Uno de ellos estaba en sombra, y el otro, inundado de sol. Aquella estrecha cañada no era sino un pasaje que, tras algunas vueltas, desembocaba en un valle que causó el asombro de Venters.

Había en él una gran extensión de pradera de artemisa roja, más fértil que la de la altiplanicie. El valle tenía muchas millas de longitud y dos o tres de anchura, y se hallaba circundado por paredes inaccesibles. Pero lo que más llamó su atención fue el fondo del valle. Más allá de la pradera casi llana columbraba una extraña masa de rocas amarillas. No podía discernir cuáles de ellas se hallaban distantes y cuáles cercanas. Formaba un conjunto singular de baluartes, olas pétreas gigantescas, vertientes desnudas y grandes torres que subían a una altura inconmensurable, desde el punto de vista en que se hallaba el joven.

Venters se aventuró por la pradera de artemisas, haciendo huir a su paso pájaros y liebres, y después de recorrer una milla vio las blancas y movedizas colas de un hato de antílopes que corrían velozmente. Siguió el riachuelo, que se dirigía hacia la parte oeste de la pétrea masa de gradual ascensión. La vertiente alta iba retrocediendo a medida que Venters se acercaba y éste tuvo la impresión de que se había precipitado en el valle una montaña de piedra fundida que, al solidificarse, adoptó aquellas extrañas formas de líneas redondeadas. Siguió la corriente de agua hasta que ésta se

perdió en un profundo tajo. Entonces el joven salió de aquel oscuro rincón, que hacía imposible continuar el avance, y cabalgó a lo largo de la pared rocosa hasta dónde ésta confinaba con la pradera. Pronto llegó a una vertiente accesible y Camorra la tomó con facilidad.

A su alrededor no había sino una inmensa extensión de rocas, semejante a un agitado mar, rocas que azotaba el viento y lavaba la lluvia. Ninguna señal de vegetación interrumpía la aridez de las piedras amarillas. A la derecha, la desigualdad del terreno terminaba en una abrupta muralla; a la izquierda, desde la hondonada que tenía a sus pies, había una ladera de gradual ascensión y gran altura, coronada por rocas de imponente aspecto. El joven tardó algún tiempo en percatarse de la maravilla de aquella ladera. Era ésta nada menos que el resultado del desmoronamiento de una parte enorme de la montaña, y el suelo estaba reluciente como granito pulido. De vez en cuando había entre las desnudas rocas un cedro que parecía crecer allí por arte de magia. El viento había barrido el esquisto, y la lluvia llevóse la tierra y el polvo. A una altura enorme, las bellas líneas de la ladera quedaban interrumpidas por un muro vertical, desde el que se produjo un desmoronamiento. Coronaba el muro una escarpada cima de extrañas formas, de amarillenta piedra.

Venters tenía ahora ante sí un escenario menos notable pero más significativo, pues a cosa de una milla más allá del peñascal empezaba otra pradera de artemisa, tras la que se veían las entradas de varios cañones, una de las cuales debía de ser otra puerta del Desfiladero.

Venters se apeó del caballo y, entregando la brida a *Ring*, para que la sostuviera, empezó a buscar la grieta por la cual corría el riachuelo. No logró dar con ella y supuso que el agua desaparecía en un pasaje subterráneo. Volvió al lugar dónde había dejado a Camorra y sacó el caballo del peñascal, llevándolo a la pradera. Desde ésta le costó poco alcanzar la parte dónde empezaban las cañadas. No había motivo para dar preferencia a ninguna. El cañón en que penetró era una garganta cortada a pico, de piedra amarilla, y de unos trescientos metros de profundidad; en la parte baja de las paredes roqueñas había maravillosos huecos a modo de cuevas, y arriba, salientes en forma de torreones y rampas. Más adelante llegó Venters a una parte del cañón en que las paredes quedaban de vez en cuando interrumpidas por profundas mellas en forma de triangulares y enormes callejones sin salida, dónde crecían árboles, arbustos y hierbas en abundancia.

Venters penetró en una de estas grandes incisiones de la roca y, como había supuesto, encontró en el suelo finísimo césped. Vióse obligado a apartar las ramas de los robles para que su caballo pudiera pasar. Llegó hasta el fondo de la mella y halló un manantial entre un grupo de abetos. Parecióle el escondrijo un sitio muy a propósito para dejar allí el caballo y usarlo, además, como campamento, desde el cual podría hacer frecuentes excursiones a pie. La espesa hierba ocultaría sus huellas, el bosquecillo de robles a la entrada serviría de barrera para retener a Camorra, si la abundancia de hierba y el manantial no le bastaban para permanecer en aquel lugar.

Venters dejó, pues, a Blanca con el caballo y, rifle en mano, se marchó otra vez al cañón principal acompañado de *Ring*.

Como un piel roja se deslizó por entre las artemisas que crecían en el centro de la cañada. De vez en cuando deteníase para escuchar, pero sólo el zumbido de los insectos quebraba la calma del mediodía. Por fin llegó a una revuelta del cañón, más abrupta que las anteriores, y, desanimado y cansado, la traspuso, deteniéndose lleno de asombro una vez más.

El cañón abríase allí en forma de abanico sobre una enorme hondonada llena de verdor. Semejaba el eje de una gran rueda desde el que, a modo de radios, partían nuevos cañones. El color de las rocosas paredes era en todas partes de un rojo subido, y las elevadas cimas tenían fantásticas formas.

Venters avanzó con más cuidado que antes. En el centro de la hondonada, la artemisa crecía menos abundante y espesa. Estaba el joven a punto de dirigirse hacia la derecha, dónde la mayor densidad de los arbustos y algunas rocas diseminadas ofrecíanle más facilidades para ocultarse, cuando descubrió un ancho camino de ganado en el que había recientes huellas del paso de animales. Lo que más le sorprendió fue que las huellas tuvieran señales de humedad. Venters se quedó perplejo y caviloso. No había llovido; por lo tanto, la solución del misterio sólo podía consistir en que el ganado pasado por allí hacía poco atravesó antes agua a la profundidad suficiente para que las reses dejasen tanta humedad.

De Pronto *Ring* emitió un gruñido. El joven levantó la cabeza y miró con cautela por encima de los arbustos. Un grupo de jinetes cruzaba la hondonada. Rápidamente se dejó caer aturdido y temblando.

—¡Los bandidos! —murmuró, y buscó con los ojos un lugar dónde esconderse.

Cerca de él no había sino la artemisa, que ofrecía escaso abrigo. No se atrevió a cruzar los claros para alcanzar las rocas. Un poco más sereno, volvió a mirar por encima de las plantas. Los bandidos, ocho en total, aproximábanse, pero no en su dirección. Esta certidumbre le alivió del terror mortal que se había apoderado de él. Reteniendo el aliento, se agachó cuanto pudo e hizo seña al perro para que permaneciera quieto y silencioso.

Claramente percibió el ruido metálico de los cascos herrados y la ronca voz de los hombres. Poco a poco iba apagándose el rumor de las voces y de las pisadas. Pasados algunos minutos, Venters se atrevió a levantarse. Los bandidos entraban en uno de los cañones. Sus caballos mostrábanse fatigados. Tras los jinetes iban varias monturas de carga. Era evidente que aquellos bandidos eran los que habían robado el hatajo rojo. El joven no cesó de mirar hasta que el grupo desapareció por el desfiladero.

Habiendo observado que los bandidos procedían de la parte noroeste de la hondonada, Venters miró atentamente en aquella dirección para, si venían más, saber exactamente de qué cañón salían. Pasó un cuarto de hora. Al fin su paciencia obtuvo el premio, pues vio aparecer a otros tres jinetes; sin embargo, no le fue posible saber de qué cañón habían salido. Los bandidos cruzaban la hondonada en la misma forma

que los ocho anteriores y, como ellos, penetraron en el mismo cañón.

—¡Ya sé el camino de la madriguera de Oldring! —exclamó gozoso Venters—. ¡Aquel cañón me llevará a ella!

Un punto dudoso quedaba, no obstante. Venters no sabía explicarse el hecho de que las huellas del ganado señalaran todas hacia el Oeste. El ancho rastro venía desde el cañón en que los bandidos penetraron y del que el ganado debió de salir para atravesar la hondonada.

¿Adónde conducía aquel camino y de dónde venía? El joven se dio cuenta de que era perder el tiempo querer contestarse a la pregunta, pero tenía ésta tal encanto, que no podía substraerse a él, puesto que durante largos años había sido un impenetrable misterio el sitio por dónde Oldring salía y entraba en el Desfiladero de la Decepción.

El perro puso fin a sus meditaciones. *Ring* husmeó el aire, retrocedió un poco y gruñó. Venters volvióse rápidamente. A cien metros de distancia había dos jinetes que venían en línea recta hacia él. Uno de ellos, el que iba detrás, era el terrible jinete Enmascarado de Oldring.

Venters se agachó, tratando de ocultarse nuevamente entre los arbustos de artemisa. A pesar de su cautela, el caballo del primer jinete advirtió su presencia. Se detuvo, dio un resoplido y enderezó las orejas. El bandido se inclinó hacia delante para ver mejor. De pronto, con rápido movimiento, sacó la pistola y disparó.

La bala entró silbando en un arbusto. Una astilla hirió a Venters, y el vivo dolor pareció levantarlo en vilo. Como un relámpago brilló el cañón azulado de su rifle, y sonaron dos detonaciones en rápida sucesión.

El primer bandido soltó el arma, se deslizó de la silla y cayó a tierra con un pie enganchado en el estribo. El caballo, asustado, emprendió veloz carrera arrastrando el cuerpo del jinete.

El Enmascarado se inclinó sobre el cuello de su caballo, ladeóse un poco y, lanzando un extraño grito, cayó de la silla.

# Capítulo V

Venters miró rápidamente hacia el cañón por dónde los otros bandidos habían desaparecido. Calculó qué tiempo sería necesario para que los jinetes volviesen, en el caso de que hubieran oído las detonaciones, y esperó con ansiedad. Pasó el tiempo y los bandidos no volvieron. Entonces el joven se consideró a salvo, cuando menos por el momento.

Se marchó aprisa hacia el sitio en que el primer bandido fue arrastrado por su caballo. El hombre estaba boca arriba en la alta hierba, muerto, con la mandíbula inferior caída y los ojos salidos de las cuencas… Tal aspecto ofrecía, que dio náuseas a Venters. Al primer hombre sobre quien ejerció su puntería le había atravesado el corazón de un balazo. Con un sudor frío en todo su cuerpo, Venters arrastró el cadáver hacia las rocas y lo cubrió como pudo con piedras. Después alisó las huellas en el césped y entre los arbustos. El caballo del bandido habíase parado a un cuarto de milla de distancia y estaba pastando.

Cuando el joven se dirigió rápidamente hacia el lugar dónde yacía el jinete Enmascarado, experimentó nuevamente náuseas; sin embargo, iba lleno de curiosidad. Había abatido nada menos que al famoso lugarteniente de Oldring, cuyo rostro nadie había visto, y el hecho le lleno de orgullo. ¿Qué diría ahora Tull de esta hazaña del proscrito que iba demasiadas veces al Desfiladero de la Decepción?

A pesar de su curiosidad, del fuerte interés que sentía, no estaba preparado para la sorpresa que experimentó al contemplar la esbelta figura que yacía en el suelo. Llevaba el bandido la negra máscara que le diera nombre y fama criminal; sin embargo, no llevaba armas. Venters examinó el caballo, que se hallaba cerca; en la silla no había tampoco ningún arma.

—¡Un bandido que no lleva armas! —murmuró Venters—. No tiene cinto… no podría sostener pistolas en esa correa… ¡Qué extraño!

Un suspiro del bandido y una extraña sacudida de su cuerpo demostraron claramente a Venters que su víctima vivía aún.

—¡Vive!… ¡He de verlo morir! ¡He disparado sobre un hombre indefenso!

Con cierta repugnancia le quitó al bandido el ancho sombrero, y luego la máscara negra, vio que su pelo era de un color castaño claro, con tendencia a rizarse, y el rostro, blanco y juvenil.

—¡Si es un muchacho! ¿Cómo?… ¿Es posible que éste sea el jinete Enmascarado de Oldring?

El muchacho dio señales de volver en sí. Se movió, abrió los labios, llevó una mano breve al cuello de su camisa. Venters se arrodilló, cada vez más horrorizado de su acción. La bala había penetrado en la parte derecha del pecho del jinete, muy cerca del hombro. Con temblorosas manos desató Venters un pañuelo negro y rompió la camisa de franela manchada de sangre.

Primero vio un horrible agujero, rojo oscuro, que se destacaba sobre la blancura

de la piel, del que brotaba un hilo de sangre. Luego, ¡reparó en la graciosa y bella turgencia del seno de una mujer!

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Una muchacha!… ¡He matado a una muchacha!

Ésta abrió los ojos y su mirada traspasó a Venters. El color de los ojos era de un azul profundo. Había en ellos indicios de la próxima muerte, terror y dolor; pero nada denotaba que viesen. No veían a Venters. ¡Aquellos ojos penetraban lo desconocido!

Poco a poco, la muchacha ganó fuerzas y se llevó la mano al hombro. La sangre le corría por entre los dedos. Y entonces miró a Venters con ojos que vieron, por fin.

El joven maldijo su puntería, de la que antes se mostrara tan orgulloso. Había visto la misma mirada en los ojos de una antílope herida a la que iba a rematar. Pero en los ojos de la muchacha la mirada era más triste; revelaba en ella su alma, la desesperación, el miedo a la cercana muerte y la terrible acusación contra el enemigo.

—¡Perdonadme! ¡Yo no sabía nada! —exclamó Venters.

—Vos disparasteis… me habéis matado —murmuró, ella, jadeante. En sus labios apareció una espuma sanguinolenta, lo que dio a Venters la terrible certeza de que en los pulmones de la muchacha el aire mezclábase con la sangre—. Lo esperaba… algún día… era fatal… ¡Cómo me quema! ¡Sostenedme… me caigo… no veo…! ¡Dios mío, ten piedad de mí!…

La muchacha sufrió una fuerte sacudida y quedó extenuada, quieta, blanca como la nieve, con los ojos cerrados.

Venters creyó entonces que había llegado el último momento de su víctima, mas el débil vaivén de su pecho le indicó que aún vivía. Rápidamente arrancó unas hojas de artemisa y, colocándolas sobre la herida, vendó ésta con el pañuelo de la joven. Luego cerró la blusa para no ver aquel pecho lleno de sangre que le causaba remordimiento.

—Y ahora… ¿qué hago? —preguntó confuso—. Yo necesitaría salir de aquí antes de que venga alguien. Pero esta mujer se está muriendo…, no puedo abandonarla.

Escudriñó atentamente toda la extensión de la hondonada y, no viendo peligro alguno, recogió el sombrero y la máscara, metió su rifle por debajo del cuerpo de la joven, la levantó cuidadosamente y echó a andar con ella hacia el cañón de dónde él había salido. El perro le siguió, y el caballo de la muchacha hizo lo mismo, sin necesidad de llamarle. Venters procuró ocultar sus huellas regresando por los sitios dónde la hierba y la artemisa crecían más densas. De vez en cuando miraba por encima del hombro, hacia atrás, y no descansó ni un instante. Interesábale no dejar la menor huella y no dar sacudida alguna al cuerpo inanimado de la muchacha. Por fin llegó a la mella que había elegido como escondrijo, y le fue preciso hacer grandes esfuerzos para atravesar el bosquecillo de robles, cuyas ramas estorbábanle el paso.

Cuando dejó a la joven sobre la densa hierba, junto a los abetos, no se atrevió a mirarla. Sin embargo, sabía que, a pesar de su blancura marmórea y de la frialdad de su cuerpo, vivía aún. El largo y pesado camino había rendido a Venters, y sentóse para descansar. Blanca husmeó el cuerpo de la muchacha, y, gimiendo, se acercó a los

pies de su amo. *Ring* bebía en el manantial.

Poco después, Venters salió al cañón, cogió el caballo y lo llevó también al escondite. Allí lo desensilló y lo ató a un árbol. Camorra advirtió la presencia del caballo extraño e irguió la cabeza, pero en seguida volvió a pacer. Venters comprendió que no le sería posible sentirse seguro hasta encerrar también el caballo del bandido muerto. Cogió, pues, su rifle, llamó a *Ring* y se puso en camino. Durante el recorrido hizo desaparecer las huellas que quedaban de su primer viaje y, al llegar a la hondonada, escudriñó durante largo rato antes de atreverse a penetrar nuevamente en ella. Una vez seguro de que no había allí ningún bandido, se dedicó a la caza del segundo caballo, y logró cogerlo más fácilmente de lo que creía. Con la misma precaución que antes, llevó también este animal a su campamento.

Halló a la muchacha con los ojos abiertos; ardíanle las mejillas a causa de la fiebre; sus labios murmuraban palabras ininteligibles. Venters supuso que deseaba beber y le acercó la cantimplora a la boca. Luego, la joven quedó de nuevo sumida en un estado de sopor.

El sol traspuso el alto borde de la cañada y una fresca sombra invadió la mella. Venters dio de comer a los penos y ató también el caballo del bandido muerto. Hecho esto, cortó ramas tiernas de abeto e hizo una especie de almohada para la enferma. La envolvió con cuidado en una manta, acomodándola lo mejor que pudo, y sentóse muy cerca, apoyado contra el tronco de un abeto, envuelto también en una manta. *Ring* y Blanca estaban junto a él; el primero, dormido, y la segunda, de centinela.

A Venters le aterraba la vela nocturna. En la quietud de la noche acudíanle extraños pensamientos, y esta vez había de velar, además, a una moribunda que él mismo hiriera. Forjóse mil excusas por lo sucedido, mas ninguna alivió su pesar.

—Gracias a Dios, pronto dejará de sufrir —se dijo.

De vez en cuando creía que había muerto ya, y se inclinaba sobre ella, auscultándola. Sin embargo, la muchacha seguía viviendo.

Las tinieblas de la primera parte de la noche cedieron al fin a la débil claridad estelar. Los caballos habíanse aquietado y ningún ruido interrumpía el mortal silencio del recinto.

—La enterraré aquí —pensó Venters—; su tumba será tan misteriosa como ha sido su vida. Hablaba así porque las pocas palabras de la joven, la mirada de sus ojos, su ruego a Dios le habían conmovido.

—¡Es una niña! —se dijo—. ¿Qué la une a Oldring? Los bandidos de ganados no suelen tener esposas, ni hermanas, ni hijas. ¿Su maldad, acaso?… Sin embargo…, quizá no llegó a ser por voluntad suya compañera de los bandidos. ¡Aquella invocación a la piedad de Dios!… ¡A fe que la vida es extraña y cruel! ¿Habrá más mujeres entre los bandidos de Oldring?… ¡El jinete enmascarado de Oldring! Un nombre que hace esconderse y cerrar sus puertas a los del pueblo. Un nombre sobre el cual pesa una docena de asesinatos, cien hechos criminosos, mil robos de ganado… ¿Qué parte ha tomado esta muchacha en tales fechorías? Acaso ha servido

únicamente a Oldring para crearse una aureola de misterio.

Pasaron las horas. Venters contemplaba el rostro blanco e inmóvil de la joven, hora tras hora, y esperando a cada momento verla expirar, se borró de su mente la infamia que pesaba sobre ella. Sólo pensaba en su triste situación. Fuera lo que fuese…, aunque hubiese hecho lo peor…, era joven y se estaba muriendo.

La última parte de la noche le pareció interminable. Empezó a menguar la luz de las estrellas, y otra vez sumióse la cañada en profunda oscuridad.

—Morirá al amanecer —murmuró Venters, recordando una vieja creencia.

Las tinieblas desvaneciéronse lentamente; empezó a clarear poco a poco el día. Venters se inclinó sobre la joven y auscultó los latidos de su corazón. Aún vivía. ¿Era imaginación suya que el latido era más fuerte, muy poco, pero más fuerte que antes? Apretó el oído contra el pecho de ella y escuchó; después levantóse muy agitado.

—Si no muere en seguida, es posible que se salve —dijo.

A la luz del día volvió a mirar la herida y la halló cerrada. También estaba cerrado el agujero de la espalda, por dónde saliera la bala. Y cuando el joven lavó las manchas de sangre que cubrían el pecho de la muchacha y le vendó cuidadosamente las heridas, invadióle una vaga y extraña felicidad al pensar que su víctima podría vivir.

Cuanto aparecieron los primeros rayos solares en la pared oeste del cañón, Venters reflexionó acerca de lo que le convendría hacer. No podía seguir en aquel escondite, mucho menos si intentaba continuar sus pesquisas sobre el oculto campamento de los bandidos. Durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas, los compañeros de la muchacha y del bandido muerto no extrañarían la ausencia de los dos, pero al no aparecer ninguno de ellos dentro de un plazo razonable, empezarían a buscarlos.

Y esto era lo que temía Venters.

—Un buen conocedor de las praderas y de los cañones descubriría mis huellas —murmuró—. Y entonces me hallaría aquí encerrado en una ratonera. Creo que podré arriesgarme a salir ahora. Los bandidos suelen ser gente muy holgazana cuando no van de expedición. Correré el albur. Después cambiaré de escondite.

Antes de partir, limpió cuidadosamente su rifle y volvió a cargarlo. Al levantarse echó una larga mirada sobre la muchacha, que aún no había recobrado el sentido. Después hizo que *Ring* y Blanca se colocasen al lado de ella para guardarla, y salió del campamento.

Deslizándose pegado a la pared de la garganta, avanzó el joven muy cautelosamente hacia la hondonada. Al llegar a ella decidió cruzarla y seguir a lo largo de la pared izquierda hasta alcanzar el camino del ganado. Escudriñó la pradera detenidamente, como si tratara de cazar un antílope y, luego, agachándose, avanzó con sigilo, buscando abrigo tras las rocas aisladas y los arbustos, hasta que alcanzó la maleza que crecía junto a la pared roqueña del otro lado. Una vez allí, puso mayor cuidado aún en el examen del terreno, pero apresuró el paso. Traspuso así la boca de

dos gargantas, y a la entrada del tercer cañón cruzó un torrente de rauda y cristalina agua, y se halló de pronto ante el camino del ganado.

Éste seguía a lo largo de la orilla más baja del torrente y, sin perderlo de vista, Venters corrió paralelamente a él, junto a la pared del cañón, al abrigo de la espesura. Durante una milla la cañada serpenteaba en amplias curvas, y al fin se abría sobre un valle. Manchas de un rojo subido destacábanse junto al tono más pálido de la artemisa, y más lejos, en la parte llana del valle, multiplicábanse las rojas manchas.

—¡Oh! ¡El hatajo rojo de Juana! —exclamó Venters.

Observó después lunares blancos y negros en la inmensa llanura, de lo que dedujo que había también ganado de otro color en aquel valle circundado por altas paredes roqueñas. Oldring, además de bandido, era también ranchero.

—¡Qué rancho! —se dijo el joven—. Hay agua y hierba suficiente para cincuenta mil cabezas de ganado, y no se necesitan vaqueros para guardarlo.

Pasado el primer momento de sorpresa, el joven no quiso perder más tiempo contemplando aquel valle, y volvió rápidamente sobre sus pasos. Sabía ya dónde escondía Oldring el ganado que robaba; y, por lo que había descubierto durante los últimos días, empezó a tener la convicción de que las incursionas que los bandidos solían hacer a los pueblos fronterizos, el misterio del jinete Enmascarado, con sus supuestas hazañas criminales, y la fiera resistencia opuesta a todo jinete que deseara averiguar dónde se hallaba la madriguera de los bandidos y el ganado robado, todo, en fin, no eran sino ardides del jefe de los ladrones para ocultar el verdadero objeto de su vida en el Desfiladero de la Decepción. Algo tendría que ver en ello el oro que tan liberalmente gastaban los bandidos cuando iban a los pueblos.

Y con la habilidad de un piel roja en guerra, se deslizó Venters por entre la artemisa y las rocas de la hondonada; traspuso pista tras pista en la parte norte y entró finalmente en el cañón de dónde partía el camino del ganado y en el que viera desaparecer a los bandidos.

Si antes había procedido con cautela, ahora ponía todos los nervios en tensión para avanzar paso a paso. Anduvo a gatas, y tan oculto se mantuvo, que sólo se sirvió de la vista para abrirse paso mejor por entre la maleza y las piedras, junto a la escarpada pared. Sin embargo, de vez en cuando, al descansar, notó que los roqueños y bermejos muros hacíanse cada vez más altos y más abruptos. Advirtió también que el camino era tortuoso y ascendente. Desaparecieron la artemisa, los robles y la maleza de alisos, creciendo en su lugar pinos piñoneros en un suelo rocoso. De pronto oyó un sordo rumor. Al principio creyó que se trataba del eco de un trueno; después, que una gran masa de roca se deslizaba lentamente. Sin embargo, el ruido no cesaba y hacíase cada vez más cercano y estruendoso.

—Una cascada —se dijo Venters—, y de bastante importancia. ¿Será el agua del arroyo que perdí de vista ayer?

El estruendo le molestaba, porque no le permitía oír ningún otro rumor. En cambio, tenía la ventaja de que tampoco se le oiría a él. Envalentonado por ello, y

seguro, además, de que nadie, excepto los pájaros, podían verle, se levantó y continuó avanzando. Un claro entre los pinos le indicó que estaba aproximándose a la cima de la ladera.

Cuando la alcanzó dejóse caer con una exclamación de sorpresa. Tenía ante sí un cañón corto, de paredes cóncavas y suelo pétreo, desprovisto de toda vegetación. Un ancho riachuelo venía hacia él, y al final del cañón, de una gran grieta de la pared rocosa surgía una cascada que caía en amplia cortina.

Si no estuviera absolutamente seguro de haber penetrado desde la hondonada en el cañón preciso, su asombro no habría sido tan grande. Ninguna cañada lateral, ni una mella siquiera había visto en aquel cañón, al que le condujeron las huellas del ganado y de los bandidos; por lo tanto, la confusión no era posible.

—El ganado salió de este cañón —se dijo Venters repetidamente—. De aquí salió. Lo que ahora me gustaría saber es cómo diablos pudo entrar aquí.

Si de algo estaba seguro era de haber examinado escrupulosamente las huellas de los animales, y cada una de ellas señalaba con gran precisión el Oeste. Y ahora él, mirando en dirección este, se hallaba frente a un trozo de cañón que terminaba allí, en una elevadísima pared de la cual caía un finísimo y espumante velo de agua, de unos veinte metros de ancho. Por primera vez en muchos años dudaba el joven de su destreza de jinete descubridor de huellas, y de su memoria también. En su ansiedad por avanzar sin ser visto debió de perderse, penetrando equivocadamente en aquel ramal del Desfiladero de la Decepción y, de una manera inexplicable, no acertó a dar con el cañón del que saliera el ganado y en el que entraron los bandidos. No había otra solución. Los bandidos no podían volar con caballo y todo, ni el ganado podía saltar desde una altura de trescientos metros. Lo que pasaba era que había experimentado por sí mismo lo que los jinetes de la pradera afirmaban desde largo tiempo acerca de aquel laberíntico sistema de cañones: las huellas y sendas señalaban claramente la bajada hacia el Desfiladero de la Decepción, pero ningún jinete había podido seguirlas.

De pronto advirtió que al estruendo de la cascada mezclábase un extraño e indefinible rumor. Se dejó caer cuan largo era detrás de una piedra y escuchó. De la misma dirección que él trajera llegaba un ruido como de apagado repiqueteo que fuese gradualmente aumentando en fuerza. A pesar de su valentía, un sudor frío inundóle la frente. ¿Qué nueva sorpresa le preparaba aquel paraje misterioso? El ruido inusitado pasó lejos de Venters, mientras éste, asiendo su rifle, luchaba en vano por permanecer sereno.

Después repitióse el ruido desde el claro, pero esta vez de un modo diferente. El joven reconoció en él la campanilla de maniota de un caballo, el chocar de herraduras sobre roca sumergida y el chapoteo de cascos de caballo en el agua.

Venters sentiáse aliviado. Volvía a verse ante cosas reales, y la curiosidad le hizo asomar por detrás de la piedra que le ocultaba.

Por el centro del riachuelo vadeaba una larga fila de burros de carga, guiados por

tres hombres en soberbias monturas. Si Venters hubiera encontrado a aquellos hombres de atezado rostro, vestidos de oscuro y armados hasta los dientes, no en aquel escondite de bandidos, sino en cualquier parte del Estado de Utah, inmediatamente los hubiese reconocido como ladrones de ganado. Y como jinete experto y muy familiarizado con el medio ambiente, advirtió en seguida que aquellos hombres y los burros hallábanse al final de un largo y difícil camino. Traían provisiones de algunos de los pueblos del norte de Utah. Los tres hombres estaban agotados, y los burros continuaban caminando, como hacen los de su especie, paciente y dócilmente, pero como si cada uno de sus torpes pasos fuese el último.

Todo esto lo vio Venters de una sola ojeada. Después siguió observando con emocionante ansiedad. Los bandidos llevaban los animales en derechura hacia la cascada; burros y caballos penetraron en el centro de ella, dónde la delgada y blanca cortina líquida formaba una neblina. Durante un momento vio el contraste del negro grupo sobre el fondo blanco; luego, no vio más que la cascada.

Venters respiró profundamente y exclamó con vehemencia:

—¡Cielos! ¡Quién lo hubiera dicho! Tras la cascada hay una caverna, y de ella parte un pasaje hacia otro cañón que le sirve a Oldring de madriguera. Lo único que ha de hacer es vigilar el sendero que lleva al cañón desde la pradera roja. No hay miedo de que se descubra esta salida de la cascada. Yo la he descubierto por azar, cuando ya desesperaba de lograrlo. Y ahora sé también la verdadera causa de lo que me pareció un impenetrable misterio por qué aquel camino de ganado de la hondonada estaba húmedo.

Dicho lo cual, dio media vuelta y bajó corriendo la pendiente, entrando rápido en la cañada, pues al regresar a su campamento no podía perder ni un minuto. Sólo de vez en cuando se detenía para cerciorarse de que no había peligro ante él. No se cuidaba de ocultar sus huellas, porque sabía que la espesa hierba no las retendría. La hondonada tampoco la recorrió a lo largo de su periferia, sino que la cruzó en derechura hacia la entrada del cañón en que tenía su campamento, para llegar lo antes posible. Cuando se halló por fin protegido por las alargadas sombras dé lo que llamaba su cañón, sintióse en seguridad. Sólo entonces volvió a pensar en la muchacha. La tarde estaba muy avanzada. ¿Cómo hallaría a la enferma? Entró corriendo en el campamento y asustó a los perros.

La joven estaba tal como la había dejado. Tenía los ojos muy abiertos, y en sus mejillas había otra vez las rosetas de la fiebre. Venters la hizo incorporarse un poco y le puso la cantimplora con agua fresca en los labios. Tuvo una inexplicable sensación de alivio al verla beber lentamente, y la recostó después con suavidad.

—¿Quién… sois? —murmuró la joven.

—El hombre que ha disparado sobré vos.

—¿No… vais a… matarme… ahora?

—¡No, no!

—¿Qué… vais… a hacer… conmigo?

—Cuando estéis bien, cuando os halléis fuerte, os llevaré al cañón de la cascada por dónde entran los bandidos en su madriguera.

La marmórea blancura del rostro dé ella se nubló débilmente.

—¡No… me… llevéis… allí… nunca!

# Capítulo VI

Mientras tanto, en el Rancho, después dé qué las noticias de Judkins impulsaron a Venters a perseguir a los bandidos, Juana Withersteen llevó al herido a su casa y le vendó con mano hábil el hombro atravesado por la bala.

—Judkins, ¿qué crees tú que puede haber pasado a mis jinetes?

—Prefiero no decirlo —repuso Judkins.

—Dímelo. Sea lo qué fuere, guardaré él secreto. Algo más importante qué la pérdida del hatajo me está afligiendo. Venters insinuó… Pero dime lo qué sepas, Judkins.

—Pues bien, señorita, creo lo que insinuó Venters. Vuestros jinetes han recibido aviso de no salir.

—¡Judkins…! ¿Y de quién?

—Vos sabéis quién maneja las riendas dé vuestros jinetes mormones.

—¿Te atreves a insinuar que los dignatarios de mi iglesia han dado ésta orden a mis vaqueros?

—Yo no insinúo nada, señorita Withersteen —contestó Judkins vivamente, Sé a qué atenerme. Ya habéis visto qué me resistía a hablar…

—¡Oh, no puedo creerlo! ¡No quiero creerlo! ¿Tull dejar mi ganado a merced dé los bandidos y dé los lobos sólo porqué…? ¡No, no! Eso es increíble.

—En efecto, es una cosa inaudita aquí en Cottonwoods. Pero, con perdón, señorita Withersteen, tampoco hubo hasta ahora una mormona rica en ésta región, y mucho menos una que no quiere dejarse dominar.

Lo dicho por Judkins era demasiado fuerte, mas Juana no se enojó.

—Judkins, vete al pueblo —le dijo—, y cuando sepas algo definitivo sobré mis jinetes, ven a verme en seguida. Después dé marcharse Judkins, Juana se dedicó resueltamente a ciertas tareas que había abandonado un poco durante los últimos días. Su padre la había entrenado en las labores del jardín y dé los campos, en gobernar hábilmente a más dé cien empleados y en llevar la nota exacta del movimiento del ganado y de los jinetes qué lo guardaban. Además, tan variados deberes habíalos aumentado ella con uno en extremo delicado y que requería todo su tacto e ingenio: la ayuda casi secreta qué prestaba a las familias de los gentiles qué vivían en Cottonwoods. Aunque Juana no quería confesárselo a sí misma, esta ayuda era casi un completo sistema de caridad. De no inventar ella un sinnúmero de trabajos realmente innecesarios, aquéllas familias gentiles, que no podían prosperar en una comunidad mormona, hubiéranse muerto de hambre.

Al prestar ayuda a aquellas pobres gentes, Juana tenía conciencia de que engañaba a los dignatarios dé la Iglesia mormona, mas era el suco un engaño por el que no pedía perdón en sus oraciones. Resultábale, por otra parte, más difícil engañar a los gentiles, porqué eran tan orgullosos como pobres. Juana tuvo un gran disgusto al descubrir cuánto odiaban los gentiles a los mormones, y era para ella una fuente dé

inagotable alegría el ver que por su caritativa actuación suavizaban aquéllos un poco su odio. Y si antes tal tarea requería una gran serenidad de ánimo, ahora, en momentos de angustia y tribulaciones, Juana se veía obligada a emplear toda su tenacidad para concentrar la atención de su filantrópica obra.

La puesta del sol puso fin a su trabajo y le llevó un sosiego espiritual y una paciencia que no había experimentado antes. Esperaba a Judkins, mas no compareció. La casa siempre estaba sumida en la quietud, pero aquella noche el silencio parecía mayor. Durante la cena, sus criadas sirviéronla con una silenciosa solicitud que decía lo que sus sellados labios no podían expresar: la simpatía y la compasión de las mujeres mormonas.

Llegó Jerd con la llave de la puerta principal del establo y para dar el parte diario sobre los caballos. Uno de sus deberes consistía en sacar todos los días a Estrella Negra y Africano, en unión de los demás corceles, y dar con ellos un paseo de unas diez millas. Éste no se había efectuado aquel día y el muchacho se aturdió al querer dar unas explicaciones que Juana no había pedido. Sólo le preguntó si volvería al día siguiente, y Jerd, sorprendido y aliviado, le aseguró que siempre trabajaría para su ama. Juana echó de menos el ruido y el tráfago que promovían sus jinetes cuando regresaban por la noche, después de pasar todo el día en la pradera. Solitaria se paseó por entre los álamos, dónde reinaba el crepúsculo; los pájaros cesaron en sus cantos; el viento suspiraba en las copas de los árboles y el agua de la fuente murmuraba, discreta. El destello de la primera estrella acrecentó la paz y la belleza de la noche. Juana sintió renacer en su corazón la fe y la esperanza, y una secreta voz le dijo que todo tornaría a estar bien en su pequeño mundo. Se imaginaba a Venters ante la hoguera de su campamento, solitario, entre sus fieles perros, y oró por su seguridad y por el éxito de su empresa.

A la mañana siguiente, muy temprano, una de las criadas trajo a Juana el recado de que Judkins deseaba hablarle. Se apresuró a salir, y viendo con gran sorpresa que el joven iba armado con rifle y pistolas, olvidó preguntarle por el estado de su herida.

—¡Judkins! ¿Qué significan esas armas? Tú nunca has ido armado.

—Ha llegado, señorita, la hora de armarse —replicó Judkins—. ¿Queréis venir conmigo al bosque de álamos? No es prudente que me vean aquí con vos.

Juana le acompañó hasta las protectoras sombras de los árboles.

—¿Qué quieres decir?

—Señorita, anoche fui a casa de mi madre, y, mientras estaba allí, alguien llamó y un hombre preguntó si yo estaba. Fui a la puerta y le vi; llevaba el rostro tapado y me dijo que más me valía no seguir al servicio de Juana Withersteen. Su voz era ronca y extraña; la disimulaba, me parece, lo mismo que su rostro. No dijo más y se marchó aprisa.

—¿Sabes quién era? —preguntó Juana en voz baja.

—Sí.

Juana no preguntó más; no quería saber, temía saber. Su calma desapareció al

instante.

—Por eso voy armado —continuó Judkins—. Porque yo nunca dejaré de trabajar para vos, señorita Withersteen, a no ser que vos misma deseéis que me vaya.

—Judkins, ¿deseas marcharte de mi casa?

—No me conocéis si creéis eso. Dadme un caballo, un caballo veloz, y enviadme a la pradera.

—Gracias, Judkins. Eres más fiel que los de mi religión. No debería aceptar tu lealtad; acaso tengas que sufrir por mi causa. Mas ¿qué he de hacer? Mi cabeza da vueltas. ¡La injusticia que se cometió con Venters, el robo del hatajo, esos hombres enmascarados, las amenazas…! ¡No lo entiendo! Pero presiento que algún destino oscuro y terrible me espera.

—Señorita, la cosa está clara —dijo Judkins gravemente—. Escuchadme y olvidad por un momento que sois mormona… Ayer estuve en el pueblo recorriendo las tabernas y almacenes. Todos vuestros jinetes estaban allí. Se hablaba de organizar un cuerpo de vigilancia para acabar con las ladrones de ganado. Dicen que van a llamarle «Los Jinetes». Y éste es el motivo que dicen tener para haberos abandonado. Lo extraño es que sólo unos pocos jinetes de los demás ranchos hayan ingresado en ese cuerpo de vigilancia. Y el confidente de Tull, Jerry Card, es su cabecilla. Le vi a él y a su caballo. No ha ido a Glaze. Es difícil engañarme a mí; sé cuando un caballo ha corrido por la pradera durante muchas horas… Me encontré con Blake y Dorn, ambos buenos amigos míos, hasta dónde su mormonismo les permite. No pudieron engañarme tampoco, por mas que no hicieron grandes esfuerzos en este sentido. Les pregunté, sin embargo, por qué os habían abandonado del modo que lo hicieron, recordándoles al mismo tiempo cómo atendisteis a la vieja madre de Blake cuando estuvo enferma, y cuán buena sois con los hijos de Dorn. Se les caía la cara de vergüenza, señorita. Pero luego se irguieron, adoptando esa mirada vaga y opaca que les hace tan misteriosos. Sin embargo, advertí la diferencia que había entre los naturales remordimientos de conciencia que demostraron al principio y la cara grave y seria que pusieron después, ocultando un inconfesable secreto. Y comprendí claramente que ellos no se atrevían a contravenir. Su rostro parecía decir que si os son infieles es por ser leales a un deber más elevado. Ése es su secreto; mas para mí la cosa está tan clara como… como cierto es que llevo ahora pistolas.

—¡Ya lo creo que está claro…! ¡Mi ganado solo en la pradera, para robármelo…! ¡Hay que dejar en la miseria a Juana Withersteen…! ¡Hay que hacerle bajar la cabeza y doblegar su espíritu…! No puede estar más claro, Judkins.

—Señorita, permitidme que reúna a todos los hombres que quieran seguirme para guardar el hatajo blanco. Ahora está en la pradera, a cosa de diez millas, y son tres mil cabezas, todos bueyes. Son salvajes y es fácil que se produzca entre ellos la estampida. Acamparemos allí y los guardaremos.

—Judkins, algún día recompensaré tus servicios, a no ser que me lo quiten todo. Reúne esos hombres y dile a Jerd que te deje escoger entre mis caballos el que más te

convenga, excepto Estrella Negra y Africano. Pero… no vertáis sangre por mi ganado, ni tampoco arriesguéis temerariamente vuestras vidas.

Juana Withersteen buscó en seguida silencio y soledad en su habitación y, al entrar en ella, no pudo por más tiempo refrenar su cólera. La cegó la furia de una pasión hasta entonces jamás revelada con tal potencia. Echada en el lecho, con los ojos cerrados y la boca contraída, ardía interiormente en tremenda llama. Y revolvíase inquieta mientras la llama ardía hasta consumirse poco a poco.

Luego, débil y exhausta, estuvo pensando, no en la opresión que se ejercía para doblegar su espíritu, sino en lo que fue para ella la revelación de su carácter. Hasta hacía pocos días, ninguna causa hubo en su vida que despertara pasión de ánimo. Sus antepasados fueron hombres de férrea voluntad, que no toleraban más poder que el suyo. Su padre había heredado aquel temple, y, a veces, los suyos huían ante el estallido de su cólera, como los antílopes corren en la pradera huyendo del fuego. Juana Withersteen comprendió que el espíritu de la ira y de la lucha había estado latente en ella, y retrocedía ante aquel siniestro abismo, insospechado hasta entonces. Lo que más había detestado en hombres y mujeres, lo que jamás quiso perdonar, era el odio. El odio llevaba a las almas por un camino en llamas derechamente al infierno. Y, de pronto, como un relámpago, sin que lo pudiera remediar, había surgido en ella un odio fiero, violento. Y el hombre que rebajaba su tranquilo y cariñoso carácter a tal degradación era un ministro de Dios, un dignatario de su religión, el consejero de su amado obispo.

La pérdida de su ganado, de su rancho, hasta de la Fuente Ambarina y de su vieja mansión, nada importaba ya a Juana Withersteen. Enfrentábase sólo con la idea principal, con lo que consideraba problema de la más grande importancia y al lado del cual todo lo demás desaparecía: la salvación de su alma.

Arrodillóse junto a la cama y oró como jamás lo había hecho, suplicando que se le perdonara su pecado; que se la librara de aquella oscura y abrasadora sensación de odio; que pudiera amar a Tull como ministro del Señor, aunque lo aborreciera como hombre; que le diese ánimos para cumplir con su religión, con sus correligionarios y con los que dependían de ella; que permaneciese siempre inviolable su fe en Dios y en su libre albedrío de mujer.

Cuando Juana Withersteen se levantó después de aquella plegaria, estaba tranquila y segura de sí misma; era una mujer distinta. Cumpliría su deber tal como lo entendía, viviendo de acuerdo con su verdad. Acaso nunca le sería posible casarse con el hombre de su elección, mas tampoco consentiría en ser esposa de Tull. Los dignatarios de los mormones podrían quitarle los hatajos, los caballos, la hacienda, los prados, la casa de Withersteen, el agua que hacía florecer el pueblo de Cottonwoods, pero no la obligarían jamás a casarse con Tull. Decidida y resignada a soportar todas las pérdidas, y muy segura de sí misma, Juana Withersteen sintió una tranquilidad de espíritu de la que no gozaba hacía más de un año. Perdonó a Tull y lamentó melancólicamente su equivocación. Tull, como hombre, quería a Juana para

sí, en primer lugar; y en segundo, esperaba salvarla a ella y sus riquezas para la Iglesia mormona. Juana no creía que Tull obrase impulsado tan sólo por el deseo religioso de salvar el alma de ella. Además, no temía a Tull en este sentido. Aunque le habían enseñado que el obispo de la comunión mormona estaba en comunicación directa con Dios y que podría condenar su alma al eterno fuego, dudaba que el obispo pronunciase tal anatema sólo porque ella se negara a casarse con Tull. En cuanto a éste y los demás dignatarios, acaso cuando ella estuviera arruinada, pero indómita, le devolverían todo lo que perdiera. Así razonó Juana Withersteen, leal hasta el fin con su fe en los hombres, cuya bondad acabaría por prevalecer…

Juana salió de sus habitaciones al oír penetrar en el patio un caballo. Encontró allí a Lassiter, al lado de su ciega montura. La sonrisa del jinete contrastaba singularmente con el terrible aspecto de las negras pistoleras que llevaba. De pronto despertóse de nuevo en Juana el deseo de frustrar las siniestras intenciones que llevaran a Lassiter a Cottonwoods. Si ella pudiese suavizar el odio que éste sentía por los mormones o, por lo menos, evitar que matara más, no sólo salvaría a sus correligionarios, sino que humanizaría al Lassiter homicida.

—Buenos días, señora —dijo el jinete, sombrero en mano.

—Lassiter, no soy tan vieja para llamarme señora —replicó ella, con la más encantadora de sus sonrisas—. Si no queréis llamarme señorita Withersteen, llamadme Juana.

—El nombre de Juana es más fácil. Los nombres de pila siempre me han gustado más.

—Pues bien, llamadme por el mío… Lassiter, me place veros. Tengo un grave disgusto. Le contó detalladamente el regreso de Judkins, el robo del hatajo rojo, la salida de Venters montado en Camorra y la retirada de sus jinetes.

—Creo, Juana, que os mostráis demasiado risueña y hermosa para que uno crea en tantas atribulaciones —observó el jinete.

—¡Lassiter! ¡Ésos son piropos! Pero, en serio: he decidido no estar triste. He perdido mucho y seguramente perderé más aún. Sin embargo, no quiero disgustarme, y espero que no volveré a sentirme desdichada.

Lassiter, dando vueltas a su sombrero, como era su costumbre, tardó algún tiempo en contestar.

—Las mujeres son seres extraños para mí. Hace muchísimos años que no he tratado a ninguna. Con todo, me gusta una mujer valiente. Y puesto que tomáis las cosas con tanto ánimo, ¿me permitís que os pregunte si estáis decidida a luchar?

—¿Luchar? ¿Y cómo? Aunque quisiera, no tengo más amigo que ese muchacho, que no puede permanecer en el pueblo.

—Perdonad mi atrevimiento, señora…, digo, Juana…; pero tenéis otro…, si lo deseáis.

—¡Lassiter…! Gracias, ¿pero cómo voy a aceptaros por amigo? ¡Pensad! Iríais en seguida al pueblo con esas terribles armas y mataríais a mis enemigos… que son

también dignatarios de mi religión.

—Si me encolerizasen tendrían su merecido —respondió secamente. Ella le tendió ambas manos.

—¡Lassiter! Acepto vuestra amistad…, me enorgullecería de ella…, la devolvería con creces…, si así impido que matéis a más mormones.

—Voy a deciros una cosa —exclamó Lassiter rudamente, y en sus ojos brilló una luz acerada—. Sois una mujer que vale demasiado para que merezcáis ser sacrificada como intentan… No, no creo que podamos ser amigos en tales condiciones.

Juana se acercó un paso más, repelida y, sin embargo, fascinada por la súbita transición de Lassiter. Saber que aquel hombre terrible lucharía por ella, era al mismo tiempo horrendo y maravilloso.

—Habéis venido aquí para matar a un hombre…, al hombre a quien Milly Eme…

—Al hombre que arrastró a Milly Erne al infierno…, decidlo así…, Juana Withersteen; sí, ése es el motivo de mi venida. Y a nadie más en el mundo se lo diría. Hay cosas que una mujer como vos no podría soñar… De modo que… no hablemos más de Milly Erne. A no ser que me digáis el nombre del infame.

—¿Revelar eso? ¿Yo? ¡Nunca!

—Estoy convencido de que lo haréis sin que yo os lo pida. Soy hombre de extrañas creencias y pienso de un modo singular. Parece que adivino el futuro sin poder explicarlo exactamente. La pista que he seguido durante tantísimos años me ha extraviado por un camino muy enredado y confuso, pero ahora ya la veo clara. Y vos,. Juana Withersteen, hace tiempo que habéis cruzado ese camino para aliviar la agonía de la pobre Milly. Eso, queráis o no, convierte a Lassiter en amigo vuestro. Mas ahora volvéis a cruzar el mimo camino, y eso significa algo extraño para mí… ¡Dios sabe qué…! A no ser que con vuestra noble ceguera me incitéis a odiar aún más a los mormones.

Juana sintióse dominada por una fuerza que excedía en mucho a la suya. En una lucha de voluntades con aquel hombre, ella sería vencida. Si quería influir en él, habría de valerse tan sólo de la seducción femenina. Había algo en Lassiter que imponía respeto; a la joven le había inspirado horror su nombre; ahora, frente a frente, descubrió que sólo le causaban horror sus acciones; el hombre, no. La misteriosa sugerencia del jinete, su predicción de que ella había de ser algo para él, quedó fuertemente grabada en el espíritu de Juana. Creyó que el Destino había hecho que el amante o el marido de Milly Eme se atravesara en su camino. Creía, además, que por su mediación podría ser redimido un hombre malo. La alusión de Lassiter a lo que éste llamaba su ceguera, la aterró. Una idea tan equivocada podría despertar la fatal cólera que ella presentía en él. Era preciso aplacar a aquel hombre a toda costa, y si Lassiter no se ablandaba ante la belleza y seducción de una mujer, sería porque no residía en ella tal facultad.

—Creo que no volveréis a oírme hablar de este modo —continuó el jinete, poco después—. Y ahora, señorita Juana, he venido para deciros que vuestro hatajo blanco

está en la ladera, detrás de aquellas cimas. Y he visto algo que acaso seria muy interesante que vos pudierais verlo también. ¿Tenéis anteojos de campaña?

—Sí, dos. Voy a buscarlos y os acompañaré. Esperadme, Lassiter, haced el favor —dijo ella, y entró rápidamente en su casa para buscarlos y cambiarse de ropa. Cuando volvió a salir iba vestida en traje de montar, que le sentaba admirablemente. Y si esperaba alguna muestra de admiración por parte de Lassiter, no quedaron defraudadas sus esperanzas. Apareció en el rostro de él la suave sonrisa que tanto le gustaba, porque le convertía en otro hombre.

—¡Al pronto creí que no erais vos, sino un muchacho! —exclamó el jinete—. ¡Es curioso lo que transforma el traje! Hace poco estaba yo algo asustado por la dignidad que irradiaba de vuestra persona, lo mismo que la otra noche, cuando ibais vestida completamente de blanco; pero así…

El caballo favorito de Juana, Estrella Negra, entró raudo en el patio, llevando a Jerd casi a rastras, y relinchó al ver el caballo negro de Lassiter. Mas al advertir a Juana, su cólera pareció aplacarse y, sacudiendo la hermosa cabeza, acercóse.

—¡Abajo, Estrella, abajo!, —mandó Juana.

El caballo inclinó la cabeza, y luego, poco a poco, dobló primero una pierna, luego la otra, y se arrodilló. Juana colocó el pie izquierdo en el estribo y saltó a la silla, e inmediatamente se alzó el caballo. No le fue fácil a Juana sujetarlo para hacerle ir al paso al atravesar el bosque de álamos; mas tan pronto como Estrella vio la pradera, corrió veloz como el viento. Juana le dejó correr durante dos millas en la pradera libre, y luego le obligó a detenerse para esperar a Lassiter. Éste no tardó en alcanzarla, y pronto los dos cabalgaron a la par. Juana recordó las muchas veces que solía ir así con Venters. ¿Dónde estaría ahora? Dirigió la vista hacia la lejana parte baja de la ondulada vertiente, dónde vislumbrábanse, las rojas líneas curvas del Desfiladero de la Decepción, e involuntariamente cerró temblando los ojos ante el aguijón de un terror desconocido.

—Ahora hemos de ir hacia la izquierda —dijo Lassiter—. El hatajo blanco está detrás de aquella loma blanca.

—¿Qué vais a enseñarme? —preguntó Juana—. Estoy preparada…, nada temáis.

El jinete sonrió, como queriendo decir que las malas noticias llegan por sí solas bastante aprisa, sin necesidad de presagiarlas.

Al llegar a la falda de la loma, Lassiter desmontó, indicando a Juana que hiciera lo mismo. Dejaron los caballos atados a un arbusto y empezaron a subir la cuesta; Lassiter delante. Cerca de la cima, detuvo a Juana con un ademán.

—Creo que veremos más desde aquí, sin subir del todo. Allá arriba se nos descubriría. He estado en este lugar hará cosa de una hora, y entonces el ganado hallábase unas ocho millas hacia el Sur. Si aún no se ha desbandado…

—¡Lassiter! ¿Desbandarse, habéis dicho?

—Sí, desbandarse. Ahora, veamos.

Juana subió unos cuantos pasos detrás del jinete y miró por encima de la cumbre.

Al otro lado, la vertiente daba a un valle bastante grande, cuya salida estaba a la izquierda. Siguiendo las ondulaciones de la pradera, Juana vio el hatajo blanco dividido en varias hileras y un grupo central. Aun a la distancia que se hallaba el ganado, sabía Juana que algo anormal iba a ocurrir. Cogió los anteojos y examinó la pradera lentamente, de izquierda a derecha, vio que los bueyes de las hileras mostrábanse inquietos, mientras que los del compacto grupo central estaban paciendo. Juana volvió a enfocar los anteojos sobre los grandes cabestros y vio que corrían con pasos cortos, se detenían de pronto, sacudían la cabeza, miraban en todas direcciones y volvían a correr hacia otro sitio. El juego inquieto de los bueyes guías repetíase una y otra vez.

—Judkins no ha podido reunir aún a sus muchachos —dijo Juana—. Pero pronto estará aquí. Espero que no llegue demasiado tarde. Lassiter, ¿qué es lo que asusta a los cabestros?

—En este momento, nada —repuso Lassiter—. Ahora están calmándose. Los han asustado, pero la cosa no ha sido todavía muy grave. Creo que todo el hatajo en conjunto se ha corrido como cosa de una milla hacia acá, desde que me he marchado.

—Pues no han podido ir ramoneando toda esa distancia. Los bueyes no corren como las ovejas.

—Es verdad; vuestro hatajo ha salvado esa distancia corriendo, y en eso consiste el peligro.

—¿Qué puede haberlos asustado, Lassiter? —preguntó Juana con impaciencia.

—Dejad los anteojos. Al principio lo veréis mejor a simple vista. Ahora mirad a lo largo de los cerros que se ven detrás del ganado, aquellos que están inundados de sol… ¡Eso es! Mirad con atención y esperad.

Juana miró pacientemente, pero, a pesar de transcurrir varios minutos, no vio más que el cerro cubierto de artemisa.

—¡Ya empieza! —murmuró Lassiter, y la asió del brazo—. ¡Atención…! ¡Ahora! ¿Lo habéis visto?

—No, no he visto nada. ¿Qué es lo que se ve?

—Un resplandor blanco…, el destello de una luz rápida, viva y pequeña…, un reflejo como el de los rayos de sol. Ese reflejo es lo que asusta a los animales.

Juana volvió a mirar y, de pronto, percibió un destello. Rápidamente se llevó los gemelos a los ojos. Durante unos minutos de larga espera la impacientó con su monotonía la pradera roja, más grande en tamaño y más fuerte en color vista a través de los anteojos. De súbito surgió de entre la artemisa del cerro un objeto blanco, ancho, en el que el sol se reflejó vivamente, para desaparecer al instante.

—¿Qué podrá ser eso?

—Debe de haber alguien escondido allí que, de vez en cuando, flamea rápidamente una sábana para reflejar el sol.

—¿Y para qué? —preguntó Juana, más confundida que nunca.

—Para provocar la estampida del ganado —replicó Lassiter sarcásticamente.

—¡Ah! —exclamó Juana, y un espasmo de furor sacudió su cuerpo. Luego dejó caer la cabeza y, a poco, la levantó, esforzándose por sonreír—. ¡Mis virtuosos hermanos en Dios están haciendo de las suyas! —dijo desdeñosamente. Había logrado apagar la llama de su cólera; mas, por primera vez en su vida, contrajéronse sus labios en un rictus de amargo despecho—. He dicho que estaba preparada para todo, y no es verdad.

¿Por qué, pregunto, han de querer provocar la estampida entre mis bueyes?

—Pues porque ésas son las nobles y honradas maneras que tienen los mormones de doblegar a una mujer.

—Lassiter, yo moriré antes que doblegarme. Quizá me dejaría guiar, pero no consiento que me lleven a la fuerza… ¿Creéis que el ganado se desbandará?

—Nada me gusta el aspecto de esos bueyes guías. Pero nada se puede vaticinar. A veces se produce la estampida por la más pequeña cosa. Cualquier destello o movimiento los asusta. Un jinete que se apee y vaya hacia ellos puede ser la causa de que se sobresalten y echen a correr. Y a veces parece que nada hay que pueda asustarlos. Sin embargo, creo que el reflejo de esa sábana dará resultado. Es un truco nuevo pata mí, y eso que conozco muchas cosas respecto al ganado. Se necesita ser uno de esos mormones, tan temerosos de Dios, para inventar trucos tan endiablados.

—Lassiter, ¿no podría ser alguno de los hombres de Oldring? —preguntó Juana, tratando otra vez de agarrarse a un clavo ardiendo.

—Podría, pero en este caso no lo es —repuso Lassiter—. Oldring es un ladrón honrado. No se esconde detrás de los cerros para hacer que vuestros bueyes se desbanden. Lo que hace Oldring es ir a vuestro encuentro, y si no os gusta lo que hace, podéis «sacar» la pistola.

Juana se mordió la lengua para no defender a hombres que en aquel mismo instante demostraban ser pequeños y ruines comparados con los ladrones de ganado.

—¡Mirad, Juana…! Los cabestros echan a correr; los bueyes de las dos filas sueltas les siguen, y pronto los del centro harán lo mismo.

Juana no pudo percatarse de los detalles con tanta rapidez como indicaba Lassiter, pero vio cómo se iba alargando la fila del ganado. Y de pronto advirtió que todo el hatajo corría alocadamente. El suelo retumbaba, y el aire se llenó de un estruendo que aumentaba gradualmente.

—¡Ya está armada la estampida! —dijo Lassiter.

—¡Oh, el hatajo corre a lo largo del valle, que conduce un cañón profundo, y todos se precipitarán en él!

—También lo creo yo así, pero faltan aún muchas millas. El valle gira bastante hacia el Norte antes de ir hacia el Este. El hatajo pasará a una milla delante de nosotros.

La larga y blanca fila de los bueyes movíase velozmente por la pradera, dejando tras de sí una gran nube de polvo. El estruendo que producía la estampida era cada vez mayor.

—Voy a ver si puedo aplicar a ese hatajo el truco de la noria —dijo Lassiter, y al mismo tiempo examinó la falda de la vertiente hacia el Oeste—. Veo que, camino del pueblo, se mueve algo; acaso sean Judkins y sus muchachos. No es fácil que lleguen a tiempo para remediar el mal. Lo mejor será que vos os quedéis aquí con Estrelló Negra.

Y, dicho esto, se fue corriendo hacia su caballo, le quitó las alforjas, apretóle la cincha, subió de un salto y guió al animal, en veloz carrera, directamente hacia el valle.

Juana fue a buscar a Estrella Negra y lo llevó a la cima. Allí lo montó y contempló el valle, llena de expectante emoción. Había oído hablar del truco de la noria para reducir a un hatajo en desbandada, y sabía que únicamente un jinete audaz y temerario podría realizarlo.

El hatajo blanco formaba ahora una fila de dos millas. El estruendo de miles de pezuñas de ganado corriendo alocadamente convertíase poco a poco en el retumbar de múltiples truenos. Lassiter cruzó en pocos instantes el fondo del valle y subió a la falda del Este, dónde esperaba la llegada del ganado. Y cuando la cabeza de la línea blanca llegó a un punto frente al sitio ocupado por Juana, Lassiter espoleó a su caballo.

Juana vio a Lassiter colocarse junto a la cabeza, cabalgando al lado de los cabestros. Así volaron valle abajo, y cuando el final de la línea blanca había llegado al punto dónde Lassiter estuvo al principio, la cabeza de la fila había comenzado a girar hacia el Oeste. Giraba lenta pero tenazmente, y poco a poco se formó una hermosa curva que avanzaba como el viento. Con gran asombro vio Juana que la cabeza giraba hasta que la línea curva regresó hacia ella, valle arriba. A la derecha de los alocados bueyes corría Lassiter montado en su negro caballo, y Juana apreció la seguridad y el veloz andar del ciego corcel. Luego le pareció que la curva moviente iba acentuando su concavidad hasta formar una media luna cuyas puntas hallábanse casi opuestas y sólo mediaba una milla entre ellas. Lassiter seguía empujando lentamente a los cabestros, llevándolos más y más hacia la izquierda. Y los demás, ciegos, alocados, seguían a los guías. La curva de bueyes se desplazó hacia el sitio dónde se hallaba Juana y, lentamente, iba cerrándose el círculo.

En aquel momento comprendió Juana la heroicidad de Lassiter. Su caballo era veloz e incansable, pero estaba ciego. Había empujado a los bueyes guías, haciéndoles ir en semicírculo cada vez más cerrado, hasta juntarse con los del final de la curva en un círculo interior. Y cuando Lassiter lograse formar el círculo, ¿cómo saldría de él? Juana, asustada, aturdida, oró fervorosamente por la seguridad de aquel hombre. Vagamente vio, por entre la nube de polvo, cómo Lassiter seguía empujando a los bueyes hacia dentro para cerrar el círculo, formando la noria que los había de dominar. En la nube de polvo lo perdió de vista; después vio otra vez la negra montura, sin jinete ahora; vio como el caballo se encabritaba y caía. ¡Lassiter había sido arrojado de la silla!… ¡Estaba perdido, muerto! Mas de pronto volvió a aparecer;

salía corriendo de entre la nube de polvo. ¡Estaba ileso! Juana respiró.

Contempló pasmada aquella enorme noria de bueyes que daba vueltas sin cesar, haciendo temblar el suelo, como si se tratara de un terremoto. El ruido era ensordecedor, y al estruendo de las pisadas juntábase el mugido de los bueyes, cuando el círculo interior iba estrechándose y los cuernos de los animales empezaban a entrechocar. Mugiendo, bramando, moviéndose siempre, se produjo el choque de toda la masa interior bajo la presión de los que aún corrían en el círculo externo. Luego sobrevino el paro. El centro no pudo seguir moviéndose bajo la enorme presión, y poco a poco deteníase también la parte exterior. La noria había surtido su efecto; el hatajo blanco estaba exhausto, quieto, salvado.

Juana Withersteen esperaba en el cerro, con el corazón rebosante de gratitud. Por fin apareció Lassiter, subiendo lenta y fatigosamente la cuesta. Y por el otro lado veíase ya a un grupo de jinetes, con Judkins al frente. Por el momento, al menos, el hatajo blanco tendría quien lo guardara.

Cuando Lassiter llegó y puso la mano sobre la crin de Estrella Negra, Juana no supo qué decir.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó Juana—. ¡Lástima! Ya sé que no encontraréis otro caballo como aquél; pero yo os daré cualquiera de mis corceles: Campanilla, Africano…, hasta Estrella Negra, si queréis.

—Escogeré un caballo veloz, pero ninguno de vuestros favoritos —repuso Lassiter—. Mas…, dejadme montar ahora a Estrella Negra hasta aquel cerro para espantar al sujeto que provocó la estampida. Como podéis ver, son varios…

Y señaló algunos puntos en la pradera roja.

—Con vuestro caballo les daré alcance, y entonces.

—Entonces, ¿qué, Lassiter?

—No volverán a provocar ninguna estampida.

—¡Oh, no!… Lassiter, no se lo permito. —Mas en sus mejillas brotó la llama del rubor, y con manos temblorosas sostuvo la brida de Estrella Negra y bajó los ojos ante la penetrante mirada de Lassiter.

# Capítulo VII

—Lassiter, ¿queréis entrar a mi servicio como jinete?, —habíale preguntado Juana.

—Sí, señora —contestóle Lassiter.

Aunque las palabras de éste fueron breves, Juana advirtió su gran alcance. Deseaba que el extraño jinete se hiciera cargo de sus hatajos, de sus caballos, de su Rancho, y que salvase lo que pudiese. Sin embargo, aunque ella no se hubiera atrevido a expresar todos sus pensamientos sobre lo que esperaba de él, en su fuero interno no se engañaba. Fuere cual fuere el precio que tuviese que pagar, era preciso que Lassiter no se alejara de su lado; tenía ella que servir de pantalla entre Lassiter y el hombre que indujera a Milly Erne a venir a Cottonwoods. Era tan grande su temor de revelar el nombre del mormón culpable, que ni con el pensamiento se atrevía a pronunciarlo. Además, aparte de lo que consideraba como sagrada obligación, sentía Juana la necesidad de tener a su lado a un amigo que la ayudara y protegiera en los difíciles tiempos que la aguardaban. Si lograra tener ascendiente sobre aquel *gunman*, como Venters le había llamado; si le fuese posible evitar que vertiera más sangre humana, ¿no sería también una buena estrategia, oponer el nombre y la presencia de Lassiter contra la opresión de que la hacían víctima los dignatarios de la Iglesia mormónica? No era posible olvidar el efecto que causó el terrible nombre en Tull y sus hombres cuando lo pronunció Venters en un momento de angustia. Y si ella no pudiese tener un completo ascendiente sobre Lassiter, por lo menos lograría aplazar indefinidamente el día fatal.

Uno de sus caballos favoritos era un corcel bayo que ella dio en llamar Campanilla a causa del peculiar sonido que el animal producía dando con sus metálicos cascos contra las piedras. Cuando Jerd, por orden de Juana, sacó aquel soberbio animal, Lassiter lo contempló con admirados ojos. Brillaba en ellos el cariño que el jinete de las praderas siente por un «pura sangre». Dio varias vueltas alrededor de Campanilla, y cuanto más lo examinaba, más y más debilitábase en él la determinación de no aceptar ninguno de los caballos favoritos de la joven.

—Lassiter, sois demasiado amigo de los buenos caballos, y Campanilla se da cuenta de ello —exclamó Juana riendo—. Mirad sus ojos. Le gustáis, y pronto os querrá. ¿Cómo podéis resistir la tentación? ¡Y si supierais, Lassiter, cuánto sabe correr este caballo!… En velocidad, Campanilla y Camorra por ahí se van; sólo Estrella Negra los vence. Por otra parte, es un caballo demasiado nervioso para una mujer; yo lo monto muy raras veces. Tomadlo, es vuestro.

—Tratándose de un caballo no sé resistir —dijo el jinete—. Lo tomaré y… también tomaré vuestras órdenes, señora.

—Me satisface y estoy contenta, pero… apead el tratamiento. Quiero seguir siendo Juana para vos.

A partir de aquella hora parecía que Lassiter estaba siempre en la silla de montar, cabalgando casi desde la aurora hasta muy avanzada la noche. Coincidiendo con la

entrada de Lassiter al servicio de Juana, los días volvían a ser apacibles para ella. Su inteligencia le decía que sólo podía tratarse de la calma que precede al temporal, aunque su fe no quiso admitirlo.

Juana volvió a hacer, como antes, sus acostumbradas visitas al pueblo, y en una de ellas tropezó con Tull. Éste la saludó como solía hacerlo antes del incidente de Venters, y ella, deseosa de paz, aunque no podía olvidar tan pronto, le correspondió con afecto. Tull le expresó su sentimiento por la pérdida del ganado; le aseguró que el cuerpo de «vigilantes» que acababa de organizar terminaría muy, pronto con los ladrones y que, entonces, los jinetes de ella, momentáneamente ausentes, volverían a su Rancho.

—Has procedido un poco temerariamente tomando a tu servicio a ese Lassiter —continuó Tull con cierta severidad—. Ese hombre ha venido a Cottonwoods con malas intenciones.

—Me vi obligada a ello porque necesitaba que alguien me ayudara. Y tal vez redunde en beneficio de los mormones de Cottonwoods el que Lassiter sea jinete mío.

—¿Intentas sujetarle?

—Si puedo…, sí.

—Una mujer como tú lo puede todo con un hombre. Eso sería una buena acción y repararía, en cierto modo, los errores que cometiste.

Inclinóse y continuó su camino. Juana se alejó, muy pensativa. Le disgustaba el modo frío e impasible con que Tull la había mirado, como si ella hubiese atraído sobre sí la justa cólera de él. Fuera de eso, Tull seguía siendo el mismo hombre impenetrable y sereno que la joven conociera durante diez años. En efecto, exceptuando el momento en que reveló su pasión al apoderarse de Venters, Juana jamás había pensado que Tull pudiera ser otra cosa que un grave y exigente dignatario de la Iglesia mormona. Le hubiera hecho mejor efecto que Tull hubiese seguido mostrándose enojado con ella, que hubiese continuado queriendo dominarla abiertamente. Recordó lo que Venters y Lassiter habían dicho: que n: Tull ni ninguno de los demás dignatarios de los mormones lucharían abiertamente contra ella, que preferían obrar y maquinar ocultamente. Ahora mismo, en su encuentro con ella, Tull se mostró como si nunca hubiese tratado de hacerla esposa con ruegos y amenazas. Ni mencionó siquiera a Venters. Su actitud fue la del sacerdote que está ofendido pero que perdona las flaquezas de una mujer. Al verle y oírle, hubiérase asegurado que nada en absoluto sabía de que se ejerciera presión sobre ella, de que hubiese quien obligara a sus jinetes a abandonar su servicio, de que él no tenía relación alguna con los bandidos, ni con los robos, ni con los intentos de provocar estampidas entre su ganado. Y aquella apariencia la convenció de nuevo de que eran ciertas las sospechas que a veces creyera injustas. Mas su inquebrantable fe resistíase a admitir tal convencimiento.

Juana se dirigió a uno de los amplios prados que había al lado de la calle principal y entró en un grande y sombreado patio. Crecían allí abundantemente el trébol de

suave fragancia, la alfalfa para el ganado y las legumbres, en feliz consorcio. En caótica confusión producían allí gran algarabía docenas de criaturas de uno a tres años, niños revoltosos y rientes niñas, toda una multitud de gente menuda que formaba una sola familia, porque Collier Brandt, el padre de tan numerosa prole, era un mormón con cuatro mujeres.

La gran casa en que vivían era antigua, sólida y pintoresca; la parte inferior estaba hecha de troncos enormes; la superior, de tablas y tablones, y por la chimenea de piedra trepaba la vid. Había muchas ventanas con postigos de madera, y una muy grande, provista de vidrios, ostentando orgullosamente una cortina blanca. Como la casa tenía cuatro amas, constaba también de cuatro secciones, incomunicadas entre sí, y a todas daban acceso sendas puertas externas.

A la sombra de un cenador, por cuyo enrejado techo trepaba la vid, halló Juana a las cuatro esposas de Brandt, en plática con el obispo Dyer. Eran todas excelentes matronas de agradable aspecto, aproximadamente de la misma edad, y en aquel instante mostrábanse todo menos graves. El obispo era un hombre alto, muy corpulento, de cabellos y barba grises y ojos azules. Ahora su mirada era alegre, pero Juana conocía momentos en que no lo era, y entonces temía a Dyer tanto como antaño a su propio padre.

Las mujeres la rodearon, dándole la bienvenida.

—Hija de Withersteen —dijo alegremente el obispo al cogerle la mano—, no has sido pródiga en dejarte ver últimamente. ¡Un sábado sin que se te viera en el templo! Habré de reprender a Tull.

—La culpa es mía, señor. Iré a veros y me confesaré —repuso Juana, como si no diera importancia al asunto, aunque interiormente ardía.

—¡Así es como hacen los mormones el amor! —exclamó el obispo frotándose las manos—. Tull te acapara.

—No. Tull no me hace la corte.

—¿Cómo? ¡El muy holgazán! Pues si no se da prisa, yo mismo iré a la mansión Withersteen como pretendiente.

La ocurrencia del obispo promovió la risa de las mujeres, y así estuvieron cierto tiempo diciendo frivolidades, terminando por hablar de algunos asuntos del pueblo. Después, el obispo Dyer se despidió y Juana quedó a solas con su amiga Mary Brandt.

—Juana, estás cambiada. ¿Te entristece el robo de parte de tu ganado? Pero…, ¡si tienes tanto, si eres tan rica!

Juana le abrió su pecho, le contó casi todo lo que había sucedido, pero nada dijo de sus dudas y temores.

—¿Por qué no te casas con Tull y eres de las nuestras?

—¡Pero, Mary, si no le amo! —dijo Juana con obstinación.

—No puedo reprochártelo. Sin embargo, Juana Withersteen, debes decidirte por el amor de un hombre o por el de Dios. Nosotras, las mujeres mormonas, hemos de

hacer eso con frecuencia. No es fácil. La clase de felicidad que tú deseas yo misma la anhelé un día. Nunca la alcancé. Todas hemos observado tu amistad con Venters, temblando y temiendo lo peor. Tú no querrás verle ahorcado ni muerto a tiros, o que le ocurra algo más terrible aún, como le sucedió a aquel joven gentil que hallaron haciendo el amor a una mormona de Glaze. Cásate con Tull. Es tu deber, como mujer mormona. Como esposa suya no sentirás el arrobamiento de las enamoradas, pero… ¡piensa en el Cielo! Sufre tu cruz, Juana. Las mormonas no se casan por lo que puedan hallar en la tierra. En el Cielo hallamos nuestra recompensa. Recuerda que tu padre descubrió la Fuente Ambarina, edificó todas estas casas, trajo aquí a los mormones y fue un padre para ellos. ¡Tú eres la hija de Withersteen!

Juana dejó a Mary Brandt y se fue a visitar a otras amigas. Todas la recibieron con la misma alegre bienvenida que le dispensara aquélla, todas vertieron sobre ella el constreñido cariño de las mujeres mormonas, y de todas se alejó Juana con los oídos llenos de Tull, Venters, Lassiter, el deber para con Dios y la gloria del Cielo.

—Verdaderamente —murmuró Juana—, me desconozco a mí misma; después de cuanto me dicen, no logro cambiar mis ideas… Es más, estoy cada vez más decidida a no variar de conducta…

Atravesando nuevamente la calle mayor del pueblo, Juana se dirigió a uno de los amplios prados que había al lado de la calle principal y entró en un grande y sombreado patio. Crecían allí abundantemente el trébol de suave fragancia, la alfalfa para el ganado y las legumbres, en feliz consorcio. En caótica confusión producían allí gran algarabía docenas de criaturas de uno a tres años, niños revoltosos y rientes niñas, toda una multitud de gente menuda que formaba una sola familia, porque Collier Brandt, el padre de tan numerosa prole, era un mormón con cuatro mujeres.

La gran casa en que vivían era antigua, sólida y pintoresca; la parte inferior estaba hecha de troncos enormes; la superior, de tablas y tablones, y por la chimenea de piedra trepaba la vid. Había muchas ventanas con postigos de madera, y una muy grande, provista de vidrios, ostentando orgullosamente una cortina blanca. Como la casa tenía cuatro amas, constaba también de cuatro secciones, incomunicadas entre sí, y a todas daban acceso sendas puertas externas.

A la sombra de un cenador, por cuyo enrejado techo trepaba la vid, halló Juana a las cuatro esposas de Brandt, en plática con el obispo Dyer. Eran todas excelentes matronas de agradable aspecto, aproximadamente de la misma edad, y en aquel instante mostrábanse todo menos graves. El obispo era un hombre alto, muy corpulento, de cabellos y barba grises y ojos azules. Ahora su mirada era alegre, pero Juana conocía momentos en que no lo era, y entonces temía a Dyer tanto como antaño a su propio padre.

Las mujeres la rodearon, dándole la bienvenida.

—Hija de Withersteen —dijo alegremente el obispo al cogerle la mano—, no has sido pródiga en dejarte ver últimamente. ¡Un sábado sin que se te viera en el templo! Habré de reprender a Tull.

—La culpa es mía, señor. Iré a veros y me confesaré —repuso Juana, como si no diera importancia al asunto, aunque interiormente ardía.

—¡Así es como hacen los mormones el amor! —exclamó el obispo frotándose las manos—. Tull te acapara.

—No. Tull no me hace la corte.

—¿Cómo? ¡El muy holgazán! Pues si no se da prisa, yo mismo iré a la mansión Withersteen como pretendiente.

La ocurrencia del obispo promovió la risa de las mujeres, y así estuvieron cierto tiempo diciendo frivolidades, terminando por hablar de algunos asuntos del pueblo. Después, el obispo Dyer se despidió y Juana quedó a solas con su amiga Mary Brandt.

—Juana, estás cambiada. ¿Te entristece el robo de parte de tu ganado? Pero…, ¡si tienes tanto, si eres tan rica!

Juana le abrió su pecho, le contó casi todo lo que había sucedido, pero nada dijo de sus dudas y temores.

—¿Por qué no te casas con Tull y eres de las nuestras?

—¡Pero, Mary, si no le amo! —dijo Juana con obstinación.

—No puedo reprochártelo. Sin embargo, Juana Withersteen, debes decidirte por el amor de un hombre o por el de Dios. Nosotras, las mujeres mormonas, hemos de hacer eso con frecuencia. No es fácil. La clase de felicidad que tú deseas yo misma la anhelé un día. Nunca la alcancé. Todas hemos observado tu amistad con Venters, temblando y temiendo lo peor. Tú no querrás verle ahorcado ni muerto a tiros, o que le ocurra algo más terrible aún, como le sucedió a aquel joven gentil que hallaron haciendo el amor a una mormona de Glaze. Cásate con Tull. Es tu deber, como mujer mormona. Como esposa suya no sentirás el arrobamiento de las enamoradas, pero… ¡piensa en el Cielo! Sufre tu cruz, Juana. Las mormonas no se casan por lo que puedan hallar en la tierra. En el Cielo hallamos nuestra recompensa. Recuerda que tu padre descubrió la Fuente Ambarina, edificó todas estas casas, trajo aquí a los mormones y fue un padre para ellos. ¡Tú eres la hija de Withersteen!

Juana dejó a Mary Brandt y se fue a visitar a otras amigas. Todas la recibieron con la misma alegre bienvenida que le dispensara aquélla, todas vertieron sobre ella el constreñido cariño de las mujeres mormonas, y de todas se alejó Juana con los oídos llenos de Tull, Venters, Lassiter, el deber para con Dios y la gloria del Cielo.

—Verdaderamente —murmuró Juana—, me desconozco a mí misma; después de cuanto me dicen, no logro cambiar mis ideas… Es más, estoy cada vez más decidida a no variar de conducta…

Atravesando nuevamente la calle mayor del pueblo, Juana se dirigió hacia el centro, y tropezó en su camino con varios carros de los llamados «barcos de la pradera», en los que se transportaba trigo, harina y otras mercancías desde Sterling a Cottonwoods. Juana se echó a reír de pronto al pensar que uno de los grandes almacenes del pueblo, a que estaban destinadas aquellas mercancías, era suyo. El

agua que corría cabe la senda, a sus pies, y daba vida a los jardines y huertas, también era de ella, pues no porque la cediera gratuitamente dejaba de ser de su propiedad. Sin embargo, en aquella villa de Cottonwoods, que fundara su padre y que ella seguía sosteniendo, no era dueña de sí misma, no podía elegir marido a su gusto. Era solamente la hija de Withersteen, el mormón. ¿Y si probara que era hija suya en todo, hasta en su genio dominador? Mas Juana ahogó al instante aquella tentación de su orgullo.

Por fin, llegó al otro extremo del pueblo, dónde moraban los gentiles, unas treinta familias, en casuchas, cabañas y chozas. La situación de estos habitantes en Cottonwoods se revelaba en sus viviendas. Agua, la tenían en abundancia, y, por lo tanto, poseían jardines y pequeñas huertas llenos de hierba, árboles frutales y legumbres. Algunos de ellos tenían hasta una o dos vacas, otros se ganaban míseramente la vida con los trabajos intermitentes que los mormones les concedían de mala gana. Mas ninguna de las familias estaba en situación próspera, muchas eran pobres y otras vivían tan sólo de la ayuda de Juana Withersteen.

Y si Juana se sentía feliz al mezclarse entre los suyos, entristecíase al ponerse en contacto con los gentiles. Esto no era debido a que no le diesen la bienvenida, pues recibíanla siempre muy agradecidas las mujeres y con manifestaciones de alegría los niños. Lo que la hería siempre era su pobreza y su forzosa ociosidad, a la que iba unida la miseria y las penas. Y ahora que podía aliviar a los pobres más que antes, ofreciéndoles el empleo de jinetes en su Rancho, a causa del abandono de los jinetes mormones, dolíale mucho que, uno tras otro, los gentiles se excusasen por falta de valor.

—No puede ser —dijo un gentil, Carson de nombre, que había conocido mejores tiempos—. Hemos recibido un aviso categórico. Claro está que Judkins puede no hacer caso de las amenazas, puesto que sabe manejar las armas, lo mismo que los diablos de muchachos que ha tomado a su servicio. Están completamente solos y no tienen ninguna responsabilidad. Pero ¿es que nosotros podemos arriesgarnos a que nos quemen las casas durante nuestra ausencia?

Juana sintió que la invadía un intenso frío al oír las palabras de Carson.

—Oídme, Carson: vos y, los vuestros, ¿pagáis alquiler por estas casas? —preguntó ella.

—Vos debéis de saberlo, señorita Withersteen. Algunas de ellas son vuestras.

—¿Qué yo lo sé?… Carson, no he aceptado, en pago del alquiler, ni un solo día de prestación personal; nunca admití ni un manojo de hierba, y mucho menos, dinero.

—Bivens, el encargado de vuestros almacenes, se cuida de eso.

—Escuchadme, Carson —exclamó Juana, enardecida—. Vos, Black y Willet podéis recoger vuestras cosas e ir con vuestras familias a vivir a mis cabañas del bosque de álamos. Son más cómodas que estas casuchas. Y desde allí podéis trabajar a mi servicio. Si sucediera lo peor, yo os daré dinero…, oro suficiente para que podáis salir de Utah.

Carson empezó a balbucear palabras incoherentes; las lágrimas nublaron sus ojos, y cuando, al fin, pudo hablar fue para pronunciar una maldición, expresando con ella el profundo respeto y el afecto que le merecía Juana Withersteen. Su mirada y el tono de su voz le recordaban a Juana, extrañamente, a Lassiter.

—¡No, no, no…, imposible, no puede ser! —dijo Carson después de serenarse un poco—. Señorita Withersteen, existen cosas que ignoráis, y entre nosotros no hay nadie que pueda decíroslas.

—Me parece que estoy aprendiendo muchas cosas, Carson. Bien, dejemos eso.

¿Queréis permitir que os ayude hasta que vengan tiempos mejores?

—Sí, lo permitiremos agradecidos —repuso el hombre, animándose—. Yo sé lo que es eso para vos, y vos sabéis lo que significa para nosotros. Y si vienen esos tiempos mejores, me sentiré feliz de poder trabajar para vos.

—Los tiempos mejorarán. Yo confío en Dios y tengo fe en los hombres. Buenos días, Carson.

Y Juana se marchó para dirigirse a la más miserable de las chozas de los gentiles. Esta choza hallábase ya fuera del pueblo, en medio de campos de alfalfa, sombreada por algunos álamos de anchas copas. Al aproximarse Juana, la vio una niña, que dio un grito de alegría y fue hacia ella corriendo. Era una nena de cuatro años, llamada Fay, de aspecto encantador, y tan bella que más parecía un ángel que una criatura humana.

—Mamaíta te llama —gritó Fay cuando Juana la besó—, y tú no vienes nunca.

—No lo sabía, Fay, pero ahora ya estoy aquí.

Todos los niños de Cottonwoods, mormones y gentiles, eran amigos de Juana Withersteen, y a todos los amaba ella, pero a la que más quería era a Fay. Ésta tenía pocos compañeros de juego, porque entre los hijos de los gentiles no los había de su edad y los de los mormones no podían jugar con ella porque les estaba prohibido.

—Mamaíta, muy enferma —dijo Fay llevando a Juana hacia la puerta de la casucha en que vivía su madre, una pobre viuda.

Juana entró. Constaba la vivienda de una sola y sombría habitación que apenas contenía muebles; sin embargo, su aspecto era de gran limpieza. En una cama había una mujer.

—Señora Larkin, ¿cómo os encontráis? —preguntó Juana con ansiedad.

—He estado muy enferma durante una semana, pero ahora estoy mucho mejor.

—¿Habéis estado aquí sola, sin que nadie os cuidase?

—No, no. Mis vecinas son buenas; todas me atienden y forman turno para ello.

—¿Me habéis hecho llamar?

—Sí; repetidas veces.

—Pues…, nada me han dicho; no recibí ningún recado vuestro.

—Mandé a los chicos y se lo dijeron a vuestras criadas. Juana sintió que le flaquearon las piernas al recibir aquel golpe, y necesitó reunir todas sus fuerzas para sobreponerse. Nuevamente había vislumbrado el secreto poder que la circundaba, y

que se atrevía a llevar sus siniestras maquinaciones a su propia casa. Como una araña en las tinieblas de la noche, una mano invisible había comenzado a encerrarla, poco a poco, en una red de intrigas y hechos misteriosos. Juana Withersteen dióse clara cuenta de lo que la amenazaba, y al comprenderlo serenóse por completo y, se despertó en ella la combatividad de sus mayores.

—Señora Larkin, estáis mejor, y de ello me alegro —dijo—. Ahora que ya estoy aquí, ¿puedo hacer algo por vos, enviaros algo que os haga falta o cuidarme de Fay?

—¡Sois tan buena! ¿Qué hubiera sido de mí y de mi hija sin vos, desde que se murió mi pobre marido? Yo deseaba hablaros sólo por Fay. Creí morirme esta vez, y me preocupaba el porvenir de la niña. Ahora estoy mejor, pero también me hallo al cabo de mis fuerzas, y no viviré ya mucho. De modo que más vale que os hable con entera franqueza. ¿Recordáis que hace tiempo me venís hablando de cederos a Fay para que podáis criarla como hija vuestra?

—Sí, sí…, y me complacería tenerla. Sin embargo, espero que el día…

—Eso no importa. El día vendrá…, más temprano o más tarde. Yo rechacé entonces vuestro ofrecimiento, y ahora os voy a decir el motivo.

—Ya lo sé —dijo Juana—. Porque no queréis que la eduque como mormona.

—No, no fue eso precisamente —contestó la viuda, y puso una escuálida mano sobre el brazo de la joven—. No quisiera decíroslo, pero… Bueno, yo conté vuestros deseos a todas mis amigas, que, como sabéis, os quieren, y me contestaron que os podía confiar a Fay. Pero las mujeres son charlatanas, y se enteraron los mormones. Entonces me dijeron algo que me hizo sospechar que vos no queríais adoptar a Fay por amor a ella, sino porque vuestros deberes religiosos os ordenan preparar a una muchacha gentil para destinarla como esposa a algún mormón.

—¡Eso es una vil mentira! —exclamó enojada Juana.

—Ello me hizo vacilar —continuó la señora Larkin—, pero en el fondo, nunca lo creí. Y ahora estoy dispuesta a…

—¡Esperad! Señora Larkin: yo quizás habré dicho en mi vida muchas mentiras sin importancia, pero jamás he mentido cuando se trataba de algo serio, ni cuando con mi mentira podía perjudicar a alguien. Ahora, podéis creer lo que os digo. Yo quiero a la pequeña Fay. Si la tuviera a mi lado la adoraría… Y quisiera probároslo. Venid las dos a vivir a mi casa. Es muy grande, y vivo muy sola. Cuando estéis mejor y queráis, os daré trabajo. Yo cuidaré de la pequeña y la educaré, pero no a lo mormón. Y sí, cuando sea mayor, desea marcharse al Estado de Illinois, la dejaré ir, pero no con las manos vacías. Lo prometo.

—¡Ya sabía yo que era mentira! —repuso la viuda, y se recostó en la cama con un suspiro de alivio—. ¡Juana Withersteen, que el cielo os bendiga! Siempre he sentido por vos profunda gratitud, y sólo porque sois mormona no me he atrevido a creer en vos hasta ahora. Poco sé de religiones, pero estoy segura de que vuestro Dios y el mío son el mismo.

# Capítulo VIII

En el misterioso Desfiladero que resultó ser un lugar de sorpresa para Venters, la súplica de la muchacha herida de no llevarla nuevamente al lugar de dónde había venido coronó los sucesos de los últimos días con algo inexplicable para el joven. Venters se aturdió al oír que ella no deseaba volver con los ladrones de ganado. Mas cuando ponderó el caso, la súplica de la herida no hizo sino confirmar su primera impresión de que la muchacha era más desgraciada que mala, lo cual le dio una sensación de alivio y de alegría. Si hubiese sabido, antes del encuentro, que el Jinete Enmascarado de Oldring era una mujer habría formado de ella una opinión distinta y la hubiese abandonado. Mas sólo supo de ella cuando vio su blanco rostro temblando en una convulsión de agonía; oyó cómo los labios manchados de sangre pronunciaron el nombre de Dios; en los ojos tristes y temerosos de la infortunada vio su alma. Y hacía sólo un momento que le dirigiera la extraña súplica: «¡No me llevéis… allí… nunca!». No era posible creer que fuese mala.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó.

—Bess —contestó ella.

—¿Qué más?

—Solamente Bess.

Venters, al ver que la muchacha bajaba honestamente los ojos y que las rosetas febriles aumentaban al invadir el rubor sus mejillas, se maravilló de nuevo, y díjose que, aunque la joven perteneciera a los bandidos, era aún capaz de avergonzarse.

—Muy bien, Bess. El nombre no importa —dijo Venters—, pero sí saber qué he de hacer con vos.

—¿Sois… jinete… de la pradera? —preguntó ella en voz muy baja.

—Ahora no. Lo he sido. Estaba al cuidado de los hatajos de Withersteen. Perdí mi empleo…, perdí todo lo que poseía… Ahora soy… un proscrito. Me llamo Bern Venters.

—No me llevéis a Cottonwoods… ni a Glaze… Me… ahorcarían.

—Os lo prometo. Pero algo he de hacer con vos. Aquí no estoy seguro. He matado al bandido que os acompañaba. Tardé o temprano lo hallarán y me buscarán. He de encontrar un escondite más seguro, uno que no puedan descubrir.

—Dejadme aquí… y marchaos.

—¿Sola…? ¿Dejaron morir aquí sola?

—Sí.

—¡No quiero! —gritó Venters con vehemencia.

—¿Qué… queréis hacer… conmigo? —murmuró la muchacha, tan débilmente que Venters se vio obligado a inclinarse sobre ella para entenderla.

—Os lo diré —replicó lentamente el joven—. Me gustaría llevaros a un sitio seguro dónde poder velaros y cuidaron hasta que estuvieseis bien.

—Y… ¿luego?

—Tiempo hay de pensarlo cuando se haya curado vuestra herida. Es muy grave, Bess, y si deseáis sanar, debéis luchar, animaros, tener voluntad de vivir; de lo contrario…

—¡Oh! ¡Deseo vivir…! Temo morir…, pero antes esto… que volver al lado de…

—¿Oldring? —le preguntó Venters interrumpiéndola. Los labios de la muchacha murmuraron un sí muy débil.

—Os prometo no llevaros ni a él, ni a Cottonwoods, ni a Glaze.

Los ojos de tristeza y desamparo de la joven expresaron una indecible gratitud y alegría. Y, súbitamente, Venters encontró también bellos sus ojos, como jamás había sentido la belleza. Eran de un azul tan oscuro como el firmamento nocturno. Y el destello de gratitud tornóse en mirada pensativa, y con ansia y esperanza naciente contempláronle aquellos ojos.

—Trataré de vivir —dijo ella, cada vez más débil—. Haced… de… mí… lo que queráis.

—Descansad, pues; no os preocupéis… ¡dormid! —contestó él.

Y se levantó resueltamente, como si las palabras de ella determinaran una decisión en él. Dando una fuerte voz de mando a los dos perros, que habían de permanecer junto a la enferma, Venters se alejó del campamento. El joven dábase cuenta de que algo cambiaba en él. No acertaba a explicarse sus emociones, y, como lo que más le urgía de momento era hallar un lugar seguro dónde poder ocultarse, dejó sus cavilaciones y se preparó a la acción.

Aún quedaban algunas horas antes de que sobreviniese la noche. Al penetrar en la hondonada escogió el lado izquierdo, dónde había visto un amontonamiento de piedras y unas cimas de extrañas escarpaduras. Deslizóse cautelosamente a lo largo del rocoso muro hasta que éste se convirtió en un plano inclinado de desnuda piedra.

Antes de proseguir estudió el extraño carácter de aquella ladera y se dio cuenta de que cualquier objeto que se moviera por ella sería visible a gran distancia. La pendiente de roca estaba llena de pequeñas cavidades, debidas seguramente a la acción de centurias de lluvia.

Unos cien metros más arriba empezaba una línea de deformes cedros, que se extendía a lo ancho de la ladera hasta la parte sur. Hacia esta parte deseaba ir Venters, y pensó que los cedros le ofrecerían algún abrigo.

Rápidamente traspuso la distancia que le separaba de ellos, que era mayor de lo que había calculado. Detrás del primer árbol se detuvo para descansar, y entonces vio que los cedros surgían de agujeros naturales de la roca desnuda, lo cual le explicó las grotescas formas de los árboles que, luchando con la inclemencia del suelo y de la altura, crecían difícilmente. Venters se dijo que aquél era un medio muy duro para los árboles… y para los hombres.

Saltando de un árbol a otro avanzó hacia la parte sur de la línea de cedros; al avanzar, ensanchábase la faja de árboles, y el joven se mantuvo cerca de la linde superior. En algunos sitios vio cavidades mayores llenas de agua y, al fijarse

exactamente en su situación, por si más tarde necesitaba recurrir a ellas, pensó que no había llovido desde hacía muchos meses. De un lugar sombrío, junto a una cavidad llena de agua, vio saltar una liebre que permaneció después quieta, agazapada, con las orejas erguidas.

Venters deseaba tener carne fresca, ahora más que antes, cuando estaba solo; pero no podía valerse de su rifle para cazar al animal. Cogió una rama que estaba a mano en el suelo, se la tiró a la liebre y le quebró una pata. El animal empezó a correr cojeando, pendiente arriba, y Venters corrió detrás para no dejarla escapar.

Supuso el joven que la liebre tendría su madriguera en algún punto más alto; más de una vez estuvo a punto de cogerla, pero siempre, haciendo un nuevo esfuerzo, el animal lograba huir. Así continuó la caza por la desnuda pendiente, y cuanto más alto subía, más determinado estaba el cazador a no cejar en su empeño. Por fin, jadeante y sudando, alcanzó a la liebre en la parte de la pendiente dónde ésta tenía más verticalidad. Después de matarla y colgársela del cinto, esperó un momento para descansar de la fatiga.

Había subido por la suave pendiente de maravilloso aspecto y casi había alcanzado la base del risco amarillo, proyectado allí hacia el cielo, en forma de una masa de piedra de singular estructura, que parecía mirarle como si prohibiese cualquier tentativa de ascensión. Dispuesto a bajar de nuevo, Venters se inclinó para recoger el rifle, que había dejado apoyado en la pared, y, de pronto, advirtió varias pequeñas mellas, a modo de escalones, en la roca.

Tenían pocos centímetros de profundidad, y distaban entre sí unos treinta. Venters empezó a contarlas: Una… dos… tres… cuatro… hasta dieciséis, viéndose obligado a elevar la mirada hasta la primera rampa, en el enorme risco, y allí, después de un pequeño rellano, continuaba la pared, más abrupta aún, y continuaban también las mellas, que parecían dar la vuelta por un saliente de la roca.

Una mirada distraída no hubiera concedido importancia a aquellos cortes en la piedra monda, y si Venters ignorase su significación, no le habrían merecido atención alguna. Pero el joven sabía que aquellos cortes eran obra humana, que habían sido hechos por hombres, y, aunque gastados por el tiempo, reconoció que se hallaba ante una especie de escalinata hecha por los trogloditas que vivieron allí en pasados milenios.

Emocionado contempló aquella línea de rudimentarios escalones que se perdían de vista tras el contrafuerte de la pared. El joven sabía que detrás de aquel contrafuerte hallaríase una cueva por nadie sospechada. El azar, que últimamente había jugado con él, dirigía también sus pasos hacia aquella cueva oculta. Nuevamente dejó el rifle en el suelo, se quitó los zapatos y el pesado cinturón, y empezó a encaramarse por los singulares peldaños. Subió con la agilidad de un gato montés, recorriendo la primera parte sin necesitar valerse del apoyo de las manos. Después vióse obligado a usarlas también para poder seguir ascendiendo; y, por fin, llegó al contrafuerte del muro roqueño, y lo traspuso, Allí se encontró ante una gran

grieta en el risco y, al trasponer también ésta, se metió de pronto en un escarpado paraje que partía el enorme muro de arriba abajo, dejando entrever en la cúspide una estrecha faja de cielo azul.

El suelo del pasaje era liso y seco, y, a causa de la enorme altura de sus paredes, reinaba en él la oscuridad. Venters continuó avanzando resueltamente, y advirtió que el pasaje formaba zigzag, y que en el suelo había huellas de liebres y gatos monteses. A cada vuelta que daba el camino, el joven esperaba encontrar alguna enorme caverna llena de pequeños departamentos cuadrados, de piedra, provistos cada uno de una abertura a modo de ojo oscuro, que fueron un día morada de trogloditas, Sin embargo, el pasaje empezó a hacerse más ancho, aumentaba en él la luz y, por último, daba sobre el comienzo de un camino ascendente, estrecho y, empinado.

La mirada de Venters fue atraída iresistiblemente por la altura de las abruptas paredes de aquella escalera de granito. Los muros eran de arenisca amarilla y tan fragosos que Venters, asustado, retrocedió un paso como si temiera que algunas partes semisueltas, algunos de aquellos tremendos picos y hendiduras de las paredes, pudieran venirse abajo. Parecía como si aquellos riscos escarpados no esperasen sino un hálito de viento para derrumbarse. Venters vaciló; preguntábase si no sería temerario aventurarse entre el expectante alud de rocas de aquella colosal grieta que formaba el camino ascendente. Y, sin embargo, ¡cuántos siglos haría que amenazaban desplomarse! El joven se dijo que era pueril temer a las paredes quebradas, puesto que, después de mantenerse en aquella forma durante miles de años, como denotaba la lisura del suelo, no iban a caer en el momento que pasara él. No obstante, seguía atemorizado ante la terrible grandeza del espectáculo.

—¡Qué lugar para ocultarse uno! —exclamó—. Subiré, sí…, Quiero ver adónde lleva este camino, Y… si encuentro agua…

Apretando los dientes, empezó a subir l la empinada cuesta. El suelo era suave y duro como el mármol Por arribos lados alcanzaban los quebrados salientes dejas paredes la estrecha senda, y cada vez le imponía más su temible aspecto, El camino iba haciéndose más angosto a medida que subía, y cuando llegó al fin de la senda le sor prendió que las paredes estuvieran aún a algunos Gente naces de metros por encima de él. El camine daba sobre una estrecha garganta de suelo liso e inclinada hacia abajo Aquella garganta era la divisoria entre dos declives, tenía unos veinte metros de ancho, A un lado había una enorme roca que llamó la atención del joven, porque descansaba sobre un pedestal, Parecía una manzana gigantesca descansando sobre su tallo, Alrededor de ella veíanse miles y miles de diminutas huellas de incisiones, producidas con las hachas de pedernal de los trogloditas. Éstos habían socavado la enorme roca pacientemente, hasta que la tremenda masa descansaba tan sólo sobre una pequeñísima parte de su superficie. Venters quedóse pensativo. ¿Por qué harían los trogloditas aquella labor? La roca no tenía semejanza con ningún ídolo, de modo que no podía figurar alguno de sus dioses. Inconscientemente apoyo la mano sobre la roca, y empujó; después apoyó también el hombro y siguió

empujando. La piedra empezó a chirriar, crujió un poco y, por fin, se movió. Balanceóse la roca un poco hacia abajo, se sostuvo un rato en esta posición, volvió a subir lentamente, crujió otra vez y colocóse en su sitio.

Venters adivinó entonces la significación del peñasco. Estaba destinado a la defensa. Los trogloditas, huyendo de sus enemigos, penetraron en aquel último refugio y, tallaron la roca hasta que, adquiriendo un balanceo perfecto, quedó dispuesta para que unas manos fuertes pudiesen precipitarla, justamente había bajo ella un gran saliente de roca derruído en su base, y la roca movible, al precipitarse, hubiera caído sobre él, produciendo así en la gran pendiente un terrible alud que nada podría detener. Todos los salientes (algunos tan grandes como casas) que formaban los derruídos muros de aquel camino desgajaríanse al paso de la gran roca y cerrarían para siempre la salida hacia el Desfiladero de la Decepción.

—¡De buena me he librado! —exclamó Venters—. ¡Una roca movible! ¡Si sigo empujando, se va abajo! Los trogloditas que la crearon para su defensa no necesitaron valerse de ella. Murieron, desaparecieron, y aquí quedó su obra, seguramente tal como la dejaron… Pero otro solitario morador de estos riscos podría utilizarla… Si encuentro agua, aquí me ocultaré.

Bajó por la garganta del otro lado. El descenso era gradual; el camino, estrecho, recto durante un buen espacio. Entre las altísimas paredes reinaba la oscuridad, y al dar una vuelta, la senda hacíase muy angosta; apenas tenía tres metros de ancho, y estaba completamente envuelta en tinieblas. Mas a lo lejos veíase alguna claridad, y otra vuelta insospechada del camino llevó a Venters a la luz del día y a un espacio abierto.

Por encima del joven cerníase un maravilloso arco de piedra que unía los opuestos muros de un cañón, y a través del enorme ojo del puente natural veíase un hermoso valle iluminado por los dorados reflejos del sol poniente, que se quebraban en los riscos y farallones circundantes. Venters quedó mudo ante aquel maravilloso espectáculo. El valle formaba una obra de una milla de largo por media de ancho; las paredes que lo circuían eran suaves y curvadas hacia dentro, formando grandes cuevas. El suelo del valle parecíale mucho más elevado que el del Desfiladero de la Decepción y los cañones que lo cruzaban. No había en él artemisas rojas; en lugar de éstas crecían tiemblos y robles, y a través del bosque corría una ancha faja de brillante verdor, formada por sauces y álamos, que diseñaban el curso de un arroyo.

—Aquí hay agua… y éste es un lugar a propósito para mí —dijo Venters—. Sólo los pájaros pueden asomarse por encima de aquellas paredes. Este escondite vale mucho más que el de Oldring.

Venters no perdió más tiempo; rápidamente dio la vuelta para regresar. Bautizó el cañón con el nombre de «El Valle de la Sorpresa», y a la enorme roca que defendía la salida, con el de «La Roca Movediza». Al bajar la pendiente no sufrió los temores que le sobrecogieron al subirla. Con todo, estaba intranquilo, y no podía concentrar los pensamientos sobre el mejor modo de llevar a la muchacha al nuevo escondite. Al

llegar al final del escarpado pasaje se detuvo y descansó, junto al sitio dónde la pared doblaba, allí dónde estaba el contrafuerte, vio un pequeño saliente de roca que podía servir para aguantar el dogal de su lazo. No le hacía falta otra cosa para escalar aquel elevado lugar. Y como proyectaba volver protegido por la oscuridad nocturna, lo que más falta le hacía era saber dónde comenzaba la ascensión. Se proveyó de algunas piedras y deslizóse por la pendiente en dónde estaban los escalones y a cuyo final había dejado sus zapatos y su rifle. Marcó con las piedras el principio de la singular escalinata y colocó la liebre muerta en el primer peldaño; luego, procuró retener en la memoria el original aspecto del conjunto de la escarpadura. Calzándose, reflexionó si sería mejor dejar el rifle en aquel lugar o si le convendría llevárselo. Por fin pensó que dejándolo allí tendría una carga menos, por lo que emprendió el regreso sin el arma. Al avanzar se detenía de vez en cuando para fijarse exactamente en el camino, con objeto de poderlo recorrer más tarde sin dificultad. Al llegar a la faja de cedros ató su pañuelo en el primer árbol y avanzó después decididamente hacia su campamento, porque no dudaba ya de encontrar el camino.

La creciente oscuridad le permitió andar sin miedo a sorpresas. Al trasponer el bosquecillo que cerraba la mella de su campamento oyó el relincho de Camorra, y entonces pensó que se había olvidado de él. No sería posible hacerle subir al abrupto camino del Valle de la Sorpresa, y era preciso dejarlo dónde ahora se hallaba. Los otros caballos podrían llevarse a la hondonada y soltarlos allí para que se alejasen, que era lo que a él le convenía.

Debajo de los abetos, junto al manantial, la oscuridad era mayor, mas no tanto que la aguda vista de Venters no percibiera el blanco óvalo del rostro de la muchacha.

Se inclinó sobre ella con gran precaución para no asustarla, y al mismo tiempo con miedo por si entre tanto hubiese muerto. Pero la halló dormida, y esto animó a Venters a una renovada actividad.

Arregló sus alforjas y se las puso a la espalda, asegurándolas con un lazo. Los perros mostraban tener hambre, pero Venters no se cuidó de ello ni pensó en que él mismo no había comido desde hacía muchas horas. Envolvió a la muchacha en las mantas, sujetándolas bien, y la cogió en brazos. Así, seguido de los perros, echó a andar. Camorra relinchó y golpeó el suelo con los cascos, como si se diera cuenta de que iban a dejarlo allí. Los otros dos caballos, sueltas las bridas, le siguieron y, una vez en el cañón, echaron a correr hacia la parte opuesta. Venters no se cuidó de ellos, sino que prosiguió el camino hacia la hondonada con su preciosa carga. Avanzaba lentamente, porque el tiempo no tenía importancia para él. Interesábale no dar ningún tropezón para evitarle sacudidas a la enferma. De vez en cuando contemplaba su blanco rostro, la joven no se había despertado del sopor en que estaba sumida. Venters no descansó hasta llegar a la hondonada. Entonces dejó a la muchacha suavemente en el suelo y se irguió. Sus cejas, su cabello y las palmas de sus manos estaban sudorosas, y en los brazos advertía el cosquilleo del esfuerzo que había hecho. Sin embargo, como anhelaba alcanzar su nuevo campamento, no sentíase

fatigado. El viento le traía fragantes oleadas de la pradera Las estrellas empezaban a penetrar la densa oscuridad del comienzo de la noche. Atrás, en el cañón, oyó el aullido de un coyote que interrumpió el profundo silencio.

De nuevo cogió a la muchacha en brazos y continuó la marcha. La hondonada le permitía avanzar más fácilmente que por el obstruído camino del cañón, y pronto alcanzó la base de la pendiente roqueña en lo alto de la cual distinguíase la faja de los deformes cedros que, a la débil luz de las estrellas, parecían fantasmas y brujas que le tendían los retorcidos brazos. Subió poco a poco la pendiente, evitando las desigualdades del terreno. Al llegar a los cedros avanzó, como antes, por la linde superior de los mismos y reconoció desde lejos, aun antes de columbrar la faja, el árbol señalado.

Se detuvo junto al último cedro y dejó a la muchacha en tierra. Temía que sus heridas volviesen a abrirse y procedió en todo con sumo cuidado, aunque animado por la esperanza de que nada pasaría.

Contempló un momento la continuación de la pendiente, cuyo final no podía ver a causa de la noche; pero vislumbraba, sin embargo, tras un rato de atención, la altísima y zigzagueante cresta de la montaña.

Después de descansar largamente, continuó el camino con la muchacha en brazos, seguido de sus fieles perros. Al perseguir a la liebre parecióle interminable el ascenso, pero ahora, a pesar de la carga que llevaba, no advertía ni la distancia ni lo empinado de la cuesta. Sólo fijaba la atención en evitar un paso en falso y en seguir la dirección exacta. Siguió subiendo infatigablemente y, antes de lo que creyera, hallóse en el lugar dónde había dejado el rifle y la liebre cazada. Había subido en línea recia, sin desviarse un centímetro del camino y sin desfallecer ni un momento.

Al dejar a la joven nuevamente en el suelo, vio que abría los ojos; la profunda oscuridad de éstos hacía más intensa aún la blancura de su rostro.

—¿Sois vos…? —preguntó débilmente.

—Sí —repuso Venters.

—¡Oh! ¿Dónde… estamos?

—Os llevo a un lugar seguro, dónde nadie podrá hallaros jamás. He de trepar por aquí para hacer subir a los perros. Nada temáis, pronto volveré.

Ella nada dijo; le contempló un momento y luego cerró los ojos. Venters quitóse las botas y se encaramó por los peldaños de la escalera rocosa. Rápida y ágilmente subió por la pared, alcanzó el contrafuerte, lo traspuso y, aunque nada podía ver a causa de la oscuridad, halló un lugar para sus alforjas. Las desató y las puso allí. Se llevó el lazo y colocó el dogal en la piedra saliente. Después llamó a los perros.

—¡*Ring*! ¡Blanca! ¡Aquí!

Débiles gemidos le respondieron desde abajo. A los canes les asustó aquella pina subida.

—¡Aquí! ¡*Ring*! ¡Blanca! ¡Arriba! —repitió, elevando la voz.

Oyóse el rascar de uñas sobre la roca, el jadeo de los canes, y a poco, éstos se

reunían con su amo, que les obligó a echarse junto a las alforjas.

Venters volvió a descender, sirviéndose del lazo. Probó la resistencia de éste, colgándose de él con todo su peso, y luego recogió a la muchacha, sosteniéndola fuertemente con el brazo izquierdo. Empezó a subir, paso a paso, ayudándose con la mano derecha, que asía la cuerda. Ésta daba la vuelta al brazo, y, aunque a cada avance la soltaba para cogerla más arriba, no se caía. Venters subió como si tuviera alas, la fuerza de un gigante y no conociera el miedo. Claramente veía arriba la aguda línea del contrafuerte destacándose en el cielo, y tras rudo esfuerzo lo alcanzó y dobló la esquina. Al penetrar en el escarpado pasaje, ahora sumido en profundas tinieblas, avanzó ciegamente hacia el lugar dónde estaban sus alforjas y los perros. Oyó el gemir de los canes, pero no pudo distinguirlos. Una vez más dejó a la muchacha cuidadosamente en el suelo, desembarazó de piedras cierta parte, dobló las mantas en forma de colchón y, la colocó encima. Después tornó a bajar la pendiente para recoger sus botas, el rifle y la liebre. Subió al mismo tiempo el lazo y regresó en seguida.

—¿Estáis ahí? —La voz de la joven sonó extraña en la oscuridad.

—Sí —replicó Venters jadeando aún por el enorme esfuerzo realizado.

—¿Nos hallamos… en una cueva?

—Sí.

—¡Oh…! Escuchad…, la cascada…, la oigo. ¡Me habéis traído otra vez a la caverna de él!

Venters oyó el rumor a que se refería la muchacha y se dio cuenta de que era el silbido del viento entre las rocas.

—Es el viento… Estáis lejos, muy lejos de la madriguera de Oldring —dijo, y el esfuerzo que le costaba hablar le revelaba su extremo cansancio.

Muy postrado, se echó en el suelo y, con un último esfuerzo, pudo cubrirse con una manta. Dolíale todo el cuerpo, tenía los brazos como muertos y no podía mover los pies. Así pasó largo rato, hasta que, poco a poco, calmáronse los agitados latidos de su corazón y le invadió la sensación del descanso.

Sin embargo, no pudo dormir, y nada hizo tampoco por conseguirlo. Ya no recordaba las horas de máxima tensión y esfuerzo. Lo que Venters quería era pensar. Al principio de aquella jornada había arrojado de sí la inexplicable sensación de un cambio en su ser; pero ahora que ya no necesitaba ser astuto ni precavido, ahora que estaba libre de toda actividad física y disponía de amplio tiempo para reflexionar, no le era posible acordarse exactamente de lo que entristeciera y animara al mismo tiempo aquella mañana.

Gradualmente llegó a la convicción de que el cambio advertido era de íntimo sentimiento, atribuyendo a éste algo de la singular transformación operada en él. Y así, echado, oyendo el murmullo del viento entre los riscos y viendo por la estrecha abertura la blanca luz estelar, empezó poco a poco a comprender que todo consistía en que ya no se hallaba solo en el mundo.

# Capítulo IX

El resto de la noche transcurrió rápidamente para Venters; sin advertir el paso de las horas, vio llegar el alba. Cuando hubo dado de comer a los hambrientos perros, desayunádose él y arreglado de nuevo sus alforjas, era ya de día, aunque los rayos del sol aún no alcanzaban el borde del rocoso muro amarillento. Decidió realizar el viaje hasta el Valle de la Sorpresa de una vez, para lo cual hizo un envoltorio de su manta y se lo ató a *Ring* sobre el lomo, dando a Blanca como carga el segundo lazo y la liebre. Echóse las alforjas y el rifle a la espalda y levantó a la muchacha, que no salió de su pesado sueño.

Fue para Venters una dura prueba de fuerza y de valor subir en tales condiciones la escarpada senda, cerniéndose sobre él los quebrados riscos y la enorme Roca Movediza, que parecía ya cansarse de su milenaria posición. Sin embargo, experimentaba al mismo tiempo un dulce y regocijado triunfo en su empresa. No se detuvo hasta llegar a la línea divisoria, dónde descansó. La Roca Movediza tenía un terrible y fantástico aspecto en la grisácea luz del día naciente, y, aunque era un objeto inanimado, parecía advertirle: Estoy aguardando derrumbarme para destrozarlo todo a mi paso, para hacer desaparecer tu pista y para cerrar eternamente la salida del «Desfiladero de la Decepción».

El descenso por la vertiente opuesta fue fácil. Al salir de la garganta, Venters se detuvo en seco, sorprendido ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. El sol había alcanzado con sus rayos la curva del enorme puente de piedra, y por el grandioso arco precipitábase un maravilloso haz de oro que iluminaba el centro del Valle de la Sorpresa. La luz del sol pasaba únicamente por el arco, y el resto del valle seguía sumido en el sueño, con una tonalidad verde oscura, misterioso, sombrío, confundiéndose con las paredes, tan vagas como bruma matutina.

Admirando aún la maravilla, descendió Venters y cruzó por debajo del arco, de tremenda altura y enorme vuelo, pues abarcaba toda la abertura del Valle de la Sorpresa, formando una curva perfecta de pared a pared. A pesar de la prisa que tenía, Venters no pudo menos de impresionarse ante su majestuosidad, y pensó que los trogloditas debieron de ver en él un ídolo.

El camino hacia abajo fue más largo y pesado de le que el joven creyera. Como todos los demás cañones, valles y cuevas, también le engañó aquel misterioso valle, que le había parecido más pequeño y cercano. Por fin llegó al término de la pendiente rocosa, que se extendía en forma de abanico desde el arco hacia abajo, encontrando allí una especie de herbosa terraza que corría a la derecha y cuyo nivel coincidía con lo más cimero de las copas de los robles y álamos que crecían en el profundo valle. Aquí y allá, había en la terraza grupos de tiemblos, y al trasponer los últimos penetró en un claro que sobrepasaba a cuanto viera hasta entonces en belleza y en condiciones para establecer un campamento. Una línea de abetos plateados bordeaba la base del elevadísimo muro perpendicular; en la superficie había grandes mellas a

modo de cuevas, y ninguna parte de la parecí amenazaba ruina. Al final de la línea de abetos terminaba suelo llano y bajaba en declive hacia un pequeño barranquito poblado de esbeltos tiemblos, de entre los cuales llegaba el murmullo de una corriente de agua. Y desde la terraza, abierta hacia el Oeste, gozábase de una espléndida perspectiva sobre el valle, que simulaba un mar de verdeante fronda arbórea.

Venters eligió por campamento un lugar sombreado, herboso, entre los abetos y el muro, en el cual había algunas profundas cuevas a un metro del suelo. Eran cuevas secas, limpias y amplias. En la más grande arregló un lecho con ramas tiernas de abeto, y en él colocó a Bess. Ésta se despertó a poco y pidió agua en voz baja.

Venters cogió su cantimplora y se precipitó al barranco; era éste un lugar poco profundo, lleno de verdor, y en él halló, con gran satisfacción suya, un arroyuelo de rápida corriente. Su débil tonalidad de ámbar le recordó la Fuente Ambarina de Cottonwoods, y el recuerdo le sorprendió. El agua era tan fría, que sintió un hormigueo en los dedos al sumergir la cantimplora. Rápidamente regresó a la cueva, y le complació el ver que la muchacha bebía con ansia; advirtió también que levantaba la cabeza sin ayuda.

—Teníais sed —dijo—. Esta agua es buena. He encontrado un lugar maravilloso. Decid: ¿cómo os encontráis?

—Siento dolor… aquí —contestó ella, y se llevó la mano al lado izquierdo.

—Pues es muy extraño, porque la herida la tenéis en el hombro derecho. Creo que lo que sentís es hambre. ¿Cómo es el dolor, sordo y mordiente a la vez?

—Sí…, parece que es así.

—Entonces es hambre —repuso Venters echándose a reír. Mas detúvose de pronto, asombrado, al darse cuenta del mucho tiempo que hacía que no había reído—. El hambre os da esa sensación —continuó—. Yo la he experimentado muchas veces. Ahora mismo la siento. Pero no podéis comer aún. En cambio, agua os daré tanta como queráis.

—¿No me moriré de… hambre?

—No; no es tan fácil morir de hambre. También lo sé por experiencia propia. Habéis de permanecer quieta, durmiendo mucho, durante bastantes días.

—Mis manos… están sucias; tengo la cara ardiente y pegajosa; me duelen… los pies. —Era la primera vez que la joven hablaba tan seguido, y sus últimas palabras acabaron en un murmullo.

—Pues bien, yo soy una excelente enfermera —exclamó él.

Le disgustó no haber pensado antes en ello; aunque, naturalmente, esperar la muerte de la joven y pensar en sus comodidades eran cosas muy contrapuestas. Abrió la manta en que Bess estaba envuelta. ¡Qué esbelta y frágil era! No era extraño que pudiera llevar aquel cuerpo durante tantas millas, subir y bajar las escarpadas pendientes con él en brazos. Las botas que calzaba eran de suave y fina piel, y le llegaban a las rodillas. Sus espuelas, que él se olvidó estúpidamente de quitarle, eran

de marco de plata con cadenas de oro, y las rodajas, del tamaño de un dólar, tenían caprichosas incisiones. Le costó un considerable esfuerzo descalzarla. Debajo llevaba calcetines gruesos de lana unidos con una liga al pantalón de montar. Venters se los quitó, observando que sus piececitos estaban hinchados y rojos, por lo que se los bañó cuidadosamente. Después le lavó la cara y las manos valiéndose de su faja.

—Ahora he de examinar las heridas —dijo con dulzura.

La joven no contestó, pero le miraba fijamente mientras iba desabrochándole la blusa y desatando la venda. Sus fuertes dedos temblaron un poco al quitar ésta. ¿Y si las heridas se habían abierto otra vez? Sintióse invadido de un gran frío cuando vio la aparatosa señal de la bala, de la cual salía un delgado hilo de sangre que resbalaba por el blanco pecho. Con mucha cautela levantó un poco el cuerpo para examinar la herida del dorso, y vio que estaba cerrada, limpia. Después le lavó el pecho, bañó la herida y no volvió a vendarla, para que estuviese en contacto con el sano aire de la montaña.

Los ojos de la joven expresaron el agradecimiento que sentía.

—Escuchadme —dijo Venters con seriedad—. Yo mismo he tenido heridas y he visto muchas, aunque no soy muy, ducho en cuanto a ellas concierne. El agujero de la espalda está cerrado, y si podéis permanecer quieta durante tres días, el del pecho se cerrará también, y entonces estaréis salvada, porque habrá desaparecido el peligro de una hemorragia.

—¿Por qué deseáis… que me cure? —preguntó ella, recelosa.

—Yo os herí —contestó Venters lentamente, sintiendo de nuevo la extraña e indecible sensación— y deseo que os pongáis bien, porque no quisiera ser culpable de La muerte de una mujer. Pero… lo deseo por vos misma. Una terrible amargura oscureció los ojos de Bess, y sus labios se movieron.

—¡Silencio! —exclamó Venters—. Habéis hablado mucho y es preciso que descanséis.

En la gran amargura de ella vio Venters algo cuya causa no podía ser su estado febril. Supuso que la muchacha odiaba la vida que había llevado, que seguramente se vio obligada a llevar. Había sufrido algún imperdonable mal de manos de Oldring. Con esa convicción le invadió nuevamente la cólera contra el bandido. Desde hacía un año amargábale un profundo resentimiento. Odiaba los parajes selváticos, la soledad de las altiplanicies. Había esperado que sucediera algo, y este algo sobrevino al fin. Como un indio que va a robar caballos, habíase deslazado en los oscuros recintos de los cañones y había herido a una muchacha desgraciada, a la que ahora procuraba salvar de su inconsciente acto, firmemente resuelto a concluir su obra salvándola igualmente de la fiebre traumática. Después veríase obligado a defenderla a ella y a sí mismo del hambre. Era preciso luchar. Ante esta afirmación perdió el miedo a los hombres, endurecióse. Iría a buscar a Oldring sin precipitación, cuando llegara el momento oportuno, y entonces mataría a aquel bandido de enorme estatura y negras barbas que había esclavizado a una muchacha obligándola a servirle para sus

infames fines.

Venters se dio cuenta del cambio que se operaba en él, había pasado el momento de la ociosidad. Sintió que un vigor vital le animaba; todo cuanto le sucediera en Cottonwoods parecíale remoto y desvanecido; las dificultades actuales y sus peligros le absorbían por completo.

Inmediatamente puso manos a la obra. Arregló para sí la pequeña cueva contigua a la de la muchacha; hizo después un hogar de piedras y recogió un gran montón de madera. Hecho esto, desparramó por el suelo el contenido de sus alforjas para pasar revista. Consistía su equipo en un hacha de mano, un cuchillo de caza, una gran cantidad de municiones para rifle y revólver, un plato de hojalata, un tazón, un tenedor y una cuchara, cierta cantidad de carne, frutas secas y varios saquitos de lona con té, azúcar, sal y pimienta. Para él, aquel equipo hubiera sido abundante, pero ya no estaba solo. El morir de hambre no era un hecho desconocido en las altiplanicies. Sin embargo, no le preocupaba esto; lo que temía era no disponer de lo que una mujer enferma y muy débil podría necesitar.

Si no había caza en el valle, posibilidad que puso en duda, no sería para él una gran tarea acercarse de noche al ganado de Oldring y llevarse una ternera. De momento tratábase, pues, de averiguar si había o no caza en el valle. Miró a los perros. Blanca guardaba aún la liebre muerta, y *Ring* dormía bajo un abeto próximo. Venters llamó a *Ring* y se marchó hacia el borde de la terraza, dónde se detuvo para contemplar el valle.

Nuevamente se dio cuenta de que el nombre de Valle de la Sorpresa cuadraba muy bien a aquel hermoso recinto. A lo largo de los muros perpendiculares, excepto debajo del gran arco de piedra, corría una terraza franjeada por abetos cerca de la base de la pared; bajo esta terraza veíase otra muy ancha, densamente cubierta de tiemblos. El centro del valle formaba un círculo plano lleno de robles y alisos, en medio de los cuales veíase brillar la verdeante faja de sauces y álamos. Pájaros en gran número y variedad volaban por entre los árboles. A la izquierda, frente al puente de piedra, abríase una enorme caverna en el muro, y muy abajo vio el joven, precisamente por encima de la línea de árboles, una larga hilera de viviendas de trogloditas, que tenían pequeños y negros agujeros a modo de ventanas o puertas. Las pocas viviendas de esta especie que había visto, ruinosas todas, habíanle dejado un recuerdo obsesionante de algo remoto, de una lejana y triste soledad. Y ahora él mismo habíase convertido, en cierto modo, en troglodita, y aquellos agujeros, semejantes a oscuros ojos, mirábanle como sorprendidos de que al cabo de milenios, un hombre hubiese invadido el valle.

Venters estaba seguro de ser el único hombre blanco que había pasado bajo aquel maravilloso puente de roca y por aquel asombroso valle dónde un lejano día moraron razas desaparecidas.

El perro ladró y precipitóse pendiente abajo en el bosque. Venters bajó también por el declive y penetró en una sombría zona de árboles en cuyo suelo formaba el sol

mil arabescos a través del follaje. Los robles eran esbeltos, de tronco delgado, y crecían tan densos, que sus ramas se entrelazaban. *Ring* volvió corriendo con un conejo en la boca. El joven cogió el conejo y, con el perro al lado, avanzó cautelosamente. Por todas partes oíase batir de alas y correr de animales entre las matas. Venters cruzó pistas de huellas viejas y recientes, y al avanzar un poco más vio muchos pájaros, una codorniz que corría y más conejos de los que podía contar. Sólo había avanzado por el bosque de robles unos cien metros, no se había acercado a la faja de sauces y álamos entre los cuales sabía que corría un riachuelo y, sin embargo, le bastó la corta exploración para saber que el Valle de la Sorpresa albergaba muchos animales y ofrecía abundante caza.

Venters regresó al campamento. Desolló la liebre y el conejo, echando la primera a los perros para que se diesen un festín. La piel de la liebre la preparó y la tendió para que se secara, porque quería conservarla. Era una piel muy densa y suave, con una cola blanquísima. Recordé, que, a no ser por la blanca y movediza cola de la liebre no la hubiese visto, y entonces no hubiera descubierto tampoco el Valle de la Sorpresa.

Su buena suerte en la caza le recordó la necesidad de que ésta no saliera del valle. Cogió, pues, el hacha cortó una gran cantidad de ramas de sauce y tiemblos y la llevó a un sitio bajo el puente, dónde sólo la garganta ofrecía estrecha entrada al valle. Allí hizo una cerca con las ramas, y se vio obligado a hacer otros viajes al valle en busca de más ramas. Cuando acabó su trabajo había transcurrido la tarde.

Al regresar al campamento se hizo la cena y la comió junto a un gran fuego, sin prisas ni temor de ser descubierto. Después de trabajar duramente con un determinado fin, aquella libertad y comodidad le produjo gran satisfacción. Muchas veces se sorprendió a sí mismo contemplando la inmóvil figura que descansaba en la cueva, y los perros, que estaban echados en el suelo, junto a la lumbre. También tendía la mirada con frecuencia por el hermoso valle.

Mientras comía, el sol se puso, desapareciendo tras el borde del cañón, y así como el sol de la mañana irrumpió gloriosamente en el valle a través del arco de piedra, el de la tarde, al ponerse, envió sus últimos rayos por entre dos picos, inundando el valle con una llamarada de fuego.

A Venters, tanto la salida como la puesta del sol parecióle cosas fantásticas.

Cuando llegó la noche, y con ella un viento fresco, el joven se dispuso a dormir. Antes fue a ver a la muchacha y la halló durmiendo tranquilamente. Dejó a *Ring* dentro de la cueva y le ordeno montar la guardia al lado de la enferma, tapándola cuidadosamente.

Luego regresó junto a la hoguera del campamento. Aun que muy cansado, no quería dormir, porque deseaba ponderar su situación. Los detalles de los selváticos alrededores parecíanle escenario de un extraño sueño. Vio oscurecerse poco a poco, primero, las paredes del cañón; luego, la ondulada superficie de los bosques de robles y de pinos. Oyó el murmullo de las hojas de los tiemblos mecidas por la basa

nocturna, y el suave rumor del agua corriente. La melancólica nota de un ave nocturna llegaba claramente de un elevado risco. Venters no conocía la especie de aquella ave canora, porque nunca la había visto; pero las pocas y claras notas que emitía todas las noches un poco después de oscurecer éranle tan familiares como el del cañón. Cesó el breve canto del ave, y el murmullo de las hojas y del agua convirtióse en un susurro que a Venters se le antojó sobrenatural. No podía definir aquel susurro; sólo sabía que era inefablemente suave y selvático. Pensó que pudiera ser el lamento de la muchacha en agonía y un temblor recorrió su cuerno. Pero no, aquel susurro no era humano, aunque semejaba el de un ser dolorido. Empezó a dudar de sus percepciones sensitivas, a creer que estaba soñando despierto. Luego el susurro aumentó al hacerse más fuerte la brisa, y Venters dióse cuenta de que era el viento cantando entre los riscos.

Poco a poco invadióle la somnolencia y dio una cabezada contra el tronco del árbol junto al cual estaba sentado. Inmediatamente se levantó, llamó a Blanca y se dirigió a la cueva. Apenas era posible ver a la muchacha en la oscuridad. *Ring* hallábase a su lado, echado en el suelo, golpeando la piedra con la cola, como si quisiera advertir a su dueño que cumplía con su deber. El joven se retiró a su cueva y se tumbó en su fragante lecho de raras tiernas, durmiéndose en seguida.

Se despertó al sonar una melodía que imaginó era sólo el eco de una música oída entre sueños. Abrió los ojos, y aquel maravilloso valle le ofreció una nueva sorpresa. A la entrada de su cueva, las preciosas ramas de un abeto plateado recortábanse contra el cielo, y entre aquel verdor movíanse inquietos cierto número de pájaros de plumaje gris a rayas blancas y negras provistos de largas colas. Eran sinsontes[5], y cantaban con toda la fuerza de sus gargantas. Venters escuchó. Una de las plateadas ramas introducíase un poco en la cueva, y en aquélla, a pocos metros de él, había uno de los graciosos pájaros. El joven vio claramente la palpitación de su garganta al cantar. Se levantó y, al deslizarse fuera de la cueva, el pájaro emprendió el vuelo.

Venters fue a la entrada de la otra cueva y vio que la muchacha estaba despierta, escuchando, con una mano sobre el cuello de *Ring*.

—Son sinsontes —dijo ella.

—Sí —repuso él—, y parece que les gusta nuestra compañía.

—¿Dónde estamos?

—No os preocupéis. Más tarde os lo diré.

—El canto de los sinsontes me despertó. Cuando lo oí, cuando vi esos abetos brillantes…, el cielo azul…, los dorados rayos del sol…, me pregunté si…

No acabó la frase, pero Venters creyó adivinar lo que quiso decir. La joven estaba delirando. Le tocó la cara y notó que ardía, fue en busca de agua y se alegró de que siguiera tan glacial como el día anterior. Aquella agua representaba para él la única medicina con que curar a la muchacha, y en ella puso toda su fe. La enferma no quería beber, mas él la obligó, y después lavóle el rostro, le puso paños fríos en la frente y refrescó sus muñecas.

El día empezó con la subida de la fiebre, y Venters pasó el tiempo reduciéndole la temperatura, refrescándole la frente y las ardientes mejillas. No se apartó de su lado, y a la menor agitación de la enferma, la sostenía con firmeza para que no se le abriesen las heridas. Hora tras hora la muchacha charlaba, reía, gritaba y sollozaba en su delirio; mas fuera cual fuese su secreto, ni bajo el dominio de la fiebre lo reveló. Así pasó el día, y con la frescura de la noche bajó la fiebre, y la muchacha se sumió en profundo sueño.

El segundo día fue una repetición del primero. El tercero parecía que la muchacha se iba muriendo poco a poco, consumida por la fiebre. Aquel día no se apartó de ella sino para buscar de cuando en cuando, rápidamente, más agua fría. No comió. El cuarto día cesó la fiebre, dejándola exhausta y flaca; sólo en sus grandes ojos advertíase la vida. Y su mirada no se apartaba de él, en muda observación.

El problema para Venters consistía entonces en reavivar aquella chispa que por poco se apaga, en fortalecer su escasa vitalidad. Para ello no disponía sino de carne de conejo y de codorniz, y con ella hizo caldos y sopas del mejor modo que pudo, alimentándola a cucharadas. Pensó en que el cuerpo humano, como también el alma, era una cosa muy extraña, capaz de recobrarse de los más terribles choques. Porque la muchacha, casi inmediatamente, mostró débiles señales de ganar fuerzas. Hubo un día más de angustia y de espera, durante el cual Venters dudaba del éxito, y pasó largas horas junto a la enferma mientras ella dormía, vigilando el lento vaivén de su pecho al respirar. Al día siguiente tuyo la seguridad de que estaba salvada.

Al comprenderlo, salió rápidamente de la cueva y se sentó en el sitio acostumbrado, apoyándose contra el tronco de un abeto, y nuevamente dejó vagar la mirada sobre las terrazas y el valle. Ella viviría y desaparecería el sombrío peligro, mas el alivio que Venters sentía era penetrante como un dolor. Ella le estimuló a la acción, a hacer las muchas cosas que precisaban para complementar el campamento. Se dispuso a la caza y a realizar su deseo de explorar el valle.

Pero decidió, no obstante, esperar algunos días más antes de alejarse del campamento, porque figurábase que la muchacha descansaba mejor al saberle a su lado. Ella despertaba más fuerte por cada hora de breve sueño, comía con apetito y movíase inquieta en el lecho de ramas tiernas, pareciéndole a Venters que sus ojos le seguían. La joven hablaba de los perros, de la cueva, del valle, de su gran apetito, hasta que Venters la mandaba callar. Ella obedecía, pero se incorporaba en el lecho y no dejaba de contemplarle ni un solo instante. La segunda mañana de convalecencia, Venters hallóla ya sentada en la yacija cuando llegó, y ella no quiso permitir que le lavara el rostro ni que le diera el alimento, porque deseaba hacerlo por sí misma. Hablaba poco, en cambio, y Venters se dio rápidamente cuenta de que empezaba a pensar en su situación. Entonces se fue con Blanca al valle para cazar algunos conejos. Al regresar, sorprendióle ver sentada a la convaleciente en el borde de la cueva, con los pies desnudos colgando al exterior. Corrió hacia ella para rogarle que volviese a acostarse. Se miraron. En aquel cambio de miradas, Venters creyó que

cada uno de ellos vio al otro de modo distinto. Parecía imposible que aquella frágil muchacha fuera el jinete Enmascarado de Oldring. Se le ocurrió que debía de estar en un error y que ella lo aclararía pronto.

—Ayudadme a bajar —le dijo la joven.

—Pero… ¿os encontráis bien? —exclamó Venters—. Esperad algún tiempo más.

—Estoy débil, un poco mareada, pero deseo bajar.

Él la levantó y la puso sobre el césped, de pie a su lado, sosteniéndola cuando ella trató de andar con pasos vacilantes. Parecía un muchacho; su cabecita apenas llegaba al hombro de Venters. Pero viéndola así, junto a él, colgada de su brazo, el traje de montar que llevaba no confundía, como sucedió al principio, su femineidad. Ella podría ser el famoso jinete Enmascarado de las altiplanicies, podría parecer un muchacho, pero sus contornos, sus manitas y sus lindos pies, su cabello, sus grandes ojos y sus labios trémulos, además de una sutil esencia, proclamaban su sexo.

La joven se cansó pronto de andar, y Venters le preparó un cómodo asiento bajo el abeto, junto a la hoguera.

—Ahora… contádmelo todo —dijo ella.

Entonces Venters le contó todo lo que había sucedido, desde el momento en que descubrió a los bandidos en la hondonada hasta su convalecencia.

—¿Disparasteis sobre mí… y ahora me habéis salvado la vida?

—Sí. Después de estar a punto de mataros, he hecho cuanto he podido para que os curéis.

—¿Estáis contento?

—¡Ya lo creo!

Los ojos de la joven eran inusitadamente expresivos y le miraban incansables; no se daba cuenta de que su alma reflejábase en ellos, y Venters pudo leer en su mirada el agradecimiento, el interés, la curiosidad y su honda tristeza.

—Contadme algo de vos —suplicó ella.

Y Venters le contó a grandes trazos su historia, cómo llegó al Estado de Utah, sus varias ocupaciones hasta que se convirtió en jinete, y cómo después los mormones le echaron de Cottonwoods, haciendo de él un proscrito.

Luego, no pudiendo resistir la gran curiosidad que sentía, preguntó a su vez:

—¿Sois vos el jinete Enmascarado de Oldring?

—Sí —respondió la joven, y bajó los ojos.

—Lo sabía…, reconocí vuestra figura y la máscara, porque ya antes os había visto. Y, sin embargo, no puedo creerlo… Vos nunca habéis sido aquel bandido que conocimos nosotros, los jinetes de la pradera: un ladrón…, un salteador de caminos…, un raptor de mujeres…, un traidor asesino que mataba a los jinetes cuando dormían…

—¡No, jamás! Nunca robé ni hice daño a nadie en mi vida. Sólo montaba a caballo y cabalgaba, cabalgaba, rauda y veloz.

—Pero ¿por qué… —exclamó él—, por qué el nombre? Comprendo que Oldring

os obligara a cabalgar… Pero no comprendo la máscara negra, el misterio, las cosas que se os imputaban, la amenaza que llevaba consigo vuestro infame nombre, las excursiones criminales…, todos los hechos delictivos que se os atribuían y que los mismos bandidos confirmaron… Ni el mismo Oldring lo ocultaba. ¿Por qué? Decidme: ¿por qué?

—Nunca he podido saberlo —contestó ella en voz baja, pero irguió la cabeza, y sus ojos, grandes y más oscuros en aquel momento, le miraban fija e invariablemente, y en ellos leyó Venters la verdad, que confirmaba su propia convicción.

—¡Es extraño! ¿Sois mormona?

—No.

—Y Oldring, ¿es mormón?

—No.

—Vos… ¿le queréis?

—Sí. Odio a sus hombres… odio la vida que lleva… y a veces también le odio a él. Venters calló un instante, como si quisiera prepararse para saber una verdad que sería horrenda, pero que se la impulsado a conocer.

—¿Qué sois…, qué fuisteis para Oldring?

La muchacha bajó la cabeza como si hubiera recibido un gran golpe, y a sus blancas y hundidas mejillas subió el rubor de la vergüenza.

Venters hubiera dado cualquier cosa por no haber hecho la pregunta. Expresado el pensamiento con palabras; parecía más grave. Y, sin embargo, la vergüenza que revelaba el rostro y la actitud de la joven motivó en él un sentimiento semejante al respeto que tan ávidamente deseaba sentir por ella.

—¡Maldición! ¡Olvidadlo! —exclamó, enojado consigo mismo y apenado por ella—. Pero decídmelo de una vez…, yo ya lo sé, pero deseo oírlo de vuestra boca…, ¿verdad que vos no pudisteis evitarlo?

—¡Oh, no!

—Bien, así ya estoy satisfecho —continuó Venters—. Yo quiero que sintáis… comprended… el azar nos ha unido… y… yo deseo ayudaros, no haceros daño. Creí que la vida me había tratado con crueldad, mas cuando pienso en vuestra suerte, me siento pequeño y me arrepiento de haberme quejado. De todos modos, yo era un hombre solitario, un proscrito. Y ahora, ¡qué cambio! Aún no veo muy claro lo que todo esto significa, pero aquí estamos juntos y aquí hemos de permanecer durante mucho tiempo, hasta que estéis completamente bien, jamás volveréis al lado de Oldring. Estoy seguro de que al ayudaros me he ayudado a mí mismo, porque yo sufría mucho. Ahora tengo algo nuevo en qué ocuparme, y, si logro devolveros las fuerzas, os sacaré de estas regiones selváticas, os ayudaré a que podáis llevar una vida más hermosa, a que seáis más feliz… ¡Figuraos el bien que ha de hacerme a mí todo eso!

# Capítulo X

Durante los días de la enfermedad y de la convalecencia de la joven, Venters no se había alejado del campamento más que la tarde que construyó la cerca en la garganta bajo el puente. Sin embargo, sentía el deseo de explorar el Valle de la Sorpresa, y la mañana del día siguiente al de su larga conversación con la muchacha llamó a *Ring* y se dispuso a marcharse. Bess hallábase echada en un sillón hecho de troncos y ramas; había estado observándole, como siempre, y cuando cogió el rifle y llamó al perro, parecióle a Venters que la joven tuvo un estremecimiento.

—¿Vais a tardar mucho en volver?

—No —contestó, y alejóse.

El incidente le dio qué pensar. Había advertido que, después de la convalecencia, la joven no estaba tranquila si él no se hallaba a su lado. Era el miedo de estar sola, debido sin duda a su debilidad, por lo que hacíasele necesario permanecer ausente el menor tiempo posible.

Al bajar la pendiente ahuyentó a varios conejos, y la hermosa codorniz del valle, tan roja como la artemisa de la altiplanicie, corrió rauda hacia el bosque. Traspuso en seguida el límite de su primera excursión y penetró en un territorio nuevo para él. Allí, en el bosque, encontró frecuentes claros y arroyos que bajaban por el suelo en declive, y pronto hallóse ante un grande y soleado prado. El movimiento que se advertía entre la alta hierba le reveló que a su paso huían muchos animales. No podía aún saber a qué especie pertenecían; mas, por la impaciencia que demostraba *Ring*, deducíase que eran bestias más salvajes que el conejo. Aproximóse Venters poco después a la faja de sauces y álamos que había columbrado desde lo alto de la terraza. Penetró entre los árboles y descubrió un río de gran caudal. En medio de él vio montículos de ramas y arbustos medio sumergidos, y los álamos de las orillas tenían roídas la parte baja de sus cortezas.

—¡Castores! —exclamó—. ¡Quién lo hubiera dicho! ¡El río está lleno de castores! ¿Cómo habrán podido entrar en el valle?

Estando seguro de que los castores no habían llegado allí por el mismo camino que él y los trogloditas, empezó a sentir mayor curiosidad que antes por conocer la salida del río. Siguió su curso, que señalaba al Oeste, y volvió a entrar en el bosque de robles. Cuando lo hubo cruzado se halló ante una espesura de ciruelos silvestres y zarzas, por entre los cuales era difícil pasar. Encontró innumerables huellas de gatos monteses y de zorros. Por fin, no pudo seguir adelante, porque el río introducíase en una hendidura que había en la base de unas enormes rocas imposible de escalar. Tranquilizóse pensando que, si bien los castores podían subir por aquella estrecha garganta en que se precipitaba el agua, ningún hombre podía entrar por aquel lugar en el valle.

Aquel recodo hacia el Oeste era la única parte del valle por dónde se abrían los muros roqueños, y formaban un rincón fragoso e inaccesible. Retrocediendo un poco,

pasó a la otra orilla, dirigiéndose hacia la parte sur. Una vez traspuso el bosque de robles, halló de nuevo la baja terraza de los tiemblos y, más arriba, la amplia terraza abierta, franqueada por los abetos plateados. Aquella parte del valle era la que contenía las cuevas y, al avanzar hacia la terraza superior, encontrólas una tras otra, ya grandes, ya pequeñas, y de pronto se halló ante la mayor de todas, que se abría al término de una corta pendiente. Era la gran caverna de los trogloditas.

Aún estaba a bastante distancia, y el joven decíase que debía de ser enorme, si desde allí parecía tan grande. Subió hacia la terraza y, al hallarse en ella, veíase ante una larga pendiente llena de rocas y de polvo que dificultaba la ascensión e impedía al joven fijarse en otra cosa. Por fin penetro en una zona sombría y, al alzar la vista, vio que estaba en una caverna de tal magnitud, que no pudo apreciar su verdadera dimensión. La bóveda, marcada por siglos de filtraciones, parecía remontarse hasta el borde superior del risco, formando un arco como el de la entrada al valle, sólo que aquí constituía la cúpula de la caverna, en lugar del ojo del puente.

Venters continuó subiendo. Las piedras que desprendía a su paso rodaban con extraño ruido por la cuesta. Había recorrido ya cerca de cien metros sin alcanzar aún la base de la rampa que servía de asiento a las viviendas de los trogloditas, las cuales formaban un semicírculo de casitas de piedra unidas entre sí, con pequeños y oscuros agujeros semejantes a ojos. Finalmente llegó a la base de la rampa y vio, labrados en la empinada roca, unos escalones que facilitaban la ascensión. Al subirlos, Venters pensó en lo fácil que les habría sido a los trogloditas defender aquel fuerte suyo contra un ejército de enemigos. No había más que aquel camino de subida, y era estrecho y abrupto.

El joven había visto anteriormente viviendas trogloditicas, pero todas en estado ruinoso y de poca importancia. De, aquí que las dimensiones de esta cueva y de sus viviendas le aturdieran. Le emocionó, además; el pensar que aquellos lugares estaban intactos y constituían una inmensa tumba. Había sido una ciudad y hallábase tal cual la habían dejado sus últimos moradores. Ante las viviendas estaban aún los hogares ennegrecidos por el fuego, y, a su alrededor, las piezas de cacharrería y las hachas de pedernal. Veíanse también piedras molineras junto a agujeros pulidos por la acción de la molienda de maíz durante largos años… Todo estaba como si lo hubiesen abandonado el día anterior. Únicamente faltaban los trogloditas.

Venters percibió lo sublime de aquella maravillosa bóveda, que parecía resplandecer con una gloria de algo ya inexistente. ¿Cuántos años hacía que los trogloditas contemplaron desde aquel mismo sitio el hermoso valle? ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que sus mujeres molieron el maíz en aquellos pulidos agujeros, desde que allí vivieron, amaron, lucharon y murieron todos? ¿Fueron acaso destruídos por sus enemigos? ¿Habíalos exterminado una epidemia o solamente el gran destructor, el Tiempo? Aquel sitio le oprimía. Había claridad en él, pero, no obstante, le pareció lóbrego. Olía a polvo, a piedra musgosa, a viejo, a remoto. Era triste. Era solemne. Parecía el Templo del Silencio, que reinaba allí de un modo

irrevocable y terrible; no podía ser interrumpido. Y, sin embargo, en aquel instante, desde lo alto de las grietas de la bóveda, llegó el gemir profundo y extraño del viento… un verdadero responso por todo lo que allí había desaparecido.

Suspirando, recogió Venters cuantos cacharros pudo, de los que le parecieron fuertes y convenientes para su campamento, y emprendió el regreso. Subió a la terraza por la parte opuesta, y desde lejos vio mirar a la muchacha hacia la parte por dónde él marchara, circunstancia que le permitió aproximarse sin que ella lo advirtiera. Blanca estaba echada a sus pies y se levantó para ir al encuentro del amo. Cuando él se adelantó para llamarla, Bess volvió la cabeza y le vio. Por la sorpresa reflejada en el rostro de la joven, por la mirada de sus grandes ojos, por el rubor que brotó en sus mejillas, dedujo Venters que le había esperado con ansiedad, que había estado pensando constantemente en su regreso. No sonreía ni demostraba contento, lo cual nada hubiera significado ante la inefable emoción que revelaba. Venters creyó comprender la viva llamarada que brotó de su rostro. Era como si hubiese permanecido en desesperanzada inacción y de pronto se sintiese animada por la vida, como si hubiese resucitado.

Y Venters pensó rápidamente: «La he salvado, la he librado de aquella cadena; ella estaba esperándome como si fuera yo lo único que le queda en la tierra; me pertenece». Este pensamiento le sorprendió con un golpe inesperado. El alegre saludo que pensaba dirigirle no salió de sus labios; torpemente, dejó caer sobre la hierba los cachivaches, sintiendo una inusitada y profunda emoción, mezclada con la piedad y el regocijo que le producía saber que él significaba algo para aquella muchacha.

—¡Qué cargado venís! —dijo la joven—. ¡Caramba, si son cacharros! ¿De dónde los habéis sacado?

Venters dejó el rifle sobre la hierba, y llenando uno de los recipientes con agua, lo puso sobre las ascuas de la hoguera de su campamento.

—Confío en que el agua no se saldrá —dijo a poco ¡Figuraos! Ahí enfrente, al otro lado, hay una gran cueva con viviendas de trogloditas; de ahí he sacado estos recipientes. ¿No creéis que necesitábamos algunos? Aquel tazón de hojalata ha servido para hacer té, caldo, sopa…, en fin, para todo.

—Sí, he advertido, en efecto, que no disponíamos de batería de cocina.

Y se echó a reír. Era la primera vez que reía. A él le gustaba oírla reír, pero aunque estaba deseando mirarla, no lo hizo, por no descubrir su emoción.

—¿Querréis llevarme allí y a los demás lugares del valle en cuanto esté bien del todo? —preguntó la muchacha.

—¿Cómo no? Es un sitio maravilloso. Hay tantos conejos en el bosque, que no se puede dar un paso sin tropezar con uno. Y hay también codornices, castores, zorros y gatos monteses. Estamos en una verdadera madriguera. Pero… ¿habéis visto alguna vez chozas troglodíticas?

—No; sólo he oído hablar de ellas. Los… los hombres aquellos dicen que el Desfiladero está lleno.

—Pues yo creía que, después de tantas correrías a caballo, habríais tropezado con alguna —dijo Venters. Hablaba lentamente, eligiendo sus palabras con cautela, dando a su voz un tono de indiferencia y aparentando al mismo tiempo estar atareado en la selección de los cacharros. Era preciso evitarle el bochorno de su curiosidad. Sin embargo, nunca había deseado tanto saber algo de su pasada vida.

—Cuando montaba a caballo cabalgaba como el viento —replicó ella—, y nunca tenía tiempo para detenerme en ningún sitio.

—Recuerdo aquel día, cuando yo…, cuando os vi en el Desfiladero… Estabais llena de polvo y vuestro caballo parecía muy fatigado. ¿Montabais constantemente?

—¡Oh, no! A veces pasaba muchas semanas sin salir, encerrada en la cabaña.

—¿Os encerraban? —preguntó Venters fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Cuando Oldring realizaba algunos de sus largos viajes me encerraba en la cabaña. A veces estaba meses ausente.

—¿Por qué os encerraba?

—Quizá para evitar que me escapase. Siempre le amenacé con hacerlo. Pero, seguramente, era más por temor a las borracheras que solían coger sus hombres en los pueblos. En cambio, yo no les tenía miedo; siempre eran buenos conmigo.

—¡Prisionera! ¡Cuán duro debía ser eso para vos!

—No. A mí me gustaba. El tiempo que he pasado encerrada ha sido el más feliz de mi vida. Es una cabaña muy grande, situada sobre un alto risco, y desde ella se goza de un hermoso panorama. Disponía, además, de perros y de libros. En el interior hay una fuente y víveres almacenados. Los hombres me traían carne fresca. Un año pasé allí todo el invierno.

—¿Habéis vivido en el Desfiladero de la Decepción todo el tiempo que podéis recordar?

—Tengo una vaga idea de otro lugar, de unas mujeres y de unos niños, mas no puedo precisarlo. A veces me he esforzado en querer recordar, pero ha sido inútil.

—¿Sabéis leer, puesto que disponíais de libros?

—¡Oh, sí! Leer y escribir. Oldring es un hombre muy instruído. Él me enseñó; él y otro bandido anciano que hace años vivió con nosotros y que había sido anteriormente un hombre honrado.

—¿De modo que Oldring hace excursiones prolongadas? —preguntó Venters—. ¿Sabéis adónde va?

—No. Todos los años lleva ganado hacia el norte de Sterling, y entonces está ausente varios meses. Una vez oí que le acusaban de tener una doble personalidad…, y él mató al acusador. Esto sucedió en Stonebridge.

Venters dejó su aparente tarea y la miró con una ansiedad que no le fue posible ocultar por más tiempo.

—Bess —dijo, usando su nombre por vez primera—. Yo he sospechado siempre que Oldring debe ser otra cosa, además de ladrón de ganados. Decidme, ¿qué hace

aquí, en el Desfiladero? Me parece que mucho de lo que ha hecho ha sido para ocultar su verdadera finalidad.

—Tenéis razón. No es sólo un ladrón de ganado; sus propios hombres dicen que el robar ganado es actualmente un ardid. ¡Hay oro en los cañones!

—¡Ah!

—Sí, hay oro, aunque no en grandes cantidades, pero lo suficiente para él y sus hombres. Durante semanas lavan la arena para extraer el oro, luego roban algún ganado o un pequeño hato, y se van a los pueblos para beber, para gastar pólvora y para matar a quien se opone a ellos o les provoca…, todo para engañar a los jinetes de la pradera.

—Decís que roban poco ganado. ¡Pues el hatajo de Withersteen, el hatajo rojo, constaba de dos mil quinientas cabezas! Eso no es un hatajo pequeño. Y fue él quien lo robó, porque yo seguí sus huellas y vi a los animales en un valle cercano.

—Oldring no robó ese hato. Obró en combinación con los mormones. Éstos avisaron a los jinetes para que abandonasen el servicio, y Oldring recogió el ganado para guardarlo cierto tiempo…, no sé cuánto…, y luego llevarlo nuevamente a la pradera. No sé qué participación tiene él en todo esto.

—¿Sabéis por qué se hizo ese convenio?

—No, pero sé que era una treta de los mormones. Siempre andan con engaños y misterios. He oído hablar de los mormones a los hombres de Oldring. Parece que esa mujer, la Withersteen, no quería dejarse dominar. Vi al hombre que hizo el trato con Oldring. Era pequeño, de extraña figura, pero montaba bien a caballo. Después me dijeron que no había mejor jinete en toda la pradera. Olvidé su nombre.

—¿Era acaso Jerry Card?

—¡Ése es! Ahora lo recuerdo. Jerry Card parecía tener mucha amistad con los hombres de Oldring.

—No me extrañaría —replicó Venters, pensativo—. Bess —añadió—, decidme una cosa más. ¿Habéis conocido mujeres…, gente joven?

—A veces había mujeres con los hombres de Oldring, pero éste no permitió nunca que las conociera. Y en cuanto a gente joven, no he visto más que la de los pueblos que yo cruzaba rápidamente.

Consideró Venters aquella contestación como la más desconcertante de todas las que Bess le había dado, y sólo se contuvo de indagar más acerca de su vida anterior por el sonrojo que ella sintiera cuando le dirigió aquella otra pregunta. No la molestaría más con su insana curiosidad. Sin embargo, era preciso pensar, y le era difícil pensar claramente. Aquella muchacha de ojos tristes, ¡era tan distinta de lo que él se había figurado a causa de su extraña vida! Aquel día habíala hallado sencilla y franca, con la misma naturalidad que pudiera mostrar cualquiera otra joven. Había dulzura en ella. Su voz era grave y bien modulada. No pudo mirarla a los ojos, sostener su mirada fija, franca y ávida, y decirse al mismo tiempo que ella era lo que había confesado ser. El jinete Enmascarado de Oldring estaba ante él: una muchacha

vestida de hombre a la que había obligado a cabalgar al frente de bandidos y ladrones. Habíanla tenido encerrada durante muchos meses en una oscura cabaña. A veces, el más vicioso de los hombres había sido su compañero, y las más malas mujeres, aunque no se las permitía acercarse a ella, habíanla, cuando menos, envilecido con su presencia en el mismo campamento. Pero, a pesar de todo, Venters no podía cerrar sus oídos a la secreta voz de la verdad, que borraba los hechos deshonrosos y proclamaba lo que tan bien revelaban sus ojos, la inocencia y candidez de la muchacha.

Durante los días que siguieron, Venters luchaba constantemente contra sus opuestas convicciones: por un lado, la seguridad de que Bess era inocente en todos los sentidos, y por otro lado, el saber por la misma boca de ella lo que había sido, aunque fuera obligada. ¿Es que las dos cosas podían ser verdad? Sabía que la última lo era, pero no quería cejar en su convicción acerca de la otra, y este conflicto aumentaba el misterio que parecía formar parte de Bess. Mas en aquellos días de prueba era, sin embargo, evidente que Bess ganaba con presteza fuerzas, que parecía olvidar los largos y crueles años pasados junto a Oldring, si no se le hablaba de ello, y que, como los indios, que sólo viven para el momento, ella hallábase completamente absorta en el presente.

Día tras día observaba Venters cómo la blancura de su rostro tornábase más oscura, y cómo sus mejillas llenábanse gradualmente. Llegó un momento en que sólo mirando con atención distinguía la línea que separaba la parte del rostro tanto tiempo cubierto por el antifaz y aquélla que siempre había estado expuesta a la acción del viento y del sol. Cuando desapareció dicha línea, tuvo Venters la impresión de que ella se veía por fin libre del estigma que significaba el infame nombre de jinete Enmascarado de Oldring.

Muchas veces le desconcertaba el modo que tenía Bess de mirarle: franca, fija y gravemente, haciéndose la luz en sus ojos cada vez más brillantes. ¿Qué pensaría ella al mirarle así? Casi estaba convencido de que no pensaba en nada de particular. Venters sentíase fascinado por la joven, por su presencia en el Valle de la Sorpresa y por el misterioso pero inminente porvenir que les aguardaba, y a causa de ello estuvo mucho más pensativo que durante las solitarias noches pasadas en la pradera.

Deseaba, sobre todo, pensar en el momento actual, en el presente que tan agradable era para él; pero la duda acerca del porvenir le asediada. No sabía que podría reservarles el destino para el futuro. Empezó a pensar en mejorar las condiciones del Valle de la Sorpresa para que la vida allí ofreciera más alicientes, toda vez que ignoraba el tiempo que les sería necesario permanecer en él. Venters luchaba tenazmente contra este insistente pensamiento, por comprender que podía revelar su deseo de no salir del Valle de la Sorpresa. Mas era forzoso pensar en cosas prácticas, y fuera cual fuese el tiempo que habrían de estar en él, imponíase la necesidad de cambiar la clase de alimentación. Para eso habría de buscar más lejos otras especies de carnes, y acaso tendría que ir a Cottonwoods por provisiones.

Se le ocurrió pensar que podría ir al cañón dónde Oldring guardaba el ganado y, con poco riesgo, llevarse carne de vaca. Sin embargo, deseaba hacerlo sin que la joven se enterase, y por fin determinó llevar a cabo su empresa por la noche, mientras Bess dormía. Además, así correría menos riesgo por lo que concernía a los bandidos.

Aquella misma noche salió a hurtadillas del campamento, subió hacia el puente de piedra y, entró en el paso que desembocaba en el Desfiladero. La garganta hallábase inundada de luz lunar. La Roca Movediza tenía un fantástico aspecto; semejaba un dios fantasmal que esperase el momento propicio para derrumbarse por la empinada pendiente y cerrar, destruyéndolo todo en su terrible avance, la salida al Desfiladero de la Decepción. Aquella roca impresionó a Venters mucho más de noche que de día, pareciéndole que el hecho de que estuviese allí esperando durante miles de años forzosamente había de estar enlazado con su propio destino.

—¡Viejo ídolo, si has de rodar, espera a que vuelva al lado de la muchacha; y luego, rueda! —exclamó, como si, en efecto, la piedra representase un ídolo.

A pesar de que el joven procedió con la acostumbrada cautela e hizo desaparecer todas sus huellas al salir del: paso secreto, apenas tardó una hora en llegar al sitio dónde se hallaba el ganado robado por Oldring. Una vez allí, al ver un gran número de terneras, cambió de idea y, en lugar de llevarse carne muerta, decidió cargar con una ternera viva. Cazó una con el lazo, le sujetó las piernas y se la colgó sobre la espalda. La carga era muy pesada, mas Venters era fuerte, y recorrió la larga distancia sin descansar. El trabajo más duro fue subir con la ternera por la empinada cuesta del paso secreto y bajar al valle. Cuando lo hubo realizado se le ocurrió de pronto otra idea que cambió de nuevo sus intenciones. No mataría a la ternera, la guardaría viva, y volvería al hatajo de Oldring en busca de otras terneras. Inmediatamente puso el animal a buen recaudo y comenzó el segundo viaje.

Cuando volvió con la segunda ternera faltaba poco para que amaneciese. Se metió sin hacer ruido en su cueva y durmió hasta muy tarde. Bess no sospechó que el joven había estado ausente del valle casi toda la noche, y sólo observó que parecía más cansado que otros días. Por la tarde, Venters hizo una cerca al pequeño barranco que había en la vecindad del campamento, y en él metió a las dos terneras; logró realizar esta tarea sin que Bess lo advirtiese.

Aquella noche hizo dos viajes más al cañón de Oldring, y otros dos en las dos noches siguientes. Cuando tuvo ocho terneras en su improvisado corral, se dijo que había suficientes, pero al mismo tiempo descubrió que no tenía el menor deseo de matar a ninguna.

—¡He robado el ganado de Oldring! —exclamó riendo, y notando que todas las terneras eran de color rojo, añadió—: ¡Y son rojas! ¡Son del hatajo rojo! ¡He robado terneras de Juana Withersteen…! ¡Qué cosa más extraña! ¡Quién lo hubiera dicho!

Hizo otro viaje al cañón, y esta vez cogió un becerro y le mató, cortando después la cantidad de carne que calculó podía llevar. El aullido de los coyotes le aseguró que nadie descubriría la matanza. Llevó la carne al campamento y la colgó en la rama del

abeto plateado más próximo. Luego se fue a dormir.

A la mañana siguiente se levantó temprano. Sentía la viva satisfacción de tener una sorpresa para Bess. Ésta apareció a poco y se acercó a la hoguera.

—Bess, ¿no me habéis dicho que estabais cansada de carne de conejo? —preguntó Venters—. ¿Y también de la de codorniz y de castor?

—Sí, así lo dije.

—¿Qué os gustaría comer?

—Estoy cansada de comer carne, pero si no hay otra cosa, que fuese siquiera de buey o de ternera.

—¿Qué os parece aquélla? —Venters señaló la que pendía del abeto—. Tendremos cama fresca durante algunos días, y después cortaremos el resto en lonjas y las secaremos.

—¿Dónde habéis obtenido esa carne? —preguntó Bess.

—Se la robé a Oldring.

—¿Habéis vuelto al cañón…, os habéis arriesgado…? —preguntó vacilante la muchacha, y palideció.

—No ha sido peligroso, pero sí muy molesto.

—Lamento haber dicho que estaba cansada de la carne de conejo. Pero…, ¿cómo?

¿Cuándo habéis ido?

—Anoche.

—¿Mientras yo estaba durmiendo?

—Sí.

—Me desperté anoche…, pero ignoraba eso.

—He hecho más —dijo Venters—. He trabajado durante cinco noches mientras dormíais. Tengo ocho terneras aquí cerca, en un pequeño barranco. ¡Ocho terneras vivas!

—¡Habéis ido… allí… durante cinco noches!

La exclamación vacilante, la dilatación de sus ojos, la palidez de sus mejillas no era para Venters sino la manifestación del miedo que sentía la muchacha, miedo por si misma…, o por él.

—Sí. No os lo he dicho antes porque sabía que tendríais miedo de quedaros sola.

—¿Yo, sola? —dijo estas palabras sin convicción, pues ni siquiera había pensado en ello. No era, pues, miedo por sí misma lo que sentía, sino por él. Aquella muchacha, siempre lenta en el hablar y en la acción, parecía casi estúpida en aquel instante. Tendió una mano y, de pronto, sé acercó a él, mirándolo con tal emoción, que Venters ya no puso en duda su inteligencia.

—¡Oldring hace vigilar el hatajo rojo…! ¡Os matarían si os viesen! ¡No vayáis más, nunca más!

Después de hablar, las fuerzas parecieron abandonarla y se tambaleó hacia el joven.

—¡No iré más, Bess, os lo prometo! —dijo, cogiéndola.

Ella apoyóse en él y su cuerpo tembló. Levantó el rostro hacia Venters, que contempló aquel dulce semblante de mujer, aquellos ojos y aquellos labios femeninos tan ciegamente confiados al revelar su secreto. Mas él no quiso creerlo; pensó que ella se acercaba instintivamente al único amigo que tenía, como instintivamente le había inspirado miedo al principio.

Suavemente la apartó de sí, sosteniéndola por los hombros. La sangre corría alocada por las venas, sintió una gran emoción, y vio en ella algo que ya antes había visto, pero que no podía comprender; algo muy próximo, cálido y dulce como aliento fragante, dulce como ninguna otra cosa le había parecido hasta entonces.

Con toda su fuerza de voluntad procuró serenarse, para juzgar sin dejarse influir por la piedad y las emociones. Bess aún le miraba con ojos en los que se leía hasta lo más profundo de su alma. Rápidamente borró Venters todo el pasado de ella y sólo pensó en el tiempo que llevaban juntos. Quería juzgarla como ella le había juzgado a él. Hallábase ante lo inevitable de la vida, vio el destino en la oscura y recta senda de los maravillosos ojos de ella, vio que la sencillez y la dulzura de una muchacha luchaban con una emoción nueva, extraña y dominante; vio la viva imagen de la inocencia; vio el terror ciego de una mujer al pensar en la muerte de su salvador y protector. Todo esto vio Venters; pero, además, había en los ojos de Bess una alboreante conciencia que parecía a punto de romper en glorioso resplandor.

—Bess, ¿qué pensáis? —preguntó.

—Pienso…

—¿Os dais cuenta de que estamos solos aquí…, un hombre y una mujer?

—Sí.

—¿Habéis pensado que no podemos abrirnos camino hacia las regiones civilizadas y que tal vez tengamos que permanecer aquí…, solos…, ocultos del mundo…, durante toda la vida?

—Nunca pensé en eso… hasta ahora.

—Bien, ¿qué decidís, marcharon o quedaros aquí…, sola…, conmigo?

—¡Me quedo!

—Un pensamiento nuevo, vibrante en su voz, dio a su contestación una fuerza singular. Venters se estremeció, y rápidamente desvió la mirada. Sabía ya lo que ella sólo había vislumbrado…, sabía que le amaba.

# Capítulo XI

Juana Withersteen cumplió la promesa que hizo a la señora Larkin. La llegada de la pequeña Fay a la sombría mansión fue como rayo de sol. En las grandes y solitarias habitaciones resonaba la argentina risa de la niña; en el sombrío patio dónde Juana pasaba los calurosos días de julio jugaba la pequeña con el agua de la Fuente Ambarina y charlaba incesantemente. Juana asombróse del cambio que dio al ambiente de su casa una niña; se dijo que, realmente, su casa no había constituído un verdadero hogar hasta la llegada de Fay. También echó de ver que la limpieza y la pulcritud en el arreglo de la vivienda perdían toda su importancia ante la sonrisa de Fay. Ésta cubría el suelo del patio con libros de Juana, esparcía por todas partes sus juguetes, y muchas extrañas embarcaciones navegaban por el arroyo.

También se debía a la presencia de Fay el que Juana recibiera con mayor frecuencia la visita de Lassiter. Éste había permanecido casi todo el tiempo en la pradera; estaba a su servicio, cuidando de su hatajo, pero no iba a verla sino cuando lo requerían asuntos relacionados con aquél. Juana había tenido que confesarse con amargura que sus insinuaciones de amistad no dieron resultado. Sin embargo, la pequeña Fay cautivó a Lassiter desde el momento en que la vió.

Juana estuvo presente cuando los dos trabaron amistad, y la escena la emocionó tanto, que sintióse más atraída aún hacia aquel enemigo de su pueblo.

La dueña de Withersteen había tenido por seguro que todos los niños temerían a Lassiter, y Fay Larkin más que ninguno, porque la pequeña no era como los demás pequeños; a causa de su alejamiento de los de su edad y de su vida solitaria, habíase mostrado siempre muy tímida con las personas desconocidas. Sin embargo, al verle lo contempló con ojos graves, muy abiertos, pero sin mostrar miedo. El jinete había venido para informar a Juana que los bueyes y los caballos seguían en excelentes condiciones, y cuando sentóse, cediendo a la invitación de la joven, Fay se atrevió a acercarse un poco. Juana, correspondiendo a la pregunta que leyó en la mirada de Lassiter, le contó la historia de la niña. El jinete no le quitó ojo mientras hablaba, y ella se sintió inquieta ante la grave mirada de él. Después se volvió a Fay y sonrió de un modo que Juana dudaba de la realidad de las cosas. ¿Cómo era posible que Lassiter sonriera tan dulcemente a un niño habiendo dejado a tantos sin padre? Juana supuso que Lassiter no había sido padre, pero que si el destino le bendijera con un hijo, no habría otro tan bueno como él. Fay debió de hallar también aquella sonrisa singularmente seductora, porque poco a poco fue acercándose y, por fin, se colocó al lado de su protectora, desde dónde favoreció al extraño con una cariñosa mirada de sus bellos ojos.

Lassiter siguió sonriendo.

Juana los contempló a los dos y comprendió que aquél era el momento oportuno para aplacar el odio del enemigo de los mormones. Sin embargo, el intento era difícil. Al conocerle mejor, aumentó también su respeto hacia él, y este respeto hizo que le

pareciera muy duro valerse de la coquetería femenina para conquistarlo. Mas al pensar en los motivos que la guiaban, al pensar en Tull y en aquel otro cuyo nombre trataba de olvidar cuando estaba delante del vengador de Milly Erne, comprendió de pronto que no podía esquivar el asunto. Y su religión la hizo audaz, más audaz de lo que se hubiese mostrado si sólo la impulsara un sentimiento de vanidad femenina.

—Lassiter, os veo muy poco ahora —dijo, advirtiendo que en su rostro brotaba el rubor.

—Estoy cabalgando todo el día —repuso él.

—Pero no está bien que estéis siempre en la silla. Venid aquí alguna vez. ¿No queréis venir a verme…, más frecuentemente?

—¿Me lo mandáis?

—¡Qué tontería! No lo mando; os suplico tan sólo que vengáis a verme de vez en cuando.

—¿Por qué?

Una vez oída la pregunta, no le pareció tan difícil de contestar como imaginara. Además, descubrió súbitamente que también había en realidad motivos desinteresados para desear verle. Y como se había mostrado atrevida para iniciar la conversación, decidió serlo también mostrándose franca y leal.

—Tengo mis motivos…, no necesito deciros más que uno —contestó—. Si es posible, quisiera cambiar vuestros sentimientos hacia los de mi religión. Daría cualquier cosa por lograrlo.

Después de esta confesión, Juana sintióse mejor y más libre. Deseaba demostrarle que existía por lo menos una persona mormona que no se asustaba de luchar a cartas vistas.

—¡Ya lo creo! —exclamó Lassiter, y se echó a reír.

—¿Vendréis? —preguntó sin desviar la mirada—. Jamás he solicitado eso de ningún hombre…, exceptuando, a Bern Venters.

—Creo, señora, que no corríais ningún riesgo, ni Venters tampoco. Mas tal vez el caso no sería el mismo tratándose de mí.

—¿Queréis decir que no os conviene que os vean aquí con frecuencia? ¿Teméis alguna emboscada?

En aquel instante la pequeña Fay se acercó a Lassiter:

—¿Tenes una nena? —preguntó.

—No, hijita —repuso el jinete.

Fuera lo que fuese lo que Fay buscaba en aquel rostro tostado por el sol y en sus serenos ojos, evidentemente lo halló.

—*Pos vene a ver a Fay, ¿queres?* —añadió, y curiosa empezó a contemplar la cinta de cuero y los adornos de plata del sombrero de Lassiter.

Después examinó el látigo y, luego, las relucientes espuelas. Éstas retuvieron su atención durante algún tiempo, pero en seguida, fiel a la mutabilidad de los niños, dejó de jugar con ellas y buscó otra cosa. Descubrió una de las grandes pistoleras del

jinete y empezó a tirar de la negra culata del arma. Juana Withersteen reprimió un grito. El esfuerzo que hacía la niña para posesionarse de la pistola parecióle de gran alcance, vio en el juego de Fay, en su belleza y en su cariño, el más poderoso aliado en la empresa que acababa de imponerse en bien de los suyos. En cuanto al jinete, parecía haber olvidado la presencia de Juana a causa del encanto que le producía el juego de aquella hermosa criatura. Al principio, de los dos él era el más tímido. Gradualmente, la confianza de Fay venció la torpeza del jinete, y éste se atrevió a tocar con sus toscas manos los dorados rizos de la pequeña, que le recompensó el atrevimiento con una sonrisa, y cuando él tuvo la osadía de encerrar la manita de ella en su manaza, Fay dijo sencillamente:

—Te quiero mucho.

La expresión del rostro de Lassiter hizo olvidar a Juana el odio de él hacia los mormones. Las ansias maternales que henchían su pecho diéronle a comprender que Lassiter anhelaba el amor de los niños con toda el alma.

Lassiter volvió al día siguiente, y al otro; y al tercero fue mañana y tarde. En la noche de aquel día, Juana creyó adivinar que había llegado la crisis en la lucha intima que Lassiter sostenía consigo mismo.

A partir de entonces, el jinete iba a ver a Juana con más frecuencia. Cada día mostrábase más suave y complaciente, revelándose en él, poco a poco, una extraña alegría. Por la mañana solía poner a Fay sobre su caballo, llevándola así hasta el borde de la pradera. Por la tarde jugaba con la niña a todos los juegos que la pequeña discurría, y con gran frecuencia aceptaba la cena que le ofrecía Juana. Durante aquellos días no hubo otras visitas en la casa Withersteen. De aquí que, a pesar de la vigilancia, que Lassiter no olvidaba nunca, el jinete empezó a demostrar que se hallaba allí como en su casa. Después en la cena se iban paseando hasta el bosque de álamos o hasta las balsas, y la pequeña Fay tenía siempre a los dos cogidos de la mano. De este modo establecióse entre ellos una especie de original parentesco que complacía a Juana. Al llegar la noche regresaban a casa; Fay besaba entonces a los dos e iba a reunirse con su madre. Entonces, Lassiter y Juana quedaban solos.

Éste era el momento que la joven aprovechaba para conquistar al jinete. El fanatismo de su religión y la necesidad de salvar la vida de los mormones, especialmente la de un determinado mormón, llevó a Juana más allá de lo que honestamente era permitido en lides de coquetería. Procuró aumentar su belleza por todos los medios, recurriendo incluso a artificios, con la plena conciencia de que eran indignos de ella; mas lo hizo deliberadamente. Convirtióse en chiquilla, con todos los caprichos de una coquetuela, y siempre que el caso se prestaba a ello, aproximábase a él. Mostrábase constantemente juguetona, aunque dejando entrever una pasión oculta; forcejeaba con él por la posesión de las grandes pistolas, entrelazándose sus manos frecuentemente en el juego… Y cuanto más sencillo veía a Lassiter, más libertades se tomaba ella.

Así pasaron los días del mes de julio. Juana pensaba que si, dada la situación, era

posible ser feliz, ella lo era enteramente. La pequeña Fay llenaba en su corazón un doloroso vacío largo tiempo sentido. Y procurando atar las manos al terrible Lassiter, cumplía la tarea más grande de su vida. Había atendido el servicio dominical de la Iglesia con regularidad, mas hacía ya muchas semanas que no había ido al pueblo para otra cosa. Era extraño que ningún dignatario de la Iglesia ni ninguno de sus amigos la hubiese visitado durante aquel tiempo, pero Juana considerábalo como una verdadera suerte. Judkins y sus juveniles jinetes no habían tropezado con ninguna dificultad en su vigilancia del hatajo blanco. Aquellos cálidos días de julio estaban exentos de tribulaciones, y Juana confió en que la crisis había pasado. Muchas veces pensó en Venters, mas de un modo inconcreto. Pasaba largas horas enseñando a la pequeña Fay o jugando con ella. Por lo demás, concentró la actividad de su mente en Lassiter, y el capricho convirtióse en obsesión.

Cuando por fin despertó a la realidad, advirtió que había hecho las cosas mejor de lo que creyera posible. Lassiter, aunque más suave y gentil que nunca, había dejado su frialdad y, extraño humor para convertirse en un hombre inquieto y desdichado. Fuera cual fuese la intensidad de su odio mortal contra los mormones, tal pasión tenía una rival que le consumía del mismo modo. Juana Withersteen tuvo un momento de triunfo, antes de que alborease una extraña inquietud.

En el bosquecillo de álamos, en el sendero iluminado por la luz de la luna, ella reunió de pronto, una noche, todo su valor; se volvió hacia Lassiter, apoyándose casi en él, y mirándole a los ojos le dijo:

—¡Lassiter!… ¿Queréis hacerme un gran favor?

A la luz de la luna vio Juana cómo cambió el ajado rostro, adquiriendo la dureza de la roca. Sin embargo, ella buscó con las manos las dos pistoleras, y cuando hubo asido las frías culatas, tembló todo su cuerpo.

—¿Me permitís que os quite las pistolas?

—¿Para qué? —preguntó él, y por primera vez su voz era dura. Juana sintió que sus fuertes y ásperas manos asíanla por las muñecas y se inclinó hacia él, medio atraída, para mirarle a los ojos.

—No es capricho…, no es un deseo tonto de mujer…, es un anhelo que nace de mi corazón… ¡Dejad que os las quite!

—¿Por qué?

—Quiero evitar que matéis más hombres… mormones. Quiero que me dejéis salvaros de la maldad…, de ese deseo de verter sangre… —La verdad salió balbuciente de sus labios—. Es preciso… que me ayudéis… a cumplir mi promesa a Milly Erne. Juré…, cuando estaba muriendo…, que si algún día alguien viniera a vengarla…, detendría su mano. Tal vez solamente yo puedo salvar… al hombre… que… que… ¡Oh Lassiter!… presiento que, si no puedo cambiaros, pronto saldréis para matar…, y, por instinto, entre los mormones, mataréis a aquel que… que:… ¡Lassiter, si soy algo para vos…, permitidme que yo misma os quite las armas!

Como si las manos de ella fuesen las de una niña, Lassiter las soltó y, apartándola,

la miró con aterrador sentimiento de comprensión, y desapareció por entre las sombras del bosquecillo.

Cuando pasó la primera sorpresa de su inútil súplica, Juana definió la fría y tácita condenación expresada por él, y, su rápida marcha, más que como negativa a su ruego, como confusión y amargura porque ella había tratado de engañarle. Después de reflexionar largamente y recordar todas las acciones de Lassiter, estaba segura de que volvería y la perdonaría. Aquel hombre no podía ser duro con una mujer, y Juana dudaba que tuviera energía suficiente para permanecer alejado de ella. Mas temía ahora que el punto en que esperaba hallarle vulnerable estuviese a prueba de toda persuasión. La férrea voluntad y decisión que desde un principio sospechara en él había surgido al fin como infranqueable barrera. Sin embargo, si Lassiter continuaba en Cottonwoods, ella jamás cejaría en su empeño de transformarlo. Estaba decidida a ello aunque tuviera que renunciar a todo, excepto a la esperanza de ganar el Cielo. Mormona apasionada, había, sin embargo, rehusado casarse con Tull; mas de la situación en que ahora se encontraba había surgido la diamantina luz del deber religioso en su más alta acepción. Y durante aquella noche de insomnio, atribulada por el temor y la duda, Juana Withersteen llegó finalmente a la convicción de que, si era preciso entregarse a Lassiter para que éste cumpliera el mandamiento «No matarás», cumpliría un deber.

A la mañana siguiente esperó a Lassiter a la misma hora, pero no se atrevió a ir ella misma al patio y mandó a Fay. La señora Larkin estaba enferma y requería grandes cuidados. Al parecer, la madre de la pequeña había empeorado desde que se trasladó a la mansión de Withersteen, y hallábase a punto de morir. Juana había confiado en que la ausencia de preocupaciones y penas, y una buena alimentación, lograrían restablecer la quebrantada salud de la señora Larkin, pero no sucedió así.

Cuando Juana salió, por fin, al patio, estaba Fay sola en él, jugando con el agua del arroyo.

De pronto llegó el ruido de cascos de caballo. No era el alegre sonido de los cascos de Campanilla cuando llegaba Lassiter, sino un ruido más fuerte y pesado, en el que Juana no reconoció a ninguno de sus corceles. Era el obispo quien llegaba, y su aparición sobresaltó a la joven. Dyer desmontó rápidamente, y al penetrar en el patio interior pisó fuerte y recio, mostrándose autoritario y furioso. Su aspecto recordó a Juana a su padre.

—¿Ésa es la golfilla de la Larkin? —preguntó con aspereza, sin saludar.

—Es la hija de la señora Larkin —repuso Juana lentamente.

—Me han dicho que piensas educar a la niña.

—Sí.

—Naturalmente, le darás educación mormona…

—¡No!

Las preguntas habían sido rápidas. Ella tenía la sensación de que otra persona respondió por ella, lo cual le asombró.

—He venido para decirte unas cuantas cosas muy serias. —Y la contempló de arriba abajo, con ojos graves.

Juana Withersteen idolatraba a aquel hombre. Desde temprana edad habíanle enseñado a amarlo y reverenciarlo como obispo de su Iglesia. El obispo Dyer había sido durante diez años amigo y consejero íntimo de su padre y, durante un período más largo aún, amigo y confesor de ella. La interpretación de su credo, sus actividades religiosas, su creencia en los misterios y santas verdades del mormonismo, todo lo cifraba en aquel obispo. Para Juana, el obispo Dyer venía después de Dios. Era el portavoz de Dios en la pequeña comunidad mormona de Cottonwoods. Dios revelábase a él en secreto.

Y, de pronto, una extraña e irresistible fuerza le abrió los ojos, y la joven vio, no al obispo, sino al hombre. El choque para su alma creyente fue tremendo, pero por más esfuerzos que hizo para desterrar aquella visión, no lo consiguió. No era el obispo quien la miraba con tan fría curiosidad; era un hombre que había entrado como un patán… pisando recio y sin quitarse el sombrero en su presencia; que no creyó necesario saludarla ni gastaba ninguna de las cortesías debidas a su clase y sexo. Había oído referir que el obispo Dyer solía olvidarse a veces de su sacerdocio estallando en vulgar furia, y ahora tenía la prueba. Parecía un ranchero. Calzaba botas altas con espuelas, y estaba cubierto de polvo; llevaba además pistola a la cadera, y esto recordó a la Withersteen lo que oyera en cierta ocasión de que el obispo sabía manejar las armas. Mas durante el largo rato que Dyer la contempló, nada grosero había en la lenta y creciente fuerza de su cólera.

—El hermano Tull me ha hablado —empezó—. Fue deseo de tu padre que te casases con él. Además, yo te ordené lo mismo. ¿Le has rechazado?

—¿No quisiste romper tu amistad con ese Venters?

—No.

—Pero… ahora cumplirás lo que yo te mande —bramó—. ¡Juana Withersteen, tú estás en camino de volverte hereje! Puedes dar las gracias a tu amigo gentil por ello. Estás a punto de perder el alma en eterna maldición.

En el flujo y reflujo de la torturada mente de Juana, su audacia y su valor cedieron ante el viejo orden de las cosas de su vida. Ella era mormona, y el obispo ganaba ascendiente.

—Gracias a Dios, llego a tiempo, Juana Withersteen: ¿Qué diría tu padre de tus andanzas? Te hubiese encerrado a pan y agua. Te hubiera enseñado algo de lo que es el mormonismo. Acuérdate, tú eres mormona de nacimiento. Mormones hubo que se volvieron herejes, ¡maldecida sea su alma!; pero jamás ninguno que naciera mormón nos dejó. ¡Ah, ya veo que te avergüenzas! Tu fe te salvará. Eres sólo una loquilla —la voz del obispo se suavizó—. Bien, bien, he llegado a tiempo y… basta. Ahora cuéntame algo de ese Lassiter. He oído cosas muy extrañas acerca de él.

—¿Qué deseáis saber? —preguntó ella.

—¿Lo tomaste a tu servicio?

—Sí, trabaja para mí. Cuando mis jinetes me abandonaron me vi obligada a tomar a quien quisiera servirme.

—¿Es verdad lo que me han dicho…, que es un *gunman*, un hombre que odia a los mormones, que ha vertido mucha sangre?

—Es verdad… Es horrible, pero así creo que es.

—Pero ¿qué hace aquí, en Cottonwoods? Este lugar no es bastante notorio para un hombre de su clase. Sterling y los otros pueblos más al norte le convienen más; allí hay riñas todos los días… Aquí, sólo recientemente han hecho de las suyas los ladrones de ganado. ¿No tendrá ese *gunman* una misión especial?

Juana guardó silencio.

—¡Contesta! —ordenó con voz fuerte el obispo…

—Sí —repuso ella.

—¡Dime cuál es!

—Señor obispo, no quiero decirlo.

Dyer hizo un ademán imperioso. La sangre afluyó nuevamente a sus mejillas, y en sus azules ojos brilló la curiosidad.

—El primer día que le vi —murmuró Juana—, Lassiter dijo que venía a buscar… la tumba de Milly Erne.

Bajos los ojos, Juana contemplaba la rápida corriente del arroyuelo; trató de fijar su atención en él, mas, como su cuerpo, su mente negábase a obedecer. Sólo la voz del obispo podría librarla de la opresión que sentía. El silencio duró largo rato, y jamás le pesó tanto una espera.

—¿A qué… más? —La voz de Dyer sonó extrañamente penetrante; parecía que se iba a romper. Juana pudo hablar, pero no alzar los ojos.

—A matar al hombre que persuadió a Milly Erne a abandonar su casa, su marido… y su Dios.

Juana Withersteen percibió su propia voz con maravillosa claridad; oía el murmullo del agua a sus pies y figurábase que el murmullo de todas las aguas de la tierra llegaba a sus oídos. Aquellos ruidos sonaban extrañamente Y caían como plomo en su cerebro, y, sin embargo, no lograban romper el largo y terrible silencio. Luego, de alguna parte…, de inconmensurable distancia…, llegó el ruido de un paso lento, cauto, tintineante. Juana sintió renacer la vida. Aquel ruido quitó el peso de sus paralizados párpados. Levantando los ojos vio, pálido como la muerte, confuso, temeroso, no al obispo, sino al hombre. Y detrás de él, por la esquina, acercábanse los pasos suaves. Apareció una bota negra con espuela brillante, y luego… ¡Lassiter! El obispo Dyer no le vio ni le oyó: miraba fijamente a Juana con la angustia de una súbita revelación.

—¡Ah, ya comprendo! —gritó con voz ronca—. Por eso haces el amor a ese Lassiter…, para atarle las manos.

La extraña mirada de Juana, fija en el jinete, hizo que Dyer se volviese. Desde aquel momento la joven perdió la clara visión de las cosas. Vagamente, como a través

de una nube, vio que el obispo bajó la mano para sacar el arma. Y, con la rapidez del relámpago, vio relucir un destello azul que tornóse rojo. En sus oídos estalló una retumbante detonación. El patio empezó a dar vueltas en derredor suyo, y Juana cayó desvanecida, envuelta en densas tinieblas.

La oscuridad iba desapareciendo poco a poco. A través de una tenue nube de humo azul vio Juana las toscas vigas del techo del patio. Notó en la frente una húmeda frialdad; olió a pólvora y lo recordó todo. Se movió un poco y dióse cuenta de que estaba caída en el pétreo suelo, apoyada la cabeza sobre las rodillas de Lassiter, que le bañaba la frente con agua del arroyo; miró en torno suyo y vio una pistola humeante y manchas de sangre en el pavimento.

—¡Oh! —gimió, e iba a desvanecerse de nuevo cuando la voz de Lassiter la contuvo.

—¡No os apuréis, Juana, todo va bien!

—¿Le… habéis… matado? —murmuró ella.

—¿A quién? ¿A ese gordo que estaba aquí? No, no lo he matado.

—¡Oh, Lassiter!…

—¡Sí que ha sido extraño que os desmayaseis! Creí que erais más fuerte, menos asustadiza. Ahora ya estáis bien; un poco pálida nada más. Temí que no recobraseis nunca los sentidos. Soy muy torpe para cuidar mujeres; no se me ocurrió nada.

—¡Lassiter!… Esa pistola…, esa sangre…

—¿Eso es lo que os preocupa? Pues no tiene importancia. Voy a deciros cómo ha sido. Doblo esa esquina, veo al gordinflón ese y le oigo hablar fuerte. Luego él me ve a mí y, con mucha descortesía, echa mano a la pistolera… No debió hacerlo tratándose de mí…, fueren cuales fuesen sus razones, porque eso es meterse en mi terreno. He visto andar caracoles más aprisa de lo que él movió la mano. Ahora bien, yo ignoraba quién era el visitante o amigo, aunque bien claro se veía que era mormón, y no me fue posible tomar la cosa en serio. Así es que lo desalé únicamente… Le metí una bala en el brazo mientras trataba de sacar la pistola. Él dejó caer el arma y unas gotas de sangre. Le dije que ya se había presentado suficientemente, que se apartase de mi vecindad. Y se marchó.

Lassiter habló con voz lenta y tranquila, en la que había un dejo de burla, y su mano, que continuaba bañando la frente de la joven, era suave y segura. Su impasible rostro y sus bondadosos ojos grises acabaron por calmar la agitación de ella.

—¿Él fue el primero en sacar el arma y tirasteis deliberadamente sobre el brazo…? ¿No quisisteis matarle…, vos…, Lassiter?

—Así fue, poco más o menos. Juana le besó la mano. Instantáneamente desapareció la calma de Lassiter.

—¡No hagáis eso! ¡No lo tolero! Y… maldito lo que me importa quién pueda ser ese gordinflón.

Ayudó a Juana a levantarse y la condujo a una silla. Luego secó la sangre del suelo con la faja que empleara para humedecerle la frente. Recogió también su pistola

y la echó sobre un asiento. Después empezó a pasearse de arriba abajo por el patio.

—De manera que…, ¿es verdad lo que le oí decir? —preguntó Lassiter a poco, deteniéndose ante ella ¿Me hacíais el amor… para atarme las manos?

—Sí —confesó Juana, y necesitó todo su valor para sostener la furiosa mirada de él.

—Así, este tiempo que habéis sido tan amable conmigo…, que os habéis mostrado tan amiga…, estas tardes que tan encantadoras me parecieron…, vuestra belleza…, el modo de acercares…, de mirarme…, todo ello, ¿sólo eran ardides de mujer para inutilizarme?

—Sí.

—Y vuestra dulzura, que parecía tan natural; el insistir en que Fay me hiciera compañía, el hacerme amar a esa chiquilla…, ¿todo tenía la misma finalidad?

—Sí.

Lassiter levantó los brazos… Extraño ademán en él.

—Seguramente vuestra mentalidad mormona no daba importancia a todo eso…; pero mezclar en ello a la niña… es sencillamente infernal.

—Lassiter, a pesar de mis primeras intenciones…, Fay os quiere, os adora…, y… yo… he empezado también a quereros.

—Eso sí que es galantería, señora —dijo Lassiter con sarcasmo y desdén—. ¡Y estáis ahí, y me miráis a los, ojos! A fe que sois una mujer bien extraña, Juana Withersteen.

—No me avergüenzo, Lassiter. Os dije que intentaba cambiamos.

—¿Queréis decirme exactamente lo que intentabais?

—Quería que me vieseis bella y que mi belleza: os suavizara. Quería que me tomaseis afecto para tener ascendiente sobre vos. No me fue fácil. Al principio estabais ciego. Luego confié en que amaríais un poco a Fay y que, por ella, llegaríais a sentir horror a dejar sin padre a los niños.

—Juana Withersteen, o sois tonta o más noble de lo que yo alcanzo a comprender. Acaso las dos cosas. Lo que intentabais es una cosa…; lo que en realidad hicisteis fue… hacerme el amor.

—¡Lassiter!

—Creo que no soy de piedra, sino un ser humano, aunque hasta ahora no he querido a más mujer que a mi hermana Milly Eme. De esto ya hace mucho…

—¡Oh! ¿Sois el hermano de Milly?

—Sí, soy su hermano y la he querido mucho. Hasta ahora no hubo otra mujer para mí en el mundo. ¿No os dije que hace muchísimos años me distancié de las mujeres? Fui ranchero en Texas hasta… hasta que Milly se alejó de casa, y entonces… me convertí en otro…, en Lassiter. Durante largos años he sido un hombre solitario. Llegué aquí, os he conocido…, y ya no soy el mismo. El cambio ha sido gradual y no lo advertí. Ahora comprendo este deseo nunca ahíto de veros, de escuchar vuestra voz, de contemplares, de saberos cerca de mí. Ahora comprendo por qué siempre

estaba pensando en vos. Sólo por vos he vivido últimamente. Y ahora que sé lo que significa…, que sé lo que habéis hecho…, mi alma es un infierno.

—¡Oh, Lassiter, vos no podéis amarme de ese modo!

—Si lo que siento es amor, os amo, Juana.

—¡Perdonadme! No era mi intención hacer que me amaseis así. ¡Oh, qué dédalo he hecho de nuestras vidas! ¡Vos…, hermano de Milly! ¡Y yo, loca, traté de mitigar vuestro odio contra los mormones! Lassiter, podré ser mala, pero no hasta el punto de odiar. Si no he podido sentir odio hacia Tull, ¿cómo he de odiaros a vos?

—Al fin y al cabo, Juana, tal vez sólo estáis ciega. Tenéis la ceguedad de la mujer mormona. Esto explica algo que se acerca mucho al egoísmo…

—No soy egoísta. Detesto el egoísmo. Si estuviera libre…

—No lo estáis. No estáis libre del mormonismo. Y al jugar conmigo habéis sido infiel.

—¿Yo… infiel? —balbuceó Juana.

—Sí, infiel. Fiel a vuestro obispo, pero infiel para con vos misma. Falsa con vuestro sexo y fiel a vuestra religión. Os habéis rebajado y envilecido; os habéis engañado y me habéis engañado a mí…, todo para atarme las manos y evitar que apague la vida de un mormón. Es el resultado de vuestra ceguera mormona.

—¿Es vil…, es estar ciego… querer salvar una vida humana? No, Lassiter; ésa es la ley de Dios, universal para todos los cristianos.

—La ceguera a que me refiero es la que os impide ver la verdad. He conocido muchos mormones buenos, pero los hay con el alma más negra que el infierno. Vos no queréis verlo, aunque bien lo sabéis. De otro modo, ¿por qué esa obstinación en querer salvar la vida de ese…, de ese…?

Juana se cubrió los ojos con mano temblorosa.

—Obstinación, sí…, y permitidme que os lo explique con claridad —continuó Lassiter—. Por ejemplo, anoche quisisteis quitarme las pistolas, fue una acción buena, hermosa, reveladora de vuestro gran corazón…, pero fue también una locura. Tened en cuenta que a mí la vida puede parecerme tan dulce y apetecible como a cualquier otro, y para conservar la vida, todos pensamos primero en nosotros mismos. ¿Qué sería de un hombre en estas altiplanicies si no llevase armas? ¿Qué sería, sobre todo, de Lassiter? Ya estaría enterrado bajo la artemisa, con otras miles que ya no viven y que seguramente son mejores que yo. Llevar pistolas se ha convertido en el Oeste, desde la Guerra Civil, en una especie de ley moral. Aquí, en estas alturas, es lo que distingue al hombre de lo que no lo es. ¡Fijaos en lo que por poco hicisteis con Venters al quitarle las armas! Además, los dignatarios de vuestra Iglesia llevan armas. Tull ha matado a un hombre y herido a otro. Vuestro obispo ha disparado sobre medra docena de hombres, y no fueron sus oraciones lo que les curó. Y hoy me hubiese matado, de haber sabido «sacar» la pistola. ¿Podría yo pasearme, a pie o a caballo, en Cottonwoods sin mis armas? Vivimos en una época turbulenta, Juana Withersteen.

—Sí, en ella no hay lugar para la mujer —exclamó la joven, anonadada—. ¡Oh,

Lassiter, me siento perdida…, desamparada…, no sé a quién dirigirme! Si es que estoy ciega…, comprendedlo…, necesito un amigo…, vos, Lassiter…, ahora más que nunca.

—¿Acaso yo he dicho que os iba a abandonar?

# Capítulo XII

Juana recibió una carta del obispo Dyer, dictada a otra persona, en la que decía que el inopinado fin de su entrevista habíale dejado en duda acerca de la futura conducta de ella y que una herida sin importancia impedíale volverla a ver, de momento; terminaba la carta con el ruego, que virtualmente era una orden, de que fuera a visitarle inmediatamente.

Al leer la carta, Juana se dio cuenta de que nada en ella había cambiado. No envió respuesta alguna al obispo, ni tampoco fue a verle. El domingo siguiente se abstuvo de ir a la iglesia, la segunda vez en aquel año, y, aunque no sufría realmente, sentía un vago malestar por el futuro. Tenía casi la convicción de que su ulterior conducta para con los dignatarios de la Iglesia mormónica no dependía de ella, sino de la actitud que éstos adoptasen. Había dicho la joven a Lassiter que sentíase desamparada y perdida, y ahora temía que su mente se hallase en el mismo estado caótico respecto a su religión. La asustaba descubrir que ponía en duda ciertas fases de ella. Su absoluta fe le había dado serenidad; pero, aunque su fe seguía inquebrantable, la serenidad había huido a causa de su guerra con los dignatarios de la Iglesia. Aquella voz que en vano tratara de extinguir habíase convertido en un murmullo claro y distinto, y le mandaba esperar. Ella sabía que no había quebrantado ninguna ley de Dios. Y los ministros, investidos del poder y de la gloria de una creencia maravillosa, por inexorable que fuera su juicio, no podrían dejar de practicar con ella el natural deber del cristianismo que ellos mismos predicaban y que dice: «No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti».

Juana Withersteen, con la mente confusa, esperando, seguía, sin embargo, siendo fiel. Mas pronto las tinieblas habían de despejarse. Si su fe era justa, si los ministros sólo trataban de intimidarla, pronto los hechos quedarían patentes, lo mismo que el fracaso de ellos, y entonces ella redoblaría su celo religioso y la tarea que había considerado siempre como la mejor obra de su vida laborar por la felicidad y el bienestar de aquéllos entre quienes vivía, tanto mormones como gentiles. Pero si aquel secreto e intangible poder volviese a echarle su red, si la mano invisible actuase nuevamente contra ella, paralizándola poco a poco con sus misterios y el inconcebible dominio en todo lo que le pertenecía, entonces sabría, sin ninguna clase de duda, que no era el azar, ni los celos, ni ninguna intimidación, ni cólera fanática por la rebelión de ella, sino una fría y calculadora política ideada mucho antes de nacer ella, una oscura e inmutable voluntad, ante cuyo imperio ella y todo lo suyo sólo eran un átomo.

Entonces podría sobrevenir su ruina. Ella caería en la negra tormenta, pero volvería a levantarse y vería la luz. Dios sería piadoso con una mujer maltrecha que había perdido su camino.

Pasó una semana. La pequeña Fay jugaba y charlaba y seguía agarrando con sus manitas las negras pistolas de Lassiter. El jinete frecuentaba la casa más que antes.

Juana advirtió en él cierto cambio, pero éste no se refería a su bondad ni a su gentileza. Mostrábase más aquietado y pensativo. Mientras jugaba con Fay o conversaba con Juana, parecía haber en él otro ser que vigilaba con ojos serenos y fríos, que escuchaba como si el murmullo del agua ambarina le llevara noticias o como si las hojas de lis árboles cuchicheasen algo: Lassiter no entraba ya en el patio montando a Campanilla, ni se aproximaba por el prado o por los senderos. Aparecía siempre repentina y silenciosamente por entre las oscuras sombras del bosque de álamos.

—He dejado a Campanilla en la pradera —dijo un día del final de aquella semana —. He de llevarle agua.

—¿Por qué no lo dejáis abrevar aquí? —preguntó rápidamente Juana.

—Creo más seguro marcharme luego deslizándome por el bosque. Me venían vigilando cuando cabalgaba por la pradera hacia acá.

—¿Os han vigilado? ¿Quién?

—Un hombre que se creía bien escondido. Pero tengo buena vista. —Y añadió, bajando la voz—: Creo, Juana, que haremos bien en conversar muy bajo. Vuestras criadas os espían.

—¡Lassiter! —murmuró ella—. No puedo creerlo. Todas me quieren.

—¿Y eso qué importa? Naturalmente, os quieren. Pero son mormonas.

—No lo creo —contestó la joven, que luchaba por ser leal a los suyos.

—Pues en tal caso, hablad con naturalidad, en voz alta, y a poco, cuando hayan tenido tiempo de oírnos hablar, intentad ir hacia aquella mesa, y de un salto abrid la puerta.

—Lo haré —dijo Juana, con el rubor en el rostro.

Lassiter no se lo hubiera dicho si no estuviera convencido de ello; sin embargo, la joven era tan tenaz en su fe, que le era forzoso ver para creer, y el emplear un ardid, aun tan pequeño como el que acababa de sugerir el jinete, la avergonzaba. Mas, comparando este engaño con el llevado a cabo con Lassiter, comprendió que no tenía derecho a ruborizarse.

Empezó, pues, a hacer el papel requerido; reía y jugaba con Fay, hablaba a Lassiter de los caballos y del hatajo… Luego mencionó deliberadamente un libro en el que apuntaba los detalles de su hacienda, fue lentamente hacia la mesa y, al hallarse muy cerca de la puerta, de un salto la abrió. La rapidez de su acción hizo que la mujer que estaba escuchando se tambaleara.

—¡Esther! —dijo con energía Juana—. ¡Vete a tu casa y no vuelvas!

Después cerró la puerta y se dirigió hacia Lassiter; apoyó la mano en el brazo de él, porque sentíase desfallecer.

—¡Dios mío! ¡Mis criados me espían…! ¡Miserables! —exclamó con llorosos y centelleantes ojos.

—Me disgusta tener que deciros estas cosas —repuso el jinete, y ella dedujo que Lassiter se había callado largo tiempo—. Aquellas maquinaciones en la oscuridad

han vuelto a comenzar.

—No, Lassiter… ¡No han cesado nunca!

Así se estableció al fin la amarga verdad, y la lealtad y la fe huyeron para siempre de su casa. Las mujeres, que tanto debían a Juana Withersteen, no dejaban de amarla ni de cumplir devotamente sus deberes caseros, pero lo envenenaban todo con mil acciones de duplicidad y astucia. Juana montó una vez en cólera y las amonestó severamente, viendo sólo ante sí rostros pétreos, extraños, que mentían sin vacilar. Después no volvió a encolerizarse. Las perdonó, porque sabía que eran falsas a la fuerza. Le daban lástima aquellas pobres mujeres acorraladas, que no podían hablar, so pena de eterna perdición.

—¡Siempre la eterna ceguera! —exclamó Juana—. Lo mismo en mis hermanas que en mí… ¡Dios mío!

Llegó un momento en que Juana ni siquiera hablaba con sus sirvientas. Éstas cumplían silenciosamente sus tareas, y, en secreto, realizaban la labor que se les había encomendado. La tristeza de la casa, la tristeza de su alma, que influía hasta en el alegre espíritu de la pequeña Fay, no penetró en ellas. La felicidad no reinaba en su corazón, pero ellas estaban inmunizadas contra la tristeza. Espiaban y escuchaban; recibían recados secretos y mandaban noticias; y robaron los libros y los archivos de Juana, y, por fin, los documentos que acreditaban sus derechos y su riqueza. Luego, una a una, se alejaron, sin despedirse, sin explicaciones, y no volvieron.

Coincidió con su desaparición la marcha de los jardineros y, hortelanos; después la de los mozos de caballos, sin que ninguno de ellos pidiera ni siquiera el sueldo ganado. De todos los empleados mormones que había en el enorme Rancho, solo quedó Jerd. Continuaba cumpliendo su deber, pero sin hablar del cambio de la situación.

Juana, sin embargo, no tuvo tiempo de ocuparse de las redes en que iban encerrándola. La señora Larkin iba empeorando a principios del mes de agosto y, necesitaba constante atención. Además, era preciso cuidar de Fay y atender a algunos trabajos domésticos. Lassiter dejó a Campanilla en el establo con los otros caballos y ayudó a Juana todo lo que pudo. Ésta se alegró del cambio. Siempre lo halló dispuesto a ayudarla, por lo cual comprendió que, cuando dijo ser torpe en cosas femeninas, fue por modestia, pues no era verdad.

Sus grandes y tostadas manos eran tan hábiles en múltiples cosas, que ni una mujer podía envidiarle. Tomaba parte en la labor de Juana y, cuidaba, sobre todo, a la señora Larkin, para que la joven pudiera descansar de las malas noches que la enferma le proporcionaba. La señora Larkin se encariñó inmediatamente con Lassiter y, sin preguntar quién era, lo alababa, diciendo a Juana que era bueno y que quería a los niños. Le fue muy grato a la joven oír hablar así de un hombre a quien creyó perdido irremisiblemente. También ella empezó a ver algo luminoso tras su siniestra figura. El bien y el mal parecían incomprensiblemente confundidos en su cerebro. Creía que del mal no podía salir el bien, y, sin embargo, tenía a su lado a un asesino

que dejaba tamañito en gentileza, paciencia y amor caritativo a algunos hombres que ella conocía.

Casi había perdido completamente el contacto con el mundo exterior, cuando una mañana se presentó Judkins. Enjuto, áspero, tostado por el sol, barbudo, con el polvo de la pradera en sombrero y traje y las botas rotas por el sitio dónde descansan en el estribo, parecía el rey de los jinetes de la pradera. Llevaba dos grandes pistolas y un rifle.

Juana lo saludó con sorpresa y alegría; le sirvió carne, pan y vino. Luego llamó a Lassiter para que lo viera. Los dos hombres cambiaron una mirada. La significación de la pregunta de Lassiter y la aguda respuesta de Judkins no pasaron inadvertidas para Juana.

—¿Dónde está vuestro caballo? —preguntó Lassiter en voz alta.

—Lo he dejado en la pendiente —respondió Judkins—. Recorrí ayer largo trecho a pie; dormí en la pradera. Fui al sitio dónde me dijisteis que dormíais siempre, pero no os encontré.

—He mudado de residencia; estoy un poco más cerca de la fuente durante las noches.

—Judkins… ¿y el hatajo blanco? —preguntó Juana con ansiedad.

—Señorita Withersteen, tengo el orgullo de deciros que no he perdido ni un becerro. Durante algún tiempo después de la estampida que evitó Lassiter, no tuvimos ninguna dificultad. Hasta los perros se alejaron de allí. Pero ahora han vuelto a empezar. De noche se oyen extraños silbados, y de día se valen de trapos blancos o de humo para asustar a los animales. A pesar de todo, éstos se portan muy bien. Y mis muchachos, señorita, aunque casi niños, son magníficos; no hay mejores jinetes que ellos. No temen a nadie. Vamos a llevar el hatajo hacia un gran valle que hay cerca del Desfiladero de la Decepción, porque en él no hay lomas ni rocas en que poder esconderse esos bandidos que quieren provocar otra vez la desbandada de los animales. Pronto empezará la época de las lluvias y tendremos agua para rato. En aquel valle podremos guardar el hatajo contra todos, exceptuando a Oldring. Vengo por provisiones. Las cargaré en unos cuantos burros, y saldré después de oscurecer.

—Judkins, llévate del almacén lo que quieras. Lassiter te ayudará. Yo… no sé cómo darte las gracias…; pero espera…

La joven se dirigió a la habitación que había sido de su padre, y de un arca secreta empotrada en la gruesa pared extrajo un saquito de oro. Con él regresó al patio y se lo entregó al jinete.

—Toma esto, Judkins, y no olvides que lo considero muy poco para tu gran lealtad. Dales a tus muchachos lo que creas justo, y el resto quédatelo. Y escóndelo bien.

—¡Oh…, señorita Withersteen! —exclamó el jinete—. ¡Si no podría ganar tanto dinero ni en diez años! No está bien; no debería tomarlo.

—Judkins, tú sabes que soy rica, pero tengo muy pocos amigos leales. ¡Sólo Dios

sabe lo que será de mí y de los míos! Así, toma el oro, ahora que aún puedo darlo.

Y, sonriéndole amablemente, se marchó para que los Hombres pudiesen hablar. A poco les oyó en animada conversación, bajo al principio; luego, gradualmente, fueron subiendo de tono. Judkins acentuaba sus palabras dando con la culata de su rifle en el suelo.

—Es una maquinación infernal, Lassiter.

—Pues, hijo —repuso éste—, aunque esa confabulación para dominar a la señorita Withersteen pueda pareceros cosa mala, no lo es… aún. Alguno de esos hombres con cara de santo, que aparentar andar a la sombra del mismísimo Jesucristo, saben inventar y hacer cosas que no se le ocurrirían ni al mismo Belcebú.

Juana llevóse las manos a los oídos y se fue a su habitación; allí, como una leona enjaulada, iba de un lado para otro, hasta que la entrada de la pequeña Fay la distrajo.

El día siguiente fue cálido y brumoso. Juana se hallaba sentada en el patio, descansando, cuando oyó las pisadas de un caballo. A poco apareció éste, y de él apeóse un jinete que se aproximó con la actitud de un hombre determinado a llevar a cabo una misión difícil, pero con temor a no ser bien recibido. Juana reconoció inmediatamente en él a uno de sus jinetes mormones, llamado Blake. De todos los que habían estado a su servicio, era Blake el que más agradecimiento le debía, y, al avanzar, hizo viriles esfuerzos para dominar la emoción que le embargaba, demostrando así que no había olvidado.

—Señorita Withersteen, mi madre ha muerto —dijo con voz entrecortada.

—¡Oh… Blake! —exclamó Juana, y no pudo decir nada más.

—Ha muerto sin sufrir, por fin descansa…, ¡gracias a Dios…! He venido para ponerme a vuestras órdenes, si es que puedo serviros. No vayáis a pensar que he nombrado a mi madre para despertar vuestra simpatía. Mientras vivía, cuando os abandonaron vuestros jinetes, yo me vi obligado a hacer lo mismo. Temí lo que pudiesen hacer a ella… Señorita, nosotros no podemos hablar de lo que está sucediendo…

—Blake, ¿tú sabes algo?

—Sé bastante, pero ya comprenderéis… Mis labios están sellados. Sin embargo, sin dar explicaciones ni excusas, estoy a vuestras órdenes. Soy mormón…, creo que soy un buen mormón…, pero hay cosas que… No, no; me es imposible decir más…, aunque me gustaría.

¿Queréis tomarme de nuevo a vuestro servicio?

—¡Blake! ¿Tú sabes lo que significa eso?

—No me importa. Me da náuseas… aquello… Quiero dar ejemplo de un mormón que sabe seros fiel.

—Pero, Blake, es que puedes sufrir luego terriblemente.

—Es posible. ¿No sufrís vos ahora?

—¡Bien lo sabe Dios!

—Señorita Withersteen, perdonadme la libertad…, os conozco y sé que jamás os

doblegaréis. Yo, en vuestro lugar, haría lo mismo. Y… fuerza es decirlo…, me veo obligado a manifestaros… que aún ha de venir lo peor. Eso es todo lo que me atrevo a revelar. ¿Queréis admitirme ahora, permitirme que trabaje para vos, demostrar abiertamente mi decisión?

—Blake, me siento feliz escuchándote. ¡No sabes tú lo que me ha dolido que mis jinetes se marchasen! —Juana lloraba—. Los he estimado tanto…, he deseado siempre hacerles bien…, y ninguno me ha sido fiel. A ti debo perdonarte, puesto que has vuelto. Tal vez hay muchos que sienten como tú, pero no se atreven a volver.

Con todo, vacilo en admitir tu sacrificio, y… ¡te necesito tanto, tanto…!

—Pues aceptad mi ofrecimiento. Si vais a convertiros en ejemplo de lo que debe ser la mujer mormona, permitidme que yo lo sea de los mormones. Yo creo en vos, y ofrezco mi vida para probarlo.

—Ya ves que tú mismo insinúas que peligra tu vida —dijo Juana, sin aliento, muy, bajo.

—No hablemos de eso. Deseo volver aquí. Deseo hacer lo que secretamente anhelan hacer todos por vos… Señorita, creí no sería necesario deciros que mi madre, antes de morir, me rogó que tuviera valor. Ella sabía lo odioso que me era aquello…, y me dijo que volviese…

¿Queréis consentir ahora?…

—¡Qué Dios te bendiga, Blake! Sí, te admito de nuevo a mi servicio. Y tú… ¿aceptarías de mí un poquito de oro?

—¡Señorita!

—Acabo de dar un saquito a Judkins. Te daré a ti otro. Si no lo aceptas, no puedo admitirte. Es posible que estés algunas semanas, meses tal vez…, hasta que estalle la tormenta. Entonces no tendrías nada, y te habrías enemistado con los tuyos. Es preciso prevenir la pobreza. Te daré oro, y puedes esconderlo para cuando te haga falta.

—Si os empeñáis, bien está —repuso Blake—. Pero ya sabéis que nunca he pensado en el pago. Ahora, señorita, otra cosa más. Deseo ver a ese Lassiter. ¿Está aquí?

—Sí, pero… Blake, ¿necesitas verle? ¿Por qué? —preguntó Juana con súbita angustia—. Yo puedo decirle lo que quieras…

—No basta. Deseo…, he de hablarle yo mismo. ¿Dónde está?

—Con la señora Larkin, que está enferma. Ahora lo llamaré —repuso Juana, y fue a avisarle.

—Lassiter, aquí está Blake, un antiguo jinete mío. Ha vuelto, y desea hablaros. Blake se tornó muy pálido.

—Sí, he de hablaros —dijo apresuradamente—. Me llamo Blake, soy mormón y jinete. Hace poco abandoné el servicio de la señorita Withersteen. He venado para rogarle que me admita otra vez. Ahora bien; yo no os conocía personalmente, pero sabía quién erais. Por eso debo deciros lo que sigue. Esta mujer no imaginará que yo

puedo ser un espía. No se le ocurrirá pensar que mi ofrecimiento puede ser un ardid para poderos matar a mansalva. Juana Withersteen no tiene esa mentalidad. Bien, Yo no he venido con ese fin. Deseo ayudarla… cooperando con Judkins y… con vos. El caso es… ¿me creéis?

—Sí, os creo —contestó Lassiter, y el tono sereno de su voz contrastaba singularmente con la calurosa expresión de Blake—. Os hubierais podido ahorrar el aliento. Y escuchadme bien: Lassiter ha encontrado a algunos mormones buenos y los conoce…

—Blake —interrumpió Juana, nerviosa, para terminar aquella conversación que había de ser tan dura para éste—. Ve en seguida a traerme noticias de mis caballos.

—¡Señorita…! ¿Os referís a aquellos doscientos que… aquellos del campo de…?

—Naturalmente —repuso Juana—. Todos los que tengo están allí, excepto los «pura sangre».

—Entonces…, ¿no sabéis?

—¿Qué? Di…, ¿qué les ha pasado?

—Ya no están allí, señorita Withersteen; hace diez días que desaparecieron. Doras me lo dijo, y yo mismo he ido al campo para cerciorarme de ello.

—¡Lassiter! ¿Lo sabíais? —preguntó Juana volviéndose rápidamente hacia él.

—Sí… Pero ¿qué hubiese logrado con decíroslo?

Al ver que Lassiter desviaba los ojos y que Blake miraba fijamente al suelo, Juana comprendió el dolor que debía de reflejar su propio rostro. Trató desesperadamente de serenarse.

—¡Mis caballos! ¡Mis pobres caballos! ¿Qué ha sido de ellos?

—Dom ha dicho que los jinetes hablan de otra fechoría de Oldring… Yo seguí la pista de los caballos, por la ladera, hasta el Desfiladero de la Decepción.

—¡Me han robado el hatajo rojo! ¡Me han robado mis caballos! Pronto me quitarán el hatajo blanco. Si pierdo a Estrella Negra y a Africano… no sé qué va a ser de mí; Lassiter… Blake…, ¿peligran mis corceles?

—Un bandido…, o cualquiera que se dedique a robar caballos, apetecerá, sobre todo, vuestros favoritos —dijo Lassiter, y su evasiva respuesta no dejaba lugar a dudas.

Por añadidura, Blake dio su asentimiento moviendo la cabeza.

—¡Oh Dios mío! —exclamó Juana Withersteen prorrumpiendo en sollozos.

—Permitidme que me encargue de ellos —rogó Blake—. Un jinete más no será de gran ayuda para Judkins, pero acaso pueda yo guardar bien a Estrella Negra y a Africano, ya que tanto os importa no perderlos.

—Sí, me importa mucho, Blake; amo a esos animales y no resistiría su pérdida. Vete a los establos y cuídamelos… Acompaña a Jerd todos los días, cuando él los lleva a paseo, y no los pierdas de vista. Si deseas mi eterna gratitud, guarda mis corceles negros.

Cuando Blake hubo partido, Lassiter miró a Juana con su peculiar sonrisa a flor

de labios, que iba haciéndose más rara al transcurrir los días.

—Según parece, tenéis en gran estima a vuestros favoritos, y aunque esos «pura sangre» sean los más bellos que he visto, no os quiero ocultar mi creencia de que Campanilla vence a Africano y corre lo mismo que Estrella Negra.

—Lassiter, no me disgustéis ahora. Estoy atribulada…, enferma casi, y no puedo dormir. Campanilla es veloz, pero no se puede medir con los dos caballos negros. Sólo Camorra correrá acaso tanto como ellos, aunque…

—Pues yo apuesto a que Camorra, ese noble bruto, haría más que vencer a vuestros corceles, Juana. En la pradera y en la carrera ilimitada, Camorra reventaría a vuestros favoritos.

—¡No, no! —replicó con impaciencia Juana—. Lassiter, ¿por qué insistís tanto? Ya sé que muchas veces me lleváis la contra para distraerme de mis preocupaciones, pero ahora, tras esa repetida mención de mis favoritos, hay más que eso.

—En efecto —dijo Lassiter, y guardó un momento de silencio, dando vueltas a su sombrero, como solía hacer cuando no sabía cómo expresarse. A poco, añadió—: El caso es, Juana, que yo he leído algo de lo que está en vuestra mente.

—¿Creéis que puedo querer huir de aquí…, de mi casa…, de Cottonwoods…, de Utah?

—Eso es. Y si os marchaseis con los dos corceles, no me gustaría que Camorra se quedase aquí. Camorra os alcanzaría. Ya sé que se lo disteis a Venters, pero no se sabe nunca lo que puede pasar. Tal vez ya no lo tenga… Tal vez el mismo Venters…

—¡Tenéis razón…! ¡Dios sabe lo que habrá pasado! ¡Pobre Bern! Con mis sinsabores, casi me he olvidado de él. Pero, de todos modos, no temo. Mis jinetes me han dicho siempre que es astuto y sagaz como un lobo… En cuanto a lo que habéis dicho acerca de mis pensamientos…, si bien es verdad que no he pensado en ello, el caso es que tengo sueños extraños y en ellos siempre me veo huyendo de aquí… No siempre soy práctica ni cumplo con mis muchas obligaciones, como dijisteis un día. Por ejemplo, si me atreviese…, si tuviese valor…, os rogaría que ensillaseis los dos caballos negros y que huyeseis conmigo, escondiéndome dónde os pareciera bien…

—¡Juana!

La faz del jinete se cubrió de mortal palidez. Juana había visto algunas veces emocionado a Lassiter: cuando conoció a la pequeña Fay…, cuando estuvo junto a la tumba de Milly Erne…; pero nunca le había visto tan conmovido como en aquel momento. No sólo se volvió blanco, no sólo perdió su habitual frialdad, sino que además, la cogió de pronto, violentamente, en sus brazos y la estrechó con pasión.

—¡Lassiter! —exclamó la joven temblando, dándose cuenta de que únicamente ella tenía la culpa de aquello. Instantáneamente, como aturdido por un golpe, el jinete la soltó.

—Perdonadme —siguió Juana—. Siempre olvido vuestro… vuestros sentimientos. Ahora mismo pensaba en vos sólo como en un fiel amigo, porque os considero siempre como un ser extraordinario… S n embargo, permitidme decirlo…,

hablaba en serio al referirme a la huída. Estoy cansada de todo esto…, me siento amargada.

—Juana, lo peor del caso es —repuso el jinete suspirando profundamente— que no os podéis marchar…

—¡Lassiter! ¿Qué queréis decir? ¿No soy libre en absoluto?

—No, no lo sois… Va a ser preciso que os lo cuente todo…

—¡Contádmelo! La incertidumbre me hace ser cobarde. Es la fe y la esperanza, la fe ciega, si queréis, lo que me angustia. Todos los días me despierto creyendo… creyendo siempre en mi religión. Y al avanzar el día nacen las dudas, cada vez más grandes, y el odio feroz que me destroza el corazón. Luego, llega la noche…, digo mis oraciones…, ruego por todos y por mí misma…, me duermo, y me despierto libre otra vez, llena de fe y de esperanza. Después… ¡Dios mío…!, vuelvo a pasar por el infierno de la desesperanza, de la duda cruel, del odio, hasta la noche… Pero si queréis devolverme mi tranquilidad, decidme por qué no puedo marcharme de aquí…, decidme qué más he de perder…, reveladme lo peor.

—Juana, os vigilan. Vigilan todos vuestros movimientos, excepto, acaso, cuando estáis dentro de vuestra casa. El bosque de álamos está lleno de hombres que se deslizan furtivamente por el suelo; detrás de cada arbusto hay uno, y cuando montáis a caballo y os paseáis por la pradera, entre la artemisa los hay a docenas. Por la noche se arrastran hasta debajo de vuestra ventana, entran en el patio, y casi estoy por decir que en la misma casa, puesto que, bien lo sabéis, jamás habéis cerrado ninguna puerta. Ese bosque que veis allí es una colmena humana dónde suceden cosas misteriosas. Y fijaos bien, Juana; para mí ya no se trata de que los espías se cuiden de cruzar mi camino, sino de no tropezar con ellos. Quisieran ver si es posible matarme, eso está claro. Pero tal vez sea tan difícil matarme por detrás como cara a cara. Hasta ahora no me he preocupado más que de observar. Y el resultado es que no podéis marcharon… Ahora, no. Quizá más tarde, cuando hayan logrado doblegaros, tendréis más libertad, pero eso es muy dudoso. Estáis destinada a perderlo todo: el ganado que os queda, vuestra casa, la Fuente Ambarina. No podréis ni siquiera esconder un saquito de oro, porque, ¿dónde vais a llevarlo, si os vigilan constantemente?

—¿Qué puedo hacer, Lassiter?

—Creo que nada, a no ser esperar pacientemente lo que ha de venir. Si quisierais que hiciese una visita a Tull, una visita que hace mucho tiempo…

—¡Callad! —murmuró ella.

—Aunque, bien mirado, eso no os salvaría al final.

—Pero ¿qué significa todo esto? Soy una buena mormona, no he faltado nunca a mis deberes religiosos. Durante años he dado lo mío ampliamente y de corazón. Cuando murió mi padre, era yo muy rica, y si aún lo soy es porque no he podido hallar el medio de empobrecerme. ¿Qué soy yo, qué son mis posesiones, para que por ellas se ponga en movimiento tan intensa y secreta opresión?

—Juana, la idea que hay detrás de todo esto es la de crear un imperio.

—Pero, Lassiter, si yo lo daría todo, todo lo que tengo para que creen… eso que decís, con tal de que pudiera quedar incólume mi fe. ¿Es que mis correligionarios no piensan en mi alma? Si pierdo mi fe en ellos…

—¡Niña, callad! —dijo Lassiter, con un dejo de piedad—. Sois una mujer, una mujer buena y fuerte, un corazón como hay pocos, pero mentalmente sois una niña. Voy a deciros algo más, y ya no volveré a hablar de esto. Entre miles de mujeres mormonas sois la única que se ha atrevido a oponerse a los dignatarios de la religión mormona. Ellos han tratado de reduciros a la obediencia y han visto que nada han conseguido, ni por la persuasión ni con amenazas. Y ahora os halláis frente al acero frío de una voluntad tan distante de la idea cristiana como amplio es el universo. Quieren doblegaros. Quieren disponer de vuestro cuerpo, entregárselo a un mormón para que, a ser posible, déis niños mormones al mundo…

¿Vuestra alma, decís…? ¿Qué les importa a ellos vuestra alma?

# Capítulo XIII

En el escondido valle despertó Venters del sueño de la noche, y sus oídos llenáronse de las innumerables melodías de los pájaros, y sus ojos abarcaron de una mirada el glorioso y áureo haz de rayos solares que penetraba por el enorme ojo del pétreo puente. El anfiteatro de riscos del Valle de la Sorpresa iba surgiendo lentamente de entre la niebla matutina.

Debajo del abeto hallábase Bess. Recobradas ya las fuerzas, la joven levantábase siempre con el alba. En aquel momento estaba dando de comer a una codorniz que ella misma había domesticado. Bess había empezado a atraerse también a los sinsontes. Éstos saltaban de una rama a otra en el árbol, y algunos interrumpían su canto para bajar y colocarse tímidamente al lado de la codorniz. Conejillos blancos y grises ramoneaban la hierba próxima, y alzaban de cuando en cuando las orejas, mirando recelosos a los perros.

Venters abarcó con rápida mirada aquella escena y se fijó sobre todo en Bess. Ésta había cambiado. Al traje de jinete había añadido unas albarcas de piel que ella misma confeccionó, pero ya no parecía un muchacho. Nadie hubiera podido dejar de advertir los contornos suaves, y redondeados de un cuerpo de mujer. El cambio había aumentado su gracia y su belleza. Un destello de oro cálido refulgía en su cabello, y en sus tostadas mejillas había un suave tinte rosa. La turbadora dulzura de sus labios y ojos, antes tan ilusiva, una promesa tan sólo, habíase convertido ahora en hecho real. Encajaba la joven armoniosamente en aquel maravilloso escenario, porque era como el Valle de la Sorpresa, hermosa y selvática.

Venters salió de su cueva para empezar la jornada. Había retrasado el viaje a Cottonwoods hasta después de las lluvias estivales, que sobrevendrían pronto. Hasta entonces no quería pensar ni en los peligros que el futuro podía encerrar, ni en su pasado. Deseaba vivir, dedicarse sólo al momento. El Valle de la Sorpresa le encantó. En aquel hogar de los trogloditas había paz y soledad, y otra cosa tan maravillosa como el dorado haz del sol mañanero, aunque el joven no se atrevía a ahondar en ella.

Aquel día ocurría lo mismo que los anteriores. Como no disponía de herramientas, Venters no podía dedicarse a construir nada, y por lo tanto permanecía en dulce ociosidad. Fuera de procurarse comida y guisarla, no había otra ocupación. Y, no habiéndola, no guardaban ningún orden. Tanto él como Bess, tan pronto comenzaban una cosa como la dejaban, para empezar otra y abandonarla también, y tumbarse bajo los abetos a soñar, viendo pasar las nubes por el cielo. El valle era un Eldorado, un paraíso silencioso. El murmullo del viento, los cantos de los pájaros, alguna piedra que se derrumbaba, no hacían más que contrastar el profundo silencio de aquel valle circundado de altísimas rocas.

Venters y Bess dejaban vagar su fantasía.

—Bess, ¿os he hablado de mi caballo, de Camorra? —preguntó Venters.

—Más de cien veces —repuso ella.

—¿Ah, sí? No lo recordaba. Quisiera que lo vieseis. Nos llevará a los dos.

—Me gustaría montar en él. ¿Sabe correr?

—¿Si sabe correr? Es un demonio de velocidad; el caballo más veloz de la pradera. Confío en que no se marchará de aquel cañón.

—Estoy segura de que permanecerá allí.

Se alejaron del campamento para pasearse a lo largo de las terrazas; *Ring* y Blanca iban delante y jugaban corriendo de un lado a otro. Venters levantó la mirada hacia el gran arco de piedra que daba entrada al valle y Bess contempló también el maravilloso panorama. Un águila en vuelo llamó su atención.

—¡Fijaos cómo vuela! —exclamó Bess—. ¿Dónde estará la hembra?

—En el nido que tiene en una grieta del puente, cerca del borde superior. La veo a menudo. Es casi blanca.

Luego fueron paseando terraza abajo, hacia el bosque. Un pájaro pardo salió chillando de una mata. Bess miró por entre las hojas.

—¡Mirad! Un nido de cuatro pajaritos. No se asustan. ¡Fijaos cómo abren el pico! Tienen hambre.

Por entre la hojarasca se deslizaban los conejos. El bosque resonaba del zumbido de los insectos. Por los calveros cruzaban rápidamente las codornices. El ingrávido paso de Bess despertó a un lagarto, que se deslizó rápido por entre las hojas. La joven corrió detrás y lo cogió. Era un animalito esbelto, de color indefinido, pero de exquisita belleza.

—Sus ojos parecen joyas —dijo Bess—. Es miedoso como los conejillos. ¡No te comeremos… anda, corre! —dijo, y lo soltó.

El ruido del agua llevó sus pasos hacia un barranco umbrío dónde brotaba una fuente sobre piedras musgosas. Una multitud de ranas grises con manchas blancas y ojos negros alineábanse en la rocosa orilla, y sólo saltaron cuando los dos estaban muy cerca. Luego, Venters descubrió una serpiente muy larga de piel verde, enroscada en un delgado árbol. Los dos se aproximaron hasta tenerla al alcance de la mano: el reptil no mostraba tener miedo, y los miraba con rutilantes ojos.

—Es muy hermosa —dijo Bess—. ¡Y qué mansa! Creía que las serpientes huían siempre al acercarse las personas.

—No. Tampoco los conejos de aquí huían, hasta que nuestros perros empezaron a perseguirlos.

Siguieron el paseo, dirigiéndose primero a la balsa construída por los castores, a los cuales estuvieron admirando largo rato, y después, como otras veces, a la cueva de los trogloditas, lugar preferido por Bess.

La ascensión de la pendiente por los peldaños desgastados por el tiempo era siempre para Bess una tarea muy ardua, mas cuando llegaba a la rampa, jadeante y cansada, brillábanle los ojos de gozo. Tras breve pausa para descansar y admirar el hermoso espectáculo del valle visto desde aquel punto, empezó también esta vez la acostumbrada exploración de las viviendas troglodíticas. De todos los rincones y

alacenas sacaban una multitud de objetos de barro, toscamente modelados y pintados. Escudriñaban los oscuros agujeros de las *kicas*[6], y Bess echó una piedra para oír el ruido que producía al chocar con el fondo. Miraban las pequeñas casitas globulares, parecidas a colmenas, y se preguntaban si habrían servido de graneros o para qué; entraron a gatas en las más grandes, y reían cuando sus cabezas daban contra los bajos techos. De entre el polvo que cubría el piso de las casitas sacaban brazadas de tesoros, que llevaban afuera. Hallaban pedernales, bastones extrañamente curvados, piezas de cacharrería, cuerdas de esparto que se deshacían entre sus manos y una piedra blanquecina que se pulverizaba al tocarla y parecía desvanecerse en el aire.

—Esta substancia blanca son huesos —dijo Venters lentamente—. Huesos de los trogloditas.

—¡No! —exclamó Bess.

—Aquí hay más. ¡Mirad cómo se deshace en polvillo blanco! ¡Vaya si son huesos!

—Bern, ¿aquí han vivido gentes? —preguntó Bess, pensativa.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Mil años, o tal vez mucho más.

—¿Qué fueron esas gentes?

—Trogloditas, habitantes de los riscos, hombres que tenían enemigos y trataron de construirse casas en terrenos abruptos, inaccesibles.

—¿Tuvieron que luchar?

—Sí.

—Lucharon… ¿Por qué lucharon?

—Por la vida. Por sus hogares, por la comida, por sus hijos, por sus padres, por sus mujeres…

—¿Ha cambiado el mundo en estos mil años?

—No sé… acaso muy poco.

—¿Han cambiado los hombres?

—Creo que sí…, confío en que han cambiado.

—No sé qué pensar —continuó Bess, con una extraña luz en los ojos que le descubrió a Venters la verdad de los pensamientos de la joven—. He recorrido toda la parte fronteriza de Utah, he visto a las gentes, sé cómo viven…, pero no me parece que sea vivir lo que hacen. He leído libros y los he estudiado, pero tampoco me han enseñado mucho. Quisiera irme al gran mundo para conocer cómo es. Sin embargo, deseo permanecer aquí. ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Somos trogloditas, habitantes de los riscos? Estamos solos aquí. Soy feliz cuando no pienso. Estos… estos huesos que se convierten en polvo me dan asco y miedo. ¿Tuvieron las gentes que vivieron aquí los mismos sentimientos que nosotros? ¿Para qué han vivido?

¡Ya no existen! ¿Qué significación tenemos todos en el mundo?

—Bess, preguntáis más de lo que puedo contestaron. Yo no entiendo de eso. Sólo

sé que aquí hubo risas y que ahora reina el silencio. Hubo vida y ahora no existe. Han sido hombres los que trazaron estos peldaños, hicieron estos pedernales y piedras de moler, tejieron las cuerdas que encontramos, y dejaron sus propios huesos, que se deshacen entre nuestros dedos. En lo concerniente al tiempo, hubiera podido ser ayer. Hoy estamos nosotros aquí. Acaso nos hallamos más elevados que ellos en la escala de los seres humanos, en inteligencia. Mas ¿quién sabe si estaremos al mismo nivel en lo que se refiere a las cosas por las cuales se vive y se lucha?

—¿Cuáles son?

—Pues… supongo que la amistad, la familia… el amor.

—¡El amor!

—Sí. El amor del hombre por la mujer, el amor de la mujer por el hombre, que es la quintaesencia de la vida.

Bess no dijo más. Un anhelo brilló en sus tristes ojos.

—Venid, vayámonos de aquí.

La acción la animó. Al lado de Venters, cogida de su mano, bajó con rapidez la pendiente y salió fuera de la cueva, sin detenerse hasta estar de nuevo en la soleada terraza. Allí el aire era distinto. Los perros saltaron alrededor suyo y Bess volvió a sonreír, a estar alegre y despreocupada como antes.

—Bess, eso no lo he visto desde el verano pasado. ¡Mirad! —dijo Venters señalando unas nubes rojas que asomaban por encima de las paredes del valle—. Vamos a tener tormenta.

—¡Oh, no! Tengo miedo a las tormentas.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—¿Habéis estado alguna vez durante la tormenta en un cañón profundo?

—No, no lo recuerdo.

—Pues… es terrible. Todos los veranos me muero de miedo y me escondo en algún lugar oscuro. Las tormentas son muy malas en la pradera, pero no tienen punto de comparación con lo que son en estos cazones y en este pequeño valle…, pues el eco repercutirá tan fuerte y seguido entre las paredes, que nos romperá los tímpanos.

—Aquí nada puede pasarnos, Bess.

—Lo sé, y lo que digo nada tiene que ver con nuestra seguridad. Yo temo a los relámpagos y a los truenos, cuyo retumbar me da dolor de cabeza. Si tenemos tormenta, ¿querréis permanecer a mi lado?

—Sí, os lo prometo.

Cuando llegaron al campamento caía la tarde y la atmósfera era bochornosa. Ninguna brisa movía las hojas de los tiemblos, y las nubes rojas avanzaban imperceptiblemente desde el Oeste.

—¿Qué tenemos para cenar? —preguntó Bess.

—Conejo.

—Bern, ¿no se os ocurre otra manera de preparar la carne de conejo? —dijo Bess, muy seria.

—¿Creéis que soy un mago? —replicó Venters.

—No sé; pero ¿queréis que me vuelva conejo? —dijo el joven riendo, y en sus ojos brillaba la alegría.

—Pues la carne de conejo parece que no os siente mal —contestó Venters—. Estáis bien y fuerte y… cada vez más hermosa.

Venters nunca había dirigido a Bess ningún cumplido, y éste se lo dijo porque sintió de pronto la curiosidad de ver el efecto que causaría. La joven se le quedó mirando como si no le hubiese entendido, sonrojáse y se mostró confusa.

—Lo mejor será —continuó su compañero— que me vaya inmediatamente a Cottonwoods en busca de provisiones.

Al ver el rápido cambio de la joven, Venters se reprochó su brusquedad.

—¡No, no, no os vayáis! —exclamó Bess—. Lo de la carne de conejo… sólo ha sido una broma. ¡No me dejéis sola!

—Bess, un día u otro tendré que irme.

—Esperad al menos que pase la época de las tormentas.

Las rojas nubes empezaron a oscurecer el sol poniente hasta cubrir por fin todo el llameante ocaso. El intenso silencio fue interrumpido por un trueno lejano.

—¡Oh! —exclamó Bess nerviosamente.

—Grandes nubes como ésas las hemos visto otras veces —dijo Venters—. Pero el trueno no deja lugar a dudas. La tormenta se acerca. Y me alegro. Todos los jinetes de la pradera habrán oído el primer trueno con gran alegría.

Venters y Bess terminaron su sencilla cena y se sentaron mirando al valle, hacia el Oeste, para esperar la inminente tormenta.

El pájaro nocturno del cañón empezó a anunciar el crepúsculo con sus claras y melancólicas notas. De todos los riscos subía el débil gemido del viento al penetrar en las cavernas. Las nubes agrandábanse por momentos y cubrían toda la parte del Oeste. Su aspecto era amenazador, y, como si toda la fuerza del vendaval los empujara, los nubarrones corrían velozmente por el firmamento. Una roja llama surgió de pronto, abrió el cielo de Oeste a Este y se apagó. Entonces, de lo más tenebroso de las nubes brotó el estruendo. El trueno parecía rebotar de risco en risco, como si todas las montañas se derrumbasen una tras otra.

—¡Oh! —gritó Bess tapándose los oídos con las manos—. ¿No os lo dije?

—¡Pero, Bess, sed razonable!

—No puedo, soy cobarde, lo confieso.

—No lo creo. Es extraño que tengáis miedo. A mí me encanta la tempestad.

—Os repito que una tormenta es terrible en un cañón. Oldring odia las tormentas, y sus hombres las temen. Uno de ellos, durante una terrible tempestad, se quedó sordo, y no pudo curarse después.

—Según eso, aún me queda mucho que aprender. Y esta tormenta va a ser fuerte. Vamos a tener primero viento, después relámpagos y truenos, y luego lluvia. Quedémonos tanto tiempo como sea posible aquí, al aire libre.

Los álamos y los robles inclinaban sus copas hacia el Este. Un lejano susurro elevóse desde el bosque, y los abetos doblábanse junto a los jóvenes al empuje del viento. Éste venía en ráfagas, las pausas cada vez eran menores, hasta que el viento fue invariable y sopló con gran fuerza. Las nubes cerníanse sobre el valle con increíble rapidez y el crepúsculo cedió a la oscura noche. El murmullo del viento en las cavernas aumentaba también.

—¡Escuchad! —gritó Bess acercando la boca al oído de Venters—. Vais a oír el toque de difuntos de Oldring.

—¿Qué es?

—El toque de difuntos de Oldring. Cuando el viento, un huracán como éste, sopla en las cavernas, produce un sonido al que los bandidos llaman el toque de difuntos de Oldring, porque creen que presagia su muerte. Me parece que él también lo cree… Ya empieza. ¡Escuchad…!

El vendaval descendió, con un infernal aullido cavernoso; parecía la reunión de mil gritos lancinantes, y el ruido avanzaba subiendo y bajando. Empezó en la parte oeste del valle, corrió a lo largo de cada uno de los gigantescos riscos, entró silbando en las cavernas y hendiduras y, con súbito aumento de fuerza, salió con alaridos estruendosos por el gran puente de piedra.

«Sólo es el viento», pensó Venters; pero el viento es también el gran perforador de las maravillosas cuevas de los riscos. Sólo era un huracán, mas al escucharlo, al acostumbrarse el oído a su furia, se percibía clara y persistentemente un extraño e indefinible sonido en medio del fragor. No parecía formar parte de la tierra ni de la vida en ella. Semejaba la agonía y el dolor del viento, un tañido fúnebre por todo lo que caía bajo la acción de los elementos desencadenados.

Profundas tinieblas reinaban en el valle. Venters no podía ver a su compañera; advertía su presencia solamente por el contacto de su mano, que le agarraba el brazo. Notó que los perros se acurrucaban junto a sus pies. De pronto la espesa y negra bóveda celeste se abrió sobre ellos y cruzó por ella la cegadora azulada luz de un relámpago de caprichosas formas. Todo el valle fue visible durante un instante, como si lo iluminara el sol del mediodía. Luego, otra vez la oscuridad, más negra que la paz, una oscuridad densa, profunda. Después, la aterradora detonación del formidable trueno, e instantáneamente repercutió el eco; era éste un estallido repetido, vivo, retumbante, horrible. Las paredes se lanzaban unas a otras el sonido, que no hubiera podido ser mayor si la montaña se hubiese venido abajo en destructor alud. Saltó el eco de risco en risco, con ruido de explosión dinamitera, decreciendo paulatinamente en fuerza, hasta que al fin cesó.

En las tinieblas de la tormenta, Venters guió a Bess hacia la entrada de la cueva, ayudándola a penetrar en ella. En el mismo instante, otro cegador relámpago iluminó con vívida luz la enorme oquedad, y entonces el joven vio la pálida faz de Bess y sus ojos, que expresaban horror; vio también a los perros saltar dentro de la cueva y los siguió. Luego desapareció la llamarada, todo quedó nuevamente envuelto en la

negrura de la noche, y al instante siguió el horrísono trueno y el infernal estruendo de los ecos.

Bess se aproximó más a él y le cogió las manos para cubrir con ellas sus oídos; dejó caer la cabeza sobre el hueco de su hombro y ocultó allí el rostro.

La tempestad estalló con toda su furia; un relámpago seguía a otro en rápida sucesión, llenando el valle de maravilloso resplandor; y los truenos sucedíanse también rápidamente, en infernal baraúnda, aumentada por el incesante y ensordecedor eco.

Venters contempló el hermoso valle, más bello que nunca, místico en su transparente y luminoso esplendor. Ni la lluvia torrencial que empezó a caer aminoró el supremo encanto del valle a la luz vivísima de las exhalaciones.

Venters contempló a la muchacha, que se había echado en sus brazos, escondiendo el rostro en su hecho. No le soltaba. Sintió la suavidad y el calor de su cuerpo, el alentar de su pecho; vio los esbeltos y graciosos contornos de la figura femenina. ¡Una mujer en sus brazos! Y la estrechó más. Él, que anhelaba el contacto de una mano amiga, sentía ahora el temblor del cuerpo y el ritmo del corazón de una mujer junto al suyo. ¿Por qué extraño azar llegó ella a amarle? ¿Y qué maravilla hizo que fuera un tesoro para él?

Ya no oía el estruendo de la tempestad, porque, al contacto de las manos y del pecho sollozante de la joven, se dio cuenta de que dentro de él librábase también una tormenta. Vibraban nuevas cuerdas de su espíritu, extraña música de campanas alegres nunca oídas, tristes sueños alboreando, dudas que se disolvían, esperanzas que volvían a nacer, fuerza, calor, libertad, inefable dulzura del deseo… Una tempestad en su corazón…, la tempestad de un amor real y verdadero.

# Capítulo XIV

Cuando amainó el temporal, Venters se retiró a su cueva, tardó en conciliar el sueño a causa de la emoción sufrida.

Despertó con el alba y vio los efectos de la lluvia. El valle resplandecía del verdor de los bosques y de los reflejos de la luz matutina en las limpias paredes roqueñas. Cascadas de mil formas precipitábanse por los bordes de los riscos levantando en su caída cortinas de vapor.

Venters se aprestó para el día, sintiéndose un hombre diferente.

—¡Qué gloriosa mañana la de hoy! —exclamó Bess, después de darle los buenos días.

—Sí; y después de la tempestad viene el viento del Oeste —repuso el joven.

—Anoche… me porté como una niña, ¿verdad? —preguntó ella mirándole fijamente.

—Ya lo creo…

—No pude remediarlo.

—Me alegro de que tuvierais miedo.

—¿Por qué? —preguntó la joven, sorprendida.

—Algún día os lo diré —repuso él lacónicamente. Durante la hora del desayuno guardó silencio y después se marchó solo para pasearse por la terraza, muy pensativo. Se subió a una alta roca, a la cual llegaba la copa de un abeto, y allí descansó, contemplando el valle.

—¡La amo!

Lo dijo en voz alta, para descargar su corazón, para confesar su secreto.

—¡La amo…! Ahora comprendo todo lo que sentí.

Al recordar de pronto a Juana Withersteen y pensar en las complicaciones que el presente le guardaba, se asombró de lo lejos que quedaba su antigua vida. Descubrió que odiaba tener que volver atrás, tener que ahondar oscuros problemas y dificultades. Había vivido en aquel valle maravilloso un bello sueño; había sentido los efectos de la tranquilidad y la alegría de hallarse fuera del mundo, solo en aquel incomparable valle, solo con su amor. Dios se le había revelado bajo el gran arco de piedra.

—¡Parece hallarse tan distante el mundo! —murmuró—. Pero… allí está, y aún no he acabado con él. Quizá nunca logre alcanzar… Con todo, ¡qué venturoso sería vivir siempre aquí sin tener que pensar más en aquello!

Y, como ironía a sus deseos, la realidad impuso un nuevo giro a sus pensamientos. Para permanecer siempre en el valle era preciso ir antes a Cottonwoods; era necesario tener provisiones, trigo para cultivar el suelo del Valle de la Sorpresa, para criar el ganado y, sobre todas las cosas, debía decidir el futuro de la muchacha que le amaba y que era amada por él. Lo primero requería esfuerzos muy grandes; lo último, lo concerniente a Bess, parecía sencillo y fácil de resolver. Se casaría con ella. De

pronto brilló la llama de la verdad olvidada, abrasándole el corazón, reduciendo a polvo la alegría de su amor. ¡Bess había sido el Jinete Enmascarado de Oldring! A la pregunta: «¿Qué habéis sido para Oldring?», ella había respondido con una llama de rubor e inclinando la cabeza.

—¡Qué me importa lo que sea y quién sea! —gritó apasionadamente. Y se dio cuenta de que no hablaba en él el hombre de antes, sino un ser más dulce, que despertara a nuevos— pensamientos en el tranquilo valle. La dominante ternura igualaba a la ausencia de la alegría y embotó el filo de los tajantes celos. Un fuerte y apasionado esfuerzo de voluntad, que fue una sorpresa para él, alejó el veneno.

—¡Espera…! ¡Espera! —gritó, y con la mano oprimióse el pecho como si quisiera acallar sus fuertes latidos—. ¡Espera! Es tan extraño…, tan maravilloso todo esto. ¿Quién soy yo para juzgarla? ¡Dios sabe lo que sucederá! Mi amor por ella es mi mayor gloria, pero… no puedo decírselo… No puedo…, no puedo…

No era posible decidir el futuro de la muchacha tan pronto. No podía casarse con ella en el Valle de la Sorpresa ni en ninguna de las ciudades de la comarca. Aun sin la máscara que había llevado la reconocerían fácilmente como el infame jinete Enmascarado de Oldring. Nadie que la hubiese visto una sola vez montada a caballo la olvidaría, aunque desconociera su calidad de mujer. Pero lo más importante de todo era que él mismo no deseaba sacarla del Valle de la Sorpresa. Habíala llevado al lugar más bello y selvático de la altiplanicie; habíala salvado, le había devuelto la vida y las fuerzas, la había vigilado como una flor de aquel valle; sabía que la vida en él era más dulce y pura, que ella le pertenecía y que la amaba. Mas no eran éstas todas las razones que le impedían sacarla de allí. ¿Dónde podrían ir? Temía a los bandidos, temía a los jinetes de la pradera, temía a los mormones. Y aunque lograra sacar a Bess de tan peligrosa vecindad, temía los agudos ojos de las mujeres y sus lenguas, el eran mundo exterior con sus problemas de la existencia. Era preciso esperar antes de decidir el porvenir de Bess, que, al fin y al cabo, era el suyo propio. Mas entre el mañana de ambos y el hoy pendía algo inminente. Cromo la Roca Movediza, que esperaba siniestra sobre la profunda garganta el momento de desplomarse y cerrar para siempre la salida, había de caer algo indefinido, tan cierto como intangible, para terminar de una vez con las dudas y temores sobre el porvenir.

—He soñado —murmuró Venters al levantarse—. ¿Y por qué no…? ¡Soñar es ser feliz! Voy a acabar de una vez lo que tengo que hacer y luego continuaré soñando hasta que venga lo que ha de venir. Quiero ir a decírselo todo a Juana Withersteen. He de hacer un viaje muy peligroso. He de realizar una gran tarea para que Bess tenga más comodidades. Ella me pertenece. Lucharé por ella, para salvarla de su antigua vida. Ya he observado que la va olvidando. ¡La amo! Pero si surge en mí la bestia, me quemaré la mano antes de ponérsela encima con vergonzoso fin, ¡vive Dios! Y más tarde o más temprano, mataré al hombre que la ocultó y la retuvo en el Desfiladero de la Decepción.

Al hablar, el viento del Oeste le acariciaba el rostro y parecía apaciguar su pasión.

Aquel aire era fresco, fragante; llevaba el extraño y dulce peso de lejanas cosas, noticias de vida de otros climas, de sol que iluminaba otras paredes, de lugares dónde reinaba la paz. Llevaba también la triste verdad de corazones humanos y de misterios, de promesas y de inextinguible esperanza. El Valle de la Sorpresa era sólo un pequeño nido en el gran mundo de que procedía aquel pesado viento. Bess sólo era un ser entre millones de seres que estaban a merced de desconocidos motivos en la Naturaleza y en la vida. En el valle, Venters había experimentado un gran contento; en el dulce y cálido ambiente, respiró felicidad; el amor, como una gran luz, había asomado por los altos riscos y descendido hasta él; y ahora, el viento del Oeste llevábale el murmullo del triunfo eterno de la fe sobre la duda.

—¡Cuánto mejor me encuentro ahora, después de lo que ha pasado! No me preocuparé del futuro. Venga lo que venga, estoy dispuesto a recibirlo.

Venters volvió al campamento y halló a Bess sentada en su sitio favorito, esperando su regreso.

—Me alejé para reflexionar un poco —explicó el joven.

—Nunca habéis tenido el aspecto de ahora. ¿A qué es debido? ¿No queréis decírmelo?

—Es que he estado soñando muchas cosas, Bess. Este valle le induce a uno a soñar. Por eso he estado reflexionando. No podemos seguir viviendo de esta manera; es preciso que me vaya pronto a Cottonwoods. Necesito traer algunos burros cargados de provisiones. Yo puedo obtener…

—¿Podéis ir sin peligro? —le interrumpió la muchacha.

—Sí, estoy seguro. Atravesaré de noche el Desfiladero. No creo que Camama se haya alejado. Y una vez sobre él… En fin, Bess, cuando veáis ese caballo veréis de lo que es capaz.

—¡Cuánto me gustaría conocerlo, montar en él! Pero lo que me atormenta es esto: ¿vais a… volver?

—Concededme cuatro días. Si no he vuelto en ese tiempo, consideradme muerto. Sólo la muerte me impedirá volver.

—¡Oh!

—Bess, yo volveré. Hay peligro, ¿para qué negároslo? Pero sabré sortearlo.

—De eso estoy segura. Toda mi vida he visto hombres perseguidos. Sé de lo que son capaces. Y creo que vos sabéis montar y manejar las armas y estar alerta como el jinete más hábil de la pradera. No es eso lo que temo.

—Pues, ¿qué teméis?

—¿Por qué… habéis de volver aquí? ¿Quién os obliga?

—¿Creéis que yo podría dejaros aquí sola?

—Podéis cambiar de parecer cuando lleguéis al pueblo, cuando veáis a vuestros amigos…

—No cambiaré. Y en cuanto a mis amigos… —Venters se echó a reír con amargura y sarcasmo.

—Debe de haber… alguna mujer… —El rubor cubrió el delicado rostro de la joven y sus ojos expresaron vergüenza al buscar un instante la respuesta en los de él. De pronto, bajó la vista s, cubrióse el rostro con las manos.

—¡Bess…, escuchadme! —dijo Venters con brusquedad, hija de la violencia con que reprimía su impetuosa emoción.

Y como impelida contra su voluntad, contestando a una voz irresistible, Bess levantó el rostro y le miró tristemente, tratando de murmurar algo con trémulos labios.

—No hay ninguna mujer —continuó Venters mirándola fijamente, sin pestañear —. Nada en el mundo, excepto la muerte, puede retenerme lejos de aquí.

En los ojos de ella brilló la alegría de la nueva esperanza, mas al momento volvió a desaparecer.

—No soy nadie… Una… una mujer… sin nombre.

—¿Deseáis vos que vuelva? —preguntó él, de pronto, con manifiesta frialdad—. Quizá queréis volver con Oldring…

La ocurrencia de Venters levantó en vilo a Bess, y sin temblor, su palidez, su mirada, sus sellados labios, todo rechazaba la insinuación.

—Perdonadme, Bess. No debí decirlo; pero me enojasteis. Mi intención es trabajar por vos, crearos aquí un hogar, ser para vos… un hermano todo el tiempo que tengáis necesidad de mí… Y es preciso que olvidéis lo que sois…; lo que habéis sido, quiero decir. Habéis de ser feliz aquí. Cuando recordáis vuestra antigua vida os ensombrecéis, y eso me duele.

—He sido feliz… y lo seré más aún, lo sé. Sois tan bueno, tan bueno…, que vuestra bondad me anonada, no puedo creerlo. Me duele la cabeza de tanto pensar en los motivos que tenéis para ser así conmigo. Yo sólo soy…, dejadme que lo diga…, una muchacha sin nombre, la chica de Oldring, solían llamarme. El que me hayáis salvado, el que deseéis hacerme feliz, es cosa que no puedo comprender. Por eso me pongo enferma ante la sola idea de que vais a alejaros de aquí. Pero os prometo no disgustarme más… Si pudiese devolveros un poco del bien que…

—Vos me habéis dado cien veces más. ¿Creéis en mí?

—¡Creer en vos! No podría hacer otra cosa.

—Entonces, escuchad. Al salvaros me salvaba a mí mismo. A pesar de mis sueños, he llegado a reflexionar profundamente. Nunca me preocupé mucho de Dios, y aquí Dios se me ha revelado. Niego en absoluto que sea verdad cuanto decís acerca de vos. No puedo explicarlo; hay cosas demasiado hondas que no pueden traducirse en palabras. Sean cuales fueren los terribles males que habéis sufrido, a los ojos de Dios sois inocente. Lo veo…, la siento en todos los momentos que pasáis a mi lado. En el Estado de Illinois tengo a mi madre y a mi hermana. Quisiera poderos llevar hoy mismo.

—¡Oh, si fuese eso cierto! Entonces sí que me atrevería a levantar la cabeza —exclamó Bess.

—Levantadla, pues, niña; porque os juro que es verdad.

Bess alzó la cabeza con la singular gracia peculiar en ella, con aquella inconsciente expresión de inocencia que tanto confundía a Venters, aunque esta vez el gesto era más enérgico a causa de las alentadoras palabras de él.

—Yo también he reflexionado —dijo ella, sonriente—; me he descubierto a mí misma… Sé que soy joven, que siento la alegría de vivir, que… soy una mujer.

—Bess, me parece que ese descubrimiento lo he hecho yo antes que vos —repuso Venters riendo.

—¡Oh, es que hay más! He de deciros algo.

—Decidlo, pues.

—¿Cuándo iréis a Cottonwoods?

—Tan pronto cesen las tormentas.

—Pues os lo diré antes de que os vayáis. Ahora no podría. No sé si podré entonces, pero es preciso, debo decíroslo. No puedo dejaros marchar sin que lo sepáis. Porque, a pesar de lo que habéis dicho, existe la posibilidad de que no volvamos a vernos.

Día tras día soplaba el viento del Oeste sobre el valle. Día tras día formábanse los rojizos nubarrones cubriéndolo de profundas tinieblas, cantaban los riscos, oíase en las cuevas el toque de difuntos de Oldring, rasgaba el cielo la cárdena luz de los relámpagos, rugía el trueno, retumbaba el eco e inundaban el valle las lluvias torrenciales. Flores silvestres surgían por todas partes compitiendo en altura con la hierba, sonriendo pálidas en sombríos rincones, asomándose maravillosas por las grietas de las rocas, secas desde hacía arios.

El valle se convirtió en un paraíso. A cada momento, desde que el sol irrumpía en él a través del ojo del puente gigantesco, al amanecer, hasta que desaparecía en el rojo crepúsculo sobre el borde oeste de los riscos, cambiaba de color. Desde el alba hasta bien entrada la mañana estaba inundado de luz dorada; al mediodía era blanca y cálida, y purpúrea a la caída de la tarde. Y al fin de las tormentas surgía el arco iris, que apoyaba un extremo en el verde follaje del bosque y que, al desvanecerse, parecía dejar en el aire una débil estela de maravillosas irisaciones.

Venters paseábase otra vez con Bess por las terrazas, soñando y observando los ligeros cambios en los roqueños muros, y se ponía cara al viento del Oeste.

Muchas veces, en aquellas horas de ensoñaciones, observaba a la muchacha y preguntábase en qué estaría pensando. La cambiante luz del valle reflejaba su color y su significación en la variante luz de sus ojos. Veía en éstos infinitamente más de lo que viera en sus propios sueños… el alma de la muchacha y cálidas ansias de vida.

Y mientras soplaba así el viento del Oeste, llenando su corazón de felices nuevas, pasaban los días; las nubes rojizas tornáronse blancas y las tormentas terminaron por aquel año.

—Ahora debo irme —dijo entonces Venters.

—¿Cuándo?

—En seguida…, está noche.

—Me alegro de que haya llegado el momento. La incertidumbre me mataba. Marchaos…, así volveréis antes. A la caída de la tarde, Bess caminaba con Venters a lo largo de la terraza este del valle, subiendo después la prolongada pendiente, y pasaron por debajo del gran puente de piedra. Entraron en la estrecha garganta para saltar la cerca construida por Venters; Bess no había ido nunca tan lejos. En la garganta reinaba ya el crepúsculo cuando llegaron a la Roca Movediza, de la que el joven le había hablado tantas veces. Bess tembló al ver la larga y estrecha pendiente con sus paredes ruinosas que parecían ir a derrumbarse a cada instante.

—¡Qué camino tan horrible! ¿Y por él me habéis subido?

—¡Vaya!

—Me asusta pensarlo, aunque estoy acostumbrada a malos caminos. He ido por todas partes dónde podía andar o trepar mi caballo. Pero en esta empinada senda hay algo que da miedo. Parecen estar observándome los peñascos.

—¡Fijaos en esta roca! Está equilibrada sobre su pedestal. Ya os dije que los trogloditas cortaron su base y por qué lo hicieron. Mas ellos se fueron y la roca sigue aquí, esperando que la hagan rodar. Yo la toqué una vez y no me atreveré a hacerlo otra. Un fuerte empujón la pondría en marcha, y, al caer, rompería los salientes de esos muros y quedaría cerrada para siempre la salida del valle al Desfiladero de la Decepción.

—¡Oh! Cuando hayáis vuelto, vendré aquí sin que lo sepáis, empujaré con todas mis fuerzas, y la roca cerrará para siempre la salida de este valle.

—¡Bess, acepto el reto! Esperad que vuelva con las provisiones y entonces podéis hacer rodar la roca.

—Ha sido una broma —dijo ella con extraña voz—. Quiero que podáis iros siempre que queráis. Marchaos ahora…, este lugar me oprime…

—Ahora me iré… Pero ¿no teníais que decirme…?

—Sí. ¿Vais… a volver?

—Volveré, si vivo.

—Pero… ¿es posible que no volváis?

—Es posible, naturalmente. Mas va a ser muy difícil que me maten. Ningún hombre puede tener un caballo más fuerte ni perros más fieles que los míos. Además, Bess, tengo mis armas, y las usaré si me obligan. ¡No os apuréis; nada me pasará!

—Tengo fe en vos. No me preocuparé hasta que hayan pasado los cuatro días convenidos. Sólo que… siendo posible que no volváis…, he de deciros…

Perdió la voz. Su blanco rostro, sus grandes y brillantes ojos, contrastaban con la oscuridad de la garganta. Los perros aullaron, rompiendo el silencio.

—Es preciso que os lo diga, porque acaso no volváis —murmuró Bess—. Habéis de saberlo que pienso de… vuestra bondad…, de vos mismo. Siempre he permanecido, muda, parecía una ingrata. Pero lo tenía grabado muy hondo en mi corazón. Aun en este momento…, si no fuese lo que soy…, no podría decíroslo. Pero

no soy nadie, sólo la chica de un bandido, sin nombre… Vos me habéis salvado y soy… vuestra… para lo que os plazca… Con toda el alma y el corazón…, ¡os amo!

# Capítulo XV

Cuando en los brumosos días estivales las sombras empezaron a alargarse en la ancha cuesta que formaba la pradera roja, Juana Withersteen las comparó con las sombras que poco a poco iban cercando su vida.

La señora Larkin murió, y la pequeña Fay quedó huérfana y sin parientes conocidos. Juana redobló su cariño por la niña, que era la luz que animaba sus tristes horas, y Fay se volvía hacia Juana en infantil adoración. También en Lassiter causó la muerte de la señora Larkin una reacción sutil. Antes, sin explicar los motivos, había aconsejado muchas veces a Juana que entregara la pequeña Fay a cualquier familia gentil que quisiera tomarla a su cargo. Y la joven rechazó siempre apasionadamente semejante idea. Ahora Lassiter no hablaba ya de ello, y contemplaba mas triste, más abatido e infinitamente más cariñoso a la niña. A veces Juana sufría una inexplicable sensación de miedo, de terror, al ver a Lassiter contemplar así a la pequeña. ¿Qué quería ver el jinete en el futuro de ella? ¿Por qué se volvía cada vez más silencioso, más quieto, más sereno y más triste?

Juana se dijo que sin duda el jinete, con su casi sobrehumano poder de previsión, veía más allá del horizonte las oscuras sombras que pronto se cernerían sobre él, sobre Juana y sobre Fay. Juana Withersteen aguardaba el estallido de la tormenta, largo tiempo diferido, con un valor y una amargada serenidad que era su último baluarte. No Había muerto la esperanza. La duda y los temores, dominados por su voluntad, ya no le daban noches de insomnio y, de tortura. Quedábale el amor. Todo cuanto hasta entonces había amado, lo amaba más aún. No pasó un día sin que fervorosamente rogara por todos y, con más fervor todavía, por sus mismos enemigos. La preocupaba haber perdido, o no haber tenido nunca el completo dominio de su mente. En algún modo, la razón, la sabiduría y la decisión hallábanse encerrados en una célula de su cerebro, esperando la clave. No podía pensar en ciertas cosas. Y mientras tanto, aguardando el día decisivo, luchaba incesantemente para anegar las amargas gotas en la copa de su existencia, para desarraigar el corrosivo liquen que se adentraba en su corazón.

Una mañana, a mediados de agosto, Juana, esperando en el patio la llegada de Lassiter, oyó la detonación de un disparo de rifle. El ruido provenía del bosque de álamos, hacia la parte de los corrales. Escudriñó alarmada, ponderando la significación del disparo. Últimamente habíanse nido varias veces disparos de revólver, tiros hechos desde salvadora distancia por cobardes espías contra Lassiter. Pero un disparo de rifle tenía mayor importancia. ¿Acaso los hombres que querían acorralarla se habían decidido a emplear los rifles para quitarle el único amigo que le quedaba? Era probable…, era muy posible, pues ella no compartía la serena creencia de Lassiter, que afirmó no moriría a manos de un mormón. Juana lo temía desde hacía tiempo. La constancia de él para con ella, su singular dejadez para valerse en su defensa de la fatal destreza que le diera terrible fama, cosas ambas ahora muy

evidentes para todos, exponía al jinete a la inevitable muerte por asesinato. Sin embargo, ¡qué gran poder tenía su talismán contra las emboscadas de sus enemigos! «¡No, no —se dijo Juana—, es un talismán, sino un maravilloso entrenamiento de los sentidos, que le advierte siempre el inminente peligro!».

En aquel momento oyó las conocidas pisadas y el ruido de las espuelas de Lassiter, que entró a poco en el patio.

—Juana, por ahí fuera anda un hombre con un rifle —dijo, y; quitándose el sombrero, mostró la ensangrentada faja qué llevaba en la cabeza a modo de vendaje.

—He oído el disparo; sabía que iba por vos. A ver… La herida no es grave, ¿verdad?

—Creo que no. Tal vez no ha disparado desde cerca. Voy a ponerme en este rincón, dónde no pueden verme desde el bosque.

Desató la faja y mostró una extensa y sangrante herida en la sien izquierda.

—No es más que un corte —dijo Juana—. ¡Pero cómo sangra! Apretad la herida con la faja hasta que vuelva. Juana entró en sus habitaciones y regresó con vendas y, mientras limpiaba y vendaba la herida, hablaron.

—Ese hombre tenía una buena ocasión para tumbarme. Debió de emocionarse al apretar el gatillo. Cuando me eché al suelo le vi correr por entre los árboles. Llevaba un rifle. Esperaba hace tiempo que apelasen a este procedimiento; ahora habré de ocultarme un poco más. A esos memos parece que les entra frío y temblor cuando me apuntan, pero uno de ellos puede acertar por casualidad.

—¿No queréis marcharon…, alejaros de Cottonwoods, como os he rogado tantas veces, antes de que os pase algo? —dijo Juana en tono de súplica.

—Me parece que no.

—Pero, Lassiter…, vuestra sangre caerá sobre mí.

—Escuchadme, bondadosa señorita, mirad vuestras manos, tan blancas y tan finas… ¿No están manchadas de sangre ahora? ¡La sangre de Lassiter! Vaya un extraño capricho, manchar con ellas vuestras bellas manos. Pero si pudierais mirar más hondo encontraríais sangre más roja todavía… ¡El color del corazón, Juana!

—¡Oh! ¡Amigo mío!…

—No, Juana; yo no soy de esos que abandonan el campo en el momento del peligro, como vos tampoco lo hacéis. Este asunto es aún nuevo para mí; no conozco bien todos sus movimientos, de lo contrario no me hubiera plantado delante de ese rifle.

—¿No tenéis deseos de cazar al hombre que disparó sobre vos…, encontrarlo…, matarlo?

—Pues no, no siento ese deseo.

—¡Oh, qué maravilla! Lo sabía…, he rezado…

—¡Esperad!… ¿No oís? —dijo Lassiter—. Oigo un caballo.

El jinete se levantó sin hacer ruido, muy alerta. De pronto se caló el sombrero sobre su vendada cabeza, poniendo las negras pistoleras más al alcance de sus manos,

penetró en el cenador.

Juana escuchó el débil y rápido ritmo de las pisada de un caballo, que parecía venir de la pradera. El ruido, que aumentaba poco a poco, la emocionó inexplicablemente. Después oyóse el chocar de los cascos del animal contra el suelo endurecido del bosque, al salir de la pradera. Inmediatamente reconoció la joven las pisadas del caballo.

—¡Es Camorra…! ¡Es Camorra! —exclamó—. Le conocería entre un millón de caballos. Y, muy conmovida, fijó los ojos en el bosque de álamos, viendo como el corcel gigante cruzaba raudo el llano entraba con recias pisadas en la parte empedrada del corral. Era, en efecto, Camorra; pero con largas y descuidadas crines y ojos salvajes. El caballo movíase inquieto, indómito, y el jinete lo sujetó, al apearse, con fuerte lazo. Juana se decepcionó al querer reconocer en el jinete a Venters. Algo familiar tenía para ella la elevada talla, la anchura de sus poderosos hombros; pero aquel barbudo y desgreñado jinete, que llevaba un traje hecho pedazos botas que se abrían por todas partes…, aquel polvoriento, negro y selvático jinete no podía ser Venters.

—¡Arre, Camorra, viejo camarada! ¡Quieto!

¡Quieto! Estás en tu casa, hombre, y pronto podrás beber un agua que seguramente recordarás.

En la voz reconoció Juana a Venters. Éste ató a Camorra a un tronco y se dirigió al patio.

—¡Oh, Bern!… ¡Qué salvaje estáis hecho! —exclamó la joven.

—Juana, Juana, ¡qué alegría me da veros!… ¡Hola. Lassiter! Sí, soy yo.

Como una tenaza apretó su dura mano la de Juana, en el apretón advirtió el cambio la joven. Habíase marchado como un niño y volvía hecho un hombre. Parecía más alto, más ancho de hombros, más poderoso en todo…

—Miradme cuanto queráis —dijo riendo—. Pero no vale la pena. Por más que ni vos, Juana, ni Lassiter, podéis envaneceros. Vos estáis más pálida que nunca, y Lassiter, según veo, lleva una venda llena de sangre debajo del sombrero. Eso me hace recordar que me han soltado un tiro en la pradera. La detonación hizo correr a Camorra…

—¡Bueno, bueno!; quizá vos tenéis que contar más cosas que yo.

Juana esbozó brevemente las circunstancias de su triste caso, las cosas sucedidas durante las semanas que Venters Había estado ausente, y la joven le vio palidecer de rabia.

—¡Lassiter! ¿Qué os retiene? —exclamó el recién llegado.

En ninguno de los muchos momentos de angustia y temores había visto Juana a Lassiter tan sereno, tan inmóvil e impasible como en aquel instante.

—Juana tiene ya suficientes sinsabores para que yo los aumente entrando a tiro limpio en el pueblo.

Tan extraña como la serenidad de Lassiter fue la curiosa y escudriñadora mirada

con que Venters los contempló; Juana no pudo evitar que su rostro se cubriera de un intenso rubor.

—Bien…, tenéis razón —dijo el recién llegado lentamente—. Me sorprendió un poco, eso es todo.

Juana advirtió en aquel momento una ligera alteración en Venters, mas, a causa de su confusión, no pudo decir en qué consistía el cambio. Había tenido el firme propósito de informar al joven de lo sucedido entre ella y Lassiter, porque pensaba proceder lealmente, aunque le costase un gran esfuerzo; pero juzgó en aquel momento, estando los dos hombres presentes, poco a propósito para explicaciones de tal índole.

Venters hablaba pausadamente, con cierta mesura, sin la franqueza que siempre le había caracterizado.

—Encontré la madriguera de Oldring…, y también hallé el sitio dónde está vuestro hatajo rojo. He sabido…; esto y seguro de que entre Tull y Oldring hay una alianza. Dicho lo cual se detuvo. Parecía que deseaba decir algo que estaba por encima de sus fuerzas. Mas al fin se irguió y, aunque con visible esfuerzo, dijo Juana, yo os he sido muy costoso. Casi os habéis arruinado por afirmar vuestra amistad hacia mí. Fue una equivocación, porque yo no lo merezco. Quizá no sea aún tarde. Es preciso que me, abandonéis a mi suerte. Iré a ver hoy a Tull y le diré que todo acabó entre nosotros.

—Bern, ahora es tarde ya.

—Yo le obligaré a creerme —exclamó Venters.

—¿Deseáis romper nuestra amistad?

—Sí. Y si no lo hacéis vos, lo haré yo.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

Juana suspiró. Acababa de caer sobre ella otra sombra más, para aumentar paulatinamente la oscuridad que había de envolverla. Sintió, al resignarse a su suerte, una dulce melancolía. El muchacho que se fue había vuelto hecho un hombre, más noble y más fuerte, y advertía en él algo tan inflexible como el acero. Más tarde, acaso llegaría el momento en que ella se preguntaría maravillada por qué no se había opuesto al deseo de él; sin embargo, en aquel momento cedió sin protestar. Quería a Venters como antes…, no, más tal vez, pero sus emociones estaban embotadas a causa de la larga y terrible espera del momento en que habría de estallar la tormenta.

Temblando un poco, le tendió la mano, aceptando la situación que las circunstancias imponían. Venters inclinóse, se la besó, la estrechó fuertemente y emitió un sonido que tenía mucho de sollozo. Cuando se irguió, en sus ojos brillaba una lágrima.

—Algunas mujeres tienen un destino muy duro —dijo con voz ronca, y añadió con energía—: A ese Tull le diré en pocas palabras mi opinión cuando le vea.

—¡Bern! ¡No saquéis el arma contra Tull! ¡Eso no debe suceder! ¡Prometed…!

—Os prometo lo siguiente —la interrumpió Venters, con voz austera y apasionada que la emocionó y aterró al mismo tiempo—: Si añadís una palabra más en favor de ese intrigante, lo mataré como a un reptil.

Juana juntó las manos, maravillada. ¿Era aquel hombre de ojos fieros el mismo que antes fue como de cera en sus manos? ¿Acaso Venters se había convertido en Lassiter y éste en Venters?

—No… diré nada más —balbuceó la joven.

—Juana, Lassiter os llamó ciega una vez —dijo Venters—. Debe de ser verdad. No quiero reconveniros. Pero no me soliviantéis abogando por Tull. Trataré de permanecer sereno cuando le vea. Eso es todo. Ahora deseo pediros otra cosa. La última. He descubierto allá abajo, en el Desfiladero, un valle. Es un lugar maravilloso deseo quedarme en él. Está tan oculto, que creó que nadie lo encontrará. Hay agua en abundancia y buena, hay hierba y caza. Quiero sembrar trigo y criar ganado. Necesito provisiones. ¿Me las daréis?

—Sí, sí. Cuanto más os llevéis, mi complacencia será mayor…, y tal vez tanto menos obtendrán… mis enemigos.

—Venters, creo que encontraréis dificultades para llevaros algo de aquí —observó Lassiter.

—Saldré de noche.

—Acaso no sea lo mejor. Os detendrían. Más vale que os vayáis por la mañana temprano, un poco después del alba. Es la hora más segura para transitar por estos contornos.

—Lassiter, va a ser muy difícil detenerme a mí —reposo Venters sombríamente.

—Eso creo yo también.

—Bern —dijo Juana—, id primero al alojamiento de mis jinetes y escoged un equipo completo para vos. ¡Tenéis una facha…! Y luego coged todo lo que necesitéis burros, alforjas, frutas secas, carne… También debéis llevaros simientes… Recuerdo ahora cuántas veces habéis pasado hambre. Por favor…, llevaos todo lo que podáis. Yo haré un hatillo para vos, que no habéis de abrir hasta llegar a vuestro valle. ¡Cuánto me gustaría verlo! A juzgar por vuestro aspecto y el de Camorra, ha de ser un lugar selvático.

Juana salió al patio exterior y se aproximó al corcel; éste echóse atrás, alzó las orejas y la miró.

—¡Camorra, querido Camorra! —exclamó Juana acariciando su enmarañada crin —. ¡Oh, qué arisco se ha vuelto! Pero me conoce. Bern, ¿corre aún tan velozmente como antes?

—¿Qué si corre? Anoche hizo sesenta millas, y en la oscuridad. Ahora mismo me atrevería a reventar con él a Estrella Negra en una carrera de diez millas.

—No podría hacerlo ahora Camorra —protestó Juana—. Ni después de descansar algunos días.

—Creo que llegará el momento en que se verá cuál es el mejor de vuestros

caballos —afirmó Lassiter—. Juana, si esa carrera de que os habla se efectúa, quisiera que estuvieseis montada en Camorra.

—También me gustaría a mí —convino Venters—. Sin embargo, Juana, espero que lo que teme Lassiter no se realice. Por mal que vayan las cosas, no creo que lleguéis a tener que huir.

—¡Quién sabe! —repuso la joven, con triste sonrisa.

—No, Juana; las cosas no pueden estar tan mal. Tan pronto como haya visto a Tull habrá un cambio en vuestra situación. Voy corriendo al pueblo… No os aflijáis.

Juana se retiró a sus habitaciones. Ni los presagios de desastre que sutilmente presentía Lassiter, ni el esforzado optimismo de Venters, retenían su atención. No pensaba en las pérdidas materiales, sino en la amistad de Venters. No la había perdido, pero había perdido al amigo. La amistad de Lassiter, más grande que su amor, también había de perdurar, pero el hombre no tardaría en alejarse de ella. La pequeña Fay adoraba a Juana. ¿La perdería también? Si fuese así, ¿qué le quedaría? La conciencia decíale que le quedaba la religión, que debiera arrodillarse para dar gracias por aquel bautismo de fuego; que mediante la desgracia, el sacrificio y los sufrimientos, su alma se salvaría. Mas ya no exaltaba el antiguo y espontáneo espíritu. Deseaba ser mujer, no una mártir. Juana Withersteen sentía en sí la fuerza de un martirio heroico si sacrificándose ella podía salvar el alma de los demás. Pero su clara mente le dijo, al fin, que cuanto más se sacrificaba más negra era el alma de los dignatarios de su Iglesia. Algo anómalo debía pasar en su alma, lo mismo que en los hombres de su religión, y en ésta misma. En el torbellino de sus pensamientos había, sin embargo, una brillante luz que mantenía viva su esperanza; y era que, a pesar de sus errores y, flaquezas, a pesar de su ceguera, Juana tenía inquebrantable fe en la suprema justicia, que era amor. «Ama a tus enemigos como a ti mismo», decía la palabra divina, libre por completo de sectas y de credos.

Las meditaciones de Juana fueron interrumpidas por el tintineante ruido de las pisadas de Lassiter. Siempre llevaba espuelas. Siempre se hallaba dispuesto a montar a caballo. Juana salió y lo llamó, entrando juntos en el semioscuro vestíbulo.

—Creo que aquí estaréis más seguro. El patio está demasiado expuesto —dijo la joven.

—Eso creo yo también —repuso Lassiter—. Además, aquí hay más fresco. El día está bochornoso. Pues… he ido al pueblo con Venters.

—¿Ya? ¿Dónde está él? —preguntó Juana, muy sorprendida.

—En el corral. Blake le ayuda a preparar los burros y las provisiones. Blake es una buena persona.

—¿Encontró Bern a Tull?

—¡Vaya! —contestó Lassiter, y se echó a reír.

—¡Contádmelo! ¡Me exasperáis! ¡Sois tan sereno, tan impasible…! ¡Por el amor de Dios, contadme lo que ha pasado!

—Es la primera vez que he estado en el pueblo desde hace muchas semanas —

dijo suavemente Lassiter—. Creo que en mucho tiempo no habrá habido un espectáculo como el de hoy. ¡Venters y yo paseándonos por el pueblo! Ha sido muy divertido. No digo que la gente se alegrara mucho de vernos; a mí no se me tiene por aquí en mucha estima y en cuanto a Venters, su aspecto es como vos dijisteis: el de un salvaje. Bueno, pues… hubo algunas carreras antes de que llegáramos a los almacenes. Entonces huyeron todos, excepto unos pocos y asombrados bandidos de Oldring que estaban ante la taberna. Venters entró en los almacenes y en la taberna y, naturalmente, yo con él. No sé lo que me impresionó más, si la actitud de la gente que encontramos o la sangre fría de Venters. Juana, creedme, me alegré de haberle acompañado. Lo comprenderéis si os digo que ése es precisamente mi elemento, y hacía tiempo que me había alejado de él. No hallamos a Tull en ninguno de esos lugares. Un gentil dijo, al fin, a Venters que lo encontraríamos en aquel edificio que hay junto a los almacenes de Parson. Es una especie de punto de reunión y, en efecto, cuando nos asomamos había bastantes hombres. Venters exclamó con voz estentórea:

—¡Qué nadie saque las armas! No venimos a eso… Y luego entró pisando recio, costándome bastante mantenerme a su dado. Oyóse movimiento de pies, un grito agudo, algunos murmullos y después se hizo un profundo silencio. Tull estaba allí, y aquel gordinflón que trató de sacar su pistola contra mí, y otros mormones de imponente aspecto. También estaba aquel patizambo que acompañaba a Tull el día que llegué aquí. Quisiera que hubieseis visto sus caras, sobre todo la de Tull y la de ese gordinflón. No es posible explicarlo con palabras. Entonces, Venters se colocó en medio de la sala, frente a un grupo de gente, pero ninguno de aquellos hombres atrevióse a pestañear o mover una mano. Naturalmente, como hago siempre, observé que muchos de ellos iban armados. Tengo la costumbre de fijarme primero en tales minucias. Venters empezó a hablar, y sus palabras eran lapidarias; todos estaban asombrados. Advirtió a Tull que tenía algunas cosas que decirle.

Lassiter se detuvo y dio vueltas al sombrero, como era habitual en él. Sus ojos tenían la mirada de quien está viendo un espectáculo emocionante.

—Como un disparo sonó el anuncio de Venters de qué la amistad entre vos y él había concluido. Dijo a Tull que la habéis terminado los dos con la esperanza de aplacar a vuestra gente, pero que, por lo demás, vos no habíais cambiado ni cambiaríais nunca. Después os defendió. No voy a repetiros sus palabras. Sólo os diré… que no hay mujer alguna que haya recibido tal tributo. Venters fue vuestro campeón, Juana, y ya no hay que temer que esos cabezotas de mormones no os conozcan bien a estas horas. No podía ser de otro modo. Venters dijo la verdad…: Luego acusó a Tull de robar miserable y alevosamente a una mujer desamparada. Le dijo dónde está el hatajo rojo y los tratos que había tenido con Oldring, siendo Jerry Card el intermediario. Creí que Tull iba a caer allí mismo; aquel patizambo del demonio se puso más blanco que la pared. Mas la voz de Venters era tan atronadora que nadie se atrevía a moverse. Yo mismo estaba rígido. Luego empezó a insultar a Tull, espetándole todos los nombres peores que se conocen entre los jinetes y algunos

más. Le maldijo. No he oído maldecir así nunca a nadie. Se rió desdeñosamente de la idea de que Tull fuera ministro. Dijo que, Tull y algunos perros más del infierno construían su imperio sobre los corazones de mujeres tan inocentes y temerosas como Juana Withersteen. Le llamó asesino de mujeres indefensas, bestia endurecida, oculta tras el fingido manto de la justicia; le dijo que era el último y más cobarde de los hombres de la tierra, y que su crimen más horrendo era hacer presa en débiles mujeres valiéndose de la religión. Por fin terminó diciendo con voz ronca abajo tono: «Tull, ella, ella me ha suplicado que no "sacara" hoy la pistola contra ti. Ella es tan grande, que rogaría por ti aunque la quemaseis en la hoguera… ¡Pero escúchame bien…! ¡Te juro que si vuelvo a encontrarte cara a cara, te mato!». Después de esto salimos y nadie nos siguió.

Juana advirtió que estaba llorando. No se había dado cuenta hasta que Lassiter acabó de hablar, y las lágrimas fueron un gran alivio para ella.

Sus ojos habían permanecido secos durante mucho tiempo; sus emociones eran profundas, pero no se exteriorizaron. El relato de Lassiter fue para ella un suplicio. El acto de Venters, su modo de hablar, no tenía igual como ultraje sin vertimiento de sangre. A hombres de la calaña de Tull los habían matado, pero a ninguno lo denunciaron tan terriblemente en público. Juana dominó su horror y, a pesar suyo, felicitábase del hecho, alegrándose de la estupenda hazaña de un hombre valeroso. Era el cálido y primitivo instinto de la vida, de la lucha. Una especie de loca alegría inspirábale la caballerosidad de Venters. Y dio rienda suelta a sus lágrimas, largo tiempo contenidas.

—Bueno, Juana, no lo toméis así —dijo Lassiter, sin saber qué hacer—. Era preciso contarlo. Hay cosas que un hombre no puede callar. Es extraño que ahora os pongáis de ese modo cuando durante todo este tiempo habéis mostrado tanto valor. El caso es que no entiendo a las mujeres. Acaso tengáis motivos para llorar. Sólo os puedo decir lo siguiente: nada ha hecho vibrar tanto mi cuerda sensible como lo realizado por Venters. Me hubiera gustado hacerlo yo, pero… sólo sirvo para manejar las armas y, al parecer, a vos os disgusta eso… Bueno, ahora me marcho.

—¿Adónde?

—Venters llevó a Camorra al establo. Tiene una herradura estropeada y he de ayudarle a sostener a ese demonio de caballo para ponerle otra.

—Decidle a Bern que venga por el hatillo que le voy a preparar y para… despedimos —dijo Juana secándose las lágrimas.

El resto del día lo pasó la joven haciendo vanos esfuerzos para decidir qué cosas pondría en el hatillo que había prometido a Venters. Era su último trabajo para él, y los regalos que eligiese también serían los últimos. De aquí que estuviese eligiendo y, rechazando cosas y más cosas, quedándose muchas veces ensimismada, soñando tristemente.

A la caída de la tarde hallábanse ella y Fay sentadas en el patio cuando, de pronto, oyéronse los rápidos y decididos pasos de Venters. Estaba cambiado; vestía traje y

zapatos nuevos, habías afeitado la barba y recortado el pelo. Sin embargo, no era aquél el Venters que ella conocí… semanas atrás. Juana le señaló el hatillo preparado y le habló, sin darse cuenta exacta de lo que decía. Venters despidióse, la abrazó besándola y se fue.

Llegó la noche. La pequeña Fay dormía, pero Juana estaba despierta, sintiendo inexplicable pena por el amigo que se alejó. Oyó el murmullo del viento en las copas de los árboles, el chillar de los ratones en las paredes huecas. La noche era interminable, mas Juana deseaba que no llegara nunca el amanecer. ¿Qué le traería el mañana? La oscuridad de su habitación contrastaba con el tinte gris del alba que penetraba por la ventana. Oyó el piar de los pájaros que se despertaban, e imaginó oír también lejanas pisadas de caballos. Luego sonó, a mucha distancia, la detonación de un disparo de rifle…; después, otra. Juana lo había temido, casi esperaba oírlas y, sin embargo, experimentó una tremenda sacudida, y quedóse fría. Así estuvo durante largo tiempo, sin poder moverse, hasta que, al fin, una voz que sonó debajo de su ventana la hizo reaccionar.

—¡Juana…! ¡Juana! —llamó suavemente Lassiter—. Todo va bien —continuó el jinete—. Venters ha podido escapar. Supuse que habíais oído los disparos y estaba con angustia.

—¿Qué ha sido…? ¿Quién ha disparado?

—Un tonto que trató de detener a Venters en la pradera, y… pereció… No he visto a ningún otro, y creo que no pasará nada más. Tengo ensillado a Campanilla y voy a seguir a Venters. No temáis, no me mostraré, a no ser que caiga en una emboscada y me necesite. Quiero saber dónde está ese valle de que nos ha hablado y si es un lugar tan seguro como dice. Dijo que nadie podría hallarle allí, pero yo todavía no conozco ningún lugar al que no me haya sido posible seguir a un hombre. Hacedme el favor, Juana, de permanecer dentro de casa mientras estoy fuera, y cuidad mucho de Fay. ¿Queréis?

—Sí, sí.

—Y otra cosa, Juana —continuó, para detenerse luego durante largo rato—. Si… si cuando vuelva no estáis aquí… Si os habéis marchado…, nada temáis… Yo sabré seguir vuestra pista… y encontraros.

—Querido Lassiter, ¿dónde puedo yo marcharme? —preguntó Juana con curiosidad.

—A alguna parte, ¡qué sé yo! Tal vez estéis encerrada en algún viejo granero…, presa en alguna quebrada… o encadenada en una cueva… Milly Erne lo estuvo hasta que cedió a todo. Quizás esta noticia sea nueva para vos… Bueno, si no os encuentro aquí, os seguiré, sea dónde fuere.

—No. Lassiter —repuso Juana con tristeza y en voz baja—; si no me encontráis aquí, olvidad a la desgraciada mujer cuyo ciego y egoísta engaño pagasteis con amor y bondad.

La joven oyó un juramento y luego el tintineo de las espuelas de Lassiter al

marcharse.

Juana empezó sus tareas de cada día con tristes presentimientos. Las nubes negras, las sombras, el húmedo viento del Oeste, todo presagiaba desastre. Blake se presentó sin su alegría acostumbrada y Jerd tenía aspecto de estar disgustado y cansado. Cuando apareció Judkins, su caballo venía cojeando, y se apeó quejándose de calambres en las piernas. Juana advirtió en la aturdida expresión de su rostro que una gran calamidad había sucedido.

—Señorita Withersteen, vengo a traeros una mala nueva… Se ha perdido el hatajo blanco —dijo Judkins roncamente.

—Ven, siéntate; estás rendido, por lo que veo —repuso Juana, solícita. Acto seguido le trajo *brandy* y comida. Mientras el vaquero comía y bebía, no le dirigió pregunta alguna.

—Nadie…, ningún jinete… hubiese podido hacer más, señorita —dijo Judkins a poco.

—Judkins, no te disgustes. Has hecho más que nadie. Hace tiempo que esperaba esto. No es, pues, ninguna sorpresa para mí. Te estoy muy agradecida por tus servicios.

—Señorita Withersteen, ya me figuraba que lo tomaríais así, valientemente; pero por eso mismo resulta más difícil traer estas nuevas. ¡Quisiera uno hacer tanto por vos…! Pero no hemos podido evitarlo. El ganado estaba inquieto todo este tiempo a causa de los mil ardides de que se han valido para asustarlo. Los animales enflaquecían; calculad lo que eso significa en esta época de hierba fresca y agua abundante. Estaban siempre agitados, apenas dormían, y, por último, no ha sido un ardid cualquiera lo que les ha hecho desbandarse, sino una nube de polvo natural que se levantó de pronto.

Todos mis jinetes, bravos muchachos, han expuesto la vida para salvar el hatajo, y tres de ellos la han perdido. Los hemos encontrado triturados por miles de pezuñas. Poco quedó de ellos para traerlo acá y enterrarlo. Todo eso sucedió ayer, señorita, y si los animales no se han precipitado en el Desfiladero, creo que aún seguirán corriendo.

Por la mañana del segundo día después de la llegada de Judkins (durante este tiempo permaneció Juana dentro de su casa, presa del dolor por los desgraciados muchachos que perecieron en su servicio, y temerosa de lo que podría sucederle a ella misma), oyó de nuevo lo que había echado de menos más de lo que se atrevía a confesarse a sí misma: el suave y tintineante paso de Lassiter. Inmediatamente sintió un gran alivio, una sensación de alegría que se compaginaba mal con las tristes horas que atravesaba, y que la aturdió porque se dio cuenta de lo mucho que Lassiter significaba para ella. Le había rogado que se alejase de Cottonwoods por él mismo, y quizá volvería a hacer lo propio si el poco valor que le restaba era suficiente para arrostrar el desamparo y la soledad; pero se dio ahora claramente cuenta de que, si la dejaba sola, su vida se convertiría en una larga y horrible pesadilla.

—¿Habéis podido seguir a Venters? ¿Encontrasteis aquel valle maravilloso? —le

preguntó ávidamente.

—Sí, y a fe que es un lugar como no hay otro.

—¿Está seguro allí?

—Eso es lo que me está preocupando. Yo seguí su pista, y una parte de ella es lo más difícil que he visto en mi vida. Acaso haya en esta región algún ladrón de ganado u otro rastreador que sea tan hábil como yo. Si es así, Venters no está seguro en aquel sitio.

—Contadme algo de él y de su maravilloso valle.

Con gran sorpresa de Juana, Lassiter mostróse reacio a hablar más de su excursión. Parecía muy fatigado, y además singularmente pensativo y triste. La joven atribuyó su cansancio a las ciento veinte millas que había recorrido en tres días, y su tristeza, a la desaparición del hatajo blanco y la precaria situación de ella como resultado de tantos desastres.

Pasaron varios días sin que sucediera nada de particular, y Juana volvió a sentir renacer su esperanza; hasta se atrevió a pasearse con la pequeña Fay por el bosque de álamos.

Una mañana alejóse hasta llegar a la linde de la pradera, que no había visto desde el comienzo de las lluvias y dónde ahora florecía la roja artemisa. Estuvo largo rato contemplando el hermoso espectáculo de la pradera en flor, viendo como el viento mecía las plantas. De pronto, una nube ocultó el sol, echando su sombra sobre la ondulada ladera.

Entonces, llena de tristes presagios, regresó a su casa, y apenas había penetrado en el corral cuando vio a Lassiter correr apresuradamente a su encuentro. Una mirada al rostro de su amigo la preparó para recibir el golpe.

Sin pronunciar palabra, Lassiter la condujo hacia la eminencia del terreno dónde se hallaban los establos.

—¡Mirad! —dijo, y señaló el suelo.

Juana miró, advirtiendo al poco rato ligeras manchas de sangre sobre el pétreo suelo, manchas que formaban un reguero, venían del establo y continuaban hacia la pradera.

—¿Qué significan estas manchas? —preguntó la joven.

—Alguien ha debido de arrastrar por aquí a hombres muertos o heridos para llevarlos hacia sus caballos, en la pradera.

—¿Hombres muertos o heridos?

—Tal creo, Juana. ¿Sois fuerte? ¿Podéis resistir un rudo golpe?

Sus manos la sostenían suavemente, y sus ojos… De pronto, ella no pudo seguir mirando a Lassiter.

—¿Si soy fuerte? —dijo, temblando—. ¡Sí, lo seré! El jinete la cogió más firmemente y la llevó hacia el establo.

—¿Dónde está Blake…? ¿Dónde está Jerd? —preguntó la joven vacilando.

—No sé dónde puede estar Jerd. Seguramente puso pies en polvorosa —contestó

Lassiter al trasponer la puerta—. Pero Blake…, ¡pobre Blake…! ¡Animo, Juana; estad preparada para lo que vais a ver!

A sus pies vio una pistola vacía y muchos casquillos diseminados por el suelo. Sintió un escalofrío; le zumbaron los oídos; sus ojos parecían querer salirse de las órbitas.

Sobre el suelo del establo yacía, cuan largo era, el pobre Blake, blanco, muerto, sujetando con una mano un revólver y cogiéndose con la otra la ensangrentada blusa.

—No sé quiénes habrán sido los ladrones, si gente vuestra o de Oldring…, pero Blake ha despachado a más de amo; eso sí que lo sé —dijo Lassiter.

—¿Ladrones, habéis dicho? —murmuró Juana.

—Sí. ¡Ladrones de caballos…! ¡Mirad!, —y señaló hacia los diferentes departamentos del establo.

Todos estaban vacíos. Ningún corcel piafaba allí para darle la bienvenida. Campanilla, Africano, Estrella Negra…, todos habían desaparecido.

# Capítulo XVI

Tal como Lassiter había comunicado a Juana, Venters llegó sano y salvo al apacible refugio del Valle de la Sorpresa después de un penoso viaje. Cuando por fin se tumbó cansado bajo los abetos, para reposar de la fatiga que le produjo el obligar a los burros a escalar con su carga la empinada entrada del valle, tuvo tiempo para pensar y, sobre todo, para lamentarse de no haber sido franco con su leal y buena amiga Juana Withersteen.

Disculpábase, sin embargo, con la idea de que, al verla de nuevo y enterarse de los detalles de su adversidad y del cambio que se había operado en ella, no tuvo corazón para revelarle lo sucedido con Bess. No mintió, habíase limitado a guardar silencio.

Bess manifestó francamente su gran alegría ante la enorme cantidad de provisiones y cosas que había traído de Cottonwoods. En efecto, Venters trajo cien veces más de lo que pensaba traer y, sin duda, tendrían suficiente para años, tal vez para poder permanecer siempre en el valle. El joven no vio ninguna razón para salir nuevamente.

Después de un día de descanso recobró las fuerzas y compartió con Bess el placer de examinar el sinnúmero de paquetes y de hacer proyectos para el porvenir. De este modo, todo (el viajé a Cottonwoods, el odio a Tull y la escena subsiguiente) fue borrándose poco a poco de su memoria.

Aquella misma tarde empezó a trabajar. Sólo una cosa impidióle comenzar acertadamente la tarea, aunque sin disminuir en nada su alegría, y era que, dada la multiplicidad de los trabajos proyectados para convertir el valle en un paraíso, no sabía qué convendría hacer primero. Había dado en la costumbre de pasar de una ensoñación agradable a otra, como una abeja va de flor en flor, y descubrió que el hábito de la divagación extendíase a su trabajo. Sin embargo, dio principio a la labor.

Desde el primer momento vio que Bess era, en algunos sentidos, una buena ayuda y, en otros, un gran estorbo. Su alegría era estímulo e inspiración para él, mas carecía de disposición práctica y pasaba de un plan a otro con asombrosas vacilaciones. Además, Venters creyó advertir que la joven se volvía cada vez más adorable; notó que era más fácil contemplarla y escuchar su alegre charla que trabajar. De aquí que le diera tareas que la obligasen a ir con frecuencia a la cueva dónde habían guardado las provisiones.

En ocasión de una de estas idas, y hallándose Venters a regular distancia del campamento, oyó de pronto un fuerte grito y el ladrido de sus perros.

El joven se irguió asombrado, jamás pensó que Bess pudiera correr peligro. Seguramente habría visto una víbora o algún gato montés, aunque nunca se asustaba de ningún animal; además, el que los perros ladrasen era de mal agüero. Venters dejó su trabajo y corrió velozmente hacia el campamento; al trasponer un grupo de tiemblos, vio en él a un hombre. El joven se maldijo por haber dejado las armas

estúpidamente en la cueva, y ya se precipitaba hacia ella para cogerlas cuando reconoció en el extraño a su amigo Lassiter. Dejó de correr y trató de hacer advertir su presencia, mas la sorpresa que experimentaba atóle la lengua; cuando llegó al campamento vio que Lassiter contemplaba el pálido rostro de la pobre Bess. Los perros estaban quietos porque habían reconocido al jinete.

—¡Hola, Venters! He venido a haceros una visita —dijo Lassiter lentamente—. Y estoy un poco asombrado al ver que tenéis aquí a… un joven amigo.

Una mirada había bastado al jinete para descubrir el verdadero sexo de Bess, y por primera vez perdió la serenidad y la calma. Miró a Bess hasta que el blanco rostro de la joven cubrióse de carmín.

—¡Cielos, Lassiter!… —dijo jadeante Venters—. ¡En nombre de… de… todo lo maravilloso…! ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Pues rastreando. Nosotros…, yo quise saber si, en efecto, estabais en un lugar seguro, y seguí vuestra pista.

—¿Qué habéis seguido mi pista? —exclamo Venters.

—Eso es, y ¡cuidado si fue difícil al llegar a aquellas rocas lisas! Tardé un día en descubrir que subisteis por aquellos pequeños escalones. El resto ha sido fácil.

—¿Dónde está vuestro caballo? Supongo que lo habréis escondido…

—Lo dejé atado a uno de aquellos extraños cedros que hay en la parte superior de la pendiente. No se le puede ver desde el valle.

—Menos mal. ¡Bueno, bueno! Estoy completamente aturdido. Creí que nadie podría seguir mis huellas.

—No es fácil, pero si hay en este país otro rastreador tan bueno como yo, sabrá hallaros igualmente.

—¡Malo, malo! Ya no estaré tranquilo. Pero, en fin, Lassiter, ya que estáis aquí, no puedo menos de expresar mi alegría al veros… Mi compañero no es un muchacho, sino una señorita… Bess, os presento a un amigo mío. Me salvó una vez la vida.

La turbación del momento no se comunicó a Lassiter. Su comportamiento al estrechar la mano de Bess alivió a Venters y devolvió la tranquilidad a la muchacha. Después de las palabras de Venters y con una rápida mirada a Lassiter, calmóse su emoción y, aunque mostrábase tímida, no dio a entender que la situación podía tener algo de extraordinario.

—Quisiera quedarme un rato aquí —dijo Lassiter—, y si no os molesta, dadme de comer, porque tengo hambre. Me llevé unas galletas de Cottonwoods, pero ya se me han acabado. Venters, este lugar es lo más maravilloso que he visto. ¡Y aquellos peldaños en la roca!

¡Aquella garganta! Subir aquella garganta y penetrar en este valle es como atravesar el infierno para llegar al cielo. Hay una roca muy extraña al final del pasaje, pero no he tenido tiempo de entretenerme en examinarla. ¿Cómo habéis encontrado este lugar?

Mientras, Bess y Venters preparaban la comida, y durante ésta, Lassiter limitóse a

escuchar lo que ellos decían; sólo de vez en cuando pronunciaba alguna palabra.

Venters observó que el jinete mostraba un interés creciente por la joven. No le dirigía ninguna pregunta; sólo, la contemplaba cuando ella hallábase ocupada y no podía ver que era objeto de su atención. Parecíale a Venters que Lassiter estaba cada vez más absorto observando a Bess, y que su habitual frialdad convertíase en, extraña y cariñosa simpatía. Luego se levantó de pronto, y anunció que se veía obligado a partir temprano. Despidióse de Bess con palabras afectuosas y voz un poco quebrada, volviéndose apresuradamente. Venters le acompañó, y llegaron al puente de piedra sin haber hablado. Allí Lassiter puso la mano en el hombro de Venters y le clavó la mirada de sus penetrantes y grises ojos.

—¡Lassiter, no me fue posible decir nada a Juana! No tuve valor —exclamó el joven adivinando el pensamiento de su amigo—. Quise hacerlo, pero no pude. Ella no lo comprendería y bastantes sinsabores tiene ya… ¡Amo a esa joven que habéis visto!

—Venters, estoy un poco asombrado, ¿a qué negarlo?… Y eso que he presenciado cosas muy extrañas en mi vida. ¿Quién es esa muchacha?

—No lo sé.

—¿Qué no lo sabéis? ¿Qué es, entonces?

—Tampoco lo sé. Es el caso más fantástico que se puede contar. Os lo referiré, es preciso, pero estoy seguro de que no me vais a creer.

—Las mujeres siempre han sido un enigma para mí. Pero, a pesar de todo, si esa muchacha no es una niña, o tan inocente como una niña, no soy digno de hablar de la virtud o de la bondad de ninguna persona. ¿Vais a respetarla?

—Sí, y que Dios sea testigo de mi afirmación.

—Así lo creo. Acaso he hecho mal en preguntároslo, pero ¡por los clavos de Cristo!, esa joven es una mujer hecha y derecha, aunque no tenga muchos años, y es más dulce que la artemisa de la pradera.

—Lo sé, Lassiter, lo sé. Y mi mayor tortura consiste en que, a pesar de su aparente inocencia y de su encanto…, esa joven no es lo que parece, pero…

—La verdad, yo no quisiera… No, no puedo creer que mintáis, Venters —dijo el jinete—, pero…

—Es más, ella era el Jinete Enmascarado de Oldring.

Aunque Venters contaba con el asombro qué su afirmación iba a producir a su amigo, nunca hubiera supuesto la tremenda impresión que le causo. Durante un instante se quedó sorprendido al ver al jinete como atontado; más luego, el anhelo que sentía por franquearse con él, para contarle la maravillosa historia, excluyó cualquier otro pensamiento.

—Contadme eso, muchacho —rogó Lassiter, a poco, sentándose sobre una piedra y secándose el sudor de la frente.

Venters empezó el relato desde el momento en que mató de un tiro a uno de los bandidos e hirió de otro al jinete Enmascarado de Oldring, y rápida y ávidamente le contó todo lo que sucedió después, sin ocultar siquiera la confesión de amor de Bess

ni sus propias emociones.

—Ya lo sabéis todo —dijo al terminar—. Yo la amo, aunque no se lo he dicho. Si se lo dijera, habría de estar dispuesto a casarme con ella inmediatamente y eso no es posible en este país. Tengo miedo de llevarla a cualquier parte; por eso pienso hacerle todo el bien que pueda sin salir de aquí.

—Cuanto más tiempo vivo, más extraña encuentro la vida —musitó Lassiter con los ojos bajos—. Recuerdo ahora algo que dijisteis una vez a Juana sobre el influjo de unas manos en su destino. Ahí tenemos esa mano oculta del poder, y la negra de Tull, y la mía, que es roja, y la vuestra, que es como si dijésemos neutra, y la manita de esa joven tan desamparada. También existe, Venters, esa otra mano maravillosa y omnipotente, y ésa, ésa es la que guía los destinos de Juana Withersteen… Vuestro relato es capaz de aturdir al más inteligente. No podría aconsejaron aunque me lo pidierais. Acaso os pueda ayudar. Veré a Oldring cuando vaya al pueblo y le interrogaré acerca de la muchacha. Conocí al viejo ladrón hace años y seguramente me recordará.

—Lassiter, si encuentro alguna vez a Oldring lo mataré —gritó Venters con repentino ardor.

—Me parecería absolutamente natural —repuso el jinete.

—Hacedle creer que Bess ha muerto…, como muerta está, en efecto, para él y para la vida que ella llevó.

—Así lo haré; serenaos ahora. Si habéis de «sacar» vuestras pistolas contra Tull y Oldring, necesitáis mucha serenidad. Aunque creo que lo mejor que podéis hacer es quedaros aquí. Bueno, ahora debo irme.

—Lassiter, ¿verdad que no diréis a Juana nada de Bess?

—Nada diré, aunque, bien mirado, no tendría inconveniente en apostar que Juana, pasado el primer furor, pues se pondría muy furiosa, amigo Venters, os tendría sin duda en mejor concepto. Yo, por mi parte, no vacilaré en asegurar que sois todo un hombre.

Hablando así, llegaron a la Roca Movediza, que Lassiter examinó, escuchando las explicaciones de Venters acerca de su origen y objeto. Lassiter apoyó fuertemente la mano en la roca para ver si efectivamente se movía.

—¡Por Dios! —gritó Venters—. No lo hagáis. Yo la empujé una vez y aún me dura el susto.

—¡Pardiez! Pues sí que sois nervioso —repuso Lassiter—. Yo siempre he tenido grandes deseos de hacer rodar las piedras. Ya de niño hacía rodar las que encontraba, y, a medida que iba creciendo me atrevía con piedras de mayor tamaño. ¿Verdad que es curioso? Aun ahora me apeo muchas veces del caballo para tirar una piedra grande por el borde de algún precipicio y escuchar el estruendo que produce al caer. ¡Me está tentando esta roca! ¡De buena gana le daba un empujón! ¡Qué espectáculo verla rodar y escuchar el ruido infernal que su caída produciría!

—No os lo aconsejo, porque cerraríais para siempre la salida de este valle —

observó Venters—. Y ahora, adiós, Lassiter. Guardadme el secreto y no me olvidéis. Os recomiendo mucho cuidado al atravesar la hondonada. La madriguera de los bandidos está a tres millas de distancia solamente. Ahora que habéis logrado descubrir mi refugio, ya no podré estar tranquilo.

Al volver Venters hacia el campamento, emocionado aún por el relato de sus aventuras, se iba serenando poco a poco, y ponderó la inseguridad de su estancia en el valle. Lo que Lassiter había hecho podría hacerlo otro rastreador hábil. Y si bien entre los jinetes de la pradera no conocía a ninguno capaz de ello, no era desatinado presumir que entre los hombres de Oldring hubiese alguno que igualase a Lassiter. Cuanto más pensaba en tal posibilidad, más se turbaba.

La visita del jinete tuvo, además, un efecto inquietante para Bess, y Venters se imaginó que la joven abrigaba los mismos temores que el acerca de su seguridad.

Aquel día no trabajaron más. Tristes y callados contemplaron la puesta del sol, el crepúsculo, al que siguió pronto la noche, iluminada tan sólo por las llamas de la hoguera, hasta que también éstas se apagaron. Venters no sabía explicarse exactamente la causa de la sutil metamorfosis que advertía a su alrededor y confió en que al día siguiente quedaría desvanecida la duda y la intranquilidad.

Mas no fue así. Bess cayó, además, en un estado de tristeza que no había sentido desde su convalecencia. Trató de animarla, pero fracasó, y ello fue motivo de que aumentara también el mal humor en él. Dedicóse afanosamente al trabajo, que, en cierto modo, fue un lenitivo para su malestar; sin embargo, al llegar la noche embargábale de nuevo la intranquilidad. Después empezó a reflexionar seriamente y se convenció, no sin cierta sorpresa, de que era preciso alejarse del Valle y llevarse a Bess. Como jinete de la pradera habíase aventurado muchas veces, y al recorrer ciertas partes del Desfiladero de la Decepción había arriesgado la vida sin vacilar nunca. Mas ahora no podía exponer la seguridad y la dicha de Bess al azar, y tampoco podía ignorar este azar. Por otra parte, era doloroso tener que alejarse del hermoso valle precisamente cuando contaba con medios para vivir siempre en él. Como un relámpago cruzó por su mente la idea de cerrar la salida, y, por lo tanto, la entrada del valle, haciendo rodar la Roca Movediza; mas al punto apretó los dientes.

—¡La bestia que hay en mí me sugiere semejante canallada! —murmuró—. ¡Imposible, imposible! He jurado respetarla, y lo cumpliré aunque me cueste la vida.

Pasó otro día, durante el cual el joven trabajó menos aún y se entregó más a sus cavilaciones, vigilando secretamente a Bess. Ésta mostrábase cada vez mas taciturna y pensativa y, por fin, Venters se decidió a hablar para despejar la situación.

—Bess, ¿qué os pasa? —preguntó.

—Nada —respondió ella desviando la vista.

Venters la cogió por los hombros y la obligó a mirarle a los ojos.

—Mirándome así no podéis mentirme —dijo—. Decidme: ¿qué os pasa? Estáis ocultándome algo. Bueno, pues yo también tengo un secreto y quiero revelároslo.

—¡Pues sí, tengo un secreto! Anhelaba decíroslo cuando volvisteis; por eso me

mostré tan alocada, porque me divertía poderos hacer una revelación. Mas cuando vino Lassiter se me ocurrió una idea y entonces cambié de opinión; ya no me parecía bien revelaros el secreto.

—¿Vais a decírmelo ahora?

—Sí… sí. Ya he estado a punto de hablar. Ayer quise decíroslo, pero os mostrabais tan frío, que me dio miedo. No hubiera podido guardarlo mucho tiempo más.

—Bueno, misteriosa señora, contadme vuestro maravilloso secreto.

—No, no os riáis —replicó ella animándose un poco—. En menos de un segundo puedo hacer que dejéis de reír.

—¡Acepto el reto!

Bess se fue corriendo a la cueva y volvió a poco llevando un bulto que debía ser muy pesado. Cuando se aproximó, Venters se dio cuenta de que aquélla a que Bess daba tanta importancia estaba envuelto en la faja negra que tan bien recordaba, y eso contribuyó a aumentar más su curiosidad.

—¿Tenéis idea de lo que hice durante vuestra ausencia?

—Me imagino que estaríais intranquila, paseando y mirando hacia la entrada del valle —replicó Venters sonriendo.

—Os equivocáis. Trabajé. ¡Mirad mis manos!

Se dejó caer de rodillas junto al sitio dónde Venters estaba sentado y, dejando el paquete cuidadosamente en el suelo, le mostró las manos. Las palmas y la parte inferior de los dedos estaban blancas y rugosas.

—¡Ah, vamos! ¡Habéis estado jugando con el agua! ¿No es eso?

—¿Jugando? ¡Mirad! —Con hábiles dedos desató la faja y descubrió al reluciente sol un rutilante montón de oro.

—¡Oro! —exclamó Venters, aturdido.

—¡Sí, oro! Mirad, muchas libras de oro. Lo encontré… Lo saqué del riachuelo lavando la arena aurífera, grano por grano, pepita por pepita.

—¡Oro! —exclamó de nuevo Venters.

—Sí, y ahora… ¡reíos de mi secreto!

El joven estuvo mirando el precioso metal durante largo rato. Luego tendió una mano para ver si era realmente oro.

—¡Oro!, —esta vez su exclamación fue un grito—. Bess, aquí hay miles de dólares en oro. Se inclinó hacia ella y le cogió las manos.

—¿Hay más oro en el lugar dónde sacasteis esto? —preguntó en voz baja.

—Mucho. Todo el riachuelo contiene arena aurífera.

Como sabéis, he lavado con frecuencia oro allí, en… Además, he escuchado lo que decían los hombres. Tal vez no sea muy grande la cantidad que se puede extraer aquí, pero sí el suficiente para que… vos podáis reunir una fortuna.

—¿Éste era vuestro secreto?

—Sí. Odio el oro porque enloquece a los hombres. Los he visto saltar locamente,

ebrios de alegría; echarse al suelo revolcándose. Los he oído blasfemar y bramar furiosamente. Los he visto luchar como bestias por la posesión del oro… y también los he visto matarse por él.

—¿Por eso no queríais decírmelo?

—No…, no sólo por eso —Bess bajó la cabeza—. Era porque sabía que, después de encontrar el oro, no permaneceríais mucho tiempo en el valle.

—¿Tuvisteis miedo de que os abandonara?

—Sí.

—¡Escuchadme!… ¡Cuán niña sois! A mí me torturaba mi secreto más que a vos el vuestro… Yo tenía la firme convicción de que era preciso marchar de este valle, pero no se me ocurría cómo podríamos salir de él y de este país. Soy pobre, y porque se necesita dinero para alejarnos del estado de Utah guardé silencio. No podemos cabalgar siempre y vivir en otros lugares como éste. Así es que, sabiendo que era necesario salir de aquí, me atormentaba la idea de cómo lograrlo. Pero ¡ahora!… ¡Ahora tenemos oro! Y una vez dejemos atrás Sterling, estaremos a salvo, y ya nada tendremos que temer de esos bandidos. ¡Oh, Bess!

¿Cómo pudisteis creer que os iba a abandonar? Vos me habéis hecho amar otra vez la vida. Os sacaré de aquí, os llevaré lejos de este salvaje país. Vais a empezar una vida nueva. Seréis feliz, veréis ciudades, el mar, buques, otras gentes. Tendréis cuanto vuestro corazón pueda desear. ¡Niña de los ojos tristes, dejad vuestros temores! ¡Os amo! ¿No lo sabíais? ¿Cómo pudisteis ignorarlo? ¡Te amo, Bess! Y soy un hombre libre. Ya no soy un mendigo, gracias a ti… Bésame, Bess, porque te quiero. ¡Dejarte yo aquí sola! ¡Pobre palomita mía, infeliz, yo te haré dichosa! ¿Qué me importa tu pasado? ¡Te amo y basta! Te llevaré a mi casa de Illinois…, te llevaré a mi madre, y después iremos a otros sitios, para que veas cuán bello es el mundo. ¡Oh, yo sé que tú me amas, lo sabía antes de que me lo confesaras! Y tu amor ha cambiado mi vida. Vendrás conmigo no cual mi compañera, como aquí en el valle, ni como hermana mía…, no, Bess querida… ¡Cómo mi mujer!

# Capítulo XVII

Al fin adoptó la dichosa pareja el plan de que Venters volviese al pueblo, comprase allí un buen caballo y otro vestido para Bess que no fuera tan extravagante como el que llevaba, y regresara rápidamente al valle. Ella, entre tanto, seguiría aumentando el caudal de oro, y luego los dos se pondrían en camino (un camino erizado de peligros) para salir del Estado de Utah. En el caso de que no fuera posible obtener otro caballo, pensaban montar los dos sobre Camorra, y no se llevarían más que el oro, dos mantas y las armas de Venters.

—Estoy enamorada de este hermoso valle —dijo Bess—. Duele tener que dejarlo.

—Sí que duele… ¡Ya lo creo! —replicó Venters—. Acaso…, transcurridos algunos años… —pero no expresó en palabras la idea de que fuera posible volver después de varios años de ausencia.

De nuevo despidióse Venters de Bess bajo la sombra de la Roca Movediza, mas ahora con la dulce esperanza de un porvenir dichoso. Mucho tiempo después de dejarla sentía aún la dulzura de sus besos y de sus abrazos. La muchacha que tristemente se llamara una mujer sin nombre habíase transformado maravillosamente desde que le confesó su amor. Era muy agradable para Venters pensar que su cariño había sido capaz de transformarla, pero en aquellos instantes no podía entregarse a tan dulces pensamientos, puesto que los peligros del terreno requerían toda su atención.

Habíase llevado únicamente el rifle, el revólver y una pequeña cantidad de pan y carne, y de este modo pudo avanzar con rapidez. Ya era de noche cuando llegó a su antiguo escondrijo en la mella del cañón, y con la ayuda de la claridad estelar atravesó el bosque que cerraba la entrada.

En el centro del pequeño llano vio a Camorra, cuya silueta aumentaba de dimensiones a la débil luz. Venters silbó suavemente y, acercándose poco a poco, le llamó. El caballo respondió con un resoplido y desapareció en la oscuridad. «Más salvaje que nunca», murmuró Venters, y siguió al caballo hasta el fondo de la mella; pero a causa de las tinieblas allí reinantes tuvo que desistir. Suponiendo que sería inútil querer cazar a Camorra durante la noche, el joven se encaminó hacia un saliente de la roca bajo el cual había escondido la silla y una manta y se tumbó a dormir.

Con la primera luz del nuevo día, se levantó y tan pronto como hubo claridad suficiente para distinguir todos los objetos, cogió el lazo y se fue a cazar el caballo. Lo descubrió cerca del bosque de la entrada y acercóse disimuladamente. Camorra pareció reconocerle, pero no quería estar quieto. Corrió hacia el pradillo que había en el fondo de la mella, lo que favoreció el deseo de Venters. Pudo acercarse unos veinte metros y, a esta distancia, el caballo echó nuevamente a correr hacia el bosque, para lo cual tuvo que pasar casi junto al joven, que le echó el lazo en el momento preciso. Tuvo Venters tiempo para afianzarse y resistir el choque, pero, a pesar de ello, el animal le hizo caer y lo arrastró varios metros antes de detenerse.

—¡Qué endemoniado eres! —exclamó, atrayéndolo poco a poco—. ¿Es que no me conoces? ¡Vamos, ven!… Así…, así…

Camorra cedió a la presión del lazo y, luego, a la fuerte mano de Venters. Dejóse ensillar y embridar, pero se mostró en extremo sensitivo, temblando al menor ruido y contacto. El joven lo llevó, cogido de la brida, al bosque, y le abrió paso para que saliese al cañón. Una rápida ojeada le dio la seguridad de que, como siempre, no había nadie en aquel barranco. Luego montó y se encaminó hacia el Sur.

Corriendo a medio galope, Camorra ganaba rápidamente terreno. Su paso era casi el doble del de un caballo ordinario, y su resistencia era igualmente notable. Sin embargo, teniendo el jinete muchos motivos ahora para no fatigar demasiado al caballo, no cabalgó con la acostumbrada velocidad. Al llegar al último manantial del Desfiladero se apeó para pasar allí la noche. Calculaba que le faltaban unas cincuenta millas para llegar a Cottonwoods, y no tenía prisa.

A la mañana siguiente, muy temprano, continuó su camino, y a media tarde llegó a la estrecha hondonada en que terminaba el Desfiladero por la parte sur, a través de la cual subía la senda que llevaba al nivel de la pradera, vio en el polvoriento suelo las huellas de Lassiter, de nadie más, y, desmontando, cogió a Camorra de la brida y empezó a ascender. La corta pero empinada subida, más dura para el animal que para el hombre, requirió un descanso en el punto dónde comenzaba la pradera, y durante aquel momento, Venters oteó la amplia llanura ascendiente de la pradera roja.

Camorra no hacía más que resoplar para expresar su satisfacción por hallarse de nuevo entre la artemisa. Montando otra vez, Venters llevó el caballo por la blanca senda, dándole de cara a la fragante brisa. Acaso habría recorrido un par de millas cuando Camorra se detuvo de pronto.

—¿Qué pasa, viejo camarada? —exclamó et joven, inclinándose a uno y otro lado, por si la causa de la súbita detención fuera una herradura suelta o una serpiente. Al ver que no obedecía a ninguno de estos motivos, se irguió otra vez y escudriñó la pradera. A bastante distancia vio bajar la suave pendiente a un grupo de jinetes envueltos en una nube de polvo.

—¿Quiénes podrán ser? —se preguntó.

No estaba dispuesto a huir, a pesar de que, tras breve e reflexión, se dijo que, fueran quienes fuesen, no podían ser amigos. Apeóse rápidamente y llevó a Camorra detrás de un alto arbusto de artemisa, el cual le serviría por lo menos para que los jinetes se aproximasen sin verle a él, hasta conocer quienes eran; después, tenía poca importancia para el joven el que le descubriesen.

Examinó su rifle y se convenció de que estaba en buen orden. Luego siguió escudriñando y, al mismo tiempo, sintióse invadido por súbita fiereza, pronto a estallar en llama viva. Aquellos hombres eran bandidos y no jinetes de la pradera. Avanzaban en compacto grupo, tan juntos, que no era posible contarlos. Era raro que los caballos no advirtiesen la presencia de Camorra, y Venters lo atribuyó a la velocidad con que avanzaban. Corrían tanto, que el joven temió que se abalanzasen

sobre el antes de tener tiempo de ver quienes eran. Por lo cual, cuando aún estaban a unos trescientos metros de distancia, sacó deliberadamente a Camorra de detrás del arbusto y lo plantó en medio del camino.

Entonces oyó gritos y resbalar de cascos al detenerse los caballos súbitamente, y vio que los jinetes trataban de cambiar de rumbo. Pequeñas manchas de humo blanco destacáronse sobre el fondo oscuro de los jinetes y caballos, sonando en seguida varias detonaciones. No muy lejos del sitio en que se hallaba Venters hicieron blanco en el suelo varias balas, levantando nubecillas de polvo. La distancia era demasiado grande para que pudiesen alcanzarlo con disparos de pistolas, pero, tanto si los tiros iban en serio como s: sólo estaban destinados a advertirle que no debía avanzar, bastaron para que ardiese la llama del feroz odio que estaba latente en Venters. Pasó el brazo por el lado de la brida para que Camorra no se escapase, alzó el rifle y apretó dos veces el gatillo.

Vio al primer jinete inclinarse a un lado y caer, vio a otro dar un brinco en la silla, con un gesto de dolor. Después Camorra, asustado por las detonaciones, saltó y casi hizo caer a Venters. Con un fuerte tirón de su poderoso brazo obligó el joven al caballo a detenerse y lo montó de un salto. Luego, apretando los maxilares, miró hacia los jinetes para ver qué partido tomaban.

Los bandidos habíanse escampado para ofrecer menos blanco a las balas, pero no huían; al contrario, enfrentáronse con él, apercibidas las armas. Oyó una fuerte detonación, y en el preciso instante en que Camorra daba otro salto, oyó silbar una bala, que no le hirió por el movimiento del animal. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Venters y, rabioso, apuntó al jinete que llevaba la carabina y lo mató de un tiro certero. Camorra dio un fuerte resoplido y se lanzó a la carrera. El joven le dejó correr unos veinte metros y lo detuvo con brazo férreo.

Quedaban cinco enemigos, seguramente bandidos todos. Uno de ellos se apeó para apoderarse de la carabina de su compañero muerto. Un tiro de Venters, que no dio en el blanco pero que le envolvió en una nube de polvo, obligó al hombre a volverse rápidamente a su caballo. Luego se separaron. El jinete herido tomó un camino; el que quiso coger la carabina, otro, y Venters creyó ver que un tercer jinete, que llevaba un bulto de extraño aspecto, desaparecía también en la pradera. La rapidez de la acción le impidió ver con exactitud de lo que se trataba. Los dos restantes jinetes, que, en total, llevaban tres caballos, uno de ellos a la zaga, dirigiéronse hacia la derecha. Temiendo al rifle de largo alcance, un arma pesada que ni los bandidos ni los jinetes solían llevar nunca, veíanse obligados a poner distancia entre ellos y aquel tirador.

De pronto advirtió Venters que uno de los dos montaba a Campanilla, el caballo de Juana Withersteen, el brioso y rápido corcel que ella había regalado a Lassiter. Venters dio un grito salvaje. Luego notó cierto aire familiar en la pequeña y estrambótica figura del segundo jinete, que parecía una rana en la silla y que, sin embargo, montaba con inimitable gracia y habilidad, cosas ambas tan incongruentes

con su figura.

—¡Jerry Card! —gritó Venters.

En efecto, era el lugarteniente de Tull y, al reconocerlo, el furor de Venters subió de punto. Miró más atentamente a su encarnizado enemigo.

—¡Es Jerry Card! —volvió a exclamar—. ¡Va montado en Estrella Negra y lleva detrás a Africano!

Su cólera no conoció límites. Apretó las espuelas y mientras el caballo aumentaba gradualmente la velocidad, el joven llenó de nuevo la cámara de su rifle. Card y su compañero estaban a cosa de media milla o poco más de distancia, cabalgando ligeros por la parte baja de la pendiente. Venters observó el suave paso y comprendió su significación; hizo galopar a Camorra fuera de la pradera para entrar en ancho camino de ganado que el continuo pisar de los animales bovinos había convertido al cabo de los años en una verdadera carretera de duro y liso suelo. Venters vio que Jerry volvía la cabeza para mirarle y que el otro jinete hacía lo mismo. Luego, los tres corceles robados alargaron el paso de modo que el medio galope podía convertirse al instante en galope tendido.

—¡Camorra! Ya tenemos la apetecida carrera —dijo Venters ásperamente—. Haremos lo mismo que ellos, iremos a medio galope mientras vayan al mismo paso, a galope si galopan, y correremos de verdad cuando ellos lo hagan también. Que sean ellos los que marquen el paso.

Venters sabía que montaba el caballo más fuerte, resistente y veloz que pudiese montar jinete alguno de aquellas altiplanicies de Utah. Recordando la sincera afirmación de Juana acerca de la superioridad de sus negros corceles sobre Camorra, se alegró el joven de que ella no estuviese presente, pues de ser así, tendría que sufrir el mayor desengaño de su vida. Pasado el primer momento de furia, recobró el joven la serenidad. Era el suyo un humor siniestro, completamente extraño a su modo de ser, engendrado, sostenido y avivado por las furiosas pasiones de hombres semisalvajes en un país selvático. La fuerza en él, la madurez de sus sentimientos, que no eran odio, pero sí algo tan inexorable como el odio, pudo haber sido la fiera fruición de toda una vida de anhelada venganza. Nada hubiera podido detenerlo.

El jinete reflexionó y planeó astutamente cómo había de ser la carrera. El bandido que montaba a Campanilla rezagaríase seguramente y desaparecería en la altiplanicie. Lo que pudiese hacer éste, poco le importaba a Venters. Detener a Jerry Card, acabar su maldita carrera de crímenes lo mismo que aquella huída, era lo único que tenía importancia para él. El camino del ganado extendíase en interminables millas, descendiendo con suavidad por la pendiente. No había en toda la extensión del camino y la pradera ningún jinete, ningún bandido que pudiera socorrer a Jerry Card. La única salvación de éste consistía en abandonar los caballos robados e internarse en la pradera de artemisa para esconderse. En una carrera de diez millas, Camorra rendiría a Estrella Negra y a Africano, y en quince millas los reventaría. De aquí que Venters contuviera a su corcel, porque una carrera que ganase en extensión lo que

perdiese en intensidad podría salvar a los negros caballos.

Durante las pocas millas que Camorra corría a medio galope habíase aproximado visiblemente a los tres que iban delante. Jerry volvióse otra vez, y al ver la distancia ganada por Camorra, puso a Estrella Negra al galope. Africano y Campanilla hicieron lo mismo.

Venters aflojó la rienda y permitió que Camorra galopase también. El corcel veía los caballos que iban delante y deseaba correr para alcanzarlos, pero Venters frenaba siempre un poco. Durante el galope ganó aún más que antes, cuando sólo corrían a medio galope. Poco a poco iba aproximándose Camorra, hasta que sólo les separaba un cuarto de milla de distancia.

Jerry Card volvióse de nuevo, y esta vez miró con más detención. Venters se echó a reír. Sabía lo que pasaba en la mente de Card. El jinete esforzábase por averiguar qué caballo era el que así aventajaba a los «pura sangre» de Juana Withersteen, que, según todos creían, no tenían rival. Camorra había estado ausente del pueblo durante tanto tiempo, que, probablemente, Jerry ya no pensaba en él.

Después de mirar atentamente, Jerry Card hizo que su compañero mirase también hacia atrás, para ver quién era su enemigo y qué caballo montaba. Esto divirtió mucho a Venters, pues era señal segura de que ni Card ni su compañero habíanse dado cuenta del peligro que les amenazaba. Y, sin embargo, de continuar por aquel camino (que tan sólo dejarían en último lugar), ambos estaban destinados a morir.

El compañero de Card le contempló con mayor atención, y hasta se puso la mano como pantalla para resguardar los ojos del sol. Luego, con un movimiento repentino, siguió cabalgando y empezó a bajar y a subir rápidamente el brazo derecho. Venters comprendió en seguida que estaba dando latigazos a Campanilla. Jerry también mostró mayor actividad. Y los tres caballos empezaron la verdadera carrera.

Venters puso las riendas sobre el cuello de Camorra y colocó la lazada sobre la perilla. El corcel no necesitaba ser guiado por aquel camino liso. Su paso era mucho más seguro que el de cualquier otro, y corría endiabladamente. No estaría poseído del espíritu de venganza que animaba a Venters, pero su aspecto salvaje cuadraba con el humor de su jinete. Venters se inclinó hacia delante, moviéndose a compás del caballo, con el rifle asido fuertemente. Sus ojos medían la distancia entre él y Jerry.

En menos de dos millas de carrera, Campanilla empezó a ir a la zaga de sus compañeros, y Camorra iba alcanzándolo. Venters supuso que su jinete entraría pronto en la pradera, mas no lo hizo. Acaso pensaba que aquel poderoso caballo que le perseguía daríale aún más fácilmente alcance en la pradera que en el camino liso. Pronto les separaron tan sólo unos doscientos metros. El jinete que montaba Campanilla se volvió y empezó a disparar, levantando nubes de polvo en el camino, delante de Venters. Éste levantó el rifle para apretar el gatillo en el momento en que Campanilla no estuviera en la misma línea de los corceles negros que corrían delante; de ningún modo quería herirlos por equivocación. Proponíase el joven matar a aquellos dos hombres como si fuesen despreciables coyotes, pero no quería herir a los

amados «pura sangre» de Juana Withersteen.

Por fin Campanilla corría un poco más a la izquierda y Venters apuntó, empezando a disparar sobre el bandido. Éste presentaba un considerable blanco para un rifle, pero avanzaba su caballo tan veloz y movíase él tanto en la silla, que no era fácil darle. Además, disparar desde el lomo de Camorra era muy difícil, y añadíase a ello el peligro de que el tiro fuese bajo y diese al caballo en lugar de tumbar al jinete. Sin embargo, a pesar de tales circunstancias, que hacían el blanco en extremo difícil, la confianza de Venters, lo mismo que su inexorabilidad, vio el pronto y fatal término de la carrera del bandido. Éste, al sexto disparo, levantó los brazos y cayó pesadamente del caballo; permaneció un momento quieto y, luego, se arrastró hacia la pradera. Cuando Venters pasó como una exhalación por aquel sitio, quiso fijarse, pero no lo vio. Campanilla siguió corriendo durante algunos centenares de metros y se detuvo precisamente en el momento en que Camorra pasaba por su lado.

Otra vez llenó Venters la cámara de su rifle con nuevas balas, y su mano era tan serena y segura que no perdió una sola. Con sus perspicaces ojos de jinete y su juicio de tirador midió nuevamente la distancia entre él y Jerry Card. Camorra había ganado ventaja y Card se hallaba va al alcance del rifle. Pero el joven no disparó, aunque le costó un gran esfuerzo dominarse; se dijo que era preciso esperar aún. Jerry, suponiendo que sería objeto de un vivo tiroteo, habíase acurrucado sobre Estrella Negra, tanto que apenas se le veía; mas cuando se dio cuenta de que no disparaban, seguramente para no herir a los corceles, colocóse nuevamente en su posición natural.

Tanto Jerry Card como Venters pensaron que en aquel momento empezaba la verdadera carrera.

Venters se inclinó hacia delante para acariciar el cuello del caballo, y luego hacia atrás para hacer lo mismo con los flancos. Advirtió como debajo de la recia pelambre vibraba maravillosamente la fuerte musculatura del animal, pero la carne estaba fresca aún a ¡Qué animal tan sereno!, pensó el joven, y sintió un gran cariño por él, como no lo había sentido por ningún otro. A pesar de la sed de venganza que le animaba, estaba orgulloso de montar aquel soberbio bruto, que corría veloz como el viento y no mostraba fatiga alguna.

Por centésima vez midió la distancia que le separaba de Jerry Card. Camorra había cesado de ganar terreno a los corceles negros, que estaban dando buena prueba de su velocidad. Venters observó a Jerry Card admirando el supremo arte que desarrollaba. Advirtió que él o los caballos habían cambiado de posición. El joven recordaba positivamente que Jerry llevaba a Africano a la derecha y ahora estaba a la izquierda. Mas no…, era Estrella Negra el que iba a la izquierda y… ¿no montaba Jerry desde el principio a Estrella Negra?

¿Cómo era posible que ahora montase a Africano y que el otro corcel corriera libre junto a él?

—¡Ha saltado de un caballo a otro! —exclamó Venters, admirado de la asombrosa hazaña—. ¡Cambiar de caballo a toda velocidad! Para creerlo he de ver antes cómo lo

hace.

Venters no le quitó ojo al pequeño jinete. Jerry Card montaba como sólo él sabía hacerlo. De todos los atrevidos jinetes de aquellas altiplanicies, Jerry era el único capaz de sacar todo el partido de los corceles negros en una larga carrera. Manteníalos en vertiginosa marcha, pero no los obligaba aún a hacer el supremo y fatal esfuerzo de correr y perecer en la meta. De cuando en cuando volvíase a mirar, como un general prudente que calcula las posibilidades de la retirada y la velocidad del enemigo perseguidor, para saber cuándo debía hacer el último y desesperado esfuerzo. Sin duda alguna, Jerry, aun sabiendo que peligraba su vida, gozaba en aquella carrera más aún que el mismo Venters. Porque había nacido en la pradera, entre caballos, y el conocerlos era su elemento. No perdería la serenidad y la suprema destreza del famoso jinete más que en el último instante, cuando se impusiera el instinto de conservación. Venters creyó poder adivinar las ideas de Card. Éste, a pesar de saberse perseguido, atendía a los caballos, economizaba sus fuerzas, los trataba con el saber que le daba su larga experiencia y se complacía en su elegante y rápido avance, deseando ganar la carrera por ellos mismos. De nuevo se volvió Jerry hacia Venters y el sol reflejóse en su roja cara. Después, atrajo más y más hacia sí a Estrella Negra, hasta que éste y Africano parecían ser un solo cuerpo. Luego se levantó un poco en la silla; soltó los estribos y, con un singular y rápido movimiento, saltó sobre Estrella Negra. Ni siquiera perdió el vaivén rítmico del caballo. Como una lapa se adhería al otro animal y, al separarse los dos corceles, sacó el pie derecho (que al parecer tenía doblado bajo su propio cuerpo) y cogió el estribo. La gracia, la destreza y la osadía que revelaba aquella hazaña despertó en Venters algo más que admiración.

Durante cosa de una milla, Jerry siguió montando en Estrella Negra, y luego trasladóse a Africano. Sin embargo, ni la suprema destreza de Jerry ni la velocidad de los corceles podían ganar la carrera a Camorra.

Venters estudió detenidamente el horizonte. El camino del ganado extendíase aún como unas cinco millas ante él, y luego desaparecía en un terreno ondulado. A la derecha vio a pocos metros una interrupción en la pradera, que era el borde del Desfiladero de la Decepción. Al otro lado de la oscura abertura brillaba la roja roca de la pared opuesta. Pensó que aquel camino bajaría hacia el Desfiladero más allá del terreno ondulado, y se dio cuenta de que era preciso alcanzar a Jerry en aquellas cinco millas de camino recto que aún tenía delante.

Cruelmente hundió las espuelas en los flancos de Camorra. Bastaba el más ligero contacto con los acicates para que el noble animal saltara, y ahora, al sentir aquella crueldad, dio un tremendo resoplido, redobló su tensión muscular y salió proyectado con tal ímpetu que Venters casi perdió los estribos. La artemisa formaba junto al camino una sola línea roja; el camino deslizábase bajo él con increíble velocidad, y el viento le quitaba la respiración Y le impedía oír. Jerry Card volvióse otra vez y en seguida cambió de caballo, denotando su movimiento que realizaba el último y desesperado esfuerzo. Venters disparó el rifle apuntando al camino contiguo, con el

fin de obligar a Jerry a meterse en la pradera. Mas Jerry devolvió el disparo y la bala casi rozó las patas de Camorra. Durante una milla, y mientras Estrella Negra dejaba a Africano poco a poco atrás, dando de sí cuanto podía, Camorra no ganó terreno; en la segunda milla ganó algo, en la tercera alcanzó a Africano, que no hacía más que galopar ahora, y empezó a ganar rápidamente ventaja sobre Estrella Negra.

Quedaban tan sólo cien metros entre Jerry Card Venters; Camorra, el corcel gigante, seguía corriendo infatigablemente, avanzaba raudo. En cada metro ganaba un pie. Silbábanle las ventanas de la nariz, por las que salía espesa espuma caliente como el fuego. Salvaje, fuerte y veloz como siempre, a cada una de sus tremendas zancadas parecía que iba a arrojar a Venters de la silla. La gran carrera de Camorra estaba casi ganada. A Venters le parecía la extensión del camino y del terreno una inmensa llanura que se deslizaba vertiginosamente bajo él. En ella movíase Estrella Negra como una mancha borrosa. Su jinete, Jerry Card, semejaba tan sólo un punto. Y Camorra corría… corría… infatigablemente. Anublábasele a Venters más y más la vista a causa del huracán que producía la carrera y de la hirviente espuma que le saltaba de vez en cuando a los ojos. Sin embargo, vio de pronto que Estrella Negra estaba sin jinete y, aparentemente, a punto de caer. Venters frenó a Camorra, haciéndolo pasar de la carrera al galope, del galope al medio galope, de éste al trote, del trote al paso, y, por fin, detuvo al gigantesco corcel.

Venters echó una mirada atrás. Estrella Negra seguía en el camino sin jinete. Jerry Card había huído hacia la pradera. Desde lejos veíase llegar dócilmente a Africano, avanzando al trote. El joven se apeó mareado, tambaleándose a causa de la vertiginosa carrera. Pronto recobró el dominio sobre sí y le dedicó su atención a Camorra. Le quitó la silla y la brida. El corcel sudaba, jadeante, dando pesados resoplidos, pero manteníase firme sobre las patas, y Venters nada temió por él.

Cuando se aproximó corriendo a Estrella Negra, vio que el caballo se dirigía tambaleándose hacia la pradera; dónde se dejó caer pesadamente. Al llegar a su lado, el joven le quitó la silla y la brida, creyendo que se habría reventado en la carrera. Ninguna esperanza tenía de que el caballo pudiera salvarse. Yacía allí cubierto de roja espuma y sudor, con la boca abierta, la lengua fuera, los ojos casi vidriosos y sufriendo violentas convulsiones.

Incapaz de resistir el espectáculo de la agonía del caballo favorito de Juana, Venters corrió hacia el camino para reunirse con Africano, que seguía avanzando al trote. Escudriñó en todas partes por si vislumbraba a Jerry Card. Imaginábase que el jinete se mantendría a prudente distancia del rifle, pero como sin caballo estaría perdido en la pradera, tal vez trataría de recobrar uno de los dos corceles negros. Africano llegó trotando lleno de sudor, cansado, pero no reventado. Le quitó la silla y la brida y lo llevó junto a los otros dos caballos. Africano se tumbó y se revolcó en el suelo.

Venters sentóse para reflexionar. Fuere cual fuese el riesgo que corría, era preciso permanecer en aquel lugar o en su vecindad durante la noche. Los caballos debían

descansar y abrevarse. Era preciso encontrar agua. Hallábase en aquel sitio a unas setenta millas de Cottonwoods y, así lo creía, cerca del cañón dónde el camino del ganado descendería hacia el Desfiladero. Al cabo de un rato se levantó y oteó el paraje.

Estaba muy cerca del escarpado borde de un profundo cañón, hacia el cual se dirigía el camino. El terreno formaba varios lomos divididos por cauces secos, que formaban pendiente hacia el fondo del cañón… Siguiendo el borde de éste, vio dónde el borde quedaba interrumpido por otros cañones laterales y, más abajo, muros rojos y riscos amarillos que llegaban hasta una profunda y oscura abertura, que barruntó sería el verdadero Desfiladero de la Decepción. Escaló un cercano promontorio y vio por dónde bajaba el camino. El descenso era gradual, a lo largo de una pared roqueña, y el joven comprendió que aquél era el camino por el cual metía Oldring el ganado en el Desfiladero. Sin embargo, no había indicio alguno de que hubiese pasado nunca ganado por aquel lugar. Oldring tenía muchos agujeros en su madriguera.

Buscando en los huecos roqueños, tuvo la suerte de hallar agua. Sentóse al lado de uno de ellos y comió un poco de pan y carne, esperando que transcurriera el tiempo necesario para poder dar de beber a los caballos. Por la posición del sol, juzgaba que en aquel momento debía de ser mediodía. Camorra y Africano seguían tumbados en el suelo, descansando. Mientras estuvieron echados no quería el joven hacer nada, porque cuanto más tiempo descansasen, menos peligro había en darles de beber.

Poco a poco se animó para ir al sitio dónde había dejado a Estrella Negra. Suponía que lo encontraría muerto, mas no fue así; al contrario, el corcel había recobrado parcialmente su vigor. En sus ojos brilló la llama del reconocimiento y Venters sintió una gran alegría. Se sentó a su lado durante largo rato y al fin tuvo la dicha de verlo levantarse dando resoplidos en demanda de agua. Rápidamente se dirigió Venters a una de las charcas y llenó el sombrero de agua, dando de beber al rendido caballo. Estrella Negra tragó el agua de un sorbo y pidió más con renovados resoplidos. Venters llevó, sin embargo, primero a Africano al hueco dónde encontró el agua, y a Estrella Negra, después de transcurrir media hora. Abrevados, los dos corceles negros empezaron a pacer.

Camorra habíase marchado hacia la pradera que había entre el cañón y el camino, y una o dos veces desapareció en sitios pantanosos. Por fin le pareció a Venters que Camorra había comido y bebido bastante, por lo que cogió el lazo y se fue a cazarlo. A pesar de los esfuerzos que hacía no logró llegar a distancia conveniente del caballo gigante, y al cabo de una hora cesó en su empeño, muy disgustado. Volvió al lado de los otros dos, esperando que Camorra se reuniría con ellos cuando se cansase de correr.

Al avanzar la tarde, el joven perdió en parte su preocupación; sin embargo, no dejó de vigilar atentamente el camino y la pradera, pues Jerry Card era capaz de hacer alguna de las suyas. Venters se confesó de mala gana que aquel jinete había sido más

astuto que él; no obstante, seguía creyendo obstinadamente en que Card perecería al fin.

El viento amainó; el rojo disco del sol iba aproximándose a la lejana y elevada parte oeste de la pendiente, y las sombras iban alargándose poco a poco. Los bordes de los cañones reverberaban purpúreos, y las profundas hendiduras parecían expeler humo azulado. El silencio lo invadió todo.

Fue interrumpido súbitamente por el horrible relincho de un caballo y el ruido de recias pisadas sobre el endurecido suelo. Venters se puso de un salto en pie y miró hacia el Sur. A lo largo del borde del cañón avanzaba Camorra, corriendo nuevamente con todas sus fuerzas.

Venters abrió la boca, asombrado. ¿Se había vuelto loco el gigantesco corcel? Llevaba la cabeza erguida, pero ladeada de un modo extraño en un caballo que corre. De pronto vio Venters una figura a modo de rana agarrada al cuello de Camorra. ¡Era Jerry Card! Había cazado Dios sabe cómo al caballo y lo montaba a pelo. Lo que más emocionó a Venters fue la extraña posición del jinete y los terribles relinchos del caballo. Camorra corría hacia el sitio dónde el camino del ganado daba la vuelta hacia la bajada del cañón; avanzaba ciego, alocado, y rozaba más de una vez el borde del precipicio.

¡Jerry Card estaba en aquella extraña posición, agarrado al cuello del animal, porque tenía los dientes clavados en la nariz de Camorra! Venters lo veía ahora claramente, y recordó haber oído decir que era el terrible ardid de un jinete desesperado. Camorra se había vuelto loco, en efecto; lo maravilloso del caso era saber quién lo guiaba. ¿Era tan grande la destreza en manejar caballos que poseía Jerry Card que lograse guiar a aquel enloquecido corcel? Fuere cual fuese la solución del misterio, el caso era que lo guiaba y que dentro de poco el caballo entraría en la senda que bajaba al cañón y allí no era posible darle alcance.

—¡Ca, hombre, eso sí que no! —murmuró Venters avanzando unos pasos y apuntando con el rifle. Quería apuntar sobre la encorvada figura de Jerry, herirle allí dónde su cuerpo sobrepasaba al caballo, pero éste movíase excesivamente y el blanco era demasiado pequeño. Sin embargo, disparó una vez…, dos…, tres veces…, cuatro veces… ¡Cinco! Todos los disparos eran inútiles y, además, perdía un tiempo precioso.

Soltando una terrible imprecación, apuntó Venters al flanco del caballo y apretó el gatillo. Oyó el impacto de la bala. Camorra dio un alarido más terrible que antes. Herido de muerte, dio varias vueltas y, con un último y hermoso salto, se precipitó por el borde del abismo. ¡Y cayó con la figura de rana agarrada aún a su cuello!

Hubo una pausa que parecía interminable; luego, un choque y un instante de silencio. Después se oyó un gran estruendo, el estrépito de rocas que se derrumban, el eco que poco a poco iba apagándose y, luego, ininterrumpida quietud.

Camorra había acabado su carrera.

# Capítulo XVIII

Unas cuarenta horas más tarde, la aparición de Venters montado en Estrella Negra, llevando a la zaga a Campanilla y Africano, causó sensación en Cottonwoods. Había encontrado a Campanilla paciendo cerca del cadáver de un bandido, único incidente durante su rápida carrera hacia el pueblo.

Nada estaba más lejos de Venters que alardear de bravo; pero no pensó en que sería un reto y una osadía muy, grande llevar los caballos favoritos de Juana Withersteen directamente al lugar dónde vivían los infames maquinadores. Quería tan sólo que las gentes viesen los famosos apura sangre, que los viesen polvorientos y sucios, con todas las señales de haber sido forzados a extremas carreras; quería hacer saber a los hombres que los ladrones que llevaron los caballos a la pradera no volvían con ellos. Venters había ido para esto… y para algo más. Deseaba encontrarse con Tull cara a cara, y si no con Tull con Dyer, o si no con cualquiera de los intrigantes que habían cooperado a la infamia. Tanto era el rencor de Venters. El encuentro con los ladrones, el ataque no provocado por él, el vertimiento de sangre, el reconocimiento de Jerry Card y de los caballos, la furiosa carrera, el último y hermoso salto de Camorra, todo esto (combustible arrojado al fuego latente va en él) había producido una viva llama. Hubiera matado a Dyer de un tiro aunque estuviera oficiando en el mismo altar; hubiera matado a Tull ante sus mujeres e hijos.

Llevó los caballos por la ancha calle del pueblo abajo. Oyó el murmullo del agua de la Fuente Ambarina. ¡Amargas aguas eran aquéllas para Juana Withersteen! Hombres y mujeres detuviéronse para mirarle a él y a los caballos. Todos le conocían; todos conocían a los dos negros corceles y al bayo. Lo mismo que si hubiesen hablado, leyó en sus rostros que nadie ignoraba que los famosos apura sangre de Juana Withersteen habían sido robados. Ante la residencia del obispo Dyer detuvo los animales, y contempló el soberbio edificio y los magníficos jardines (un cuadro de paz y de calma) sonriendo despectivamente.

Continuó el camino y se paró de nuevo, esta vez ante la casa de Tull. Mujeres de pálidos rostros le miraron un momento y huyeron, rápidas. Tull en persona apareció en la entrada, tornóse lívido al ver a Venters con los caballos, cerró la puerta con estruendo y se oyó el hueco sonido de la pesada barra que la aseguraba interiormente.

Después, Venters marchó con rapidez al centro del pueblo y se detuvo frente a los almacenes. Corría la gente alineándose en las aceras y mirándole de hito en hito. Contempló uno a uno a aquellos hombres silenciosos, de rostros pétreos. Reconoció a muchos jinetes y habitantes del pueblo, pero a ninguno de los que esperaba encontrar. Ninguna expresión había en los rostros que le miraban. Todos le conocían, la mayoría le quería mal, pero había pocos a quienes el regreso de los corceles de Juana Withersteen no inspirase una viva curiosidad. Sin embargo, todos guardaban silencio. Veíanse en ellos las familiares características de los mormones: emociones disimuladas, un extraño aire de secreto, la estúpida expresión de misterio y el temor a

un poder oculto.

—¿Ha visto alguno de vosotros a Jerry Card? —preguntó Venters con voz fuerte. Nadie le contestó, nadie hizo ningún movimiento; miraban nada más.

—Os han hecho callar con la amenaza del cuchillo, ¿eh? Tenéis aquí a uno que sabe manejar muy bien el cuchillo… Tull, creo que se llama… ¿Es que os han cortado a todos la lengua?

Ni el sarcasmo ni el insulto de Venters logró arrancarles ninguna respuesta, y aquella calma era un nuevo incentivo para la cólera del joven.

—Veo que algunos de vosotros lleváis armas —añadió, mordazmente, y durante largo rato permaneció inmóvil sobre Estrella Negra, anhelando la acción fatal—. Bueno, ¿qué le vamos a hacer? —continuó—. Llevadle, pues, a Tull este recado. ¡Decidle que he visto a Jerry Card…! ¡Qué Jerry Card… no volverá jamás!

Después, y sin que se interrumpiera la calma, Venters salió de la plazuela, traspasó nuevamente la calle y se dispuso a ir a casa de Juana Withersteen para devolverle sus caballos favoritos.

—¡Hola, Venters! —exclamó una voz familiar, y el joven vio que un hombre se dirigía presuroso hacia él. Era Judkins, el jinete de Juana Withersteen, que estrechó efusivamente su mano—. ¡Buen susto me has dado!

Al ver los corceles me sentí como herido por un rayo. ¿Qué pasa? ¿Te has vuelto loco? Porque es una locura entrar en el pueblo con esos caballos y hablar del modo que lo has hecho, insultando a Tull y a Jerry Card.

—Jud, no estoy loco, sino furioso, tanto que no te lo puedes figurar —repuso Venters.

—Bueno, bueno, Bern, así da gusto oírte hablar, pero aquello… ¡Canastos, si parecías un cadáver viviente que tuviese ojos de fuego! Y aquellos hombres se pusieron tan rígidos del susto que ninguno se acordó de que tenía armas. Ven, que tenemos que hablar. No estamos muy seguros aquí.

Judkins montó en Campanilla y se dirigió con Venters hacia el bosque de álamos; allí desmontaron y se internaron en él.

—Oigamos primero tus noticias —dijo Judkins—. Has recuperado los caballos. ¡Vaya una hazaña, camarada! Naturalmente, habrás despachado a Jerry Card, como hiciste con Horn.

—¿Cómo con Horn?

—¡Vaya! Lo encontraron ayer medio comido por los coyotes con una bala en el corazón.

—¿Dónde ha sido eso?

—En la Encrucijada, dónde el camino de ganado de Oldring parte hacia el Norte.

—Allí encontré a Jerry Card y los bandidos. ¿Qué hacía Horn entre ellos? Creí que era un ganadero honrado.

—No sé, Bern. No me lo preguntes; me hago un lío con todo lo que sucede.

Venters le contó entonces la lucha con los bandidos, la carrera entre él y Jerry

Card y el trágico fin de éste.

—¡Yo lo sabía! —exclamó Judkins—. Sabía que Camorra era el mejor de todos… —Sus ojos brillaron y su ancha faz se contorció en una mueca de alegría—. ¡Ésa si que ha sido una buena carrera! ¡Canastos, cuánto hubiera dado por haber visto el salto final de Camorra! ¡En el mismo instante murieron el mejor caballo y el mejor jinete de la pradera…! Pero, Bern, después de recuperar los caballos, ¿por qué te empeñaste en afrentan así a Tull?

—Quería que lo supiese. Y si logro acercarme a él…

—No lo lograrás —le interrumpió Judkins—. El grupo, de los vigilantes se ha constituido en una especie de guardia de corps de Tull y Dyer.

—¿Es que Lassiter no ha demostrado aún quién es? —preguntó Venters, muy sorprendido.

—No —contestó con desdén su camarada—. Juana le tiene dominado. Está locamente enamorado de ella y la sigue como un perrito faldero. ¡Ya no es aquel Lassiter! Ha perdido mucho, no parece el mismo. Todo el mundo lo sabe y es la comidilla del pueblo. No ha «sacado» una pistola contra nadie, ni quiere hacerlo tampoco.

—Jud, me apuesto algo a que lo hará —replicó gravemente Venters—. Acuérdate de lo que te digo. Ese Lassiter es algo más que un mero *gunman*, Jud; Lassiter es grande, lo presiento. Que Dios tenga piedad de Tull y de Dyer cuando él los busque. No les salvarán ni caballos, ni vigilantes, ni siquiera los pétreos muros.

—Bueno, como quieras, Bern. ¡Ojalá tengas razón! Naturalmente, uno se disgusta al ver a Lassiter tan blando. Algo debe de haber en él cuando paraliza a las gentes. Sin ir más lejos, esta misma mañana le vi bajar por el prado lenta y calmosamente. Y, como sus grandes revólveres, él siempre va de negro… el destino negro, ése es Lassiter. Bueno, pues las gentes no se atrevieron ni a pestañear, y me juego el caballo que a más de uno le dio un vuelco el corazón. Se fue a la taberna de Snell, y luego yo entré allí también. ¿Me creerás si te digo que Lassiter estaba allí bebiendo y hablando como si tal cosa nada menos que con Oldring?

—¿Oldring? —murmuró Venters, colérico, al oír el nombre fatal.

—¡Suéltame el brazo! —exclamó Judkins—. Es el de la herida y aún me duele. Claro que era Oldring. ¿Qué diablos te pasa, vamos a ver? Venters, te digo que tú no estás bien. ¡Si estás más blanco que la pared! Y tú no puedes tener miedo a ese bandido, porque creo que a ti nada puede ya asustarte. Bueno, ahora déjame explicar, ¿quieres? Ya sabes que me gusta charlar y que, si me cían tiempo, me hago entender. Como iba diciendo, Lassiter estaba hablando amistosamente con Oldring. Eso se veía. Y los de su banda no prestaban ninguna atención. Como un gato que está vigilando a un ratoncillo, los observé a los dos. Me resultaba muy extraña aquella conversación. Para un hombre que, como yo, no sabe gran cosa, he cavilado mucho en estos últimos tiempos. Ha habido aquí recientemente bastantes sucesos raros, pero aquél era el más extraño de todos para mí. Al principio, Oldring pareció muy

sorprendido, y Lassiter estaba más fresco que un carámbano. Hablaron y, a poco, a causa de algo que dijo el jinete, Oldring soltó un juramento y, luego, se apoyó en el mostrador, y hubiera caído de no sostenerlo Lassiter. Los de su banda lo vieron y se echaron a reír. Por fin, Oldring se serenó, y era fácil ver que algo le había conmovido. Sí, Bern, ese gran bandido (ya le conoces y sabes que es casi un gigante y que tiene uña fuerza tremenda) se mostró flojo durante un momento. A poco, empezó a hablar rápidamente, contando no sé qué a Lassiter, y no tardé en observar que le tocó a éste el turno de emocionarse. Hasta entonces no le había visto sino sereno y frío siempre. Parecía más conmovido que Oldring, sólo que no hizo tantos aspavientos. Con la cabeza baja miraba fijamente a un punto, pero estoy seguro que no veía nada. Luego, hizo un esfuerzo y, después de estrecharle la mano…, ¡fíjate, estrechar la mano a Oldring!, salió. No pude menos de pensar cuán fácil hubiera sido tumbar allí mismo al gran *gunman*… Bueno, el bandido se quedó durante largo tiempo apoyado en el mostrador, y también tenía la mirada perdida. Después pidió *whisky* a grandes gritos, y se tragó un vaso tan grande que podría yo ahogarme en él.

—¿Está aquí aún… Oldring? —murmuró Venters. No podía elevar la voz; sólo pensaba en su odio; el relato de Judkins nada significó para él.

—Sí, aún está en la taberna de Snell; Bern, todavía no te he dicho que los bandidos han armado una marimorena. Entraron a tiro limpio en Stonebridge y en Glaze, y durante tres días estuvieron bebiendo y jugando, tirando el oro a manos llenas. Tienen el oro a montones. Si hubiese sido oro en polvo o en pepitas, la cosa me hubiera dado qué pensar; pero no, lo que gastaban con tanto derroche eran monedas de oro acuñadas en la casa de la moneda de los Estados Unidos, y no se trataba de moneda falsa, porque se comprobó eso. La verdad es que Oldring está nervioso, descompuesto. No hace mucho perdió a su jinete Enmascarado, y dicen que aún le dura el furor. Yo me pregunto si Lassiter le habrá dicho algo acerca de ese endiablado jinete con el rostro encubierto. ¡Cómo montaba a caballo! Era tan buen jinete como Jerry Card. Se me ocurre que tal vez tú…

—Mira, Jud, eres un buen muchacho —le interrumpió Venters—. Algún día te contaré una cosa. Ahora no tengo tiempo. Llévale tú los caballos a Juana.

Judkins se le quedó mirando fijamente y, luego, renegando, montó a caballo y volvió a mirarle sin saber qué pensar. Después se marchó, seguido de los otros dos caballos.

La noticia de la presencia de Oldring en el pueblo había desconcertado a Venters. No se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Maquinalmente ocultó el rifle entre unos arbustos y marcó el sitio para reconocerlo. Luego se dirigió hacia el pueblo. Frías e intangibles eran todas las cosas que veía y oía. Más fría y más tensa notó la piel de su cara; más frías y más duras notó las pulidas culatas de sus revólveres; más frías y más firmes eran sus manos cuando se quitaba el pegajoso sudor de la cara o cuando las bajaba hacia las pistoleras. El grupo que había frente al almacén de Belvin se deshizo como por encanto; todos huyeron, pero él no los vio

huir. Dobló una esquina para hallarse otra vez frente a Tull. Y como ya otra vez había visto palidecer a aquel hombre con una palidez mortal, ahora advirtió de nuevo el cambio. Tull se detuvo, con la mano alzada, temblando como un azogado. De pronto pareció deslizarse, desaparecer de la vista de Venters. Luego vio el joven muchos caballos y oyó grandes voces y risotadas, el chocar de los dados sobre las mesas, el tintineo del oro: estaba ante la taberna dónde se divertían los bandidos. Entró.

Al ver el local lleno de humo y a los hombres de tostados rostros bebiendo, jugando y renegando, Venters volvió a la realidad.

Su entrada había pasado inadvertida. Lentamente giró la vista en tornó suyo, y, por fin, vio entre los jugadores la gran cabeza de enmarañada y negra cabellera del jefe de los bandidos.

—¡Oldring! —gritó Venters con voz estentórea. Todo quedó silencioso.

De pronto, el silencio fue interrumpido por la caída de la silla de Oldring al levantarse éste súbitamente, y, al avanzar, reinó de nuevo el silencio más profundo.

—¡Oldring, un momento! —continuó Venters.

—¡Oh! ¿Qué es esto? —bramó la voz del bandido frunciendo las cejas.

—¡Salid afuera, solo! Tengo que deciros algo… de vuestro Jinete Enmascarado.

Oldring apartó de un puntapié una silla y avanzó con recias pisadas que hacían retumbar el suelo. Con un ademán acalló a sus hombres, que iban a levantarse.

Venters salió reculando por la puerta y aguardó. A poco apareció Oldring, y Venters pudo contemplar durante un momento la enorme humanidad de aquel hombre, con su cinturón de hebilla de oro, del que pendían dos grandes pistolas, y con sus botas altas provistas de áureas espuelas. Al ver la enorme vitalidad de aquel individuo, sus negros ojos llenos de fuego, el joven sintió una indecible y fiera alegría, porque la muerte iba a aniquilarlo en un instante.

—Oldring, Bess vive. Pero para vos está muerta…, muerta para la vida que le habéis hecho llevar… ¡Muerta como vos lo estaréis en un segundo!

Rápida como un relámpago cayó la mirada de Venters desde los ojos centelleantes de Oldring a sus manos. Una de ellas, la derecha, hizo un movimiento para sacar el revólver… Venters fue más rápido: de un balazo le atravesó el corazón.

Lentamente, arrodillóse el bandido y, con la mano apoyada en la culata del arma, quedó inerte. El joven comprendió la significación del movimiento, de la cortada respiración y del temblor que recorrió aquel enorme cuerpo. ¿Pero era aquella extraña mirada de los negros ojos la última chispa de una vida que se extinguía?

—¡Hombre! ¿Por qué… no esperasteis…? Bess fue… —el murmullo de Oldring se apagó y, con una sacudida, cayó muerto.

Venters huyó velozmente, dobló la esquina, atravesó la calle, saltó un cercado, traspuso el patio, el jardín, la puerta; saltó otro cercado y se halló en la pradera. Ocultándose tras la alta artemisa roja, se dirigió al Oeste, hacia dónde había guardado el rifle. Apoderóse rápidamente de él y siguió corriendo. Tras un gran rodeo alcanzó los establos de Juana por la parte posterior. Rendido, y con un agudo dolor en el

costado, se detuvo para tomar aliento; entre tanto, escudriñaba el lugar en busca de un caballo. Las puertas y las ventanas del establo hallábanse abiertas y el edificio parecía abandonado. Un burro solitario estaba cerca, en el corral. Muy extraño era el silencio que reinaba en el que fue hogar de los favoritos de Juana Withersteen.

Se aproximó al burro, cuidando de no dejar huellas, y lo llevó al abrevadero para que bebiera. Él mismo, aunque no tenía sed, bebió hasta no poder más. Luego, guiando el burro por dónde el suelo estaba duro, penetró en la pradera, pendiente abajo.

Andaba rápidamente y, de cuando en cuando, se volvía para escudriñar a posibles perseguidores. Su cabeza asomaba justamente por encima de la artemisa; el burro, de ningún modo era visible.

Evitar que le viesen, huir pronto, esconder sus huellas; ésas eran todas sus preocupaciones mientras se dirigía hacia el Desfiladero de la Decepción. No dejó la artemisa por el camino más liso que llevaba al Desfiladero. Anduvo diez millas y se volvió mil veces. Mas siempre ofrecíase a su vista la hermosa y suave ondulación de la pradera de artemisa roja, en la que no se veía ni una mancha. Al llegar a una pequeña extensión de terreno rocoso cruzó la senda y continuó avanzando a la derecha de ella. Por fin se convenció de que estaba a tal distancia, que antes vería él a cualquier jinete en la pradera que éste a él montado en el burro. Y montó en él.

Hora tras hora le llevó el incansable animal en su invariable trote. Descendió el sol, y las largas sombras alargábanse más y más en la ladera. Venters llevó al burro más cerca de la senda, a fin de guiarse por la línea blanca de ella, y siguió cabalgando hora tras hora.

Una vez que estuviese abajo, en el Desfiladero, sin dejar huellas, podría considerarse salvado por el momento. Cuando, ya muy avanzada la noche, llegó a la escarpadura, en la pradera, hizo descender primero al burro después bajó él, produciendo un alud de piedras y polvo que casi enterró al animal, que aguardaba en el fondo. Aunque tundido y maltrecho, Venters tuvo un momento de alegría, porque había logrado ocultar completamente sus huellas. Montó de nuevo en el burro y siguió adelante. A la hora más oscura de la noche llegó al bosquecillo que cerraba la mella dónde tenía su antiguo campamento. Una vez dentro, soltó al animal cerca de la hierba, junto al manantial, y se tumbó a dormir en su viejo lecho.

Del caos de tan encontradas emociones surgió una clara interrogación. ¿Qué había ocurrido? Habíase alejado del valle para ir a Cottonwoods. ¿Por qué? Parecía que hubiese ido tan sólo para matar a un hombre…, a Oldring. Tal era el nombre del único individuo que, inconscientemente, había deseado hallar y… lo había encontrado. Todo lo demás desaparecía al lado de este hecho. Recordaba claramente la taberna llena de humo, los hombres de rostros tostados por el sol, la enorme figura de Oldring. Le vio salir por la puerta: un espléndido ejemplar de virilidad, un hermoso gigante. Recordó sus ojos de halcón, de mirada inquisitiva. Se oyó decir a sí mismo: «Oldring, Bess vive. Pero está muerta para vos». Y sintió erguirse y estallar

en sus oídos el trueno de un disparo, y vio como el gigante caía lentamente de rodillas. ¿Pero era aquella extraña mirada de los negros ojos sólo la última chispa de vida? Un murmullo quebrado, extraño como la muerte: «Hombre…, ¿por qué… no… esperasteis…? Bess fue…», y Oldring cayó muerto.

En ellas estaba el secreto que había clamado en su conciencia durante el tumulto y la violencia de sus emociones. ¡Qué mirada en un hombre herido en el corazón! No había en ella ni odio, ni ferocidad, ni temor de los hombres ni de la muerte. No fue la mirada de un espíritu apasionado por la impávida enemistad, que daba tiro por tiro, vida por vida, sin merma de fuerza física. Recordándolos claramente para no olvidarlos jamás, Venters vio en los magníficos ojos de Oldring la expresión de una grande y alegre sorpresa… de amor. Luego la sombra, y el terrible y sobrehumano esfuerzo del espíritu por hablar. Oldring, herido en el corazón, había luchado con la muerte para retrasarla un momento, no para disparar, a su vez, o para maldecir a su enemigo, sino para murmurar palabras extrañas.

¡Qué palabras en boca de un hombre agonizante! ¿Por qué no había esperado? ¿Por qué? Aquella mirada no era una súplica de vida, sino el dolor de que no quedara el momento necesario para poder hablar: «Bess fue…». En estas palabras había renovadas torturas para Venters. ¿Qué había sido Bess para Oldring? La interrogación salía como un espectro de su tumba y perseguíale. Había pasado por alto el pretérito de ella, había perdonado, empezó a amar y a olvidar lo otro, y ahora, del misterioso murmullo de un hombre agonizante, surgía de nuevo la perversa, desconcertante, celosa incertidumbre. Bess había amado a aquel espléndido gigante, ella misma lo confesó. El alma de Venters convirtióse otra vez en un infierno de celos, y a ellos mezclóse de pronto el disparo que mató a Oldring, y el eco de la detonación le causó una loca, endiablada, odiosa y vengativa alegría. Después recordó el amor que brilló en los ojos de Oldring y el misterio de sus palabras. Así sufrió el corazón de Venters las alterantes emociones de sus encontrados sentimientos.

Después de un año de sufrimientos y sinsabores había llegado la crisis y el punto culminante en la lucha de su vida. Se levantó a la hora gris del alba casi descorazonado pero triunfante sobre sus malas pasiones. No podía cambiar el pasado y, aunque no hubiese querido a Bess con toda su alma, estaba dispuesto a no cambiar en nada lo que había proyectado respecto a ella. Sólo una cosa necesitaba saber en definitiva: la verdad, fuese cual fuese, porque era preciso acabar de una vez con todas las dudas y recelos. Sabía ya exactamente a qué atenerse respecto a las relaciones entre ella y Oldring, pero quería oírlo de boca de Bess, y luego, olvidar para siempre tan triste pasado. Una vez fuera del Estado de Utah, la joven también lo olvidaría todo y sería feliz en un nuevo ambiente.

Durante todo el día avanzó con lentitud por el Desfiladero, tomándose el tiempo necesario para escrutar siempre los parajes antes de aventurarse en ellos. Procuraba que el burro pisara sólo terreno rocoso o dónde hubiese hierba alta, y se volvía con frecuencia para cerciorarse de que no le perseguían. Ya de noche, llegó a la

hondonada y allí dio libertad al burro; subió la cuesta, alcanzó los cedros y continuó subiendo por el rocoso terreno hasta llegar a los peldaños. Escaló éstos con un último esfuerzo, se dejó caer sobre el suelo de la cueva que formaba el comienzo de la garganta, y se durmió…

A la mañana siguiente, cuando penetró en el valle, lo vio de nuevo inundado por el sol, cuyos rayos daban sobre él atravesando el ojo del enorme puente de piedra. El Valle de la Sorpresa parecíale más que nunca un lugar de soberana belleza.

Desde lejos distinguió a Bess bajo los abetos del campamento y, a poco, los ladridos de los perros advirtiéronle que le habían visto. Oyó cantar a los sinsontes en los árboles, y a las codornices. *Ring* y Blanca acudieron raudos, y detrás de los perros venía Bess con los brazos abiertos para recibir al amado.

—¡Bern! ¡Qué feliz soy al volver a verte! —exclamó, llena de júbilo.

—Sí, Bess, ya estoy otra vez aquí.

Iba ella a abrazarle cuando, de pronto, la expresión de su rostro la contuvo y rápidamente desapareció su alegría, tornándose lívida; temblando, dijo:

—¡Oh! ¿Qué ha sucedido?

—Muchas cosas, Bess; pero no te hace falta saberlas. Estoy cansado. Cansado de cuerpo y de alma.

—¡Con qué ojos tan extraños me miras! —balbuceo la muchacha.

—No te importe. Estoy bien y no hay nada de que tengas que asustarte. Las cosas van a suceder tal como las hemos proyectado. En cuanto descanse, saldremos de este país. Pero necesito saber ahora mismo la verdad sobre ti.

—¿La verdad sobre mí? —preguntó Bess tímidamente. Y sus ojos tenían tal mirada de introspección y perplejidad que Venters sintió remordimiento.

—Sí…, la verdad…, Bess; no lo tomes en mal sentido. Yo no he cambiado, sigo queriéndote y después te querré más aún. La vida será bella para ti, seremos felices…; nos casaremos tan pronto como salgamos de este sitio. Pero… hay en mí un demonio…, algo perverso que no logro dominar. Durante largo tiempo ha dormido, mas ahora no me deja en paz. Sabiendo la verdad, acabaré con él.

—Te diré todo lo que quieras saber —repuso ella con franqueza.

—Entonces… ¡acabemos de una vez! Bess…, ¿te amaba Oldring?

—¡Ya lo creo!

—Y tú…, ¿le querías?

—¡Naturalmente! Ya te lo dije.

—¿Cómo puedes afirmarlo con esa tranquilidad? —exclamó Venters con vehemencia—. ¿Es que no tienes el sentido de…? —No pudo seguir; el dolor y la pasión le embargaban. Cogió a Bess con sus fuertes y rudas manos y la atrajo hacia sí, mirando fijamente sus azules ojos. En ellos había la sombra que ya otras veces notara, mas eran límpidos como las aguas de un manantial. Su mirada era grave, serena, llena de fe, amor y abnegación. Venters estremecióse. Dábase cuenta de que veía el alma de la joven, sabía que en aquel instante no podía mentir, pero el que ella

pudiese decir la verdad mirándole con aquellos ojos destruyó casi su fe en la pureza.

—¿Qué fuiste… para Oldring? —preguntó, sin aliento.

—Soy su hija —repuso ella al instante.

Venters separóse lentamente de Bess, anonadado, muerta la llama de su pasión.

—¿Qué… has… dicho? —preguntó, maravillado.

—Que soy su hija.

—¿La hija de Oldring? —inquirió Venters sintiendo que volvía a la vida.

—Sí.

—¿Todo ese tiempo… has sido la hija de Oldring?

—Sí, naturalmente; siempre lo he sido, y lo soy.

—Pero, Bess, tú me dijiste…, me hiciste suponer… Yo creí que tú… estabas avergonzada…

—Ésa es mi vergüenza —contestó ella, con rubor en las mejillas—. Te dije que yo no era nadie…, que era solamente la chica de Oldring.

—Cierto…, ahora recuerdo. Pero nunca me figuré… —Venters prosiguió con voz ronca—: Aquel día, cuando te herí, dijiste algo… Llegué a creer que habías sido mala.

—¿Mala? —interrumpió ella con una risita.

Mirábale con la candidez, con la inocencia de una niña. Venters se quedó con la boca abierta de asombro al comprender la gran verdad. ¡No entendía la intención dada a la palabra!

—¡Bess, mi querida Bess! —exclamó abrazándola y ocultando sus ojos en su pecho, porque no quería que le viese el rostro.

Y así la tuvo, mientras miraba el valle sin verlo. En la dorada luz de la mañana sólo veía a Oldring. Ella era la hija del bandido. Oldring la había amado. La había guardado tanto, habíala mantenido tan alejada de mujeres y de hombres y del conocimiento de la vida, que su mente era aún la de una niña. Esto era una parte del secreto, del misterio. Aquélla era la maravillosa verdad. No sólo no era mala, sino que era buena, pura, inocente como ninguna mujer, porque era la suya la inocencia de la juventud solitaria.

Y tornó a ver los espléndidos ojos de Oldring, su mirada inquisitiva; los vio expresar el asombro, la alegría, el amor y, luego, la terrible lucha con la muerte para decir la verdad. Oyó el murmullo de la voz de Oldring y lo vio tambalearse y caer. Después creyó oír miles de detonaciones, sintió remordimientos… ¡Había matado al padre de Bess! De pronto advirtió un extraño rumor: sonaba en sus oídos el gemido del viento en los riscos, un tañido… ¡el tañido fúnebre de Oldring!

Cayó de rodillas, escondió su rostro contra Bess y se asió a sus manos como un náufrago.

—¡Dios mío…! ¡Dios mío…! Bess…, perdóname. No te importe lo que haya hecho…, lo que haya pensado… ¡perdóname! Te dedicaré mi vida, viviré para ti, te querré eternamente.

¡Oh, te amo como ningún hombre ha podido amar a una mujer! Quiero que sepas…, quiero que recuerdes siempre que por ti sostuve una lucha, aunque estaba ciego. Creí…, creí… No importa lo que creyera…, porque te quería y te había rogado que fueses mi esposa. ¡Déjame ese consuelo! ¡Oh, Bess, me vi forzado a ello! ¡Y tan fácil como hubiera sido adivinarlo! Pero no podía dormir ni descansar hasta resolver este misterio. ¡Dios mío, qué cosas suceden en el mundo!

—Bern, no sigas, estás débil, tiemblas, deliras —gritó Bess—. Se agotan tus fuerzas. Nada tengo que perdonarte. No hay ningún misterio, excepto tu gran amor por mí. ¡Y has vuelto…!

Le abrazó tiernamente, reteniéndolo contra su palpitante pecho.

# Capítulo XIX

En casa de Juana Withersteen, la pequeña Fay estaba sentada sobre las rodillas de Lassiter.

—¿Tú me *queres*? —le preguntó.

Lassiter, que era tan serio con todos como cariñoso con Fay, le aseguró, con claro y elaborado lenguaje, que era su más devoto servidor. Fay se quedó pensativa, como si meditase en la duplicidad de los hombres o buscase una prueba suprema para aquilatar a aquel servidor suyo.

—¿Tú *queres a mi neva* mamaíta? —preguntó, con sorprendente precipitación.

Juana Withersteen se echó a reír; por primera vez en muchos días sintióse animada.

Era una deliciosa tarde de verano, y los tres estaban sentados a la sombra de un arbolado otero, frente a la pradera. El breve período en que Fay lloró a su madre había pasado, y la niña volvía a ser alegre y juguetona como antes. Para Juana, la pequeña era una respuesta a su plegaria, una bendición, algo infinitamente más valioso que todo cuanto había perdido. Respecto a Lassiter, Juana comprendía que adoraba a Fay.

—¿Tú querer a mi nena mamaíta? —repitió la niña.

Lassiter contestó a la pregunta con una tímida afirmación.

—¿Por qué no *queres ser mi nevo* papá?

De las mil y una preguntas que Fay le había dirigido en el curso de su amistad, ésta fue la primera que el jinete no supo contestar.

—Fay, no debes preguntar esas cosas —dijo Juana.

—¿Por qué?

—Porque… —repuso la joven, sin saber qué decir. La pequeña la miraba con ojos inquisitivos, y ella desvió los suyos.

—Tú me *queres* también, ¿verdad?

—Querida niña, anda, vete a jugar —dijo Juana—, pero no te vayas muy lejos.

Fay se escapó, loca de alegría ante aquella libertad que no le habían concedido durante mucho tiempo.

—Juana, ¿por qué son más sinceros los niños que las personas mayores? —pregunto Lassiter.

—¿Lo son, acaso?

—¡Ya lo creo! La pequeña Fay ve las cosas como son.

Y los pieles rojas también; lo mismo que los perros. Y un piel roja y un perro siempre ven bien las cosas, y seguramente también un niño.

—Bueno; pero ¿qué es lo que ve Fay? —inquirió Juana.

—Demasiado lo sabéis. ¿Qué pensará la pequeña Fay cuando ve parte de la verdad con los ojos sabios de la niñez y, al querer saber más, encuentra en la voz una falsedad extraña? Porque, en efecto, vos sois, en cierto modo, falsa, aunque seáis la

mujer más buena del mundo. Fay sospecha que me queréis por lo que ha observado en vuestro rostro; mas pregunta para cerciorarse y la respuesta no concuerda con la apariencia de las cosas. Crecerá y adoptará gradualmente la falsedad también, y será como todo el mundo. La prueba de esta falsedad de la vida es que, aparentemente, vos me amáis y, sin embargo, no hay tal cosa. Las apariencias engañan.

—Tenéis razón. A un niño se le debiera decir toda la verdad, pero… ¿es acaso posible? Yo no lo he podido hacer, y eso que toda la vida me ha gustado la verdad y me he enorgullecido de ser sincera. Acaso esto no sea en el fondo más que vanidad. Estoy dándome cuenta de muchas cosas, amigo mío. Mi ceguera se despeja de cuando en cuando y… creo que os quiero bastante. Cuánto y cómo no sabría decirlo. Mi corazón está casi destrozado y no es éste el momento oportuno para analizar los afectos. Jugar y estar alegre con Fay, sí puedo aún; también soñar. Mas, cuando quiero pensar seriamente, me aturdo. No pienso ya, nada me importa ya, ni siquiera mis oraciones… ¡Fijaos bien en lo que esto significa! Sin embargo, creo que de mi actual estado de ánimo, de esta terrible agonía del alma, saldré hecha otra mujer, más buena, con más fe en la humanidad y en Dios. Más tarde o más temprano saldré de este estupor mental. Estoy aguardando el momento.

—Pronto llegará, Juana —repuso Lassiter—. Pero tengo miedo por vos. Durante muchísimos años habéis estado sujeta, y eso es terrible, porque la costumbre, con el tiempo, forma una segunda naturaleza. No obstante, creo que de algún modo os libraréis de ella. Yo también espero…

Y me pregunto si nuestro matrimonio está realmente tan fuera de razón.

—¡Lassiter…! Mi querido amigo, es imposible que vos y yo nos casemos.

—Como Fay, pregunto: ¿por qué?

—¿Por qué? Nunca he pensado en ello, pero… no es posible. Soy la hija de Withersteen. Mi padre saldría de su tumba. Soy mormona de nacimiento. Y aunque tratan de dominarme por todos los medios, sigo siendo mormona. Y vos…, ¡Lassiter!

—Quizá no sea ya tan Lassiter como antes.

—¿Qué acabáis de decirme? La costumbre forma en nosotros una segunda naturaleza. No podéis cambiar vuestra costumbre…, el objeto de vuestra vida. Aún lleváis esas negras y terribles armas. Aún tenéis sed de sangre.

Por el rostro del hombre pasó la sombra de una leve sonrisa.

—No.

—Lassiter, yo os mentí, mas os ruego…, os suplico…, no hagáis igual conmigo. Siento por vos un gran respeto. Sé que habéis cambiado de sentimiento hacia casi todos mis correligionarios; mas cuando hablo del objeto de vuestra vida, de vuestro odio, de vuestras armas, sólo pienso en uno. Y, respecto a él, no creo que hayáis cambiado.

Por toda contestación, Lassiter se quitó el cinto del que pendían los dos revólveres y las pesadas cartucheras y los depositó en el regazo de la joven.

—¡Lassiter! —murmuró Juana mirando primero a las armas y luego al hombre

indefenso. Sin las armas parecía que le habían quitado la fuerza y que fuese más pequeño. ¿Era Juana una segunda Dalila? De pronto, previendo a aquel hombre vencido por sus enemigos, se levantó y con manos torpes colocó nuevamente cinto y pistolas en su lugar correspondiente.

—Lassiter, ahora soy yo la que tiene miedo.

—Salid conmigo de Utah…, vayamos a un lugar dónde pueda quitarme las armas sin dejar por ello de ser hombre —dijo el jinete—. ¡Venid! Tenéis a Estrella Negra, a Africano y a Campanilla. Montemos en ellos, llevémonos a la pequeña Fay y huyamos de aquí. Esos caballos y la niña es todo lo que os queda. ¡Venid!

—No, no, Lassiter. Jamás saldré de Utah. ¿Qué haría yo en ese mundo sin mi fortuna y con el corazón destrozado? No me alejaré jamás de estas praderas rojas que tanto quiero.

—Debí suponerlo. Pronto tendréis que vivir en una choza y, con los años, nadie recordará que hubo una Juana Withersteen. Yo sólo he querido que me dieseis ocasión de demostraros que un hombre puede cambiar. Si saliésemos de aquí, creo que podría haceros sentir esa cosa que llamáis amor y que es infierno y gloria al mismo tiempo. Vos habéis malgastado vuestro amor en la religión, en amar a vuestros dignatarios, a vuestras familias pobres. Y, sin embargo, no podéis comprender lo que es el amor… cómo cambia a una persona… Escuchadme, os voy a contar la historia de Milly Erne y en ella veréis cómo el amor la transformó.

»Milly y yo éramos niños aún cuando nuestra, familia se marchó de Missouri al Estado de Texas, y crecimos en Texas como si hubiéramos nacido allí. Habíamos sido pobres, y en el nuevo país prosperamos. Poco a poco, el pueblo en que vivíamos se convirtió en ciudad y continuamente llegaban más familias extrañas. Milly era la más hermosa de todas las muchachas. Tenía los ojos más bonitos del mundo, de un tono azul oscuro. Seguramente recordareis los ojos de Milly Erne. En aquella época llegó un joven pastor protestante y empezó a hacer la corte a Milly en competencia con los demás. Ganó él. Milly había sentido siempre una gran inclinación por lo religioso, cuando se encontró con Frank Erne, tomó aquélla incremento. Estudiando la Biblia y acudiendo a todos los sermones y fiestas religiosas, Milly se transformó un poco. Nuestros padres no se preocupaban gran cosa; yo sí, porque mi hermana se empeñaba constantemente en llevarme por el camino de la salvación, lo cual no era obstáculo para que en lo demás fuéramos buenos amigos. Con Frank Eme llegué a intimar. Era un buen muchacho, de agradabilísimos modales. Su profesión no me importaba, porque no pretendía catequizarme. Llegamos a ser casi como hermanos, y era entre todos el que más me gustaba para marido de Milly. El día que se casaron me emborraché por primera y última vez en mi vida.

Poco después me alejé de mi casa, en la que sólo mi hermana me había retenido, y me trasladé a Pand Handle, dónde pasé semanas muy duras. Después me dirigí al Norte, a Kansas y Nebrasca, Estados en que reinaba entonces el mismo desorden que aquí, en Utah. Me vi obligado a familiarizarme en el manejo de los revólveres, y no

hubo muchos jinetes que pudiesen aventajarme. Antes de que me diese cuenta habían transcurrido dos años, me entró nostalgia y guié mi caballo hacia el Sur.

»Las cosas habían cambiado. Jamás he podido olvidar el disgusto de aquel regreso. Mi madre estaba muerta, enterrada. Mi padre, enfermo y taciturno, más muerto que vivo. Frank Erne no era el mismo, parecía un fantasma. Ya no trabajaba ni predicaba; la religión no era ya nada para él, y… Milly había desaparecido. Tardé mucho tiempo en conocer lo sucedido. Mi padre casi había perdido la memoria a causa de los sufrimientos, y Frank Erne tenía miedo de hablar. De aquí que tuviera que valerme de gente extraña para saber lo que había pasado.

»Por lo que me dijeron, poco tiempo después de alejarme de casa, llegó a la pequeña ciudad otro predicador y nació una rivalidad entre él y Frank. Era aquél un hombre distinto de mi cuñado. Predicaba otra clase de religión; era muy apasionado y activo, mientras que Frank era, por el contrario, suave y lento. Iba detrás de la gente, sobre todo de las mujeres. Milly cayó bajo su influencia. Llegó a interesarse mucho por la nueva religión que predicaba. Frank se mostró tolerante con ella y la dejó hacer. Dijo que todas las religiones tenían un mismo fin y no perjudicaría a Milly conocer distintos puntos de vista. Así, el nuevo predicador visitó muchas veces a Milly, y algunas en la ausencia de Frank, pues este, durante los días laborables, dedicábase a la ganadería.

»Luego sucedió una cosa de la que no pude obtener muchos informes. Llegó a la ciudad un forastero, al que vieron mucho en compañía del nuevo predicador. El desconocido era un hombre alto, de ojos azules y fríos y una barba rubia como el oro. Tenía dinero y parecía rodeado de gran misterio. La ciudad entera empezaba a murmurar cuando, un buen día, el de la barba rubia desapareció con una joven casada de la que sabíase tenía gran interés por la nueva religión. Poco después llegó un hombre de Illinois y desenmascaró al nuevo predicador, que resultó ser un famoso mormón en busca de prosélitos. Esto disgustó de tal modo a Frank Erne, que los dos se convirtieron en enemigos furibundos. La cosa terminó en que un día Frank fue a la casa dónde el otro predicaba y en la que se hallaba Milly escuchando, y allí mismo insultó a su contrincante…; bueno, casi tanto como Venters a Tull hace poco. Pero Frank hizo más: le obligó a salir a latigazos de la ciudad.

»La gente aseguraba que, desde entonces, Milly cambió de humor. Unos decían que era porque iba a ser madre, y otros, porque anhelaba la nueva religión. Algunas mujeres afirmaron que mi hermana lo que anhelaba era el mormón predicador. Sea como fuere, una mañana, cuando Frank regresó del campo, halló la casa vacía; Milly se había marchado. Como su casa estaba aislada en las afueras de la ciudad, no había vecinos que pudiesen ver lo que pasó. Sin embargo, se dijo que alguien había visto detenerse, durante la noche, un carruaje cubierto delante de la puerta. Rápidamente corrió la voz de que Milly Erne se había fugado con un mormón. Todos lo creyeron menos Frank. Mi madre, a la que siempre había disgustado la manía religiosa de Milly, lo creyó también, y esto apresuró su muerte. Murió sin perdonar a su hija. Mi

padre no era de los que se doblan bajo el peso de la desgracia, pero quería tanto a Milly, que no resistió el golpe.

Cuando me enteré de la desaparición de Milly, no creí que se marchara por su voluntad. Conocía a mi hermana y sabía que no podía hacerlo. Me quedé en casa durante una temporada para ver si Frank hablaba, al fin; pero, si algo sabía, no quiso nunca revelarlo. Entonces me puse en camino para buscar a mi hermana. Traté de descubrir la pista de aquel predicador. Sabía que en cualquiera de las ciudades visitadas por él le hallaría y sabía también que por nada del mundo dejaría de buscar prosélitos para la nueva religión. Me fui de ciudad en ciudad. Tuve una fe ciega en que algo me guiaba. Al transcurrir las semanas y los meses me convertí en un hombre extraño. La gente me tenía miedo. Dos años más tarde entré en una ciudad de la que el predicador acababa de marcharse. Me fue fácil entonces descubrir en qué sitios había estado desde que salió de nuestra ciudad hasta llegar a la ultima, recorriendo el camino a la inversa. Pero en ninguna se le había visto acompañado de una mujer. Al fin descubrí el pueblo en que se detuvo después de huir de nuestra ciudad y allí hallé la pista de Milly, la cabaña en que había dado a luz. El propietario de la cabaña era un hombre taciturno, muy zorro, y antes de marcharme lo dejé marcado para siempre, por si era culpable. Después, regresé a casa.

»Entre tanto, mi padre había muerto también. Frank vivía aún en la misma casita, pero lo había perdido todo y estaba en vías de perder también la razón. Pasábase olías enteros sentado, mirando fijamente a un punto cualquiera, desmejorándose cada vez más. Algunas veces tenía ataques de furia y rompía todo lo que hallaba a mano. No quise marcharme de su lado por si guardaba el secreto de la huída de Milly. Un día le conté mis pesquisas y que me había enterado del lugar en que ella diera a luz. Creí que se me quedaba el hombre en el sitio, tal fue su impresión. Cuando se recobró, me suplicó ardientemente que no insistiera en mis pesquisas, que dejara toda investigación. Pero no quiso decirme sus motivos. No le hice caso y seguí observándolo. De este modo descubrí en su mesa de escritorio dos cartas de Milly. Una estaba escrita pocos momentos después de la huída. En ella explicaba que tres hombres la habían raptado, maniatándola y amordazándola. Citaba sus nombres: Hurd, Metzger y Slack. Eran desconocidos para ella. Decía que la habían llevado a la ciudad dónde descubrí sus huellas, que el predicador apareció allí, que la tenían encerrada y que después de dar a luz estuvo mucho tiempo sin darse cuenta de lo que sucedía; que más tarde, recobrada la salud, no tenía más deseos que huir, dejar la niña en casa de su padre y morir. La carta terminaba sin firma.

La segunda misiva databa de dos años más tarde. Era de la Ciudad del Lago Salado. No decía más sino que había oído que su hermano la buscaba y rogaba a Frank que le hiciese desistir de continuar sus pesquisas, porque, de lo contrario, ella sufriría horriblemente. Terminaba diciendo que pronto saldría de la Ciudad del Lago Salado en compañía del hombre a quien ella había llegado a amar y que nunca más sabrían de ella.

Esa carta me demostró que en Milly se había operado un gran cambio. O había llegado realmente a querer a aquel hombre y su religión, o experimentaba tanto miedo que mentía. No logré descubrir dónde estaba la verdad, pero, naturalmente, mi intención era averiguarlo. Claro está que, si entonces hubiese conocido a los mormones como los conozco ahora, hubiera dejado a Milly entregada a su suerte, porque tal vez tenía razón al afirmar que sena ella quien sufriría a causa de mi persecución. Sin embargo…, era yo entonces muy joven e irreflexivo. Después de la lectura de las dos cartas me puse nuevamente en camino. Primero fui al pueblo aquel dónde ella dio a luz, me llevé al propietario de la cabaña y le hice cantar. No era mucho lo que sabía, pero… lo que me contó fue terrible. Aquella vez le dejé incapacitado para siempre Ése no volverá a prestarse a semejantes infamias. Después me dirigí al Estado de Utah.

Esto fue hace catorce años. Presencié la llegada de la mayoría de los mormones que se establecieron en Utah. Era por aquel entonces una región muy salvaje, como era también ruda la época. Cabalgué de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de rancho en rancho. Nunca me detenía mucho tiempo en ningún sitio, y siempre me impulsaba la misma idea. Así pasaron cuatro años, llegando a conocer todos los caminos, veredas y sendas del norte de Utab, y así continué la busca, envejeciendo poco a poco, pero siempre convencido de que lograría mi propósito. Nunca perdí enteramente la pista, aunque durante años fue la más vaga seguida por hombre alguno.

»Después cambió la suerte. En el centro de Utah cogí por fin a Hurd, le murmuré algo al oído y observé su rostro. Luego le pegué un tiro y le vi morir con los labios sellados. Slack y Metzger oyeron aquel año la misma pregunta y tampoco quisieron hablar al morir. Yo sabía hacía tiempo que ningún hombre de su clase o de su religión o lo que sea revela un secreto, y sólo podía guiarme desde entonces por la expresión del miedo que revelasen los rostros de los hombres que tenían algo que ver con la suerte de mi hermana. Y en el transcurso de los años, de un modo u otro, los he ido encontrando a todos.

»De aquí que, al bajar poco a poco hacia el sur de Utah, me precediera la fama de mi nombre y hallase a la gente apercibida, esperándome con armas. Así es como me hice *gunman*. Y me convino. Durante este tiempo, las huellas del predicador y del gigante de los ojos azules barbas rubias iban desvaneciéndose cada vez más. Sólo dos veces en diez años hallé el rastro del hombre misterioso que visitó al predicador en mi pueblo. Ninguna esperanza me quedaba ya de saber la participación que tuvo en la suerte de mi hermana, a no ser que mi estrella me guiase hacia él. En cuanto al otro, al predicador, tenía la absoluta certeza de encontrarlo un día u otro.

»Dieciocho años hace que salí en busca de mi hermana y la pista me llevó, por fin, a los más alejados pueblos de Utah. ¡Dieciocho años!… Me siento viejo. Veinte tenía cuando me puse en camino… Bueno, como ya os dije, un gentil me informó de que Juana Withersteen podría decirme algo de Milly Erne y mostrarme su tumba.

Lassiter cesó de hablar y empezó a dar vueltas al sombrero, como si quisiera contar los adornos de plata que había en la cinta. Juana le contemplaba como petrificada, escuchando, esperando oír más. Hubiera querido gritar, pero no podía abrir la boca. Sólo veía a aquel hombre triste, encanecido, y percibía únicamente el leve rumor de las hojas.

—Bueno…, llegué a Cottonwoods —continuó Lassiter— y vos me enseñasteis la tumba de Milly. Y aunque vuestra boca ha estado más cerrada que la de todos los muertos que consulté en vida y que sembraron el largo camino que recorrí, vos me habéis revelado el secreto que desde hace dieciocho años anhelaba saber. Juana, ya os dije que me lo diríais sin que fuera necesario que yo os lo preguntase. Y así ha sucedido. Aquel día, cuando el gordinflón ese sacó su revólver contra mí en el patio de vuestra casa…

—¡Oh, callad! —murmuró Juana alzando la mano.

—Aquel día vi en vuestro rostro que Dyer, ahora obispo mormón, era el predicador que causó la ruina de Milly Erne.

Juana se levantó de un salto.

—¡Mentira! —exclamó—. Os juro que os equivocáis.

—¡Alto, Juana! Si lo juráis, seréis perjura. Pero no es preciso. Yo lo sé, y me basta. Y cejo en mi propósito.

—¿Qué habéis dicho?

—Que cejo en mi propósito. Ahora veo las cosas de distinto modo. De nada le serviría ya a la pobre Milly. Estoy por encima de la venganza. Veo que no puedo erigirme en juez de mis semejantes. No puedo matar a un hombre tan sólo porque le odio. El odio para mí ya no es lo mismo desde que llegué a amaros a vos y a Fay.

—Lassiter, ¿queréis decir que ya no lo mataréis?

—No.

—¿Por mí?

—Creo que sí. No comprendo vuestros sentimientos, pero los respeto.

—¿Porque… porque me amáis?… ¡Dieciocho años…! Y ahora… porque me amáis.

—Eso es, Juana.

—Me hacéis amaros. ¿Cómo podré no quereros? Habría de ser mi corazón de piedra. Pero, Lassiter…, esperad. ¡Dadme tiempo! No soy ya la que era. Antes me era fácil amar. Ahora me es fácil odiar. ¡Esperad! Mi fe en Dios… en el que sea… aún persiste. Y en mi fe veo tiempos más dichosos para vos, pobre caminante vengador. Para mí…, yo soy una mujer desposeída, mísera. Amé a vuestra hermana Milly. Os amaré a vos también. No puedo haber caído tan bajo… Dios no me habrá abandonado tanto que no pueda daros algo de amor. ¡Esperad! Olvidemos la triste vida de Milly. ¡Ah, yo la conozco como nadie en el mundo! Hay una cosa que os diré cuando me muera, si es que estáis presente, pero ahora no puedo hablar.

—Nada más deseo saber, Juana.

Ella se apoyó en su hombro y lloró. Lassiter la sostuvo guardando silencio. Serenábase ella poco a poco cuando de pronto, un sobresalto del jinete la alarmó.

—He oído caballos…, caballos con los cascos envueltos en trapos —dijo, y se levantó con cuidado.

—¿Dónde está Fay? —preguntó Juana mirando en torno suyo sin ver a la pequeña, que poco antes corría aún cerca de aquel lugar.

—¡Fay! ¡Fay! —llamó la joven, cada vez más angustiada. Asustábala el silencio.

Pálido, rígido como una estatua, estaba el jinete, no como quien escucha o busca, sino como quien está seguro de saber lo que ha pasado. De pronto asió a Juana con mano férrea y la llevó hacia el lugar dónde la niña jugaba poco antes.

—Fijaos… Fay jugaba aquí… aún se ven las piedras con que ha formado círculos y casas —dijo Lassiter con voz estridente, señalando al suelo—. Aquí hay enterrado go…, algún saltamontes… Aquí ha ido detrás de un lagarto…, fijaos en la débil huella del animal… Aquí ha arrancado corteza del álamo… Mirad en el polvo del sendero… las letras que le habéis enseñado… Mirad, una cruz. ¡Oh Juana, esta cruz es vuestra!

Y siguió arrastrando a Juana pendiente abajo, leyendo en las huellas de los pasos de la pequeña Fay como en un libro, hasta que al fin llegaron a un sitio dónde estaban las señales de los diminutos pies y se advertían las de un hombre cuya pista se perdía en la pradera.

# Capítulo XX

Aquellas huellas revelaron claramente al jinete que la pequeña Fay había sido raptada. Juana se volvió hacia él y, en confirmación de sus propios temores, le vio pálido, envejecido, como herido por un golpe mortal.

—¡Todo acabó! —murmuró ella, sobrecogida de terror, vencida al fin por las desdichas—. Iré en seguida a…

—¿Adónde? —preguntó Lassiter con voz grave.

—A verlos a ellos…, a esos hombres crueles…

—¡Decid los nombres! —gritó Lassiter.

—Al obispo Dyer…, a Tull —continuó Juana obedeciendo maquinalmente.

—¿Para qué?

—Para que me den la pequeña Fay. No puedo vivir sin ella. La han robado, como robaron a la hijita de Milly Erne. Quiero tener a Fay. Me rindo…, iré a ver al obispo Dyer y le diré… que estoy dispuesta a soportar el yugo…, que me devuelvan a Fay… y… que me casaré con Tull.

—¡Nunca! —dijo con voz estentórea el jinete.

Y la rodeó con su fuerte brazo, obligándola a correr hacia la casa, cuyas puertas cerró con tal estruendo que retumbaron las paredes. Los tres caballos estaban en el patio desde que Venters los recuperó, y sus cascos golpeaban el pétreo suelo.

Lassiter soltó a Juana y se dirigió como ebrio, dando un grito terrible, a la mesa sobre la cual tenía su equipo de jinete. Empezó a buscar algo en sus alforjas; sonaron ruidos metálicos, entrechocar de cartuchos…, sus dedos temblaron al llenar de balas una segunda canana. Mas cuando se la puso sobre la que llevaba usualmente, sus manos eran firmes y seguras. La segunda canana contenía también dos revólveres más pequeños que los negros, y se los puso a la parte de atrás para que su chaqueta los ocultase. Luego obró rápidamente. Juana mirábale fascinada, pero sin comprender, y le vio ensillar a Estrella Negra y a Africano. Después se dirigió a ella y la llevó hacia la luz del amplio ventanal.

—Sí, Juana, todo acabó —dijo—, pero no iréis vos a ver a Dyer… ¡Iré yo!

Al mirarle, al ver su aspecto terrible, la joven no le reconoció. ¿Quién era aquel hombre de faz cadavérica, con aquellos ojos tan terribles y aquellos labios tan crueles?

¿Dónde estaba el amable Lassiter? ¿Qué halo frío y aterrador le circundaba?

—Sí, Juana, todo acabó —dijo otra vez, con voz calmosa pero implacable—. Voy a hacer una visita. Entre tanto, os encerraré aquí. Cuando vuelva, quiero que las alforjas estén llenas de carne y de pan. ¡Y estad preparada para montar a caballo!

—¡Lassiter! —exclamó Juana comprendiendo por fin—. ¡No, no, no! —suplicó—. Habéis dicho que renunciabais a la venganza. Prometisteis no matar al obispo Dyer.

—Si queréis hablarme de él no le deis el título de obispo. Un malvado no puede

llevar tal nombre.

—¡Oh! ¿No me dijisteis que habíais renunciado a vengaros de… de Dyer?

—Sí.

—Pero… lo que acabáis de decir…, esas armas…, vuestra terrible mirada.

—Ahora trato de hacer justicia, no de vengarme.

—¿Vais a… matarle?

—Si Dios me da una hora más de vida, sí… Y si no Dios, el diablo…

—¿Queréis matarle… por vos mismo…, por vuestro odio?

—No.

—¿Por Milly Erne?

—No.

—¿Por la pequeña Fay?

—¡No!

—¡Oh! ¿Por quién, pues?

—¡Por vos!

—¡Su sangre caerá sobre mí! —murmuró Juana, y cayó de rodillas. Sus creencias mormonas seguían dominándola; los largos meses de dudas y tribulaciones parecían no haber existido—. Si vertéis su sangre, caerá sobre mi alma… y sobre la de mi padre. ¡Escuchadme!… —Y se abrazó a sus rodillas, resistiéndose cuando él trató de levantarla—. ¡Escuchadme!

¿No soy nada para vos?

—Mujer, no juguéis con las palabras. Os amo, y pronto os lo probaré.

—Seré vuestra…, huiré con vos,…, nos casaremos cuando queráis… con tal de que le perdonéis la vida.

La respuesta de Lassiter fue una risa fría, terrible, retumbante.

—¡Lassiter, os amo! ¡Perdonadle!

—¡No!

Ella se puso en pie, desesperada, y le rodeó el cuello con los brazos y le estrechó contra su pecho tan fuertemente que Lassiter no pudo desasirse.

—¿Queréis matarme a mí. Lassiter? Estoy llevando a cabo la última lucha con mis creencias…, mi amor a la religión, a mi padre… No sabéis, no podéis adivinar la verdad y yo no puedo hablar. Estoy perdiéndolo todo. Estoy transformándome. Todo lo que he pasado hasta ahora no es nada comparado con este momento… ¡Tened piedad de mí…, ayudadme en mi desamparo! Vos sois fuerte…, ¡oh!, fría y cruelmente fuerte. Me estáis matando. ¡Tened piedad, perdonadle!

Le estrechó más aún y alzó su rostro hacia él.

—Lassiter, os amo realmente. En mi angustia lo he comprendido. Me sorprendió como el golpe de una terrible verdad. ¡Sois un hombre único! No lo he sabido hasta ahora. Cuando os habéis puesto esas terribles armas, cuando he visto vuestro pálido semblante, se ha operado en mí un maravilloso cambio. Siempre he amado, pero nunca como ahora. Ninguna mujer puede amar como la que tiene el corazón

destrozado. Si no fuese por una cosa…, pero no, ¡no puedo hablar! De otro modo me enorgullecería vuestra virilidad, vuestra decisión de matar por mí. Creedme… y, perdonad a Dyer. Sed piadoso… Sed grande en este momento, vos que sois siempre grande en todo… Lassiter, nada tengo, pero soy bella…, apasionada… y os amo… Llevadme de aquí…, ocultadme dónde queráis, amadme y curad las heridas de mi corazón. Perdonadle a él y huid conmigo. Soy vuestra… ¡Un beso…! —añadió en voz baja, enloquecida.

—A ese precio… ¡no, no! —contestó Lassiter.

—¡Besadme!… ¿Sois hombre?… ¡Besadme y salvadme!

—Juana, nunca me habéis querido realmente, pero ahora es peor, ahora ensuciáis vuestra alma con negras mentiras.

—¡Por la memoria de mi madre…, por la Biblia…, no, no tengo ya Biblia…, por mi esperanza de ganar el cielo, os juro que os amo!

Los lívidos labios de Lassiter decían con palabras sin sonido que ni el amor de ella podría torcer su voluntad. Y como si Juana no tuviera en sus brazos más fuerzas que una niña, el jinete desasióse de ella y se apartó.

—¡Esperad! ¡No os vayáis! ¡Oh, escuchadme aún…! ¡Qué un Dios más piadoso y más justo que el que me enseñaron a adorar me perdone y me salve! No puedo ya guardar silencio… Lassiter, al suplicar por Dyer, lo hago, más que por él, por mi padre. Mi padre fue un jefe mormón, íntimo de los grandes de nuestra Iglesia. Fue mi padre quien envió a Dyer a buscar prosélitos. Mi padre era aquel gigante de ojos azules y barba dorada. La pista del hombre que descubristeis años ha fue la de mi padre. Es verdad que Dyer causó la ruina de Milly Erne, la sacó de su casa, la trajo a Utah, a Cottonwoods… Pero fue para mi padre. Si Milly Erne tuvo un esposo mormón, fue él. Nunca supe…, nunca sabré si fue o no su mujer. Puedo estar ciega. Lassiter…, puedo ser fanáticamente fiel a una religión falsa…, pero reconozco lo que es justo… y mi padre está fuera del poder de la justicia humana. Seguramente está ya recibiendo en algún lugar el merecido castigo. Siempre me ha aterrado el que vos pudieseis matar a Dyer por los pecados de mi padre. Por eso rezaba…, por eso os suplicaba…

—Juana, el pasado está muerto… Amándoos, lo he olvidado. Lo que estoy a punto de hacer no lo hago ni por mí, ni por Milly, ni por Fay. No lo hago por lo que ha sucedido, sino por lo que está sucediendo…, por vos…; y escuchadme: desde mi infancia jamás me he dirigido a Dios para darle las gracias por algo. Si hay un Dios (y he llegado a creer que lo hay), le agradezco ahora los años que hicieron de mí un Lassiter. Ahora puedo bajar la mano a esos grandes revólveres y saber que con ellos soy un hombre. Juana, sólo uno de esos milagros en que Dyer dice creer puede salvarle.

El cerebro de Juana Withersteen nublóse otra vez y, al sumergirse en un caos sin fin, le pareció caer a los pies de una figura luminosa… de un hombre…, de Lassiter…, que la había salvado de sí misma; de un hombre, a quien no se podía

cambiar, que mataría como justiciero. Y luego la envolvieron totalmente las tinieblas.

Cuando salió de su desmayo dióse cuenta de que estaba echada sobre un canapé, cerca de la ventana, en su gabinete. Alguien le sostenía las manos. Era Judkins, y en su rostro enjuto y duro leyó una gran agitación.

—¡Judkins! —Su voz era débil.

—Perfectamente, señorita, ya habéis recobrado los sentidos. Permaneced muy quietecita un poco más. Estáis ya píen, todo marcha bien…

—¿Dónde está él?

—¿Quién?

—Lassiter.

—No os preocupéis.

—¿Dónde está? ¡Dímelo al instante!

—Bueno, pues está en el cuarto de aquí al lado, curándose unas heridas insignificantes.

—¡Ah!… ¡El obispo Dyer…!

—Cuando le vi la última vez…, hace cosa de media hora, estaba de rodillas, muy ocupado; pero no oraba.

—¡Qué extraño modo de hablar tienes! Me sentaré, va me encuentro bien. ¡Cuéntamelo todo! ¡Dyer de rodillas! ¿Qué hacía?

—Bueno, señorita, perdonad mi modo de hablar. Dyer estaba de rodillas y no oraba. ¿Recordáis sus grandes manazas? Sí, las habéis visto muchas veces levantadas bendiciendo a viejos canosos y a niñas de pelo rizado…, como Fay Larkin. Y, ahora que pienso, no recuerdo haberle visto nunca bendecir a una mujer. Bien, pues, como iba diciendo…, cuando le vi…, hace muy poco de esto…, estaba de rodillas y no oraba… se apretaba con sus grandes manazas unas heridas más grandes todavía.

—¡Hombre, habla, que me vuelves loca con tu calma! ¿Mató Lassiter a Dyer?

—Sí.

—¿Mató a Tull?

—No.

—¿Cómo es eso?

—Tull está ausente del pueblo y con él, la mayoría de sus jinetes. Créese que regresará antes de la noche. Será necesario que Lassiter se marche de aquí antes de que vuelvan, porque de lo contrario, le matarán. Y en cuanto a vos, señorita, también corréis peligro, porque cuando Tull se entere de lo que ha pasado no conocerá límites su cólera.

—Me marcharé con Lassiter… Judkins, cuéntame todo lo que has visto…, todo lo que sepas acerca de lo sucedido.

Juana se dio cuenta, sin que el hecho la maravillase, de que la nueva que trajo Judkins de la muerte de Dyer, que significaba la temida catástrofe, había completado el cambio que lentamente se operaba en ella, y de que ahora sentíase otra mujer, serena, más fuerte que antes de que empezasen a caer sobre su vida las primeras

sombras de la desgracia.

—Lo he visto todo, señorita Withersteen, y me complacerá podérselo contar si queréis tener un poco de paciencia conmigo —dijo Judkins con gravedad—. El asunto me interesaba mucho y, naturalmente, estoy muy agitado. Acaso diga muchas cosas que no sean esenciales ni necesarias, pero no puedo evitarlo. Veréis:

»Me hallaba en la Casa de las Reuniones, dónde Dyer presidía el tribunal. Como sabéis, a veces actúa de magistrado o juez en ausencia de Tull. Tratábase de juzgar a los pocos muchachos que me quedaban (los que me ayudaron a cuidar vuestro ganado), por un sinfín de cosas que no han cometido. Estamos ya acostumbrados a eso, y a los muchachos poco les importaba que los encerrasen durante algún tiempo o que tuviesen que cavar acequias o lo que el juez determinara. Porque habéis de saber que repartí el oro que me disteis entre todos mis jinetes, y lo han escondido bien y se sienten ricos. Sin embargo: el juicio quedó suspendido antes de que el juez dictara sentencia. Sí, señora, el juicio fue suspendido de un modo extraño y raro, casi como si un rayo hubiese caído sobre el edificio.

»Me costó bastante poder entrar, mas al fin lo conseguí. Había mucha gente dentro, todos mis valientes muchachos y el juez Dyer, con varios curiales. También tenía a su lado cinco jinetes, que son los que formaban últimamente su cuerpo de guardia: Carter, Wright, Jengessen y dos nuevos, de Stonebridge. No oí sus nombres, pero me dijeron que eran muy hábiles en el manejo de las armas. Tenían más aspecto de bandidos que de jinetes. El caso es que allí permanecían los cinco en fila.

»El juez Dyer —estaba diciendo a Willie Kern, uno de mis mejores y más valientes jinetes, que cerca de su casa había abierto una acequia con la cual regaba su huerto, sabiendo que está prohibido. Y Willie trataba de poder hablar también, afirmando que aquel día no había estado en casa, cosa que me consta a mí, pero no le dejaron hablar, sino que Dyer procedió a condenarle sin más ni más. De pronto miró casualmente hacia el lado opuesto de la larga sala, y si hubo alguna vez un hombre que se quedase de piedra, ese hombre fue Dyer. Naturalmente, me volví para ver qué era lo que impresionaba tanto al juez. Y, en medio del ancho pasillo formado por los bancos, vi a Lassiter muy pálido, vestido de negro, comparable sólo con la muerte. Venters causó una sensación enorme en aquella sala cuando insultó a Tull, pero lo de hoy ha sido distinto. Os doy mi palabra, señorita Withersteen, de que el frío de la emoción me caló hasta los huesos. No sé, pero el caso es que Lassiter tiene algo en su aspecto que causa miedo. Pronunció solamente una palabra…, un nombre…, mas no lo entendí, aunque no fue por falta de claridad. Tal vez me hallaba excesivamente emocionado. Dyer comprendió, sin duda, lo que dijo, y otras muchas cosas que para mí son un misterio, porque saltó de su sillón y se plantó en el estrado. Luego, los cinco jinetes, los del cuerpo de guardia de Dyer, pusiéronse también en pie y dos de ellos, los nuevos de Stonebridge, saltaron por la ventana en un decir Jesús. «Ya se veía que no eran mormones.

»Jengessen, Carter y Wright miraron a Lassiter por espacio de un segundo,

aunque pareció una hora; se pusieron pálidos y rígidos, pero no se acobardaron ni perdieron la serenidad.

»Pude contemplar a Lassiter a mis anchas. Inclinábase un poco hacia delante y tenía los brazos encorvados, pareciendo sus manos verdaderas garras de águila. No es posible decir cómo eran sus ojos. Sólo sé que con ellos leía el pensamiento de todos los que estaban a punto de sacar un revólver. Y como le contemplaba a él no pude ver, naturalmente, cuándo se decidieron aquellos tres a sacar sus armas. Lassiter fue más rápido con la vista y con las manos. El caso es que vi las rojas llamas de sus revólveres y oí sus detonaciones una fracción de segundo antes que los disparos de los tres jinetes. Y cuando me volví, Wright y Carter yacían en el suelo, muertos, y Jengessen, que por lo fuerte parecía un toro, trataba de apretar el gatillo del revólver, que temblaba en su mano, pero se veía claramente que ya estaba listo y, en efecto, poco después se desplomó con estruendo y su revólver rodó por tierra.

»Siguió un silencio impresionante. Nadie se atrevía a respirar. En todo caso, yo no lo hice. Vi que Lassiter metía un revólver humeante en el cinto. No había empleado ninguno de los revólveres negros, y me pareció extraño. Todo esto sucedió rápidamente, no os podéis figurar con que velocidad.

»Me volví para ver lo que hacía Dyer. Tenía el rostro plomizo. Me hubiese gustado mirar a Lassiter, pero la cara de Dyer me fascinaba. Le vi “sacar” su revólver, y a fe que yo no lo hubiera hecho con mayor rapidez, pero:… sonó la detonación del arma de Lassiter, hirió a Dyer en el brazo derecho y el arma se le disparó al caer. Miró a Lassiter como un lobo de la pradera acorralado, y casi aulló también como tal. Se agachó en seguida para recoger su revólver, y ya lo tenía en la mano cuando sonó otra detonación, y el balazo de Lassiter pareció arrancarle el brazo de cuajo…, así al menos lo creí yo. El arma se cayó de nuevo y Dyer arrodillóse como atraído por ella. Era extraño y terrible ver su serenidad. ¿Por qué un hombre así había de estar tan apegado a la vida? Bueno, pues… recogió el revólver con la mano izquierda, y ya lo levantaba cuando un tercer disparo le dio en el brazo, desprendiéndose de nuevo el arma de entre sus dedos. Mas aún podía moverlo, porque recogió el revólver y, temblando y todo, empezó a disparar frenéticamente. Una de las balas hirió a un hombre que estaba a veinte pasos de Lassiter, y lo mató, como supe luego. De pronto oí una terrible serie de tiros…, nueve, calcule después… y me di cuenta de que Lassiter había sacado por fin los revólveres negros contra Dyer.

»No debe sentaros mal, señorita, que os lo cuente todo sin ambages, porque habéis querido saberlo. Ya se os pasará la impresión. He visto algunas escenas tremendas en esta frontera de Utah, pero ésta…, ésta ha sido la más espantosa de todas. Recuerdo que cerré los ojos y, durante un minuto, me imagine las cosas más extrañas lejos de aquel lugar. Vi la pradera, vi caballos que corrían, y vi lo que más me gusta, cosas vagas en la oscuridad, mientras en mis oídos zumbaba algo raro. Y recuerdo claramente (puesto que ello me hizo abrir los ojos, quitándome el vértigo que sentía)…, digo que recuerdo claramente que advertí el olor de la pólvora.

»Bueno…, pues el juicio quedó suspendido por falta de juez, el cual estaba de rodillas y no oraba. Jadeaba y apretaba las grandes e inútiles manos sobre su cuerpo, en el que Lassiter había metido todas las balas de aquellos tiros que oí. ¡Aquél era el verdadero Lassiter!

»Y entonces, Lassiter habló. Es posible que olvide algún día sus palabras, pero nunca olvidare el tono de su voz.

»—¡Predicador Dyer, llama pronto a ese Dios que se te revela aquí, en la tierra, porque no visitará el lugar a que vas a ir ahora!

»Y luego vi a Dyer mirar sus grandes manos, que no eran bastante grandes para aquel último trabajo en que las quería emplear. Y miró a Lassiter; luego se quedó con la vista clavada en algo que no era Lassiter, ni nadie allí presente, ni la sala, ni las ramas de la artemisa roja que asomaban por la ventana. Fuera lo que fuese lo que veían sus ojos tenían la mirada del hombre que descubre algo demasiado tarde. ¡Fue una mirada terrible!… Y, con un grito horripilante, cayó de bruces contra el suelo.

Judkins se detuvo en su relato, respirando fuertemente mientras se quitaba el sudor del rostro.

—Eso es todo —concluyó—. Lassiter salió de allí y yo me apresure a darle alcance.

Sangraba de tres heridas de bala, pero poco importantes. Y hemos venido directamente aquí. Os halle desmayada en el vestíbulo y me costó trabajo reanimaros.

Juana Withersteen no dedicó ninguna oración al alma de Dyer.

Oyóse el paso de Lassiter en el vestíbulo…, el ruido suave, tintineante que le era tan familiar, y la escuchó con una emoción nueva, mezcla de temor y de alegría. Abrióse la puerta y vio al Lassiter de antes, tranquilo, sereno, gallardo, aunque no era exactamente el mismo. Juana se levantó y sus ojos se nublaron.

—¿Os encontráis… bien? —preguntó trémula.

—No lo dudéis.

—Lassiter, me iré con vos. Ocultadme hasta que haya pasado el peligro…, hasta que nos hayan olvidado… Luego, llevadme dónde queráis. Vuestra gente será la mía; vuestro Dios, mi Dios.

Lassiter le besó la mano con la extraña gracia y cortesía que en raros momentos solía revelar.

—Estrella Negra y Africano nos esperan —dijo con sencillez.

La mención de sus negros corceles fue un acicate para Juana. Se apresuró a ir a su cuarto, dónde se puso un traje de montar; hizo un paquete con sus joyas, el oro que le quedaba y todas las prendas femeninas que pudiesen caber en las alforjas y luego regresó al vestíbulo.

—Judkins —dijo al fiel jinete—, te regalo a Campanilla; espero que siempre lo cuidarás bien y serás bueno con él.

Judkins murmuró unas palabras de gratitud; la emoción le embargaba y turbáronse sus ojos.

Lassiter fijó las alforjas de Juana sobre Estrella Negra y llevó los corceles al patio.

—Judkins, vos iréis con Juana a la pradera. Si veis venir a alguien, gritad dos veces en rápida sucesión. Y Juana, ¡no miréis atrás! Pronto os alcanzaré. Llegaremos a la entrada del Desfiladero antes de medianoche y aguardaremos que sea de día para descender.

Estrella Negra inclinó su noble cabeza y dobló las manos para que Juana pudiera montarlo.

Al lado de Judkins, montado sobre Campanilla, salió del patio, atravesó el ancho prado, el bosquecillo, y se dirigió a la pradera, comprendiendo claramente que se alejaba para siempre de la mansión de Withersteen, pero no volvió los ojos. Una extraña paz invadió su alma. El destino habíase cumplido, mas en lugar de hallar que la vida ya no tenía aliciente, descubrió que era doblemente interesante, llena de dulzura y suavidad como la brisa, y bella y desconocida como la inmensa pradera de artemisa que se extendía ante ella, inundada de sol poniente. Advirtió que Judkins le tocaba la mano y le oyó decir un adiós ronco; luego, que en el sitio de Campanilla corría Africano, y que Lassiter cabalgaba junto a ella.

—¡No miréis atrás! —dijo éste, y también su voz sonaba de un modo extraño. Contemplando fijamente las ondulaciones de la pradera que tenía delante, Juana extendió su mano enguantada y sintió que la estrechaba otra, fuerte. Así, cogida de la mano, continuó cabalgando, sin volverse siquiera una vez para ver el hermoso bosque de Cottonwoods. Parecía no pensar en el pasado, en lo que dejaba para siempre, sino tan sólo en el color y el misterio de la pradera que descendía hasta el Desfiladero de la Decepción, y en el porvenir, vio como las sombras se alargaban en la pendiente, sintió el fresco viento del Oeste que la empujaba y maravillóse al ver las amarillentas y bajas nubes que cruzaban rápidamente sobre ellos.

—¡No miréis atrás! —repitió Lassiter.

El viento traía grandes y espesas nubes de humo, y con ellas se percibió un fuerte y acre olor a madera quemada.

¡Lassiter había incendiado la mansión de los Withersteen! Sin embargo, Juana no volvió la cabeza.

Un velo de niebla oscureció la penetrante mirada con que ella contemplaba invariablemente la roja ladera y la tenue línea de los cañones en lontananza. Disipóse el velo como habíanse disipado las nubes de humo, y el crepúsculo invadió el valle con sus vagas sombras. A poco llegó la noche, rápida como los raudos corceles, y empezaron a brillar las estrellas en el firmamento. La amplia ladera se iluminó con la plateada luz de la luna, pareciendo la pradera más selvática y solitaria que nunca. Así avanzaron las horas de la noche, y Juana Withersteen continuó cabalgando, sin mirar nunca atrás.

# Capítulo XXI

Había llegado el momento de que Venters y Bess abandonasen su refugio. Costábales mucho trabajo elegir las pocas cosas que podrían llevarse en su viaje para salir del Estado de Utah.

—Bern, quisiera saber qué clase de paquete es éste que tengo aquí —exclamó Bess levantándose, muy encarnada.

Él, absorto en su trabajo, no alzó los ojos, y contestó que había traído tantas cosas de Cottonwoods que no recordaba ni la mitad.

—¡Este paquete está hecho por una mujer! —exclamó Bess.

El joven no comprendió la significación de aquellas palabras, pero el tono de la voz le obligó a ponerse inmediatamente en pie, vio a Bess arrodillada ante un hatillo que reconoció al punto, porque era el que le había dado Juana.

—¡Pardiez! —exclamó, y al ver el rostro de Bess echóse a reír.

—¡Este paquete está hecho por una mujer! —repitió la joven mirándole tristemente.

—Bueno… ¿Es que eso es un crimen?

—Entonces… ¡hay en tu pasado una mujer!

—Bess…

—¡Me has mentido!

Venters comprendió la necesidad de abandonar de momento su trabajo para calmar a su amada. Había estado aislada toda su vida, pero llevaba en sí la esencia de lo eternamente femenino.

—¡Entonces, ha habido realmente una mujer y me has mentido! —siguió diciendo la muchacha cuando Venters terminó la explicación.

—¿Y qué importa? Mira, Bess, me voy a enfadar contigo. Tú has estado encerrada toda la vida, pero me atrevo a afirmar que si hubieses vivido en el mundo, hubieras tenido lo menos una docena de novios y habrías dicho muchas mentiras.

—Nada de eso —declaró Bess, muy indignada.

—Bueno… Tal vez no habrías mentido, pero si hubieras tenido novios. Eso es inevitable siendo tan bonita. El oportuno piropo puso fin al enfado de Bess, y los dos enamorados continuaron su tarea de escoger lo que iban a llevarse y de guardar en la cueva lo que habían de dejar.

Venters cerró la cueva con espeso ramaje de sauces y tiemblos a fin de que ningún animal pudiera entrar y comerse los sacos de trigo. Realizaba además aquel trabajo con la previsión que le caracterizaba. Era posible que no pudieran salir de Utah y que tuviesen que volver al valle… Por Bess veíase obligado a intentar la salida, y en el caso de que fuese necesario regresar, quería hallar intactas las excelentes provisiones que llevó al valle. Todos los utensilios y herramientas los guardó en otra cueva.

—Bess, disponemos de tantas cosas, que podríamos vivir aquí toda la vida —dijo él cuando ya casi estaba hecho todo el trabajo.

—¿Quieres que vaya a hacer rodar la Roca Movediza? —preguntó ella de un modo indiferente, pero con vivo fuego en los ojos.

—¡No, no!

—¡Ah, tú no puedes olvidar el oro y el mundo! —observó Bess suspirando.

—Y tú, niña, te olvidas de los preciosos vestidos, de los viajes…

—¡Oh, sí, quiero irme! Pero… también me gustaría quedarme.

—A mí me pasa lo mismo.

Sacaron a los ocho becerros de la empalizada y los pusieron en libertad. De los burros que Venters trajera de Cottonwoods sólo eligieron dos, dejando los otros sueltos por el valle.

Asimismo dio Bess libertad a todos sus animales favoritos: la codorniz, los conejillos y el zorro.

El último crepúsculo y la última noche fueron para ellos los más tristes y a la vez los más dulces de todos los que pasaron en el Valle de la Sorpresa. El alba de la mañana siguiente trajo consigo inusitada alegría y movimiento. Cuando Venters hubo ensillado los dos burros colocado las dos alforjas, sin olvidar dos grandes recipientes de agua, el sol dispersaba las últimas sombras del valle. Pusiéronse en camino, volviendo, sin embargo, constantemente la vista. Nunca les había parecido la subida: desde la terraza hasta el puente tan larga y penosa.

Al llegar a la entrada de la garganta detuviéronse para descansar un momento y contemplar por última vez el valle, hermoso como nunca a la matutina luz del sol.

—¡Qué tristeza da alejarse de este paraíso! —dijo Bess, con un sollozo en la voz y lágrimas en los ojos.

—¡Calla! No llores. Nuestro valle ha servido para prepararnos una vida más digna en otros lugares. ¡Sigamos!

Entraron en la garganta y Venters cerró la puerta del cercado de sauces. De la sonrosada luz de la mañana pasaron a la fresca oscuridad. Las pisadas de los burros resonaban huecas. Abríase la garganta al llegar a la divisoria, y la oscuridad cedió a la luz grisácea, junto a la Roca Movediza se detuvieron nuevamente y Venters escudriñó en todas direcciones por si hubiese algo anormal. Nada advirtió, sin embargo.

Los perros rompieron la marcha en el descenso; siguióles Bess llevando de la brida al burro, y luego Venters con el suyo. Bess miraba al suelo; Venters, en cambio, sentía el irresistible deseo de volverse para contemplar la Roca Movediza. Ésta siempre le había producido espanto, y ahora se preguntaba si realmente lograrían salir de allí sin que se derrumbase. Le parecía un milagro. Constantemente cedía al extraño temor y volvíase para asegurarse de que la roca seguía en su sitio. Y, a medida que iba descendiendo, el peñasco se esfumaba, cambiaba de forma, balanceábase, se inclinaba y, finalmente, su loca imaginación le hizo ver que la piedra se deslizaba de su pedestal, rodando, mas sin caer del todo, tal como lo había visto en sueños.

Y mientras sufría así por el terror que le inspiraba la Roca Movediza, terminaron el descenso sin incidente alguno.

—¡Gracias a Dios que se ha acabado esto! —exclamó Venters, aliviado—. Espero no ver más esa endemoniada roca. Desde el primer momento que la vi tuve la impresión de que me esperaba para derrumbarse. Ahora, si cayese, oiría el estruendo aunque estuviera a miles de millas de distancia.

Al columbrar desde arriba la suave pendiente que terminaba en la linde de los cedros deformes, serenóse por completo. Escrutó atentamente el panorama que tenía delante y vio que no había peligro.

—Bess, ahora viene lo peor la pina bajada de los peldaños. Baja tú primero, guiando al burro. Ve despacio y sostente con la brida del animal si resbalas, porque le tengo atado con una cuerda cuyo extremo opuesto está sujeto a este saliente de la roca. Subir aquí contigo fue una tarea muy difícil, pero el descenso es sencillo.

Ambos animales bajaron por los peligrosos escalones trazados por los trogloditas, sin dar un paso en falso. El descenso por la rocosa pendiente hasta la hondonada sólo requería cuidadosa atención, y Venters logró llevar a los burros al terreno liso en tales condiciones que se felicitó por el buen éxito de la primera parte del viaje.

—Tenemos suerte —dijo—. Ya hemos hecho lo más difícil del camino. Ahora sólo hemos de guardarnos de los hombres. Cuando lleguemos a la pradera podremos ocultarnos tras la alta artemisa, deslizándonos como los coyotes.

Montaron en los burros y atravesaron la enorme hondonada con dirección al Oeste. De vez en cuando, Venters se apeaba, llevando al animal por la brida. Cuando hubieron traspuesto todos los cañones que desembocaban en aquel valle, continuaron el camino con más rapidez y sin detenerse. Venters no dijo a Bess que en uno de los cañones, a cosa de una milla de distancia, había visto caballos y humo de una hoguera. No quería alarmarla, limitándose a guardar silencio y a estar más alerta que nunca. Cuando llegaron a la mella del primer cañón ya era de noche, y la luz de las estrellas les sirvió para prepararse a pasar la noche allí. Ataron los dos burros cerca del manantial para que no huyesen. Bess, muy cansada, se tumbó en el suelo, apoyó la cabeza en la silla de montar y se durmió, rodeada de los dos perros. Venters no cerró los ojos. Contemplaba las estrellas, las sombras de la noche, la blanca faz de la muchacha… Recordó cuán pálida e inmóvil la viera en aquel mismo sitio, también a la luz estelar… Y de nuevo su imaginación le hizo ver peligros que no existían. ¿La perdería, al fin? ¿Sería inútil todo su amor y su trabajo? ¿Qué significaban las oscuras sombras que veía a su lado? ¿Estaría la desgracia acechando en la pradera? ¿Por qué su corazón sentía la angustia de un temor indefinible? Abrumábale el silencio, y con anhelo aguardó que la luz del día le quitara el peso de sus temores.

Despertó a Bess al primer claror del alba y ensilló a los animales. Deseaba salir del Desfiladero antes de que ningún jinete pudiera tener tiempo de bajar a él. Llegaron a la grieta por dónde se subía a la pradera, cuando los primeros rayos del sol naciente tocaban el borde superior del cañón.

Y era tal su deseo de pisar el liso terreno de la altiplanicie, que no mandó a los perros ir delante. Dando orden a Bess de que se diera prisa, empezó a subir el

empinado sendero.

Cuando traspuso por fin el borde, contempló absorto la gloriosa ladera inundada de sol y cuajada de roja artemisa. Bess se colocó a su lado, jadeante, tirando de la brida del burro.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó Venters alegremente—. No hay un alma en la pradera. Estamos a salvo. Nadie nos verá. ¡Ah, amada mía…!

*Ring* gruñó y husmeó el aire. Venters cogió el rifle. Blanca se equivocaba a veces, pero *Ring* jamás. Y, cuando oyó pisadas de caballo, fue tal su sorpresa que no tuvo fuerzas para volverse y ver por dónde venía el peligro. Sus ojos se dilataron cuando, a poco, vio surgir de entre la artemisa a Lassiter llevando a Estrella Negra y a Africano de las bridas, y, a su lado, a Juana Withersteen, con traje de montar.

Durante un momento, el joven no logró dominar su emoción. Serenóse en parte, cuando Lassiter se detuvo sonriendo y Juana, muy asombrada, hizo lo mismo.

—¡Caramba, Bern! —exclamó Juana—. ¡Cuánta alegría siento al volveros a ver! Ya estalló la tormenta… Estoy arruinada… Como veis, huímos de allí. Pero…, creí que estabais solo.

Venters, consternado, no sabía qué decir ni qué hacer. Seguía mirando a Juana fijamente.

—¿Dónde vais, amigo Venters? —preguntó Lassiter.

—Aquel sitio no es seguro… Yo, nosotros… vamos a salir de Utah…, vamos al Este —pudo articular, haciendo un gran esfuerzo.

—Creo que este encuentro es la cosa más feliz que ha podido sucederos… a vos, a Juana y a Bess —dijo Lassiter con tranquilidad.

—¡Bess! —exclamó Juana, sonrojándose.

Venters no lograba ver en aquel encuentro nada que significase suerte para él.

Juana Withersteen contempló con ojos de mujer el semblante lleno de rubor de Bess, su esbelta y graciosa figura…

—¡Venters! ¿Es una muchacha…, una mujer? —preguntó después, con voz aguda.

—Sí.

—¿La teníais con vos en aquel maravilloso valle?

—Sí, Juana, pero…

—¿Todo el tiempo, desde que os marchasteis?

—Sí, pero no puedo deciros…

—¿Y me pedisteis provisiones para ella? ¿Para ella quisisteis convertir el valle en un paraíso?

—¡Oh Juana!

—¡Contestad!

—Sí.

—¡Qué embustero sois! —Y con esta exclamación se desató la furia de Juana Withersteen. Por segunda vez en su vida la invadió la irrefrenable cólera que había

sido la debilidad de su padre. Y era peor que la de él, porque Juana era una mujer celosa…, celosa hasta con sus amigos…

Venters se limitó a aguantar el chaparrón. La ira de Juana duró poco; como el fuego vivo, se consumió rápidamente. Faltóle energía para continuar gritando; como un árbol herido en la raíz, empezó a temblar y su enojo se convirtió en desesperación. Luego, exhausta, en estado lastimoso, sostenida por el brazo de Lassiter, se volvió y ocultó el rostro en las crines de Estrella Negra.

Aunque Venters parecía tranquilo, cuando al fin su gran amiga alzó el rostro y le miró, sufrió un agudo dolor.

—¡Juana! —exclamó—. ¡Esta muchacha es inocente!

—¿Pretendéis que crea eso? —preguntó ella con amargura.

—No miento hasta este extremo, bien lo sabéis. Si mentí…, si guardé silencio en la hora en que hubiese debido hablar, fue por ahorraron un disgusto. Fui a Cottonwoods para contároslo todo, pero al ver vuestras tribulaciones, no me sentí con fuerzas para ello. Quise deciros que amo a esta joven, pero nunca olvidé, Juana, lo buena que habéis sido conmigo. Aprecio vuestra amistad como antes, y os ruego que, a pesar de las condenatorias apariencias, procuréis ser justa. La muchacha es inocente. Preguntádselo a Lassiter.

—Juana. Bess es tan buena e inocente como la pequeña Fay —afirmó Lassiter, con extraña sonrisa y una luz misteriosa en los ojos.

Venters y Lassiter vieron como la torturada alma de Juana luchaba contra el odio, la duda y la sospecha, y al fin salía victoriosa.

—Berra, sí, en mi desventura, os he acusado injustamente. ¿Quién es esta joven?

—Bess es la hija de Oldring y ha sido el jinete Enmascarado. Lassiter os contará toda la historia, desde el momento en que la herí tomándola por un bandido hasta que descubrí su verdadera personalidad. Es una historia extraña, misteriosa como nuestra pradera. Pero tan cierta como su inocencia. Es preciso que la creáis.

—¡El jinete Enmascarado de Oldring! ¡La hija de Oldring! —exclamó Juana—. ¡Y afirmáis que es inocente! Mucho me pedís. Si esta muchacha es lo que habéis dicho… ¿cómo puede marcharse con el hombre que mató a su padre?

—¿Por qué lo habéis dicho? —gritó Venters, iracundo.

La pregunta de Juana sacó a Bess de su estupefacción. Sus ojos ensombreciéronse, dio un paso hacia Venters y alzó ambas manos, horrorizada.

—¿Has matado a Oldring?

—Sí, Bess, y lo siento; pero bien sabes que jamás pude soñar siquiera que se trataba de tu padre. Creí que te había hecho mucho mal. Le maté en un acceso de celos.

Bess guardó largo rato silencio.

—¡Pero era mi padre! —exclamó al fin—. Ahora debo marcharme…, no puedo ir contigo… Todo acabó… aquel bello sueño no puede realizarse. ¡Ah, ya sabía yo que era imposible!

—Si me perdonas, Bess, todo acabará bien —imploró Venters.

—¡No, no; no puede ser! Volveré con ellos. Al fin y al cabo, le he querido. Ha sido bueno conmigo. ¡No puedo, no debo olvidarlo!

—Si vuelves con los hombres de Oldring, yo te seguiré, y entonces ellos me matarán —dijo el joven, con voz ronca.

—¡Oh, no. Bern, no harás eso! Déjame ir. Es mejor que me olvides. Sólo te he causado penas y sufrimientos. La joven no lloró, bajó la cabeza como quien acepta los mandatos del destino.

—Juana, ¿era necesario que dijerais eso? —gritó Venters, desesperado—. ¿Por qué lo habéis dicho? ¿Dónde está la bondad de vuestro corazón? Esta muchacha ha pasado una vida solitaria y desdichada. Yo hallé el medio de hacerla feliz… Habéis matado algo dulce y puro…

—Se me escapó. Nunca creí… ¡Dios mío, cómo iba yo a saber…! —se lamentó Juana.

De pronto avanzó Lassiter, mirando con ojos luminosos y sonrientes a Juana y a Venters, y luego a Bess.

—Bueno, ya habéis hablado todos y ahora me toca a mí. He deseado vehementemente este encuentro. Bess, ven aquí y mira esto.

Suavemente la obligó a volverse y puso un dije de oro en la palma de su mano.

—¡Ábrelo! —dijo.

Bess obedeció maquinalmente.

—Juana…, Venters…, acercaos —continuó Lassiter—. Fijaos en el retrato. ¿Conocéis a esa mujer?

Juana, después de contemplar largamente el diminuto retrato, se echó atrás y…

—¡Milly Erne! —exclamó, asombrada.

Venters reconoció también a Milly Erne en aquella fotografía, y se emocionó sin saber por qué.

—Si, es Milly Erne —dijo suavemente Lassiter—. Bess, ¿no has visto nunca este rostro?

¡Fíjate bien!

—Los ojos… me parecen familiares —murmuró Bess—. Parecen los ojos que veo en sueños, pero…

Lassiter la rodeó con su fuerte brazo y bajó la cabeza.

—Hija mía, creí que recordarías sus ojos. Son los mismos hermosos ojos que verías al mirarte en un espejo. Son los ojos de tu madre. Tú eres la hija de Milly Erne. Te llamas Isabel Erne. No eres la hija de Oldring. Eres la hija de Frank Erne, mi mejor amigo. ¡Fíjate al lado de Milly está él! Frank era de buenísima familia y un mozo apuesto y gallardo. ¡Tú llevas en tus venas sangre linajuda, y eso no se puede ocultar!

Bess cayó de rodillas y apretó el dije contra su pecho, alzando la mirada, anhelante…

—¡No, no puede ser cierto!…

—Gracias a Dios, hija es la pura verdad —afirmó Lassiter—. Juana y Bern, los dos, reconocen a Milly, y ven a Milly en ti; pero están tan aturdidos que no tienen fuerza para hablar, eso es todo.

—¿Quién sois vos? —murmuró la joven.

—Pues…, hermano de Milly y tío tuyo… Tío Jaime… ¿No te parece bien?

—¡Oh, no puedo creerlo! ¡No, no me levantéis! Bern, dejadme arrodillada. Veo la verdad en vuestros semblantes, en el de la señorita Withersteen. Pero dejadme escucharlo de rodillas. Contádmelo todo.

—Bien, Isabel, escucha entonces —dijo Lassiter—. Antes de que nacieras, tu padre se enemistó mortalmente con un mormón llamado Dyer. Ambos eran pastores y rivales. Dyer raptó a tu madre y tú naciste hace dieciocho años en el Estado de Texas. De allí la llevaron contigo a Utah, de un lugar a otro, hasta que llegaron aquí, a lo más apartado y selvático, a Cottonwoods. Tenías tú unos tres años cuando te alejaron de Milly. Tu madre no supo nunca qué había sido de ti. Mas vivió aún mucho tiempo esperando y orando para que le devolviesen a su hija. Luego, murió. Y ahora ya puedo decir que tu padre murió hace unos diez años. En cuanto a mí, pasé muchos buscando a mi hermana y hace pocos meses llegué a Cottonwoods. Hace poco supe tu historia. Hablé con Oldring, le dije que habías muerto, y él me contó lo que hace tanto tiempo deseaba saber, fue Dyer, naturalmente, quien te arrebató de los brazos de tu madre. En parte, porque estaba disgustado a causa de que Milly no te educaba como mormona, pero mayormente porque seguía odiando tanto a Frank Eme, que convino con Oldring en que se te criara como muchacha de bandidos. Quería que Frank sufriese si alguna vez llegaba a Utah; quería mostrarle a su hija en medio de una banda de ladrones. Oldring te cogió y te crió, convirtiéndote después en su jinete Enmascarado. Hizo todo esto para que, como tal tuvieses un nombre cubierto de infamia. Cumplió esa parte del contrato, pero llegó a quererte como hija propia y no dijo jamás a nadie, excepto a sus cómplices, que el jinete Enmascarado era una muchacha. Se lo oí decir a él mismo y vi cómo se le nublaron los ojos. Me dijo que él y otro cómplice suyo, un viejo, te enseñaron a leer y a escribir; que nunca se apartó de ti durante las excursiones a caballo que te dieron fama. Dyer quería que fueses la más mala de todas las mujeres, y Oldring te hizo la más inocente, la más pura de todas. Aún recuerdo cómo le temblaba la voz al contarme tu historia. Me dijo que algunos bandidos habían tratado de aproximarse a ti de un modo familiar y que los mató. Te digo todo esto porque sentiste tanta vergüenza por no tener un nombre honrado y creer que eras sabe Dios qué. Nada más falso que esa idea tuya. La verdad es tal como te la he contado. Oldring me juró que si Dyer muriese, relevándole así del convenio, intentaría buscar a tu padre y devolverte a él. Parece que Oldring no era tan malo, y que te quería mucho.

Venters se inclinó sobre la joven, muy contrito.

—¡Oh, Bess! Yo sé que Lassiter dice la verdad. Porque cuando herí a Oldring,

cayó de rodillas y con el último aliento de vida me dijo: «¡Hombre! ¿Por qué no habéis esperado? Bess fue…». Y luego murió. Sus palabras y su mirada me han perseguido desde entonces.

¡Qué bueno ha sido Oldring contigo! ¡Parece increíble! No eres lo que te figurabas…

—¡Isabel Erne! —exclamó Juana Withersteen—. Yo he amado a tu madre y la veo a ella en ti.

Lo que había parecido increíble en boca de los dos hombres, convirtióse en maravillosa verdad para Bess al oírlo de labios de otra mujer. Creyó. Poco a poco comprendió el alcance de la revelación, y el variado proceso de sus pensamientos reflejábase en su rostro. Sus ojos eran el espejo de la transformación de su alma. Cuando se disipó la última duda, levantóse ruborosa y feliz. El pasado se había hundido; quedaba el porvenir, lleno de luz y de dicha.

Venters la contemplaba con tan gran alegría que no podía hablar. En la expresión del rostro de su amada se adivinó algo de lo mucho que la revelación de Lassiter significaba para Bess. Y el momento en que ella parecía elevarse transfigurada espiritualmente era el más bello de su vida. La joven quedóse con los labios entreabiertos, trémulos, apretando con ambas manos el precioso dije sobre su pecho. El nuevo y consciente orgullo de su valer dignificó la grácil figura de la gallarda joven.

—¡Tío Jaime! —dijo trémula, con sonrisa distinta de cuantas Venters viera en su rostro. Lassiter la tomó en sus brazos.

—¡Qué bien me suena eso! —repuso Lassiter, emocionado a pesar de su férrea voluntad. Venters, sintiendo que sus ojos se humedecían, volvióse y se halló frente a Juana Withersteen. Casi había olvidado su presencia. Venters leyó sus pensamientos, adivinó la reacción de su noble alma, vio la alegría que empezaba a sentir ante la felicidad de los demás. Y cegado por las lágrimas, profundamente conmovido, se apartó también de ella. Sabía que Juana no tardaría en hacer un: magnífico acto de desagravio por la ira que antes expresara. Probablemente amaría tanto a Isabel Erne como había amado en otro tiempo a su madre.

—Creo, amigos míos, que es hora de hablar de cosas: serias —dijo Lassiter, al fin —. El tiempo vuela.

—Tenéis razón —repuso Venters inmediatamente. Había olvidado el tiempo, el lugar, el peligro—. Lassiter… vos os marchabais. ¿Es que Juana abandona Cottonwoods?

—Para siempre —afirmó la aludida.

—Yo he prendido fuego a la mansión Withersteen —añadió Lassiter.

—¿Y Dyer? —preguntó Venters severamente.

—Creo que dónde Dyer ha ido no podrá raptar más niñas.

—¡Ah, estaba seguro! Se lo advertí a Judkins… ¿Y Tull?

—Tull no estaba allí cuando acabé con el otro. A estas horas estará seguramente

persiguiéndonos con sus jinetes.

—¿Vais a internaros en el Desfildero hasta que amaine el temporal?

—Ésa es la idea de Juana. Creo que ese temporal tardará mucho, muchísimo tiempo en amainar íbamos a reunirnos con vos en el Valle de la Sorpresa. ¿Volveréis ahora con nosotros?

—No. Deseo sacar a Bess de Utah. Lassiter, Bess ha encontrado oro en el Valle. Tenemos una alforja llena. Si podemos llegar a Sterling…

—¡Pero…, hombre de Dios! ¿Cómo vais a hacer eso? Sterling está a cien millas de aquí.

—Mi plan es seguir cabalgando por la pradera y permanecer constantemente alerta. Daremos la vuelta por Cottonwoods y la artemisa nos ocultará de las miradas de nuestros enemigos.

—Es un mal plan. Reventaréis los burros en dos días.

—Continuaremos a pie.

—Eso es peor. Más vale que volváis con nosotros.

—Lassiter, esta muchacha ha estado toda su vida en estos parajes solitarios —repuso Venters, Los hombres de Oldring me buscan, y ya no estaríamos seguros. A pesar de todo, quiero aprovechar la oportunidad de sacarla de aquí. Deseo casarme con ella. Quiero que vea el mundo. Tenemos oro, seremos ricos. El porvenir se nos presenta halagüeño… ¡Y lograré lo que me propongo o pereceré en la demanda!

—Pues si vais con esos burros, vais a perder muy pronto la vida. Tull hará que sus jinetes recorran toda la pradera, y con los burros no podréis escapar. Es una locura; no tratáis a Bess como se merece. Venid con nosotros y evitaremos el peligro de los bandidos.

Los argumentos de Lassiter hicieron vacilar a Venters, y se dirigió a la joven.

—Bess, Lassiter cree que el viaje que nos proponemos hacer es irrealizable. Temo que tenga razón. Tenemos sólo una probabilidad contra noventa y nueve de salir de Utah.

¿Retrocedemos o continuamos?

—Continuaremos —contestó Bess, decidida.

—Ya está dicho, Lassiter.

Lassiter hizo un ademán, como significando que él no podía hacer más, y pasó una sombra por su rostro. Venters sintió que alguien le tocaba el codo. Juana estaba a su lado, apoyándose en su brazo. Sonreía.

—Bern, tenéis razón en preferir la muerte antes que dejar de hacer lo posible por sacar a Isabel de Utah, de este país tan selvático. Es preciso que lo consigáis. Habéis de enseñarle el mundo que ella no conoce… ¡Imaginad cuán poco ha visto y cuántas sorpresas agradables la esperan! Tenéis oro y, por lo tanto podéis hacerla feliz. ¡Qué porvenir tan glorioso! Participo de vuestra dicha. Pensaré en vosotros…, soñaré con vosotros…, rogaré por vuestra felicidad.

—Gracias, Juana —contestó Venters haciendo grandes esfuerzos para hablar

serenamente—. ¡Oh, cuánto daría por haber cruzado ya esta inmensa ladera de artemisa!

—Podéis considerarlo como un hecho. Será fácil…, será una carrera hermosa —dijo con dulzura.

Venters la miró fijamente. ¿Acaso sus cuitas le hicieron perder la razón? Lassiter también empezó a obrar de un modo extraño, dando vueltas a su sombrero.

—Vos sois un buen jinete, ella no lo es menos. Será la más estupenda carrera de vuestra vida —añadió Juana en voz baja y suave.

—¡Juana! —gritó Venters.

—Os regalo a Estrella Negra y a Africano.

—¿Estrella Negra y Africano?

—Está dicho. Lassiter, cambiad de montura nuestras alforjas.

Sólo cuando vio actuar rápidamente a Lassiter para cumplir la orden, Venters se dio cuenta exacta de lo que significaba aquello. De un salto se puso a su lado y le cogió de las manos.

—¡No, no! ¿Qué vais a hacer? —preguntó furioso—. No quiero esos caballos. ¿Por quién me tomáis? Sería monstruoso. Lassiter, ¡dejad eso, os digo…! Tenéis que salvarla…, tenéis que recorrer muchas millas. Tull os persigue… Hay bandidos en el Desfiladero. ¡Devolvedme esa alforja!

—Calma, muchacho, calma —replicó Lassiter, como si hablara a un niño, pero desasiéndose de él con la fuerza de un gigante—. Escúchame, criatura: Juana ha comprendido muy bien la situación. Los burros nos bastarán; con ellos podremos avanzar y ocultarnos como y cuando queramos. Nos llevaremos vuestros perros y el rifle. Sí, sí, está muy bien pensado. Estrella Negra y Africano son vuestros, y la misma seguridad que tengo yo en mi puntería tenéis ahora vosotros de salir de Utah.

—¡Juana…, detenedle…! ¡Por favor…, detenedle! —dijo Venters, jadeante—. No tengo fuerza suficiente; nada puedo hacer. ¡Eso no es posible! ¿No veis que no es posible? He sido la causa de vuestra ruina; por mí lo habéis perdido todo. Sólo os quedan esos caballos; sé cuanto los amáis. ¡Y vais a dármelos a mí para que salga de Utah y pueda salvar a la muchacha que amo!…

—Ésa será mi mayor gloria.

En el arrobamiento de su rostro, en sus insondables ojos, adivinó Venters el supremo instante de la vida de Juana Withersteen. Era el momento en que escalaba la altura que su noble alma anhelara siempre. Él, después de perturbar su tranquila existencia, después de concitar contra ella la implacable hostilidad de les mormones, después de darle la más amarga lección de su vida… él, Venters, era su salvación. Y el joven se apartó de nuevo, conmovido hasta lo más hondo de su alma. Juana Withersteen era la encarnación de la bondad y del amor puro. Venters experimentaba admiración y espanto, profunda pena y exquisito éxtasis. ¿Qué eran todas las desgracias que le deparaba la vida comparadas con la posesión de tan leal y generosa amistad?

Era necesario aceptar. Rápidamente se volvió hacia Juana, le cogió las manos y se las besó humedeciéndolas con sus lágrimas.

—Juana…, no encuentro palabras… —dijo—. No puedo hablar… Pero lo comprendo todo. Acepto los caballos…

—No perdáis más tiempo —interrumpió Lassiter—. No estoy seguro, pero creo haber visto moverse algo en la ladera. Acaso me equivoque, mas, de todos modos, es preciso que nos separemos. He acortado los estribos de Estrella Negra. Monta a Bess en él. Juana Withersteen abrió los brazos.

—¡Isabel Eme! —exclamó, y Bess se precipitó en ellos.

¡Cuán inconcebiblemente extraño y hermoso resultó para Venters ver a Bess y a Juana abrazadas!

De un salto montó en Africano.

—Venters, seguid ladera arriba en derechura —le aconsejó Lassiter— y, si no encontráis a nadie, continuad hasta llegar a pocas millas de Cottonwoods. Allí, meteos en la pradera y dad la vuelta al pueblo. Pero lo más seguro será que encontréis a los jinetes y a Tull. En tal caso, continuad avanzando hasta que estéis fuera del alcance de los rifles y entrad en la pradera. Os seguirán, pero será inútil. Vos sabéis montar a caballo y Bess también; nadie os dará alcance. Cuando hayáis conseguido poner suficiente distancia entre vosotros y los enemigos, dad la vuelta hacia el Oeste y buscad el camino por allí. Economizad los caballos todo lo posible, pero no tengáis miedo de hacerlos correr cuando sea preciso. Estrella Negra y Africano pueden hacer cien millas antes de la noche, si es necesario. Podéis llegar a Sterling esta noche si queréis, pero más vale que lleguéis allí mañana por la mañana. Al llegar a la quebrada en el camino de Glaze, seguid a la derecha. Desde allí divisaréis Glaze y Stonebridge, pero manteneos alejados de esos pueblos. No correréis riesgo de tropezar con los bandidos de Oldring más allá de Sterling. Hallaréis agua en profundas charcas al norte de la quebrada. Hay allí un viejo sendero, poco usado ahora, que lleva directamente a Sterling. Ésa es vuestra senda. Y otra cosa más: si Tull os persigue y parece insistir en querer daros alcance, haced correr a los caballos hasta que os pierdan de vista.

—¡Lassiter, quiera Dios que nos volvamos a ver! —exclamó Venters con voz profunda.

—No es probable, muchacho…, no es probable. Bueno, Bess Oldring, jinete Enmascarado, Isabel Erne…, monta en Estrella Negra. Me han dicho que sabes manejar caballos. Pues bien, querida sobrina, no ha habido aún ninguno que pueda vencer a Estrella Negra…, excepto uno.

—No, Lassiter, ninguno ha podido vencerlo —dijo Juana, con el orgullo de antes.

—A veces, así lo creo… Pero tal vez, Venters, cuando efectuó aquella famosa carrera al volver con vuestros favoritos… Muchacho, ¿verdad que Camorra era mejor?

—No, Lassiter —repuso Venters, y su mentira le valió una sonrisa de Juana.

—Bueno, bueno; está visto que no acierto siempre en mis juicios sobre caballos. Pero estoy perdiendo el tiempo hablando demasiado. No siempre se encuentra y se pierde a una sobrina bonita, todo en una hora. Isabel, ¡adiós!

—¡Tío Jaime!… ¡Querido tío! ¡Adiós, adiós!

—¡Isabel Erne, sé feliz!… ¡Adiós! —exclamó Juana.

—¡Adiós!… ¡Adiós!

Con un ágil y gracioso movimiento montó Bess en Estrella Negra.

—¡Juana Withersteen!… ¡Adiós! —gritó Venters con voz ronca.

—¡Bern…, Bess…, jinetes de la pradera roja…, adiós!

# Capítulo XXII

Estrella Negra y Africano, obedeciendo al acicate de las espuelas, avanzaron veloces por el blanco sendero bordeado de artemisa roja. El camino ascendía lentamente, y en el primer cerro que cruzaron se volvió Venters para mirar atrás. Lassiter saludaba con la mano, y Juana, agitando su pañuelo. Venters correspondió a aquel postrer saludo poniéndose en pie en los estribos y blandiendo el sombrero. Inmediatamente los perdió de vista al trasponer el primer cerro, y cuando volvió la mirada en el segundo, Lassiter, Juana y los burros habían desaparecido en el Desfiladero. Venters tuvo la sensación de una pérdida irreparable.

—¡Bern…, mira! —exclamó Bess señalando hacia la parte superior de la ladera.

Un punto negro movíase en la línea del horizonte, y aquel punto era un grupo de jinetes.

—¡Frena tu caballo, Bess!

Obligaron a los corceles a ir al trote, pero los dos animales, frescos y con ansias de correr, demostraron relinchando su descontento.

—Bern, Estrella Negra tiene una vista magnífica; estoy segura de que se ha dado cuenta de la presencia de esos jinetes.

—Me gustaría saber si son los de Tull. Podrían ser también bandidos, aunque para nosotros sería igual.

El punto negro del horizonte iba aumentando poco a poco. Tan pronto veíase claramente como lo ocultaba la alta artemisa o la ondulación del terreno. Los dos negros corceles corrieron media hora al trote; luego, media hora más, y aún parecía que el punto movible estaba en la línea del horizonte. Gradualmente aumentaba, sin embargo, descendiendo por la ladera, acortando la distancia entre ellos.

—¿Qué te parece, Bess? —preguntó Venters—. No o creo que sean bandidos.

—Son jinetes de la pradera —repuso Bess—. Veo un caballo blanco y varios grises. Los bandidos suelen montar caballos negros o bayos.

—Pues, entonces, el caballo blanco será el de Tull. Detén a Estrella Negra; voy a apearme para apretar las cinchas. Nos aguarda una buena carrera. ¿Tienes miedo?

—Ya no —repuso sonriente la muchacha.

—No hay por qué tenerlo. Estrella Negra correrá como el viento. Tú no pesas lo suficiente para que se dé cuenta de que lo montas. No podré permanecer a tu lado. En cuanto a Tull y sus jinetes, avanzarás tanto que parecerá que ellos no se mueven del sitio.

—Y tú, ¿qué?

—Nada temas. Aunque no pueda seguirte, puedo sin embargo reírme de Tull.

—Fíjate, Bern, se han detenido en aquella loma. Nos os han visto.

—Sí, pero aún estamos demasiado lejos para que puedan conocernos. Primero reconocerán los caballos. Hemos pasado ya casi todos los cerros y la parte más densa de la artemisa. Seguiremos al trote y, cuando te avise, pica espuelas y deja correr a

Estrella Negra como sólo él sabe hacerlo.

Venters calculó que la distancia entre ellos y sus perseguidores era de una milla o tal vez más. Acercábanse a medio galope.

Pronto reconoció también Venters la montura blanca de Tull, por lo que supuso que los jinetes habían reconocido a la vez a Estrella Negra y a Africano. Sin embargo, no era posible todavía que advirtiesen que no los montaban Juana y Lassiter. Venters notó que Tull y los suyos, tal vez once o doce en total, deteníanse con frecuencia y miraban, al parecer, hacia la parte de la ladera. La situación debió ser desconcertante para Tull, que no podía suponer que Juana y Lassiter tomasen el camino contrario. El joven sonrió al figurarse la cólera de Tull cuando descubriese el engaño. Proponíase Venters desviarse del camino, entrando en la pradera, antes de que el mormón pudiera saber quiénes montaban los corceles negros.

A cosa de media milla de distancia vio detenerse a Tull y que sus hombres le rodeaban. Venters creyó advertir que aquél movía los brazos, y se convenció de que era así cuando los jinetes entraron raudos en la pradera, a derecha e izquierda del sendero. Tull había ordenado precisamente la acción que Venters previera.

—¡Ahora, Bess! —gritó—. Dirígete hacia el Norte, rodea a esos jinetes y corre hacia el Oeste.

Estrella Negra penetró en la pradera de artemisa, y tras breves momentos, corrió al galope. Venters espoleó a Africano para que le siguiera. Era difícil avanzar por entre los arbustos. Los caballos corrían por allí con tanta facilidad como en camino llano, pero requeríase buena vista y juicio para escoger el terreno a propósito y evitar los tropiezos. El movimiento constante de un lado a otro del animal, el saltar por encima de las desigualdades del suelo, el evitar los grandes arbustos, todo convertía aquella carrera en un difícil ejercicio. Ya muy adentro de la pradera, Venters volvió la cabeza para mirar a Tull y sus jinetes. Vio que corrían en larga fila hacia el Nordeste, y como él y Bess dirigíanse hacia el Norte, aquello les obligaría a dar la vuelta y bajar nuevamente por la ladera si sus caballos tenían la velocidad y la resistencia suficiente. Tull y sus hombres no economizaban las fuerzas de sus monturas, sino que las espoleaban desesperadamente. Venters sólo temía los accidentes por Estrella Negra y Africano, mas con un hábil manejo disminuiría la posibilidad de aquéllos. Una mirada le bastó para cerciorarse de que Bess sabía abrirse camino por entre la artemisa tan bien como él. No volvía la cabeza, no miraba hacia sus perseguidores; inclinábase sobre el cuello de su caballo y estudiaba el terreno.

Después de mirar de tiempo en tiempo a la muchacha. Venters advirtió que Bess alejábase de él, tal como había supuesto. Pero advertía a la vez que la mayor velocidad de Estrella Negra no era debido al peso ligero de Bess, sino a que ésta lo guiaba como no lo había guiado nadie excepto Jerry Card cuando perdió la carrera con Camorra. ¡Con qué gracia, naturalidad y sencillez, iba la joven en la silla! ¡Qué maravillosa amazona! De pronto recordó que en efecto, Bess le había dicho que sabía montar. Sin embargo, Venters no soñó siquiera que fuese capaz de desarrollar tal arte.

Y entonces, como un relámpago, recordó emocionado que Bess había sido el jinete Enmascarado de Oldring.

Y olvidó a Tull, a sus jinetes…, todo. Dejó la rienda suelta a Africano para que siguiera a Estrella Negra. Sabía ya que éste llevaba el mejor jinete de aquellas altiplanicies, puesto que Jerry Card estaba muerto. Y la fama sólo le había igualado con otro jinete: la esbelta joven que ahora guiaba con tanta seguridad y soltura a Estrella Negra. Venters había sentido horror por la notoriedad de Bess, pero ahora enorgullecíale su destreza, su osadía, el dominio que demostraba sobre el caballo. Y, ahondando en su memoria, recordó famosas incursiones y escapadas del valiente jinete, de las que se hablaba en los pueblos y alrededor de las hogueras de los campamentos. ¡El Jinete Enmascarado de Oldring! Muchas veces aquel extraño jinete, famoso y desconocido a la vez, había huído de sus perseguidores gracias solamente a su no igualada destreza. Había cruzado la calle principal de Stonebridge entre dos hileras de vigilantes, a modo de carrera de baquetas, dejando atrás caballos y compañeros muertos. Había saltado por encima de «Gerber Wash», un profundo y ancho barranco que separaba los campos de Glaze de la pradera selvática. En el norte de Sterling habíase visto rodeado, casi acorralado, y rompió la línea. ¡Cuántas veces se había hablado de las estampidas durante el día, de las incursiones nocturnas, de las furiosas persecuciones y de cómo el jinete Enmascarado, veloz como el viento, desapareciera en la estepa! Un corcel negro y raudo…, una figura esbelta y oscura…, una máscara negra…, una carrera loca ladera abajo…, un punto entre la artemisa…, una sombra que desaparecía en la noche.

¡Y aquel jinete Enmascarado de las altiplanicies había sido Isabel Erne!

El fragante viento de la pradera refrescaba el rostro de Venters y sonaba como alegre melodía en sus oídos. Vio que Estrella Negra alejábase cada vez más de él y notó que ambos caballos dirigíanse ahora al Oeste. Luego, algunas detonaciones recordáronle a Tull. Venters volvió la cabeza y vio a sus perseguidores. Iban a un lado, a bastante distancia, y habían quedado atrás. Disparaban, pero como Venters no oía el silbido de las balas ni veía el impacto de ellas en el suelo, comprendió que estaban fuera de su alcance. Cuando a poco tornó a mirar, los jinetes de Tull habían casado en la persecución. Todo lo que pudieron hacer fue acercarse lateralmente lo bastante para ver quiénes montaban los negros corceles.

El joven, al cerciorarse de que ya no corrían peligro por parte de Tull, frenó su montura, llevándola al trote. Africano no había entrado aún en calor, pero Venters deseaba reservarlo. Bess volvióse y aunque estaba a gran distancia, el joven percibió el reflejo de su blanca mano, que le hacía señas. Siguió llevando en caballo al trote, con Bess y Estrella Negra a la vista, volviéndose de vez en cuando para mirar a los jinetes de Tull, que retrocedían ahora, hasta que dejó de verlos Seguramente volverían a buscar las huellas de Lassiter y Juana para seguirlas, pero en vano. Por fin se detuvo Bess para esperarle, al ver lo cual dedujo el joven que habían alcanzado nuevamente el camino. Cuando se reunió a ella, echóse a reír, pues Bess se había

apeado y abrazábase al cuello de Estrella Negro.

—¡Oh, cuánto me gusta este animal! —exclamó la joven—. ¡Qué hermoso es y cómo corre! He montado caballos veloces, pero ninguno como Estrella Negra… No es posible que Camorra le haya vencido.

—Acaso lo soñé… Sí, Bess, estos dos caballos son formidables… ¡Cuánto ha debido de costarle a Juana…! Bueno, cuando salgamos de estas regiones selváticas y lleguemos a mi casa de Illinois, compraremos una hermosa hacienda con grandes prados y manantiales y parajes sembrados. Allí los soltaremos a los dos para que corran libres, para que ramoneen y beban…, para que nunca más sientan el cruento acicate de las espuelas…, para no montarlos más.

—¡Cuánto me gustaría! —afirmó Bess.

Después de descansar breves momentos continuaron la huída cabalgando juntos por la blanca senda. El sol ascendía tras ellos. Lejos, a la izquierda, una mancha de verdor marcaba el sitio dónde se hallaba Cottonwoods. Venters miró un momento nada más. Bess no desvió la mirada del camino que tenía delante. A veces dejaban correr a los caballos al galope; luego, al trote; a veces, al paso. Transcurrieron las horas, desaparecieron las millas y por fin vieron enfrente el muro roqueño. Era el barranco un paso áspero y pedregoso, pero de suelo llano y senda abierta, que Bess y Venters traspusieron a la carrera. En la parte derecha, siguiendo la pared, había un sendero poco usado, el indicado por Lassiter, sin duda, díjose Venters.

La pequeña aldea de Glaze, una mancha blanca y verde en la vasta pradera de artemisa roja, se veía a muchas millas de distancia, en una ladera semejante a la de Cottonwoods, sólo que éste descendía hacia el Oeste. Y a mayor distancia aún, apenas visible, estaba Stonebridge. Todo lo demás de aquel mundo era la pradera ondulada y lisa, inacabable, no interrumpida por ninguna línea de cañones que pudiese acentuar la selvatiquez del paraje.

—Estamos salvados, Bess… ¡Estamos libres! —exclamó Venters—. Solos en la pradera y a medio camino de Sterling.

—¡Ah! No puedo olvidar a Lassiter ni a Juana Withersteen.

—Nada temas, Bess. Lassiter es más listo que Tull; logrará escaparse y poner a Juana a salvo. Es posible que vaya al Valle de la Sorpresa, pero no creo que vaya tan lejos…

—Bern…, ¿encontraremos jamás un lugar tan hermoso como nuestro querido valle?

—No, pero… algún día volveremos, dentro de algunos años, diez, tal vez; cuando nos hayan olvidado. Y nuestro valle estará tal como lo dejamos.

—¿Y si la Roca Movediza se derrumba y cierra el paso?

—He pensado en eso. Nos llevaremos muchas cuerdas y, si está cerrada la entrada, escalaremos los riscos y bajaremos al valle valiéndonos de escalas de cuerda. Es posible hacerlo conociendo el sitio como lo conozco yo.

—¡Oh, sí, sí, volvamos algún día!

—Es una dulce perspectiva poder pensar en volver allí. Es como nuestro destino…, Bess.

—Llámame Isabel —dijo la joven tímidamente.

—Isabel Erne. El nombre es bonito. Pero nunca podré olvidar el de Bess. ¿Sabes que…, has pensado que muy pronto…, mañana a estas horas…, serás Isabel Venters?

Y hablando así de un porvenir risueño, continuaron el camino hasta que el sol empezó a ponerse. El reflejo de un charco de agua en una pequeña hondonada advirtió a Venters la necesidad del descanso. Apeáronse, desensillaron los caballos y los dejaron beber y ramonear a su gusto. Cuando se alejaron, por fin, de la hondonada, el sol estaba ya muy bajo y el valle parecía velado por purpúrea neblina. Era aquél el breve momento en que el sol semejaba detenerse antes de desaparecer y un profundo silencio pesaba sobre el mundo de la rutilante pradera.

Contemplaron la puesta de sol hasta que el ígneo disco desapareció por completo tras el oscuro horizonte.

—Seguiremos cabalgando hasta tarde —dijo Venters—. Luego, dormirás un poco mientras yo vigilo y los caballos comen. Mañana temprano estaremos en Sterling. Allí nos casaremos… Tendremos tiempo de coger la diligencia, tras la cual ataremos a Estrella Negra y nos dirigiremos hacia lugares menos selváticos y terribles que éstos.

—¡Oh. Bern…! ¡Fíjate! Es la última vez que vemos la pradera de la artemisa roja, la última vez hasta que nos atrevamos a volver a esta apartada frontera de Utah. ¡Diez años!

¡Fíjate, Bern, contémplala, para que nunca la olvides!

Venters contemplaba con encontradas sensaciones los variantes colores de la roja pradera a los reflejos de los últimos rayos de sol, cuando de pronto salió de su ensimismamiento al oír un lejano y suave rumor, semejante al que produce una caracola de mar aplicada al oído.

—Bess…, ¿oyes? —murmuró.

—No…

—¡Escucha…, acaso es mi imaginación…! ¡Ah!

Del Este o del Norte, desde remota distancia, llegaba un sonido largo, continuado, sordo…, profundo, extraño, un estruendo que fue extinguiéndose poco a poco.

# Capítulo XXIII

Con los ojos arrasados en lágrimas vio Juana cómo Venters, Isabel Erne y sus negros corceles desaparecían en la pradera.

—¡Ya se han ido! —dijo Lassiter—. Ya están a salvo… No habrá ningún día de su futura vida que no recuerden a Juana Withersteen y… al tío Jaime… Ahora, Juana, creo que debemos seguir nuestro camino.

Los burros bajaron obedientes la pina pendiente hacia el Desfiladero, mas para obligar a los perros a que hicieran otro tanto fue preciso atarlos y llevarlos. Juana sintióse embargada por una sensación que no era ni indiferencia ni desdén, pero que la hacía incapaz de interesarse por nada. Aún estaba fuerte corporalmente, pero sentíase cansada de tantas emociones. La hora transcurrida en la linde de la pradera había sido la crisis de sus sufrimientos… La ola de su furor…, su último sacrificio…, la suprema fuerza de su amor…, y, por fin, el logro de la paz. Pensó que si tuviera a su lado a la pequeña Fay, ya nada más pediría a la vida.

Automáticamente siguió a Lassiter en el descenso y no se alarmó ante el peligro. Sintió un vago alivio al verse abajo, rodeada de las altas paredes de roca, oculta del vivo resplandor del sol y del rojo vivo de la pradera. Lassiter alargó los estribos de uno de los burros y le rogó que lo montara, cabalgando a su lado. Le suplicó también que evitara que los cascos del animal dieran sobre la roca desnuda, buscando siempre, en cambio, los sitios blandos.

Así recorrieron el largo cañón, y Juana apenas advirtió el cambiante escenario. Pensaba vagamente en que sus enemigos venían detrás, que podían estar esperándolos más adelante, pero tal pensamiento no despertó en ella ni miedo ni interés. Por fin llegaron a la hondonada, el gran valle en que desembocaban varios cañones.

Allí Lassiter apeóse, y llevando el burro de la rienda, prosiguió abriéndose camino por entre las rocas diseminadas y el denso follaje, bajo el muro izquierdo. Al llegar a la desembocadura de un cañón deteníase largo rato para escuchar. En una de ellas se detuvo, levantando una mano en señal de silencio para Juana. Le rogó que le esperase y desapareció por entre los peñascos, seguido por los fieles perros. El tiempo que permaneció ausente no le pareció a Juana ni largo ni corto; continuaba sumida en un estado apático.

Cuando Lassiter regresó, estaba pálido, y en su boca había un extraño rictus; sus ojos centellearon fríamente. Ocultó los burros detrás de unos cedros que crecían junto al muro, atándolos allí.

—Juana, he visto a los hombres que esperaba encontrar, y voy a meterme con ellos —dijo a la joven.

—¿Por qué?

—No tengo tiempo de contároslo.

—¿No podríamos deslizarnos sin que nos viesen?

—Sería fácil, pero no es eso lo que yo deseo. Quisiera saber qué haréis en el caso de que no vuelva.

—¿Qué podría hacer?

—Pues… podéis volver con Tull o quedaros en el Desfiladero hasta que os cojan los bandidos. ¿Qué haréis?

—No sé. No puedo pensarlo ahora. Pero creo que será mejor que me lleven los bandidos.

Lassiter sentóse en el suelo, apoyó la cabeza en sus manos y estuvo así breves momentos, sumido, al parecer, en profundas y dolorosas meditaciones. Cuando alzó el rostro, tenía el semblante demacrado, pero sus líneas eran firmes y duras como el mármol.

—Me voy. Sólo quiero advertiros la posibilidad de que no vuelva; aunque estoy completamente seguro de que volveréis a verme.

—¿Y es preciso arriesgaros? ¿Por qué empeñarse en sostener más luchas? ¿No habéis vertido aún bastante sangre?

—Quisiera explicaron el motivo —continuó Lassiter, con una frialdad que raras veces había empleado con ella. Juana lo advirtió, pero no le produjo ninguna impresión—. Sin embargo…, dejemos eso. Sólo os quiero decir una cosa. Esa bondad, esa piedad vuestra, que tanto os ennoblece, no tiene cabida en esta selvática región. La vida aquí es un infierno. Pensáis…, o solíais pensar antes, que vuestra religión convertía esta vida en un paraíso. Tal vez ya se os haya caído la venda de los ojos. Y no es que yo os quisiera distinta, no, pues precisamente porque sois como sois trato de ocultaros en un lugar seguro de este Desfiladero. Y me gustaría llevar también al mismo lugar a otras mujeres de vuestra religión, porque he llegado a comprender que hay muchas como vos entre las mormonas. Yo quisiera que supieseis exactamente lo dura y cruel que es la vida aquí. Es sangrienta y feroz. Creísteis que con ayuda de la Iglesia y sus sacerdotes mejoraría todo y os equivocasteis, porque ha empeorado. Dais nombres altisonantes a las cosas: obispos, dignatarios, ministros, mormonismo, deber, fe, gloria. Yo que soy un hombre, lo sé mejor y les llamo fanáticos, parciales, mujeres ciegas, opresores, ladrones, bandidos, rancheros, jinetes. Ya habéis visto… lo que habéis sufrido estos últimos meses. Es imposible remediarlo, pero no puede durar. Y recordad esto siempre: algún día esta región será más habitable, dulce y suave, más sana y más moral…, pero será debido a hombres como Lassiter.

Juana le vio temblar mientras la miraba fija y extrañamente; luego, perdióse a toda prisa entre las rocas y los árboles. *Ring* y Blanca permanecieron junto a la joven. Sentíase cansada en extremo y se acomodó en el suelo, a la sombra de un cedro, tratando de reflexionar. Vio, indiferente, un lagarto que se deslizaba ágil por entre la hierba, los burros y los perros que descansaban, un águila que volaba sobre los amarillentos risco… Antes, una sencilla flor, el vuelo de una abeja, cualquier cosa animada era para ella motivo de alegría. Lassiter habíase marchado, cediendo a su

insaciable sed de sangre, probablemente hacia la muerte, y Juana lo sentía, pero su dolor era insensible, valga la paradoja.

De pronto, desde la boca del cañón más próxima sonó la detonación de un rifle que el eco repitió varias veces. Siguió un agudo grito de dolor que cesó apenas empezado. Y otra vez el eco remedó el horrible grito de angustia. Después sonaron disparos de revólver, alaridos roncos, choque de cascos de caballos, fuertes relinchos, todo entremezclado en espantosa confusión… Luego, nada. Juana supuso que Lassiter estaría muy ocupado en su trabajo y ni tembló ni se emocionó. Sí —pensaba—; Utah es una región sangrienta, pero la vida siempre ha sido así. A los hombres les gusta verter sangre. Distintas épocas de la historia mundial pasaron con rapidez por su mente…, las guerras de los griegos, las conquistas de los romanos, los oscuros tiempos medievales, los crímenes en nombre de la religión. En el mar, por tierra, en todas partes…, hombres que luchaban y que mataban. Codicia, poder, opresión, fanatismo, amor, odio, venganza, justicia, libertad… por su causa se mataban los hombres.

Juana tendióse cuan larga era bajo el cedro, contemplando a través del follaje (delicado encaje de la Naturaleza) el azul del cielo, y meditó y se maravilló, pero sin importarle nada de lo que sucedía a su alrededor. Hallábase sumida en absoluta insensibilidad.

Nuevos disparos interrumpieron la calma del mediodía estival. Oyóse el estruendo de una roca que se desploma, un grito de aviso, un alarido de alarma; nuevamente sonó la aguda detonación del rifle y otro grito, grito de muerte. Luego, oyóse una granizada de disparos de revólver, entre los que se destacaba el agudo disparar de un rifle. Algunas balas silbaron por encima del escondite de Juana; una dio en una piedra y la partió. Después, disparos aislados que al fin cesaron ante el fuego atronador de revólveres de gran calibre.

Juana no se dio cuenta de lo que duró el silencio que se hizo después; oyó el ruido de cascos de caballos que se aproximaban y, en seguida, el suave y tintineante paso de Lassiter. Llegaba cubierto de sangre.

—Todo va bien, Juana —dijo—. Ya estoy aquí, no os apuréis.

Con el agua de una cantimplora lavóse la sangre del rostro y de las manos.

—Ahora, daos prisa, Juana. Cortad en dos pedazos esta faja y vendadme las heridas. Este agujero de la mano me molesta bastante, pero el rasguño de la sien me duele más.

¡Admirable…! Sois una enfermera excelente, sin nervios; ni siquiera tembláis. Veo que aún no he hecho suficiente justicia a vuestro valor. Me alegro de ello, porque vais a necesitarlo. Bueno, abreviando: yo estaba muy bien escondido y no era posible que me hiriesen de gravedad, pero esos demonios de hombres me rociaron con plomo. Acabé todas las municiones del rifle y me abalancé sobre ellos con mis revólveres, fue entonces cuando me hirieron. También gasté todas las balas, y otro tanto les sucedió a mis enemigos, según pude apreciar. ¿Sabéis quiénes eran?

¡Bandidos y mormones, juntos! Y ahora tengo cinco balazos en el cuerpo y mis armas sin municiones. ¡Démonos prisa!

Libró de las alforjas y sillas a los burros, que dejó sueltos. Llamó luego a los perros y echó a andar hacia un claro dónde había dos caballos.

—Juana, ¿sois fuerte? —preguntó a la joven.

—Creo que sí. No estoy cansada.

—No quería decir eso. ¿Podréis soportar una noticia?

—Creo que puedo soportarlo todo.

—¡Hum! Os veo insensible y fría; quisiera prepararos…

—¿Para qué?

—Antes no quise deciros por qué ataqué a esos hombres. No me atreví. Temía que os murierais de la impresión. Pero ahora os lo revelaré si me prometéis armaros de valor.

—Continuad, amigo mío.

—Tengo en mi poder a la pequeña Fay. Está herida, pero vivirá.

Al oír aquellas palabras pronunciadas por Lassiter con vibrante y profunda voz, la insensibilidad de Juana desapareció, convirtiéndose en una viva y cruel angustia.

—¡Aquí está! —añadió él mostrándole el sitio dónde Fay yacía entre la hierba.

Incapaz de hablar, Juana se dejó caer de rodillas. Por la hermosa cabellera rubia reconoció a la amada niña. Mas su hermosura había desaparecido. Su rostro estaba demacrado, marchito, pero vivía, y Juana reunió sus fuerzas y sintió el latido de la vida.

—Ahora comprenderéis que era preciso salvarla —explicó Lassiter al inclinarse para besar la pálida carita—. Sin embargo, espero que no se me vuelva a presentar semejante alternativa en la vida. No sé si volvería a decidirme por el ataque. Había entre aquellos hombres uno lisiado, Juana; acaso se lo deba a Venters. Este lisiado fue el motivo del retraso de su marcha y de que coincidiesen con nuestra huída. Lo primero que vi fue a la pequeña Fay, y me costó trabajo trazar un plan para rescatarla. Además, deseaba dos caballos. Era necesario aventurarse mucho. Me acerqué, pues, arrastrándome, a su campamento. Uno de los hombres, al verse descubierto, montó con Fay a caballo y, cuando le maté de un tiro, Fay, naturalmente, cayó, dio de cabeza en el suelo y perdió el sentido. Pero ¡ved!, ya vuelve en sí. Creo que la caída no tendrá consecuencias graves.

Temblaron las largas pestañas de Fay, abriéronse sus ojos; al principio parecía no darse cuenta de nada; luego, brilló en su mirada el destello de la inteligencia y, de pronto, brotó de sus labios un grito de alegría.

—¡Mamá Juana!

—¡Oh Fay, mi querida Fay! —exclamó Juana alzando a la niña y estrechándola contra su pecho.

—¡Ahora sí que hemos de correr! —dijo Lassiter—. Juana…, ¡mirad allá abajo!

Más allá de las rocas y de la propia pradera velase una banda de jinetes saliendo

de la estrecha garganta del Desfiladero, y a la cabeza iba un caballo blanco. A pesar de la distancia, que sería de más de una milla, Juana lo reconoció.

—¡Es Tull! —gritó.

—Sí, es Tull, Juana, pero aún llevamos las de vencer. Ellos montan caballos cansados, pues estoy seguro de que Venters les habrá obligado a correr mucho. Y nosotros tenemos caballos frescos.

Apresuradamente colocó las alforjas, repasó las cinchas y subió de un salto sobre uno de ellos.

—¡Dadme la pequeña! —ordenó. Juana obedeció temblando.

—Mujer, procurad tener sangre fría, porque se trata de vida o muerte. ¡No lo olvidéis! Montad, no os apartéis de mí y estad alerta.

Juana montó el segundo caballo, esforzándose por sostener la rienda. Embargábale un miedo horrible, como reacción de su anterior insensibilidad. Lassiter llevó los animales a la carrera por encima de piedras y arbustos, cruzando raudo un gran espacio del desfiladero y entrando luego en un estrecho cañón en el que las pisadas de los caballos resonaron agudamente. El viento bramaba en los oídos de Juana; los riscos sobre su cabeza, el camino, la artemisa y la hierba debajo, parecían deslizarse sin que ella se moviera. De vez en cuando veía volverse el manchado rostro de Lassiter y oía los gritos que él le dirigía para infundirle valor. Jamás había cabalgado la joven a tanta velocidad y, aunque buena amazona, no lograba seguir el movimiento del caballo. Fracasó en todo menos en mantenerse firme en la silla. Sus pensamientos concentrábanse en Fay y en Lassiter. ¡Qué ellos se salvasen! No deseaba más. Hubiera vuelto al pueblo, hubiérase entregado a Tull para que ellos pudiesen huir; pero sabía que Lassiter volvería por ella, que no la dejaría nunca.

Juana no supo si aquella loca carrera duró un momento o una hora. El caballo de Lassiter cubría a Juana y a su montura de espuma blanca. Ambos animales dieron de sí cuanto podían, hasta caer casi reventados. Frenó Lassiter el paso, y las pobres bestias avanzaron con dificultad.

—¡Oh, Lassiter, corramos, corramos!

El jinete se volvió, pero nada dijo. La venda de la frente habíasele caído y la sangre le corría por el rostro. Inclinábase bajo el dolor de las heridas, del cansancio de la carrera, del peso que llevaba; pero… ¡cuán terriblemente frío y sereno era su aspecto!

Los caballos continuaron la marcha, ora al paso, ora al trote, ya al galope, ya otra vez al paso. Transcurrieron volando las horas. El tiempo parecía un instante… o una eternidad. Juana sintió que las almas infernales la perseguían y no se atrevió a mirar atrás.

—Lassiter, ¿llegan ya?

El intrépido jinete volviáse, pero nada dijo. Espoleó el caballo para darle nuevos bríos y siguieron como antes; conducidos por una voluntad infatigable. Las sombras por entre las estrechas paredes envolvieron a los fugitivos; parecía llegada la noche.

El cañón formó un recodo y de nuevo volvió la luz; ante ellos hallábase la enorme hondonada, el valle encerrado entre altos muros y agrestes riscos.

—¡Valor, Juana! —gritó Lassiter—. Si no flaqueamos ahora, estamos salvados.

—¡Lassiter, continuad… solo! ¡Salvad a la pequeña Fay!

—¡Solo, nunca! ¡Con vos!

—Soy cobarde; no puedo ni luchar, ni pensar, ni esperar, ni implorar a Dios. Me siento perdida. Lassiter, mirad atrás. ¿Llegan ya? No podré seguir…

—Ahorraos el aliento, mujer, y continuad, no por vos misma, ni por mí, sino por Fay. Un último galope a través de la pradera acabó con el caballo de Lassiter.

—Está reventado —dijo el jinete.

—¡Todo acabó! —gimió Juana.

—No, Juana. Volved los ojos. Hemos atravesado las tres o cuatro millas del valle y aún no se ve a Tull. Unas pocas más y nos habremos salvado.

Juana contempló el camino recorrido y vio en la pared rocosa la estrecha grieta que formaba la desembocadura del cañón, del que salían en aquel instante sus perseguidores con Tull al frente, en su blanco caballo. La vista de sus enemigos obró como estimulante sobre la joven. Y mirando a los perros, al caballo de Lassiter, que avanzaba coreando; a la sangré del rostro de su amigo, a las rocas, que cada vez estaban más cerca, y por fin al cabello de oro de Fay, renacieron sus fuerzas, desapareció el miedo que había sentido y tuvo confianza en la salvación que Lassiter le prometiera. De pronto, la montura de Lassiter tropezó y cayó.

El jinete saltó ágilmente con la niña en brazos.

—Juana, coged a Fay —dijo, entregándosela. La joven la estrechó contra su pecho—. Están ganando terreno —continuó Lassiter—, pero aún llegaremos antes.

Cuando ya tenía en la mano la brida del caballo de la joven, reparó en las alforjas de la montura reventada.

—Aún tengo tiempo —murmuró, y con mano segura, después de desatarlas, se las puso sobre los hombros.

Luego echó a correr, llevando el caballo de Juana pendiente arriba, hacia los cedros deformes, y cuando tras rudo y prolongado esfuerzo los alcanzaron, detuviéronse a su abrigo.

La pequeña Fay descansaba en sus brazos con los ojos muy abiertos, en los cuales se leía aún el dolor, pero ya no miraban fijamente. Los dorados rizos rozaban los labios de Juana, las manitas asían débilmente su brazo; una sombra de sonrisa floreció en los dulces labios de la niña, y Juana sintió despertarse en ella la fiereza de una leona.

—¡Juana, dadme la pequeña y apeaos! —dijo Lassiter en aquel momento.

Y como si fuesen para él una molestia las vacías pistolas negras, se las quitó con decisión. Luego cogió a la niña y estuvo así un momento mirando hacia abajo. Tull empezaba a subir la pendiente seguido de sus hombres.

—¿Qué dirá Tull cuando vea esos revólveres vacíos? ¡Juana, coged vuestras

alforjas y seguidme!

La joven subió tras Lassiter. Éste avanzaba lentamente. Tal vez sólo lo hacía para economizar las fuerzas, mas Juana vio gotas de sangre en el camino y se dio cuenta de la verdad. Subían sin mirar atrás. Dolíale a la joven el pecho, parecía que mil alfileres se le clavasen en los costados. Oyó el jadeante respirar de Lassiter y el jadear acelerado de los canes.

—¡Esperadme aquí! —dijo el jinete, de pronto.

Ante ella alzábase una pared de piedra mellada por diminutos peldaños; más arriba había un recodo del amarillo muro, y en lo alto, un enorme risco.

Los perros subieron raudos y desaparecieron tras el recodo. Lassiter subió los escalones con Fay en brazos y se tambaleaba como un ebrio. Desapareció del mismo modo que los canes, pero volvió rápidamente y bajó la pina cuesta deslizándose.

Desde abajo oyéronse los gritos de rabia de los perseguidores. Tull y algunos de sus hombres acababan de llegar al sitio dónde Lassiter dejó sus armas.

—Ese descanso os vendrá bien —dijo Lassiter enigmáticamente al contemplarlos.

—¡Ahora, Juana…, el último esfuerzo! Subid por estos peldaños, yo os seguiré para sosteneros. No penséis en nada. Subid y nada más. Fay está arriba, tiene los ojos abiertos. Acaba de preguntarme: «¿Dónde está mamá Juana?».

Sin temor, sin tropezar una sola vez, sin que fuera necesario el apoyo de Lassiter, subió la joven aquella escalera de roca.

Al doblar el recodo vio a Fay en un rincón con los ojos muy abiertos. Los perros esperaban también allí. Lassiter cogió a la niña y se metió en la lóbrega hendidura, que, después de algunas revueltas en zigzag, ensanchábase y se abría sobre una suave cuesta entre dos paredes ruinosas, llenas de salientes y rampantes. Un rojo halo del sol poniente llenaba el pasaje. Lassiter ascendió con lentos y mesurados pasos; la sangre que vertían sus heridas manchaba las blancas piedras. Juana trataba de no pisar su sangre, pero veíase obligada a ello, porque no podía poner el pie en otro sitio. Las alforjas le empezaban a pesar, a querer tirarla hacia abajo; jadeante, continuó la ascensión; parecíale que el corazón le iba a estallar. Más lentamente aún subía el jinete, con respiración sibilante. La cuesta ensanchábase. Surgían amenazadores los monumentos de piedra por ambos lados del camino, muy altos en los muros, a punto de caer sobre ella. Y siguió subiendo, reuniendo todas sus fuerzas, para dejarse caer al fin junto a Lassiter y Fay, en la cima de la cuesta, en una estrecha divisoria.

El jinete se levantó tambaleándose y se dirigió a una enorme roca que descansaba sobre un bajo pedestal. Puso la mano sobre ella, la mano atravesada por un balazo, y Juana vio gotear la sangre. Después vio caer a Lassiter.

—¡Juana…, no puedo…! —murmuró.

—¿Qué?

—Hacer rodar este peñasco… Siempre… me ha gustado hacer rodar las peñas… Y ahora, ¡no puedo…, no puedo…!

—¿Para qué? Habláis dé un modo extraño. ¿Para qué queréis derrumbar esta

roca?

—Mi idea fue…, traeros aquí…, echar a rodar esta piedra… ¡Fijaos! Rompería los salientes, las paredes, cerraría este paso…

Cuando Juana dirigió la vista por la larga cuesta, con sus muros ruinosos, llenos de quebrados salientes, aguardando sólo un ligero impulso para derrumbarse, vio a Tull en el fondo, empezando a subir… Seguíale un jinete; luego, otro…, y otro…

—¡Mirad, Tull y sus jinetes! —exclamó Juana.

—Sí, ahora nos cogerán.

—¿Por qué? ¿No tenéis fuerzas para derrumbar el peñasco?

—No es eso, Juana…, no tengo valor…

—¡Vos…, Lassiter!

—Mi idea era hacerlo…, pero ahora no me atrevo. Ahí detrás… está el valle de Venters. Allí podríamos vivir…, pero… si empujo la roca… nos encerraríamos para toda la vida. No me atrevo… por vos…

—¡Lassiter! —exclamó ella—. ¡Empujadla!

Lassiter se levantó vacilante, pero decidido, y de nuevo contempló otra vez la cuesta. Tull seguía subiendo. Se figuraba ver su oscuro e inexorable rostro. Detrás de él ascendían sus hombres. ¿Qué valían todos ellos comparados con Fay… con Lassiter…, con ella misma?

—¡Empuja la roca! ¡Lassiter, te amo!

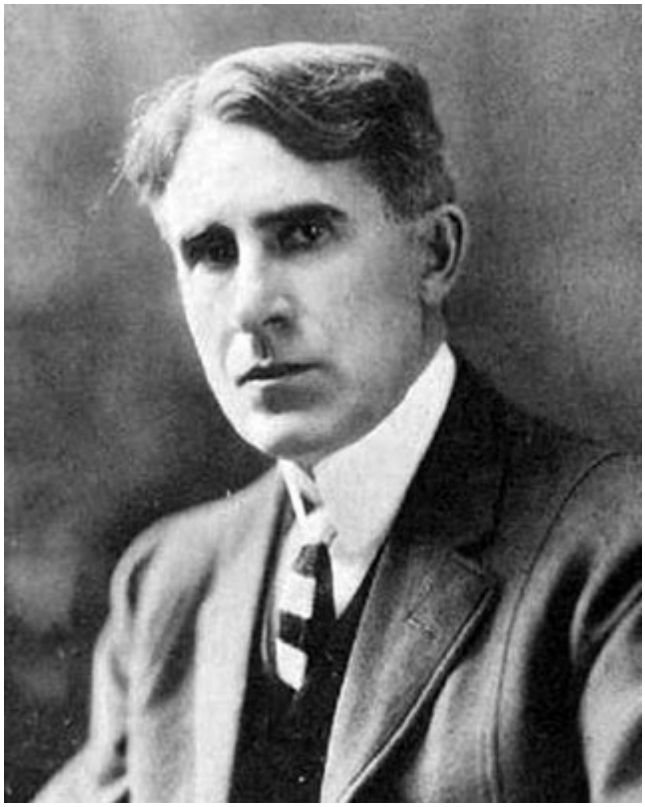
A pesar de su mortal palidez, de la sangre que fluía por sus heridas, transformóse Lassiter. Colocó ambas manos sobre la roca, apoyó también el hombro y empujó con todas sus fuerzas.

—¡Empuja la roca!… —repetía Juana.

El enorme peñasco se movió, chirrió, crujió y, con lento impulso, empezó a inclinarse. Había esperado siglos para derrumbarse y cedía lentamente. Luego, como si un súbito instinto de vida lo animara, saltó para caer sobre el borde de la cuesta, elevóse un poco y, ganando velocidad, se derrumbó al fin cayendo sobre el primer saliente, convirtiéndolo en polvo. Un remolino de viento, un golpe seco, tajante… El polvo se elevó por encima de los altos bordes de los riscos y envolvió a Tull, que se dejó caer de rodillas, los brazos en alto como implorando piedad. Majestuosamente se derrumbaron las paredes, y un formidable estruendo llenó los ámbitos.

La salida al Desfiladero de la Decepción quedó cerrada para siempre.

**FIN**



ZANE GREY (Zanesville, Ohio, 31 de enero de 1872 - Altadena, California, 23 de octubre de 1939) fue un escritor estadounidense que convirtió las novelas del Oeste en un género muy popular.

Su nombre auténtico era Pearl Zane Gray. Más adelante prescindiría de su primer nombre, y su familia cambiaría el apellido de «Gray» a «Grey». Se educó en su localidad natal, Zanesville, una ciudad fundada por su antepasado materno Ebenezer Zane. En la infancia se interesó por el béisbol, la pesca y la escritura. Estudió en la Universidad de Pensilvania, gracias a una beca de béisbol. Se graduó en odontología en 1896. Llegó a jugar en una liga menor de béisbol en Virgina Occidental.

Mientras ejercía como dentista, conoció, en una de sus excursiones a Lackawaxen, en Pensilvania, dónde acudía con frecuencia para pescar en el río Delaware, a su futura esposa, Lina Roth, más conocida como «Dolly». Con su ayuda, y los recursos económicos que le proporcionaba la herencia familiar, empezó a dedicarse plenamente a la escritura. Publicó su primer relato en 1902. En 1905 contrajo matrimonio con «Dolly», y la joven pareja estableció su residencia en una granja de Lackawaxen. En tanto que su esposa permanecía en el hogar, encargándose de la carrera literaria del autor y educando a sus hijos, Grey pasaba a menudo largas temporadas fuera de casa, pescando, escribiendo y pasando el tiempo con numerosas amantes. Aunque «Dolly» llegó a conocer sus aventuras, mostró una actitud tolerante.

En 1918 los Grey se mudaron a Altadena, en California, un lugar que habían conocido durante su luna de miel. Al año siguiente, el autor adquirió en Millionaire’s

Row (Mariposa Street) una gran mansión que había sido construida para el millonario Arthur Woodward. La casa destacaba por ser la primera en Altadena construida a prueba de fuego, ya que Woodward, que había perdido a amigos y familiares en el incendio del teatro Iroquois de Chicago, ordenó que fuera construida con cemento. El amor de Grey por Altadena se resume en una frase que es citada a menudo en la ciudad: «En Altadena, he encontrado aquellas cualidades que hacen que la vida valga la pena».

El interés de Zane Grey por el Lejano Oeste se inició en 1907, cuando llevó a cabo con un amigo una expedición para cazar pumas en Arizona.

# Notas

[1] ramonear: comerse los animales las hojas y las puntas de los ramos de los árboles.
<<

[2] Esta palabra significa, traducida literalmente, «hombre de pistola». Con ella quiere expresarse una especial habilidad que poseen ciertos individuos de carácter aventurero de aquellas latitudes consistente en sacar su pistola o revólver al menor movimiento de manos de sus contrarios y disparar —haciendo blanco, desde luego— con tal rapidez, que les da considerable ventaja sobre sus enemigos, lo cual les hace ser muy temidos y respetados. <<

[3] pistoleros (plural de *gunman*). <<

[4] Ciudad del Lago Salado, fundada por los mormones. <<

[5] sinsonte (Mimus polyglottos): es un ave paseriforme nativa de América del Norte, América Central y parte de América del Sur. Los ejemplares adultos son grises por la parte superior del cuerpo, con ojos de un amarillo pálido y pico negro mínimamente curvo. La cola es de color oscuro con los bordes blancos, y las patas largas y negras. Las alas muestran finas líneas blancas, y durante el vuelo dejan ver manchas, también blancas en las alas y dos franjas blancas longitudinales en la cola. Se caracterizan por imitar sonidos de otros animales. <<

[6] Cámara sagrada subterránea en que celebraban sus ritos religiosos los individuos de casta de indios trogloditas a que se refiere el autor. <<